



Varios Autores

Angeles y Demonios

Comentario [LT1]:

Armagedón

Fredric Brown

Armageddon, © 1941 (*Unknown*, Agosto de 1941). Traducción de M. Teresa Segur en *Lo mejor de Fredric Brown*, antología recopilada y presentada por Robert Bloch, Libro Amigo 60, Ciencia Ficción 16, Ediciones B S.A., 1988.

Tuvo lugar, entre todos los lugares del mundo, en Cincinnati. No es que tenga nada en contra de Cincinnati, pero no es precisamente el centro del universo, ni siquiera del estado de Ohio. Es una bonita y antigua ciudad y, a su manera, no tiene par. Pero incluso su cámara de comercio admitiría que carece de significación cósmica. Debió de ser una simple coincidencia que Gerber el Grande -¡vaya nombre!- se encontrara entonces en Cincinnati.

Naturalmente, si el episodio hubiera llegado a conocerse, Cincinnati se habría convertido en la ciudad más famosa del mundo, y el pequeño Herbie sería aclamado como un moderno San Jorge y más celebrado que un niño bromista. Pero ni uno solo de los espectadores que llenaban el teatro Bijou recuerda nada acerca de lo ocurrido. Ni siquiera el pequeño Herbie Westerman, a pesar de tener la pistola de agua que tan importante papel jugó en el suceso.

No pensaba en la pistola de agua que tenía en un bolsillo mientras contemplaba al prestidigitador que ejecutaba su número en el escenario. Era una pistola de agua nueva, comprada en el camino hacia el teatro cuando engatusó a sus

padres para que entraran en la juguetería de la calle Vine; pero, en aquel momento, Herbie estaba mucho más interesado por lo que ocurría en el escenario.

Su expresión revelaba la más completa aprobación. Los juegos de manos a base de cartas no suponían ningún misterio para Herbie. El mismo sabía hacerlos. Eso sí, debía utilizar una baraja pequeña que iba en la caja de magia y era del tamaño adecuado para sus nueve años de edad. Y la verdad es que cualquiera que le observase podía ver el paso de la carta de un lado a otro de la mano. Pero eso no era más que un detalle.

Sin embargo, sabía que pasar siete cartas a la vez requería una gran fuerza digital así como una habilidad sin límites, y eso era lo que Gerber el Grande estaba haciendo. Durante el cambio no se oía ningún chasquido revelador, y Herbie hizo un gesto de aprobación. Entonces recordó el siguiente número.

Dio un codazo a su madre y le dijo:

-Mamá, pregunta a papá si tiene un pañuelo para dejarme.

Por el rabillo del ojo, Herbie vio que su madre volvía la cabeza y en menos tiempo del necesario para decir «Presto», Herbie había abandonado su asiento y corría por el pasillo. Se sentía satisfecho de su hábil maniobra de despiste y su rapidez de reflejos.

En aquel preciso momento de la actuación -que Herbie ya había visto en otras ocasiones, solo- era cuando Gerber el Grande pedía que algún niño subiera al escenario. Lo estaba haciendo en aquel preciso instante.

Herbie Westerman se le adelantó. Se puso en movimiento mucho antes de que el mago formulara la solicitud. En la actuación precedente, fue el décimo en llegar a las escaleras que unían el pasillo y el escenario. Esta vez había estado preparado, y poco se había arriesgado a que sus padres se lo prohibieran. Quizá su madre le hubiera dejado y quizá no; le pareció mejor esperar a que mirase hacia otro lado. No se podía confiar en los padres en cosas como ésa. A veces, tenían ideas muy raras.

«...tan amable de subir al escenario?» Los pies de Herbie se posaron en el primer escalón antes de que el mago terminara la frase. Oyó un decepcionado arrastrar de pies a su espaldas, y sonrió vanidosamente mientras atravesaba el escenario.

Herbie sabía, por anteriores representaciones, que el truco de las tres palomas era el que necesitaba un ayudante escogido entre el público. Era el único truco que no conseguía descubrir. Sabía que en aquella caja tenía que haber un compartimiento oculto, pero ni siquiera podía imaginarse dónde. Sin embargo, esta vez sería él quien aguantara la caja. Si a esa distancia no era capaz de descubrir el truco, lo mejor que podía hacer era dedicarse a coleccionar sellos.

Sonrió abiertamente al mago. No es que él, Herbie, pensara delatarle. Él también era mago; por eso comprendía qué entre todos los magos debía existir un gran compañerismo y que uno jamás debía revelar los trucos de otro.

No obstante, se estremeció y la sonrisa se borró de su cara en cuanto observó los ojos del mago. Gerber el Grande, desde tan cerca, parecía mucho más viejo que desde el otro lado del escenario. Y además, distinto. Mucho más alto, por ejemplo.

Sea como fuere, aquí llegaba la caja para el truco de las palomas. El ayudante habitual de Gerber la traía en una bandeja. Herbie desvió la mirada de los ojos del mago y se sintió mejor. Incluso recordó la razón por la que se encontraba en el escenario. El criado cojeaba. Herbie agachó la cabeza para ver la parte inferior de la bandeja por si acaso. No vio nada.

Gerber cogió la caja. El criado se alejó cojeando y Herbie lo siguió con la mirada. ¿Era realmente cojo o se trataba únicamente de un truco más?

La caja se dobló hasta quedar totalmente plana. Los cuatro lados reposaron sobre el fondo, la superficie reposó sobre uno de los lados. Había pequeñas bisagras de latón.

Herbie dio rápidamente un paso atrás para ver la zona posterior mientras la anterior era mostrada a los espectadores. Sí, entonces lo vio. Un compartimiento triangular adosado a un lado de la tapa, cubierta por un espejo, y unos ángulos destinados a lograr su invisibilidad. Un truco muy gastado. Herbie se sintió un poco decepcionado.

El prestidigitador dobló la caja y el compartimiento oculto por el espejo quedó en su interior. Se volvió ligeramente.

-Y ahora, jovencito...

Lo que ocurrió en el Tibet no fue el único factor; fue el último eslabón de una cadena.

El clima tibetano había sido insólito durante esa semana, realmente insólito. Hizo un relativo calor. La nieve sucumbió a las elevadas temperaturas en cantidad superior a la que se había fundido a lo largo de los últimos años. Los riachuelos crecieron, y todos los ríos aumentaron de caudal.

A lo largo de los ríos, los molinillos de oraciones giraban a más velocidad de la que habían alcanzado jamás. Otros, sumergidos, se detuvieron. Los sacerdotes, con el agua hasta las rodillas, trabajaban frenéticamente, acercando los molinillos a la ribera, donde el veloz torrente no tardaría en volver a cubrirlos.

Había un pequeño molinillo, uno muy antiguo que había girado sin cesar durante más tiempo del que ningún hombre podía recordar. Hacía tanto tiempo que se encontraba allí que ningún lama recordaba la inscripción que ostentaba, ni cuál era el propósito de aquella oración.

Las turbulentas aguas rozaban su eje cuando el lama Klarath se acercó para trasladarlo a un lugar más seguro. Demasiado tarde. Sus pies resbalaron sobre el barro y la palma de su mano tocó el molinillo mientras caía. Liberado de sus amarras, se alejó con la corriente, rodando por el fondo del río, hacia aguas cada vez más profundas.

Mientras rodó, todo fue bien.

El lama se levantó, tiritando a causa de la momentánea inmersión, y se dirigió hacia otro de los molinillos. ¿Qué importancia podía tener un pequeño molinillo?, pensó. No sabía que -ahora que otros eslabones se habían roto- sólo aquel diminuto objeto se interponía entre la Tierra y Armagedón.

El molinillo de Wangur Ul siguió rodando y rodando hasta que, a dos kilómetros río abajo, chocó con un saliente y se detuvo. Ese fue el momento.

«Y ahora, jovencito...»

Estamos nuevamente en Cincinnati, Herbie Westerman levantó la vista, preguntándose por qué se habría interrumpido el prestidigitador a mitad de la frase. Vio que el rostro de Gerber el Grande estaba contorsionado por una gran impresión. Sin moverse, sin cambiar, su rostro empezó a cambiar. Sin transformarse, se transformó.

Después, lentamente, el mago se echó a reír. En aquellas suaves carcajadas se reflejaba todo el mal del mundo. Ninguno de los que las oyeron pudieron dudar de su personalidad. Ninguno dudó. Los espectadores, todos y cada uno de ellos, supieron en aquel horrible momento quién se encontraba ante ellos, lo supieron - incluso los más escépticos- sin ninguna sombra de duda.

Nadie se movió, nadie habló, nadie contuvo el aliento. Hay otras cosas aparte del miedo. Sólo la incertidumbre causa miedo y, en aquel momento, el teatro Bijou estaba lleno de una espantosa certidumbre.

La risa se hizo más fuerte. Alcanzó un crescendo, resonó en los rincones más polvorientos de la galería. Nada -ni una mosca del techo- se movió.

Satanás habló.

-Agradezco la atención que han prestado a un pobre mago -hizo una exagerada reverencia-. La representación ha concluido.

Sonrió.

-Todas las representaciones han concluido.

El teatro pareció obscurecerse, a pesar de que las luces siguieran encendidas. En medio de un silencio mortal, pareció oírse el ruido de unas alas, unas alas correosas, como si invisibles criaturas se estuvieran reuniendo.

En el escenario reinaba un mortecino resplandor rojo. De la cabeza y cada uno de los hombros de la alta figura del mago surgió una minúscula llama.

Aparecieron otras llamas. Surgieron a lo largo del proscenio, a lo largo del escenario. Una de ellas surgió de la tapa de la caja doblada que el pequeño Herbie Westerman seguía teniendo en las manos.

Herbie dejó caer la caja.

¿He mencionado que Herbie era cadete de salvamento? Fue una acción puramente refleja. Un niño de nueve años no sabe gran cosa acerca de temas como Armagedón, pero Herbie Westerman debería haber sabido que el agua jamás habría podido apagar aquel fuego.

Pero, como ya he dicho, fue una acción puramente refleja. Sacó su nueva pistola de agua y lanzó un chorro de líquido sobre la caja destinada a ejecutar el truco de las palomas. Y el fuego se apagó, mientras gotas del chorro de agua mojaban la pernera de los pantalones de Gerber el Grande, que se encontraba de espaldas a él.

Se produjo un ruido sibilante, repentino. Las luces brillaron nuevamente con toda su fuerza, y todas las demás llamas se apagaron, el ruido de alas se desvaneció, ahogado por otro ruido, el murmullo de los espectadores.

El prestidigitador tenía los ojos cerrados. Su voz sonó extrañamente forzada cuando dijo:

-Conservo todo mi poder; ninguno de ustedes recordará lo sucedido.

Después, muy lentamente, se volvió y recogió la caja del suelo. Se la dio a Herbie Westerman.

-Debes tener más cuidado, niño -dijo- sujétala así.

Dio un ligero golpecito en la tapa con su varita mágica. La puerta se abrió. Tres palomas blancas se escaparon de la caja. El susurro de sus alas no era correoso.

El padre de Herbie Westerman bajó las escaleras con semblante pensativo, descolgó el suavizador de la navaja de afeitar de un clavo de la pared de la cocina.

La señora Westerman levantó la mirada y dejó de remover la sopa que estaba haciendo.

-Pero, Henry -dijo-, no irás a castigarle por lanzar un poco de agua por la ventanilla del coche mientras volvíamos a casa, ¿verdad?

Su marido meneó la cabeza.

-Claro que no, Marge. Pero ¿no recuerdas que compramos esa pistola de camino al teatro, y que no nos acercamos para nada a un grifo? ¿Dónde crees que la llenó?

No aguardó la respuesta.

-Cuando nos detuvimos en la catedral para hablar con el padre Ryan acerca de su confirmación, ¿entonces fue cuando la llenó! ¡En la pila bautismal! ¡Poner agua bendita en la pistola de agua!

Subió pesadamente las escaleras, con el suavizador en la mano.

Rítmicos golpes y gemidos de dolor se escaparon hacia el piso inferior. Herbie, que había salvado al mundo estaba recibiendo su recompensa.

Fuego infernal

Isaac Asimov

Hell-fire, © 1956. Traducción de Francisco Blanco en *Con la Tierra nos basta*, Super Ficción 65, Ediciones Martínez Roca, 1981.

Hubo la agitación correspondiente a un muy cortés auditorio de primera noche. Sólo asistió un puñado de científicos, un escaso número de altos cargos, algunos congresistas y unos cuantos periodistas.

Alvin Horner, perteneciente a la delegación de Washington de la Continental Press, se hallaba próximo a Joseph Vincenzo, de Los Álamos.

-Ahora nos enteraremos de algo -comentó.

Vincenzo le miró a través de sus gafas bifocales y dijo:

-No de lo importante.

Horner frunció el entrecejo. Iban a proyectar la primera película a cámara superlenta de una explosión atómica. Mediante el empleo de lentes especiales, que cambiaban en ondulaciones la polarización direccional, el momento de la explosión se dividiría en instantáneas de mil millonésimas de segundo. Ayer, había explotado una bomba A. Y hoy, aquellas instantáneas mostrarían la explosión con increíble detalle.

-¿Cree que producirá efecto? -preguntó Horner.

-Sí que surtirá efecto -repuso Vincenzo con aspecto atormentado-. Hemos hecho pruebas piloto. Pero lo importante...

-¿Qué es lo importante?

-Que esas bombas significan la sentencia de muerte del hombre. Y que no parecemos capaces de comprenderlo... Mírelos. Están excitados y emocionados, pero no asustados.

-Conocen el peligro. Y sí que están asustados -dijo el periodista.

-No lo bastante -replicó el científico-. He visto a hombres contemplar cómo una bomba H hacía desaparecer una isla, convirtiéndola en un agujero, e irse después a casa, a dormir tranquilamente. Así es el ser humano. Por espacio de miles de años, le ha sido predicado el fuego del infierno. Nunca le causó una verdadera impresión.

-El fuego del infierno... ¿Es usted religioso, señor?

-Ayer vio usted el fuego del infierno. Una bomba atómica que explota significa el fuego infernal. Literalmente.

Aquello fue demasiado para Horner. Se levantó y cambió de sitio, aunque mirando intranquilo a la concurrencia. ¿Había alguien que sintiera temor? ¿Se preocupaba alguien por el fuego infernal? No se lo parecía.

Se apagaron las luces, y el proyector entró en funcionamiento. En la pantalla, apareció desvaída la torreta de disparo. La concurrencia permanecía atenta, llena de tensión.

Se encendió una mota de luz en la cúspide de la torreta, un punto brillante e incandescente, que aumentó lenta, perezosamente, formando recodos, cobrando desiguales formas luminosas y expandiéndose en un óvalo.

Alguien lanzó un grito sofocado y luego otro. Siguió un ronco y ruidoso balbuceo, al que sucedió un denso silencio. Horner olió el miedo, paladeó el terror en su propia boca y sintió que se le helaba la sangre.

De la ovalada pelota de fuego brotaron proyecciones. Hubo luego un instante de inmovilidad, como un éxtasis, antes de extenderse rápidamente en una brillante y uniforme esfera.

Y en aquel momento de éxtasis..., la bola de fuego había permitido ver dos negros lunares semejantes a ojos, con obscuras y tenues líneas a manera de cejas, el nacimiento del cabello en forma de «V», una boca contraída hacia arriba, en salvaje carcajada..., y unos cuernos.

La trompeta del Juicio Final

Isaac Asimov

The last trump, © 1955. Traducción de Francisco Blanco en *Con la Tierra nos basta*, Super Ficción 65, Ediciones Martínez Roca, 1981.

El arcángel Gabriel se mostró despreocupado con respecto a aquella cuestión. Dejó indolente que la punta de una de sus alas rozara el planeta Marte, el cual, al estar compuesto de simple materia, no se vio afectado por el contacto.

-Asunto zanjado, Etheriel -dijo-. Ya no hay nada que hacer. El Día de la Resurrección está fijado.

Etheriel, un serafín muy joven, creado apenas mil años atrás, según el modo de contar el tiempo de los hombres, se estremeció de tal modo que se formaron vórtices bien definidos en el *continuum*. Desde su creación, había permanecido siempre al cuidado inmediato de la Tierra y sus aledaños. Como trabajo, suponía una sinecura, un lugar cómodo, un punto muerto. Sin embargo, a través de los siglos, había llegado a sentirse petulantemente orgulloso de su mundo.

-¿Vas a destruir mi mundo sin previo aviso? -protestó.

-En absoluto. Nada de eso. Hay ciertos pasajes en el Libro de Daniel y en el Apocalipsis de San Juan que resultan bastante explícitos.

-¿Lo son de verdad? ¿Después de haber sido copiados por escriba tras escriba? Me pregunto si quedarán sin cambiar dos palabras de una frase.

-Hay sugerencias en el Rig-Veda, en las Analectas confucianas...

-Que son propiedad de grupos culturales aislados, tan reducidos como una aristocracia.

-La Crónica de Gilgamesh habla de manera muy explícita.

-Gran parte de esa Crónica fue destruida con la Biblioteca de Assurbanipal hace mil seiscientos años según el cómputo terrestre, antes de mi creación.

-Hay ciertas características de la Gran Pirámide, y un motivo en las joyas taraceadas del Taj Mahal...

-Tan sutiles que ser humano alguno los ha interpretado jamás debidamente.

Gabriel dijo, cansado ya:

-Si vas a poner objeciones a todo, no es posible discusión alguna sobre el tema. De todos modos, tú deberías estar bien enterado. En los asuntos relativos a la Tierra, eres omnisciente.

-Sí, fui elegido para eso. Y te confieso que, entre las muchas preocupaciones que me causa, no se me ocurrió investigar las posibilidades de la resurrección.

-Pues tendrías que haberlo hecho. Todos los documentos implicados se encuentran en los archivos del Consejo de Ascendientes. Podrías haberlos consultado en cualquier momento.

-Pero el caso es que todo mi tiempo era necesario allí. No tienes la menor idea de la mortal eficiencia del Adversario en ese planeta. Requería todo mi esfuerzo doblegarlo. Y aun así...

-Sí, en efecto. -Gabriel acarició un cometa a su paso-. Parece que ha obtenido sus pequeñas victorias. Al fluir a través de mí la pauta factual entrelazada de ese miserable pequeño mundo, me he dado cuenta que se trata de una de esas estructuras con equivalencia de materia-energía.

-Así es -convino Etheriel.

-Y que están jugando con ella.

-Me temo que sí.

-Entonces, ¿qué mejor momento para acabar con el asunto?

-Soy capaz de manejarlo, te lo aseguro. Sus bombas nucleares no los destruirán.

-Lo dudo. Bien, supongo que ahora me dejarás continuar, Etheriel. Se aproxima el momento señalado.

-Me gustaría ver los documentos pertinentes -repuso tercamente el serafín.

-Si insistes...

Y al instante, sobre la profunda negrura del firmamento sin aire, apareció en signos el texto de un Acta de Ascendencia.

Etheriel leyó en voz alta:

-«Por orden del Consejo Superior, se dispone por la presente que el arcángel Gabriel, número de serie, etcétera, etcétera (bueno, ése eres tú), se aproximará al planeta de clase A, número G753990, posteriormente conocido con el nombre de Tierra, el 1 de enero de 1957, a las 12.01 del día, según el horario local...»

Terminó la lectura en melancólico silencio.

-¿Satisfecho?

-No, pero no tengo más remedio que aceptarlo.

Gabriel sonrió. Una trompeta apareció en el espacio. Su forma era semejante a las terrestres, pero su áureo pulido se extendía de la Tierra al Sol, con la boquilla dirigida hacia los bellos y brillantes labios de Gabriel.

-¿No puedes darme un poco de tiempo para defender mi causa ante el Consejo? -preguntó desesperado Etheriel.

-¿De qué te serviría? El acta está firmada por el Jefe, y ya sabes que un acta firmada por Él es totalmente irrevocable. Y ahora, si no te importa, ya casi ha

llegado el segundo convenio. Quiero terminar con esto de una vez, pues tengo otros asuntos de mucha mayor importancia en que pensar. ¿Me haces el favor de apartarte un poco? Gracias.

Gabriel sopló, y todo el Universo, hasta la más lejana estrella, se colmó con el tenue sonido, de tono perfecto y la más cristalina delicadeza. Al sonar, hubo un leve momento estático, tan leve como la línea que separa el pasado del futuro. Y en el acto, la estructura de los mundos se derrumbó sobre sí misma, y la materia se acumuló de nuevo en el caos primitivo del cual surgiera una vez al conjuro del Verbo. Las estrellas y las nebulosas desaparecieron, y el polvo cósmico, el Sol, los planetas y la Luna. Todo, excepto la Tierra, la cual quedó donde estaba, suspendida en el Universo, ahora vacío por completo.

La trompeta del Juicio Final había sonado.

R. E. Mann (todos cuantos le trataban le llamaban simplemente por sus iniciales, R. E.) entró en las oficinas de la Billikan Bitsies Factory y se quedó mirando sombrío al hombre de elevada estatura (flaco, pero con cierta ajada elegancia, intensificada por su pulcro bigote gris) que se hallaba encorvado sobre un montón de papeles que había en su mesa.

R. E. consultó su reloj de pulsera, que marcaba aún las 7:01, por haberse parado en esa hora. Naturalmente, se trataba de la hora de Oriente, que correspondía a las 12:01 del mediodía según el meridiano de Greenwich. Sus oscuros ojos pardos, que miraban penetrantes sobre un par de pronunciados pómulos, se posaron en los del otro con fijeza.

Durante unos instantes, el hombre de elevada estatura le miró a su vez inexpresivo. Luego dijo:

-¿Puedo servirle en algo?

-¿Horatio J. Billikan, supongo? ¿El propietario de esta fábrica?

-Sí.

-Yo soy R. E. Mann, y no pude evitar detenerme al ver a alguien trabajando. ¿No sabe usted qué día es hoy?

-Es el Día de la Resurrección.

-¡Ah, ya sé! Oí el toque. Destinado a despertar a los muertos... Qué historia tan buena, ¿no cree? -Rió entre dientes unos instantes y prosiguió:- Me desperté a las siete de la mañana. Di un codazo a mi mujer, que dormía como un tronco, según su costumbre. «Es la trompeta del Juicio Final, querida», le dije. Hortensia, así se llama mi mujer, me contestó: «Muy bien», y siguió durmiendo. Me bañé, me afeité, me vestí y vine al trabajo.

-¿Pero por qué?

-¿Y por qué no?

-Ninguno de sus empleados se ha presentado hoy.

-No, pobre gente. Se han tomado el día libre. Era de esperar. Después de todo, no se acaba el mundo todos los días. Con franqueza, me alegro. Me proporciona una oportunidad para poner en orden mi correspondencia personal sin interrupciones. El teléfono no ha sonado hasta ahora ni una sola vez... -Se levantó, dirigiéndose a la ventana-. Supone una gran mejoría... Nada de sol cegador, y la nieve ha desaparecido. Una luz agradable y un grato calor. Muy buen arreglo... Ahora, si no le importa, estoy bastante ocupado, así que me dispensará...

Un ronco vozarrón le interrumpió diciendo: «Un minuto, Horatio». Y un caballero que se parecía en grado notable a Billikan, aunque de facciones más marcadas, introdujo su prominente nariz en el despacho, asumiendo una actitud de dignidad ofendida, apenas disminuida por el hecho de hallarse desnudo.

-¿Puedo preguntarte por qué has cerrado la fábrica?

Billikan pareció a punto de desmayarse.

-¡Cielo Santo! -balbuceó-. ¡Es mi padre! ¿De dónde sales?

-Del cementerio -respondió el recién llegado-. ¿De dónde diablos quieres que salga? Están saliendo de allí a docenas. Todos desnudos. También las mujeres.

Billikan hijo carraspeó:

-Te daré algo de ropa, padre. Iré a buscártela a casa.

-No tiene importancia. El negocio primero, el negocio primero.

R. E. salió de su ensimismamiento para decir:

-¿Está todo el mundo abandonando sus tumbas al mismo tiempo, señor?

Mientras hablaba miraba con curiosidad a Billikan padre. El viejo parecía hallarse en la fuerza de la edad. Sus mejillas, aunque surcadas de arrugas, resplandecían de salud. Su edad, decidió R. E., era la misma que tenía en el momento de su muerte, pero su cuerpo había retrocedido a la época de su vida en que se hallaba en su plenitud.

Billikan padre contestó:

-No, no. Los de las tumbas más recientes salen primero. Tottersby murió cinco años antes que yo y salió unos cinco minutos después de mí. Fue el verle lo que me decidió a marcharme de allí. Ya tuve bastante con él cuando... -dio un puñetazo sobre la mesa, con un sólido puño-. No hay taxis ni autobuses. No funcionan los teléfonos. He tenido que venir a pie. Treinta y cinco kilómetros a pie.

-¿Así? -preguntó su hijo con espantada voz.

Billikan padre bajó la mirada para contemplar su piel al descubierto con despreocupada aprobación.

-Hace calor. Y la mayoría van desnudos... De todos modos, hijo, no he venido aquí para charlar de fruslerías. ¿Por qué está cerrada la fábrica?

-No está cerrada. Es una ocasión especial.

-¡Qué ocasión especial ni qué diablos! Llama al sindicato y diles que el Día de la Resurrección no figura en el contrato de trabajo. Se les deducirá a todos del salario. Cada minuto que permanezcan ausentes de su labor.

La rasurada cara de Billikan hijo tomó un aire de obstinada decisión, mientras escudriñaba a su padre.

-No -dijo-. No lo haré. No olvides que no eres tú quien está al mando de esta factoría, sino yo.

-¿Ah, sí? ¿Y con qué derecho?

-Por tu voluntad expresada en tu testamento.

-Muy bien. Pues ahora que estoy de regreso, anulo mi testamento.

-No puedes, padre. Estás muerto. Tal vez no lo parezcas, pero tengo testigos. Guardo el certificado médico. He pagado las facturas del empresario de pompas fúnebres. Si lo necesito, obtendré el testimonio de los portadores del féretro.

Billikan padre miró con fijeza a su hijo, se sentó, colocó una mano sobre el respaldo de su butaca y cruzó las piernas.

-Si vamos a eso -dijo-, todos estamos muertos, ¿no es así? El mundo se ha acabado.

-Pero tú has sido declarado legalmente muerto y yo no.

-¡Bah! Ya cambiaremos eso. Va a haber más de los nuestros que de los vuestros, hijo. Y los votos cuentan.

Billikan hijo dio una firme palmada sobre su mesa. Enrojeció ligeramente.

-Padre, no desearía abordar este punto particular, pero ya que me obligas a ello... Debo recordarte que en estos momentos madre debe estar ya esperándote en casa y que sin duda alguna se habrá visto también obligada a caminar por las calles..., desnuda. No creo que se sienta de muy buen humor.

Billikan padre se puso ridículamente pálido.

-¡Cielo santo! -exclamó.

-Y ya sabes que siempre deseó que te retirases.

Billikan padre adoptó una decisión rápida.

-No pienso ir a casa. ¡Vaya, esto es una pesadilla! ¿No hay límite alguno para esta histeria de la resurrección? Es..., es..., pura anarquía. No hay que extremar tanto las cosas. No, he dicho que no iré a casa y no voy.

En aquel punto, un caballero un tanto rotundo, de rostro terso, suave y sonrosado y blancas patillas a lo Francisco José, entró en el despacho y saludó fríamente:

-Buenos días.

-¡Padre! -dijo el Billikan desnudo.

-¡Abuelo! -dijo el Billikan vestido.

El abuelo Billikan miró a su nieto con aire de desaprobación:

-Si eres mi nieto, parece que has envejecido mucho. El cambio no te ha mejorado.

Billikan nieto sonrió con dispéptica debilidad y no respondió.

Tampoco el abuelo Billikan parecía esperar respuesta alguna. Continuó:

-Bien, si me ponen al corriente de cómo va el negocio en la actualidad, reasumiré mis funciones de director.

Hubo dos respuestas simultáneas, y el encendido de las mejillas del abuelo se intensificó hasta un grado peligroso, en tanto golpeaba perentorio el suelo con un bastón imaginario y ladraba una réplica.

R. E. decidió intervenir.

-Caballeros -dijo. Alzó un poco la voz-. ¡Caballeros! -y acabó por gritar a pleno pulmón-: ¡CABALLEROS!

La conversación cesó de repente, y todos se volvieron hacia él. El rostro anguloso de R. E., sus ojos singularmente atractivos y su sardónica boca parecieron dominar de pronto la reunión.

-No comprendo esta discusión -dijo-. ¿Qué es lo que fabrican ustedes?

-Copos -respondió Billikan nieto.

-O sea, si no me equivoco, un desayuno empaquetado, a base de cereales...

-Lleno de energía en cada uno de sus áureos trocitos... -proclamó Billikan nieto.

-Recubiertos de cristalino azúcar, dulce como la miel. Elaboración y alimento que... -rezongó Billikan padre.

-Tienta al más inapetente... -rugió Billikan abuelo.

-A eso iba -interrumpió R. E.-. ¿Qué clase de inapetencia?

Todos le miraron con aire estólido.

-¿Perdón? -dijo Billikan nieto, creyendo no haber entendido bien.

-Sí, ¿alguno de ustedes tiene apetito? -volvió a preguntar R. E.-. Yo no.

-¿Qué es lo que farfulla este estúpido? -barbotó Billikan abuelo.

Su invisible bastón habría medido las costillas de R. E. de haber existido (el bastón, no las costillas, claro). R. E. prosiguió:

-Estoy tratando de poner en su conocimiento que nadie querrá volver a comer. Nos hallamos en el después, y el alimento resulta innecesario.

Las expresiones que se dibujaron en los rostros de los Billikan no necesitaban interpretación alguna. Se hizo evidente que habían intentado comprobar sus propios apetitos y los habían hallado nulos.

Billikan nieto exclamó con el rostro ceniciento:

-¡Arruinados!

Billikan abuelo aporreó enérgica y ruidosamente con la contera de su imaginario bastón.

-Esto es una confiscación de la propiedad sin el debido procedimiento legal. Entablaremos pleito, litigaremos...

-Totalmente anticonstitucional -le apoyó Billikan padre.

-Si encuentran a alguien para que presente la demanda, les deseo buena suerte -manifestó R. E. en tono afable-. Y ahora, si me lo permiten, creo que voy a darme una vuelta por el cementerio.

Y encasquetándose el sombrero, se dirigió a la puerta y salió.

Etheriel, con sus vórtices estremecidos, se vio ante la gloria de un querubín de seis alas.

-Si te he entendido bien -dijo éste-, tu universo particular ha sido desmantelado.

-Exacto.

-Bueno, supongo que no esperarás que yo lo ajuste de nuevo...

-No espero que hagas nada, excepto conseguirme una entrevista con el Jefe.

Al oír este nombre, el querubín se apresuró a exponer su respeto. Las puntas de dos de sus alas le cubrieron los pies, otras dos los ojos y las dos últimas la boca. Volviendo a su estado normal, repuso:

-El Jefe está muy ocupado. Tiene una miríada de asuntos que resolver.

-¿Y quién lo niega? Me limito a señalar que, si las cosas continúan como hasta ahora, tendrá un universo en el cual Satán logrará la victoria final.

-Es el nombre hebreo del Adversario -explicó impaciente Etheriel-. Podría llamarle también Ahrimán, que es la palabra persa. En cualquier caso, me refiero al Adversario.

-¿Y a qué te conducirá una entrevista con el Jefe? -dijo el querubín-. Firmó el documento que autorizaba tocar la trompeta del Juicio Final, y ya sabes que su

firma es irrevocable. El Jefe no contradiría nunca su propia omnipotencia revocando una palabra pronunciada en su facultad oficial.

-¿Es tu última decisión? ¿No quieres concertarme una entrevista?

-No puedo.

-En ese caso -decidió Etheriel- acudiré al Jefe sin que me sea concedida audiencia. Invadiré el Móvil Primero. Y si ello significa mi destrucción, que así sea.

E hizo acopio de todas sus energías...

-¡Sacrilégio! -murmuró horrorizado el querubín.

Se oyó como un trueno cuando Etheriel salió disparado hacia las alturas.

R. E. Mann recorrió las atestadas calles, acostumbrándose poco a poco a la visión de toda aquella gente aturdida, incrédula, apática, vestida sucintamente o, con mayor frecuencia, sin nada encima.

Una chiquilla que aparentaba unos doce años, colgada de una puerta de hierro, con un pie posado sobre un barrote y balanceándose adelante y atrás, le saludó al pasar:

-¡Hola!

-¡Hola! -correspondió R. E.

La niña estaba vestida. No era uno de los... retornados.

-Tenemos un nuevo bebé en casa. Es una hermanita. Mamá no hace más que quejarse y me ha mandado aquí.

-Me parece muy bien -dijo R. E.

Cruzó la verja y se dirigió a la casa, de modesto aspecto. Tocó el timbre y, al no obtener respuesta, abrió la puerta y penetró en el interior. Siguiendo el sonido de los sollozos, llamó con los nudillos a una segunda puerta. Un hombre vigoroso, de unos cincuenta años, de escaso pelo, gruesas mejillas y prominente mandíbula, abrió y le dirigió una mirada, mezcla de asombro y enfado.

-¿Quién es usted?

R. E. se quitó el sombrero.

-Pensé que podría servir de alguna ayuda. Su pequeña, que está fuera...

Una mujer, sentada en una silla junto a una cama de matrimonio, alzó la vista hacia él con aire desvalido. Su cabello comenzaba a encanecer. Tenía el rostro abotargado por el llanto, y las venas de las manos amoratadas e hinchadas. Una criatura se hallaba sobre la cama, gordezuela y desnuda, agitando lánguidamente los pies y dirigiendo acá y allá sus ojos sin vista aún.

-Es mi pequeña -dijo la mujer-. Nació hace veintitrés años, en esta casa, y murió a los diez días, también aquí. ¡Deseé tanto que volviera!

-Bueno, pues ya la tiene -la animó R. E.

-¡Pero es demasiado tarde! -clamó la mujer, en una especie de vehemente sollozo-. Tuve otros tres hijos. Mi hija mayor está casada, mi hijo cumpliendo el servicio militar. Y ya soy demasiado vieja para criar a otro. Si por lo menos..., si por lo menos...

Sus facciones se contrajeron en un esfuerzo por reprimir las lágrimas. No lo consiguió.

Su marido intervino, diciendo con voz átona:

-No es una criatura real. No llora. No se ensucia. No quiere tomar leche. ¿Qué vamos a hacer con ella? Jamás crecerá. Siempre seguirá siendo un bebé.

R. E. meneó la cabeza.

-No lo sé. Siento no poder hacer nada para ayudarles.

Y se marchó sosegadamente. Pensó sin perder la calma en los hospitales y las clínicas. Miles de criaturas debían estar apareciendo en ellos.

«Que las cuelguen en perchas -pensó sardónico-. Que las hacen como leños, en atados. No necesitan cuidados. Sus cuerpecillos no son más que el recipiente de una indestructible chispa vital.»

Pasó ante dos chiquillos al parecer de la misma edad, tal vez unos diez años. Sus voces eran agudas. El cuerpo de uno de ellos brillaba bajo la luz no solar, de manera que se trataba de un retornado. El otro no. R. E. se detuvo a escucharles.

-Tuve la escarlatina -decía el desnudo.

-¡Sí, claro! -exclamó el vestido, con una chispa de envidia en la voz.

-Por eso morí.

-¿Ah, sí? ¿Qué te dieron, penicilina o aureomicina?

-¿De qué hablas?

-Son medicinas.

-Nunca oí hablar de ellas.

-Chico, pues no has oído hablar de mucho.

-Sé tanto como tú.

-Conque sí, ¿eh?

-A ver, ¿quién es el presidente de Estados Unidos?

-Warren Harding.

-Estás chiflado. Es Eisenhower.

-¿Quién es ése?

-¿No lo has visto nunca en la televisión?

-¿Qué es la televisión?

El chico vestido gritó como para romperle los tímpanos a cualquiera:

-Algo que, moviendo un botón, se ven artistas, películas, vaqueros, lanzamientos de cohetes y todo lo que se quiera.

-A ver, enséñamelo.

-No funciona en este momento -confesó tras una pausa el niño del presente.

El otro manifestó su enojo, gritando a su vez:

-Lo que pasa es que no ha funcionado nunca. Eres un embustero.

R. E. se encogió de hombros y siguió adelante.

Los grupos escaseaban al acercarse al cementerio. Todos se encaminaban a la ciudad, desnudos.

Un hombre le detuvo. De aspecto jovial, con la piel sonrosada y el cabello blanco, se le veían las marcas de los lentes a ambos lados del puente de la nariz, aunque no los llevaba.

-Se le saluda, amigo -dijo.

-¡Hola! -respondió R. E.

-Usted es el primer hombre vestido que veo. Supongo que estaba vivo cuando sonó la trompeta.

-En efecto.

-Bien, ¿no le parece grande todo esto? ¿No lo encuentra maravilloso y extraordinario? Venga, regocíjese conmigo.

-Le gusta a usted esto, ¿verdad?

-¿Gustar? Una alegría pura y radiante me colma. Estamos rodeados por la luz del primer día, la luz que resplandecía suave y serenamente antes que fueran creados el Sol, la Luna y las estrellas. Usted debe conocer el Génesis, claro. Hay el dulce calor que debió ser uno de los mayores deleites del Edén, no el enervante de un sol implacable, ni el asalto del frío en su ausencia. Hombres y mujeres andan por las calles sin ropa alguna y no se avergüenzan. Todo está bien, amigo, todo está bien.

-Desde luego, es un hecho que no me ha impresionado el despliegue femenino.

-Pues claro que no -corroboró el otro-. El deseo y el pecado, tal como lo recordamos de nuestra existencia terrenal, ya no existen. Permítame que me

presente, amigo, tal como fui en otros tiempos. Mi nombre en la Tierra fue Winthrop Hester. Nací en 1812 y morí en 1884, tal como entonces contábamos el tiempo. A lo largo de los últimos cuarenta años de mi vida, laboré para conducir mi pequeño rebaño hasta el Reino. Ahora podré contar los que gané para él.

R. E. contempló con solemnidad al ministro de la Iglesia.

-Lo más probable es que no haya habido ningún Juicio todavía.

-¿Por qué no? El Señor ve en el interior de cada hombre, y en el mismo instante en que todas las cosas del mundo cesaron, todos fueron juzgados. Nosotros somos los salvos.

-Pues deben haberse salvado muchos.

-Por el contrario, hijo mío, los salvos no son sino un resto.

-Un resto muy nutrido... Por lo que puedo colegir, todo el mundo vuelve a la vida. Y he visto en la ciudad algunos personajes muy desagradables tan vivos como usted.

-Un arrepentimiento de último momento...

-Yo nunca me he arrepentido.

-¿De qué, hijo mío?

-Del hecho de no haber asistido nunca a la iglesia.

Winthrop Hester se echó atrás presuroso.

-¿Fue usted bautizado alguna vez?

-No, que yo sepa.

Winthrop Hester tembló.

-Pero seguro que creyó en Dios.

-Bueno. Creí una serie de cosas sobre Él que probablemente le espantarían si se las dijera.

Winthrop Hester se dio la vuelta y se marchó presa de gran agitación.

En lo que quedaba de camino hasta el cementerio (R. E. no tenía medios de calcular el tiempo ni se le ocurrió intentarlo), nadie más le detuvo. Halló el cementerio casi vacío, sin árboles ni hierba. Pensó que no quedaba ya verdor en el mundo; el mismo suelo presentaba un gris duro e informe, sin granulación; el firmamento, una blancura luminosa. Sin embargo, las lápidas subsistían.

Sobre una de ellas se hallaba sentado un hombre flaco y con arrugas, de largo cabello negro y una mata de pelo, más corto, aunque más impresionante, en el pecho y la parte superior de los brazos. Le llamó con profunda voz:

-¡Eh, usted!

-Hola -dijo R. E., sentándose en otra lápida vecina.

El del pelo negro dijo:

-Su indumentaria tiene un aspecto muy raro. ¿En qué año ha sucedido esto?

-En 1957.

-Yo morí en 1807. ¡Curioso! Esperaba que a estas alturas me habría convertido en un buen churrasco, con las llamas eternas brotando de mis entrañas.

-¿No piensa venir a la ciudad?

-Me llamo Zeb -dijo el otro-. Abreviatura de Zebulón, pero con Zeb basta. ¿Qué tal la ciudad? ¿Habrá cambiado un poco, supongo?

-Ha llegado a los cien mil habitantes.

La boca de Zeb dibujó algo semejante a un bostezo.

-¡Vaya! ¿Más que Filadelfia...? Usted bromea.

-Filadelfia tiene... -R. E. se detuvo. Exponer la cifra no serviría de nada. En vez de ello, dijo:- Ha crecido lo normal en una ciudad durante ciento cincuenta años...

-¿El país también?

-Ahora tenemos cuarenta y ocho estados. Lo ocupamos todo hasta el Pacífico.

-¡No me diga! -Zeb se dio una fuerte palmada de contento en el muslo y respingó ante la ausencia de tela que hubiera atenuado el golpe-. Me iría al oeste si no se me necesitara aquí. Sí, señor -su cara se ensombreció, y sus delgados labios tomaron un rictus de definida inflexibilidad-. Sí, me quedaré aquí, donde soy necesario.

-¿Por qué es necesario?

La explicación surgió con breve y duro laconismo.

-¡Indios!

-¿Indios?

-Millones de ellos. Primero las tribus que combatimos y liquidamos, y encima las que nunca vieron a un hombre blanco. Todos ellos están volviendo a la vida. Necesitaré a mis viejos camaradas. Ustedes, los tipos de la ciudad, no valen para eso... ¿Ha visto alguna vez a un indio?

-Últimamente no.

Zeb esbozó un gesto de desprecio e intentó escupir a un lado, pero no encontró saliva para ello.

-Más vale que regrese a la ciudad -dijo-. Dentro de poco, no habrá la menor seguridad por estos parajes. Desearía tener mi mosquetón.

R. E. se puso en pie, meditó un momento, se encogió de hombros y se dirigió a la ciudad. La lápida sobre la que había estado sentado se desplomó al levantarse, convirtiéndose en polvo de piedra gris, que se amalgamó con la tierra informe. Miró en derredor. La mayoría de las lápidas habían desaparecido. El resto no tardaría en hacerlo. Sólo la que estaba bajo Zeb parecía aún firme y fuerte.

R. E. echó a andar. Zeb ni siquiera se volvió para mirarle. Seguía inmóvil y en calma, en espera... de los indios.

Etheriel se zambulló a través de los cielos con temeraria celeridad. Los ojos de los Ascendientes se hallaban posados sobre él, lo sabía. Desde el serafín creado en último lugar, pasando por los querubines y los ángeles, hasta el más elevado de los arcángeles, todos debían estar contemplándole.

Había llegado ya más arriba que ningún Ascendiente estuviera nunca sin ser invitado, y esperaba el palpar del Verbo que reduciría sus vórtices a la nada.

Mas no vaciló. A través del no-espacio y el no-tiempo se precipitó hacia la unión con el Móvil Primero, la sede que circundaba todo lo que Es, Fue, Sería, Había Sido, Podía Ser y Debía Ser.

Y al pensarlo, irrumpió y se fundió con él, expandiéndose su ser de manera que, por un instante, formó parte del Todo. Sin embargo, de un modo misericorde, sus sentidos se velaron, y el Jefe se convirtió en una queda voz en su interior, tenue pero tanto más impresionante en su infinita plenitud.

-Hijo mío -dijo la voz-, ya sé por qué has venido.

-Entonces ayúdame, si tal es tu voluntad.

-Por mi propia voluntad, un acto mío es irrevocable. Todo tu género humano, hijo mío, anhelaba vivir. Todos temían la muerte. Todos albergaban y desarrollaban pensamientos y sueños de vida ilimitada. No dos grupos de hombres, no dos hombres aislados. Todos desarrollaban la misma idea de la vida futura, todos deseaban vivir. Se pedía que fuese el común denominador de todos esos deseos... de vida eterna. Y accedí.

-Ningún servidor tuyo presentó la solicitud.

-La presentó el Adversario, hijo mío.

La débil gloria de Etheriel desfalleció. Murmuró en voz baja:

-Soy polvo a tu vista e inmerecedor de estar en tu presencia, pero debo hacerte una pregunta. ¿También el Adversario es tu servidor?

-Sin él, no podría tener ningún otro -repuso el Jefe-. ¿Pues qué es el Bien sino la lucha eterna contra el Mal?

«Y en esa lucha -pensó Etheriel-, yo he perdido.»

R. E. se detuvo a la vista de la ciudad. Los edificios se estaban derrumbando. Los de madera eran ya montones de astillas. Se dirigió al más próximo de tales hacinaamientos y halló las astillas polvorientas y secas.

Penetró más profundamente en la ciudad y vio que las casas de ladrillo se mantenían aún en pie, si bien los ladrillos presentaban una siniestra redondez en los bordes, un amenazador descascarillamiento.

-No durarán mucho -dijo una voz profunda-, pero hasta cierto punto supone un consuelo saber que al derrumbarse no matarán a nadie.

R. E. alzó la vista sorprendido y se halló cara a cara con un cadavérico Don Quijote de deprimidas mandíbulas y hundidas mejillas. Sus ojos eran tristes; su cabello, castaño y lacio. La ropa le colgaba flojamente, y la piel asomaba a través de varios desgarrones.

-Mi nombre es Richard Levine -dijo el individuo-. Era profesor de historia..., antes que esto ocurriera.

-Va usted vestido -observó R. E.-. Así que no es uno de los resucitados.

-No, pero esa señal que me diferencia va desapareciendo. La ropa se cae a jirones.

R. E. observó a la muchedumbre que pasaba, moviéndose lentamente y sin meta, como polillas bajo un rayo de sol. En efecto, pocos llevaban ropa. Se miró la suya y por primera vez reparó en que se había desprendido ya la costura lateral de las perneras de sus pantalones. Tomó entre pulgar e índice la tela de su chaqueta, y la lana se desmenuzó con facilidad.

-Me parece que tiene usted razón -dijo a Levine.

-Y si se fija, verá también que Mellon's Hill está quedando raso -prosiguió el profesor de historia.

R. E. dirigió la mirada al norte, donde las mansiones de la aristocracia -toda la aristocracia que había en la ciudad- festoneaban las laderas de Mellon's Hill, y halló casi liso el horizonte.

-Al final -anunció Levine-, todo se reducirá a una planicie, sin ningún rasgo característico. La nada..., y nosotros.

-Y los indios -añadió R. E.-. Hay un hombre al exterior de la ciudad que los espera. No hace más que clamar por un mosquetón.

-Imagino que los indios no nos causarán ninguna desazón. No hay placer alguno en combatir a un enemigo al que no se puede matar o herir. Y aunque se pudiera, el anhelo de batalla habría desaparecido, como todos los anhelos.

-¿Está usted seguro?

-Segurísimo. Aunque no se lo imagine al mirarme, antes que todo esto aconteciera, me causaba un gran e inofensivo placer la contemplación de una figura femenina. Ahora, pese a las oportunidades sin par a mi disposición, me

siento irritablemente falta de interés. No, no es cierto... Ni siquiera me causa irritación mi desinterés.

R. E. lanzó una breve ojeada a los transeúntes.

-Ya sé lo que quiere decir.

-La venida de los indios aquí no significa nada comparada con lo que debe ser la situación en el Viejo Mundo -prosiguió Levine-. Ya en las primeras horas de la Resurrección, sin duda volvieron a la vida Hitler y su Wehrmacht. Ahora deben hallarse en compañía y mezclanza con Stalin y el Ejército Rojo, en todo el camino que va desde Berlín a Stalingrado. Para complicar la situación, llegarán los káiseres y los zares. Los hombres de Verdún y el Somme volverán a los antiguos campos de batalla. Napoleón y sus mariscales se desparramarán por la Europa occidental. Y Mahoma habrá vuelto para ver lo que épocas posteriores han hecho del Islam, mientras que los santos y los apóstoles estudiarán las sendas de la cristiandad. Y hasta los mongoles, pobrecillos, los Kanés de Temujin a Aurangzeb, recorrerán desamparados las estepas, en anhelante búsqueda de caballos.

-Como profesor de historia, lo lógico es que anhele también estar allí para observar.

-¿Cómo podría estar allí? La posición de todo hombre en la Tierra queda limitada ahora a la distancia que puede recorrer caminando. No hay máquinas de ninguna especie y, como he mencionado ya, tampoco caballos ni cabalgadura alguna. Y al fin y al cabo, ¿qué cree que encontraría en Europa de todos modos? Apatía, igual que aquí.

El sordo ruido de una caída hizo que R. E. girase en redondo. El ala de un edificio de ladrillo próximo a ellos se había derrumbado. A ambos lados, entre el polvo, había cascotes. Sin duda, alguno de ellos le había golpeado sin que se diera cuenta.

-Encontré a un hombre que pensaba que todos habíamos sido ya juzgados y estábamos en el cielo -dijo.

-¿Juzgados? Sí, me imagino que lo estamos. Nos enfrentamos ahora a la eternidad. No nos queda ningún universo, ni fenómenos exteriores, ni emociones, ni pasiones. Nada, sino nosotros mismos y el pensamiento. Nos enfrentamos a una eternidad de introspección, cuando nunca, a lo largo de la historia, hemos sabido qué hacer de nosotros mismos en un domingo lluvioso.

-Parece como si la situación le molestara.

-Mucho más que eso. Las concepciones dantescas del infierno eran pueriles e indignas de la imaginación divina. Fuego y tortura... El hastío es mucho más sutil. La tortura interior de una mente incapaz de escapar de sí misma en modo alguno, condenada a pudrirse en la exudación de su propio pus mental por toda la eternidad resulta mucho más refinada. Sí, amigo mío, hemos sido juzgados..., y condenados. Y esto no es el cielo, sino el infierno.

Levine se levantó, con los hombros abrumados por el decaimiento, y se marchó.

R. E. miró pensativo en derredor y asintió con la cabeza. Estaba convencido.

El reconocimiento del propio fracaso duró sólo un instante en Etheriel. De pronto, alzó su ser tan brillante y elevadamente como osó en presencia del Jefe, y su gloria fue una pequeña mota de luz en el infinito Móvil Primero.

-Si debe cumplirse tu voluntad -dijo-, no pido que renuncies a ella, sino que la colmes.

-¿De qué modo, hijo mío?

-El documento aprobado por el Consejo de Ascendientes y firmado por Ti señala el Día de la Resurrección para una hora específica de un día determinado del año 1957, según el cómputo del tiempo de los terrestres.

-Así es.

-Pero la fijación de la fecha es impropia. En efecto, ¿qué significa 1957? Para la cultura dominante en la Tierra, significa que transcurrieron mil novecientos cincuenta y siete años después del nacimiento de Jesucristo, cosa muy cierta. Sin embargo, desde el instante en que insuflaste la existencia a la Tierra y al Universo, han pasado 5.960 años. Y basándose en la evidencia interna de tu creación dentro de este universo, han pasado cerca de cuatro billones de años. ¿Cuál es por lo tanto el año impropio, el 1957, el 5960 o el 4000000000000? Y no es eso todo. El año 1957 después de Jesucristo coincide con el 7474 de la era bizantina y con el 5716 según el calendario judío. Igualmente, corresponde al año 2708 desde la fundación de Roma, en caso que adoptemos el calendario romano, y al 1375 en el calendario mahometano, y al 180 de la independencia de Estados Unidos... Así que te pregunto humildemente: ¿no te parece que un año mencionado como 1957, sin especificar más, resulta impropio y sin significado alguno?

La voz profunda, sosegada y tenue, a la par que intensa, del Jefe repuso:

-Siempre supe eso, hijo mío. Eras tú quien tenías que aprenderlo.

-Entonces -rogó Etheriel, con un luminoso temblor de alegría-, haz que se cumpla tu designio al pie de la letra y, en consecuencia, que el Día de la Resurrección recaiga, en efecto, en el 1957 prescripto, pero sólo cuando todos los habitantes de la Tierra acuerden por unanimidad que un año determinado, y ningún otro, corresponde a 1957.

-Así sea -asintió el Jefe.

Y su Verbo recreó la Tierra y todo cuanto contenía, junto con el Sol, la Luna y todos los demás huéspedes del cielo.

Eran las siete de la mañana del 1 de enero de 1957 cuando R. E. Mann se despertó sobresaltado. El comienzo de la melodiosa nota que debía haber llenado el Universo había sonado y sin embargo no había sonado.

Por un instante, enderezó la cabeza, como si quisiera hacer penetrar en ella la comprensión. Luego, cruzó por su rostro un leve gesto de rabia, que se desvaneció muy pronto. No había sido más que otra batalla.

Se sentó ante su escritorio para componer el siguiente plan de acción. La gente hablaba ya de la reforma del calendario y había que apoyarla. Una nueva era debía comenzar el 2 de diciembre de 1944. Algún día llegaría el nuevo año 1957. El 1957 de la era atómica, reconocido como tal por todo el mundo.

Una extraña luz fulguró en su cerebro, mientras los pensamientos se sucedían en su mente más que humana. Y dos pequeños cuernos, uno en cada sien, parecieron dibujarse en la sombra de Ahrimán proyectada en la pared*.

* _ En inglés, R. E. Mann se pronuncia de manera muy semejante a Ahrimán (N. del T.).

Treta tridimensional

Isaac Asimov

The brazen locked room, © 1956. Traducción de Francisco Blanco en *Con la Tierra nos basta*, Super Ficción 65, Ediciones Martínez Roca, 1981.

-Vamos, vamos -dijo Shapur con bastante cortesía, considerando que se trataba de un demonio-. Está usted desperdiciando mi tiempo. Y el suyo propio también, podría añadir, puesto que sólo le queda media hora.

Y su rabo se enroscó.

-¿No es desmaterialización? -preguntó caviloso Isidore Wellby.

-Ya le he dicho que no.

Por centésima vez, Wellby miró el bronce que le rodeaba por todas partes sin solución de continuidad. El demonio se había permitido el impío placer (¿de qué otra clase iba a ser?) de señalar que el piso, el techo y las cuatro paredes carecían de rasgos diferenciales, y estaban formados todos ellos por planchas de bronce de sesenta centímetros soldadas sin unión.

Era la última estancia cerrada, y Wellby disponía sólo de otra media hora para salir de ella. El demonio le contemplaba con expresión de concentrada anticipación.

Isidore Wellby había firmado diez años antes, que se cumplían aquel día.

-Pagamos de antemano -insistió Shapur en tono persuasivo-. Diez años de todo cuanto desee, dentro de lo razonable. Al final, pasará a ser un demonio. Uno de los nuestros, con un nuevo nombre de demoníaca potencia y todos los privilegios que eso incluye. Apenas se dará cuenta que está condenado. De todos modos, aunque no firme, tal vez acabe igual en el fuego, por el simple curso de los acontecimientos. Nunca se sabe... Fíjese en mí. No lo hago tan mal. Firmé, disfruté de mis diez años, y aquí estoy. No lo hago tan mal.

-En ese caso, si puedo terminar por condenarme, ¿por qué se muestra tan ansioso para que firme? -preguntó Wellby.

-No resulta fácil reclutar directivos para el infierno -respondió el demonio con un franco encogimiento de hombros, que intensificó el débil olor a bióxido sulfúrico que se advertía en el aire-. Todo el mundo especula para llegar al cielo. Una pobre especulación, pero así es. Yo creo que usted es demasiado sensible para eso. Pero entretanto nos encontramos con más almas condenadas de las que somos capaces de atender y una creciente penuria en el plano administrativo.

Wellby, que acababa de ser licenciado del ejército con muy poco entre las manos, a excepción de una cojera y la carta de despedida de una muchacha a la que en cierto modo amaba aún, se pinchó el dedo y suspiró.

Lógicamente, leyó primero el pequeño impreso. Tras la firma con su sangre, se depositaría en su cuenta cierta cantidad de poder demoníaco. No sabía en detalle cómo se manejaban aquellos poderes, ni siquiera la naturaleza de los mismos. Sin embargo, veía colmados sus deseos de tal modo que parecerían el producto de mecanismos perfectamente normales.

Desde luego, no se cumpliría ningún deseo que interfiriese con los designios superiores y con los propósitos de la historia humana. Wellby enarcó las cejas ante esta cláusula.

Shapur carraspeó.

-Una precaución que nos ha sido impuesta por..., ¡ejem!..., Arriba. Sea razonable. La limitación no le supondrá obstáculo alguno.

-Parece también una cláusula trampa.

-Algo de eso, sí. Después de todo, debemos comprobar sus aptitudes para el puesto. Como ve, se establece que, al finalizar sus diez años, deberá ejecutar una tarea para nosotros, una labor que sus poderes demoníacos le harán perfectamente posible realizar. No le diremos aún la naturaleza de esa tarea, pero dispondrá de diez años para estudiar sus poderes. Considere toda la cuestión como un examen de ingreso.

-Y si no paso la prueba, ¿qué?

-En tal caso -respondió el demonio-, será usted una vulgar alma condenada. .-Y como al fin y al cabo era demonio, sus ojos fulguraron humeantes ante la idea, y sus ganchudos dedos se retorcieron como si los sintiera ya profundamente clavados en las partes vitales de su interlocutor. No obstante, añadió con suavidad:- ¡Oh, vamos! La prueba será sencilla. Preferimos tenerle como directivo que como un alma más en nuestras manos.

A Wellby, sumido en melancólicos pensamientos sobre su inasequible amada, le importaba muy poco por el momento lo que sucedería al cabo de diez años. Firmó.

Los diez años pasaron rápidamente. Como el demonio había predicho, Isidore Wellby se mostró razonable y las cosas marcharon bien. Aceptó un trabajo y, como aparecía siempre en el momento adecuado y en el lugar oportuno y siempre decía la palabra apropiada al hombre apropiado, alcanzó pronto un puesto de gran autoridad.

Las inversiones que hacía resultaban invariablemente beneficiosas. Y lo más gratificante fue que su chica volvió a él con el arrepentimiento más sincero y la más satisfactoria adoración.

Su casamiento fue feliz y bendecido con cuatro criaturas, dos varones y dos hembras, todos ellos inteligentes y con un comportamiento razonable. Al final de

los diez años, se hallaba en la cúspide de su autoridad, reputación y riqueza, en tanto que su mujer, al madurar, se había vuelto todavía más bella.

Y a los diez años (en el día justo, naturalmente) de establecer el pacto, se despertó para encontrarse, no en su dormitorio, sino en una horrible cámara de bronce de la más espantosa solidez, sin más compañía que la de un ávido demonio.

-Todo lo que tiene que hacer es salir de aquí y se convertirá en uno de los nuestros -le explicó Shapur-. Lo conseguirá con facilidad empleando con lógica sus poderes demoníacos, siempre que sepa cómo manejarlos. A estas alturas, debería saberlo.

-Mi mujer y mis pequeños se inquietarán mucho por mi desaparición -dijo Wellby, con un comienzo de arrepentimiento.

-Hallarán su cadáver -manifestó el demonio en tono de consuelo-. Habrá muerto al parecer de un ataque al corazón. Celebrarán unos funerales magníficos. El sacerdote anunciará su subida al cielo, y nosotros no le desilusionaremos, como tampoco a quienes le estén escuchando. Vamos, Wellby, dispone usted de tiempo hasta el mediodía.

Wellby, que se había acorazado en su inconsciente durante los diez años para este momento, se sintió menos asaltado por el pánico de lo que podía haberlo estado. Miró inquisitivo a su alrededor.

-¿Está herméticamente cerrada esta habitación? ¿No hay aberturas secretas?

-Ninguna en paredes, piso o techo -dijo el demonio con deleite profesional ante su obra-. Ni tampoco en las intersecciones de cualquiera de las superficies. ¿Va a renunciar?

-No, no. Deme tan sólo tiempo.

Wellby meditó intensamente. No había señal alguna de cierre en la estancia. Sin embargo, se notaba como una corriente de aire. Tal vez penetrase por desmaterialización a través de las paredes. Quizá también el demonio había entrado así. Estaba en lo posible que él, Wellby, pudiera desmaterializarse para salir. Lo preguntó.

El demonio le respondió con una risita entre sus dientes afilados.

-La desmaterialización no forma parte de sus poderes. Ni tampoco la empleé yo para entrar.

-¿Está seguro?

-La cámara es de mi propia creación -manifestó petulante el demonio-. La construí especialmente para usted.

-¿Y penetró desde el exterior?

-Así fue.

-¿Y yo también podría hacerlo con los poderes demoníacos que poseo?

-En efecto. Mire, seamos precisos. No puede moverse a través de la materia, pero sí en cualquier dimensión, por un simple esfuerzo de su voluntad. Arriba y abajo, a derecha e izquierda, oblicuamente, etcétera, mas no atravesar la materia en modo alguno.

Wellby siguió cavilando, mientras Shapur le señalaba la suma e incommovible solidez de las paredes de bronce, del piso y del techo, y su inquebrantable acabado.

A Wellby le pareció obvio que Shapur, por mucho que creyera en la necesidad de reclutar directivos, estaba pura y simplemente conteniendo su demoníaco placer ante la posibilidad de ver en sus garras una vulgar alma condenada, para jugar con ella al gato y al ratón.

-Cuando menos -dijo Wellby, con afligido intento de aferrarse a la filosofía-, me quedará el consuelo de pensar en los diez felices años que disfruté. Seguro que eso significará un alivio y un consuelo hasta para un alma condenada en el infierno.

-En absoluto -denegó el demonio-. ¿Qué clase de infierno sería si se permitiesen consuelos? Todo cuanto uno obtiene en la Tierra por pacto con el diablo, como en su caso (o el mío), es punto por punto lo mismo que se habría logrado sin tal pacto, de haber trabajado con laboriosidad y plena confianza en... Arriba. Eso es lo que transforma tales convenios en algo tan auténticamente demoníaco.

Y el demonio rió con una especie de regocijado aullido.

Wellby exclamó lleno de indignación:

-¿Quiere decir que mi mujer hubiese vuelto a mí aunque no hubiese firmado el contrato?

-Está en lo posible -respondió Shapur-. Todo cuanto sucede es por voluntad de... Arriba. Ni siquiera nosotros podemos cambiar eso.

El pesar de aquel momento debió agudizar los sentidos de Wellby, pues fue entonces cuando se desvaneció, dejando la habitación vacía, excepto por la presencia de un sorprendido demonio. Y la sorpresa de éste se tornó furia cuando reparó en el contrato con Wellby que había estado sosteniendo en su mano hasta aquel momento para la acción final, en un sentido o en otro.

Diez años (día por día, claro) después que Isidore Wellby hubiera firmado su pacto con Shapur, el demonio penetró en su despacho y le dijo con el mayor enojo:

-¡Mire aquí...!

Wellby alzó la vista de su trabajo, asombrado.

-¿Quién es usted?

-Sabe demasiado bien quién soy.

Y miró al hombre con ojos duros y penetrantes.

-En absoluto -respondió Wellby.

-Creo que dice la verdad, pero le refrescaré la memoria.

Y así lo hizo en el acto, detallando los acontecimientos de los últimos diez años.

-¡Ah, sí! -dijo Wellby-. Puedo explicarlo, desde luego, ¿pero está seguro que no seremos interrumpidos?

-No, no lo seremos -respondió ceñudo el demonio.

-Bueno, pues me hallaba en aquella cámara cerrada de bronce y...

-No me interesa eso. Lo que quiero es saber...

-¡Por favor! Déjeme que lo cuente a mi modo.

El demonio contrajo las mandíbulas y exhaló tal cantidad de bióxido sulfúrico que Wellby tosió y adoptó una expresión de sufrimiento.

-Si quisiera apartarse un poco... -rogó-. Gracias... Así, pues, me hallaba en aquella cámara cerrada de bronce y recuerdo que usted me exponía la ausencia de toda solución de continuidad en las cuatro paredes, el piso y el techo. Y se me ocurrió preguntarme por qué especificaba eso. ¿Qué más había, aparte de las paredes, el piso y el techo? Definía usted un espacio tridimensional, completamente circunscrito. Y eso era, en efecto. Tridimensional. La habitación no estaba incluida en la cuarta dimensión. No existía de forma indefinida en el pasado. Dijo que la había creado para mí. Pensé entonces que, si uno se trasladaba al pasado, llegaría a un punto en el tiempo, en el que no existía la cámara y, por lo tanto, se hallaría fuera de la misma. Más aún, usted había dicho que podía moverme en *cualquier* dimensión, y el tiempo se considera sin la menor duda una dimensión. En todo caso, tan pronto como decidí moverme hacia el pasado, me retrotraje a tremenda velocidad, y de repente el bronce desapareció.

Shapur clamó acongojado.

-Ya me lo imagino. No podría haber escapado de otra manera. Es ese contrato suyo lo que me preocupa. No se ha convertido en una vulgar alma condenada. De acuerdo, eso forma parte del juego. Pero al menos debe ser uno de los nuestros, un ejecutivo. Para eso se le pagó. Si no lo entrego abajo, me veré en un enorme lío.

Wellby se encogió de hombros.

-Lo siento por usted, desde luego, pero no puedo ayudarle. Debió haber creado la cámara de bronce inmediatamente después que yo estampara mi firma en el documento. Como no fue así, al salir de ella me encontré justo en el momento en que establecíamos nuestro convenio. Allí estaba usted de nuevo y allí estaba yo. Usted empujando el contrato hacia mí, y una pluma con la que me había de pinchar el dedo. Sin duda, al retroceder en el tiempo, el futuro se borró de mi recuerdo, pero no del todo al parecer. Al tenderme usted el contrato, me sentí

inquieto. No recordé el futuro, pero me sentí inquieto. Por lo tanto, no firmé. Le devolví el contrato en blanco.

Shapur rechinó los dientes.

-Debí darme cuenta. Si las reglas de la probabilidad afectasen a los demonios, debiera haberme desplazado con usted a este nuevo mundo supuesto. Tal como han sucedido las cosas, todo cuanto me queda por decir es que ha perdido los diez años felices que le abonamos. Es un consuelo. Y ya le atraparemos al final. Otro consuelo.

-¿Ah, sí? -replicó Wellby-. ¿De modo que hay consuelos en el infierno? A través de los diez años que he vivido realmente, ignoré lo que quizá hubiera obtenido. Pero ahora que me trae usted a la memoria el recuerdo de «los diez años que pudieron haber sido», recuerdo también que en la cámara de bronce me dijo que los convenios demoníacos no daban nada que no se obtuviera mediante la laboriosidad y la confianza en... Arriba. He sido laborioso y he confiado.

Los ojos de Wellby se posaron sobre la fotografía de su bella esposa y los cuatro hermosos hijos. Luego, paseó la vista por el lujoso despacho, decorado con el mejor gusto.

-Puedo muy bien escapar por completo al infierno. También el decidir esto se halla fuera de su poder -añadió.

Y el demonio, lanzando un horrible chillido, se desvaneció para siempre.

Enoch Soames

Max Beerbohm

El tema del diablo ha dado origen a innumerables leyendas e invenciones. Pocas tan afortunadas como ésta de Max Beerbohm, ensayista y caricaturista inglés, nacido en Londres en 1872 y muerto en Rapallo en 1956, educado en Oxford, sucesor de Bernard Shaw como crítico literario de la Saturday Review, autor de: A defense of cosmetics (1896), The happy hypocrite (1897), More (1899), Zuleika Dobson (1911), Seven men (1919), And even now (1920). Uno de los resortes más eficaces de Enoch Soames es el fondo de realidad contra el que se mueven los protagonistas. Existió el Café Royal, existieron Rothenstein y The Yellow Book (y desde luego Whistler y Beardsley), existió ese Londres finisecular con su atmósfera casi parisiense, Chesterton nos asegura que existe el príncipe de las tinieblas, y en cuanto a Enoch Soames sólo en el futuro se dijo (se dirá) que nunca llegó a existir.

Cuando el señor Holbrook Jackson dio al mundo un libro sobre la literatura del 90, busqué ansiosamente en el índice el nombre de Soames, Enoch. Temía que no estuviese. Y no estaba. Sin embargo, figuraban todos los demás. Muchos escritores a quienes yo olvidara por completo o sólo recordaba vagamente, resucitaron ante mí, con sus obras, en las páginas del señor Holbrook Jackson. El libro era tan minucioso como brillante. De ahí que la omisión descubierta por mí fuese la evidencia más cabal de que el pobre Soames no había dejado huella alguna en la literatura de su década.

Creo que soy la única persona que lo notó... ¡tan lamentable había sido el fracaso de Soames! Y es inútil alegar que, si hubiera conquistado algún mediano éxito, quizá se habría esfumado de mi memoria, como los demás, para retornar tan sólo al llamado del historiador. Es cierto que si las dotes que poseía le hubieran sido reconocidas en vida, jamás habría celebrado el pacto que yo le vi celebrar... ese extraño pacto cuyos resultados le otorgaron para siempre un lugar en el primer plano de mis recuerdos. No obstante, es de esos mismos resultados de donde se desprende en toda su claridad cuánto hubo en él de lamentable.

No es la compasión, sin embargo, lo que me impulsa a escribir sobre él. Si por él fuera, pobre diablo, me sentiría inclinado a no mojar la pluma en el tintero. No está bien burlarse de los muertos. Pero, ¿cómo escribir acerca de Enoch Soames sin ridiculizarlo? O más bien, ¿cómo disimular la atroz realidad de que era ridículo? Imposible. Pero tarde o temprano deberé escribir sobre él. Ya se verá, a su debido tiempo, que no me queda otra alternativa. Por consiguiente, será mejor que lo haga ahora.

Durante los cursos del verano de 1893 un prodigio del cielo cayó sobre Oxford. Caló hondo, se incrustó profundamente en el suelo. Profesores y alumnos

formaron pálidos corros que no hablaban de otra cosa. ¿De dónde venía aquel meteoro? De París. ¿Cómo se llamaba? Will Rothenstein. ¿Qué se proponía? Pintar una serie de veinticuatro retratos en litografía, que publicaría *The Bodley Head* de Londres. El asunto era urgente. Ya el Decano de A y el Director de B y el Real Catedrático de C habían *posado* humildemente. Ancianos solemnes y malhumorados que jamás consintieran en dejarse retratar por nadie, no podían resistirse a aquel extranjero menudo y dinámico. Él no suplicaba: invitaba; no invitaba: ordenaba. Tenía veintiún años. Usaba lentes que centelleaban increíblemente. Era un hombre de ingenio. Desbordante de ideas. Conocía a Whistler. Conocía a Edmond de Goncourt. Conocía a todo el mundo en París. Los conocía a todos de memoria. Era París en Oxford. Se murmuraba que apenas despachara su selección de profesores, incluiría a unos pocos alumnos de los últimos cursos. Y me sentí pleno de orgullo el día en que yo fui incluido. La simpatía que me inspiraba Rothenstein no era menor que el miedo que me infundía; sin embargo, nació entre nosotros una amistad que a medida que transcurrieron los años se hizo cada vez más cálida y más valiosa para mí.

Al término del curso, Rothenstein se estableció o más bien irrumpió meteóricamente en Londres. Gracias a él conocí por primera vez ese pequeño mundo de perdurable encanto que es Chelsea, y trabé relación con Walter Sickert y otros venerables próceres que residían allí. Fue Rothenstein quien me llevó a ver, en la calle Cambridge, de Pimlico, a un joven cuyos dibujos eran ya famosos entre la minoría: Aubrey Beardsley. En compañía de Rothenstein hice mi primera visita a *The Bodley Head*. Por él me introduje en otro reino de la inteligencia y la audacia, el salón de dominó del Café Royal.

Ahí, aquella tarde de octubre, en una exuberante perspectiva de dorados y de terciopelos carmesíes intercalados entre simétricos espejos y erguidas cariátides, entre el humo del tabaco que se elevaba incesante hacia el pintado cielo raso pagano y el murmullo de conversaciones presumiblemente cínicas, que de tanto en tanto interrumpía el áspero tableteo de las fichas de dominó sobre las mesas de mármol, aspiré hondo y dije para mis adentros:

-Esto, sin duda, es la vida.

Era antes de la cena. Bebimos vermouth. Los que conocían personalmente a Rothenstein lo señalaban a quienes sólo lo conocían de nombre. Sin interrupción entraban por las puertas giratorias hombres que ambulaban lentamente en busca de mesas vacías u ocupadas por amigos. Uno de estos errabundos me interesó, porque yo estaba seguro de que pretendía llamar la atención de Rothenstein. Había pasado dos veces ante nuestra mesa, con expresión vacilante; pero Rothenstein, sumido en lo más denso de una disquisición sobre Puvis de Chavannes, no lo vio. Era un individuo encorvado, de paso inseguro, más bien alto, muy pálido, con largos cabellos parduscos. Tenía una barba rala, o más bien una barbilla que se batía en retirada al abrigo de unos cuantos pelos arracimados y tímidamente rizados. Era un sujeto de extraña catadura; pero en el noventa, las apariciones raras eran más frecuentes, creo, que en la actualidad. Los jóvenes escritores de aquella época -y yo estaba seguro de que éste lo era trataban de singularizarse por su aspecto. Mas los esfuerzos de este hombre habían sido infructuosos. Usaba un sombrero negro, blando, de corte clerical, pero de intención bohemia, y una capa impermeable de color gris que, acaso porque era

impermeable, no llegaba a ser romántica. Arribé a la conclusión de que *borroso* era *le mot juste* para él. Yo había hecho mis primeras armas en la literatura y buscaba siempre fervorosamente *le mot juste*, ese Santo Graal de la época.

El hombre borroso se acercaba nuevamente a nuestra mesa, y esta vez resolvió detenerse.

-Usted no me recuerda -dijo con voz inexpresiva.

Rothenstein lo miró vivamente.

-Sí, lo recuerdo -repuso al cabo de un momento, con menos efusión que orgullo: orgullo de su memoria-. Edwin Soames.

-Enoch Soames -dijo Enoch.

-Enoch Soames -repitió Rothenstein, dando a entender por el tono de su voz que ya era bastante haber acertado con el apellido-. Nos encontramos dos o tres veces en París, cuando vivía usted allí. En el Café Groche.

-Y una vez yo fui a su estudio.

-Oh, sí; lamenté haber estado ausente.

-¿Ausente? No. Me mostró algunos de sus cuadros, ¿recuerda?... Tengo entendido que ahora reside en Chelsea.

-Sí.

Me extrañó que después de este monosílabo el señor Soames no siguiera de largo. Se quedó, pacientemente, como un animal obtuso, como un asno que mira por encima de una cerca. Triste figura 3 - 32- la suya. Se me ocurrió que hambriento era quizá *le mot juste* para él. Pero, ¿hambriento de qué? No parecía apetecer gran cosa. Le tuve lástima. Y Rothenstein, aunque no lo invitara a Chelsea, le pidió que se sentara y bebiera algo.

Una vez sentado, pareció más seguro de sí mismo. Echó atrás las alas de la capa con un gesto que -si la capa no hubiera sido impermeable- podía interpretarse como un desafío lanzado al mundo en general. Y pidió un ajenjo.

-*Je me tiens toujours fidèle* -le dijo a Rothenstein- *à la sorcière glauque*.

-Le hará mal -respondió secamente Rothenstein.

-Nada me hace mal -dijo Soames-. *Dans ce monde il n'y a ni de bien ni de mal*.

-¿Nada es bueno y nada es malo? ¿Qué quiere decir?

-Lo expliqué todo en el prefacio de *Negaciones*.

-¿*Negaciones*?

-Sí. Le di un ejemplar.

-Oh, sí, por supuesto. ¿Pero explicó usted, por ejemplo, que no hay diferencia entre buena y mala gramática?

-No -dijo Soames-. Naturalmente, en el arte existen el bien y el mal. Pero en la Vida... no -liaba un cigarrillo. Tenía manos débiles y blancas, no del todo limpias, con las puntas de los dedos manchadas por la nicotina-. En la Vida existe la ilusión del bien y del mal, pero... -su voz decreció a un murmullo en que las palabras *vieux jeu* y *rococó* fueron apenas perceptibles. Si no me equivoco, pensaba que no se estaba haciendo justicia a sí mismo, y temía que Rothenstein señalara las falacias de su argumentación. Lo cierto es que al fin carraspeó y dijo: *Parlons d'autre chose*.

¿Creen ustedes que era un tonto? A mí no me pareció. Yo era joven y me faltaba la claridad de juicio que ya poseía Rothenstein. Soames era cinco o seis años mayor que cualquiera de nosotros. Además, había escrito un libro.

Haber escrito un libro era algo portentoso.

Si Rothenstein no hubiera estado presente, yo habría reverenciado a Soames. Aun así, me infundía respeto. Y estuve a punto de reverenciarlo, en verdad, cuando dijo que pronto publicaría otro libro. Le pregunté si podía saberse qué clase de obra era.

-Mis poemas -respondió.

Rothenstein le preguntó si ése sería el título del libro. El poeta meditó la sugerencia, pero al fin dijo que pensaba no ponerle título alguno.

-Si un libro vale por sí mismo... -murmuró, moviendo el cigarrillo en semicírculo.

Rothenstein objetó que la falta de título podría perjudicar la venta. Insistió:

-Si yo entro en una librería -explicó- y digo sencillamente: *¿Tiene usted...?* o bien: *¿Tiene un ejemplar de...?* ¿cómo sabrán lo que quiero?

-Oh, desde luego, haré poner mi nombre en la tapa -replicó Soames seriamente-. Y me gustaría -añadió mirando con fijeza a Rothenstein-, me gustaría hacer dibujar mi retrato para la portada.

Rothenstein admitió que era una excelente idea, y agregó que pensaba viajar al campo, donde pasaría una temporada. Después miró su reloj, comprobó, con una exclamación, lo avanzado de la hora, pagó la adición y se marchó conmigo para cenar. Soames permaneció en su puesto, fiel a la hechicera glauca.

-¿Por qué se negó tan resueltamente a dibujar su retrato?

-¿Retratarlo? ¿A él? ¿Cómo puedo retratar a un hombre que no existe?

-Es borroso -admití, pero mi *mot juste* cayó en el vacío. Rothenstein repitió que Soames era inexistente.

Sin embargo, Soames era autor de un libro. Le pregunté a Rothenstein si había leído *Negaciones*. Admitió haberlo hojeado.

-Pero -añadió secamente-, yo no pretendo entender nada de literatura.

Reserva muy característica de la época. Los pintores de entonces se negaban a admitir que alguien, fuera de su propia cofradía, tuviese el derecho de opinar

sobre la pintura. Esta ley (grabada en las tablillas que trajo Whistler de la cumbre del Fujiyama) imponía ciertas limitaciones. Si otras artes distintas de la pintura no eran completamente incomprensibles para quienes no las practicaban, la ley se venía abajo; la doctrina Monroe, por decirlo así, perdía su validez. De ahí que ningún pintor arriesgara una opinión sobre un libro sin advertir, por lo menos, que su opinión carecía de valor. Nadie es mejor juez literario que Rothenstein; pero en aquella época habría sido imprudente recordárselo; y yo comprendí que no podía esperar su ayuda para formarme un juicio sobre *Negaciones*.

En aquellos días, no comprar un libro a cuyo autor acababa de conocer personalmente, habría sido para mí un imposible renunciamiento. Cuando regresé a Oxford para los cursos de Navidad, me había procurado un ejemplar de *Negaciones*. Solía dejarlo despreocupadamente sobre la mesa de mi cuarto, y cada vez que alguno de mis amigos lo levantaba para preguntarme de qué trataba, le respondía:

-Oh, es un libro bastante notable. Lo ha escrito un hombre a quien conozco -pero nunca alcancé a explicar exactamente *de qué trataba*. Aquel delgado volumen verde no tenía, para mí, ni pies ni cabeza. En el prefacio no hallé clave alguna para interpretar el exiguo laberinto del texto, y en ese laberinto, nada que explicara el prefacio.

Inclínate hacia la vida. Inclínate, muy cerca... más cerca.

La vida es tela, y en ella ni trama ni urdimbre se encuentran, sino solamente la tela.

Es por esto que soy Católico en la iglesia y en el pensamiento, pero dejo que el veloz Capricho teja lo que la lanzadera del Capricho quiere.

Éstas eran las frases iniciales del prefacio, pero las que seguían eran aún más difíciles de entender. A continuación venía *Stark*, un cuento sobre una *midinette* que, según alcancé a entender, había asesinado o estaba por asesinar a un maniquí. Parecía un cuento de Catulle Mendès en que el traductor hubiera saltado o eliminado una frase de cada dos. Luego, un diálogo entre Pan y Santa Úrsula, que en mi opinión carecía de *chispa*. Después, algunos aforismos (titulados *Aphorismata*). En conjunto, a decir verdad, había una gran variedad de formas. Y esas formas habían sido trabajadas con mucho cuidado. Era más bien el contenido lo que se me escapaba. ¿Había, en realidad, me pregunté, algún contenido? Ahora sí pensé: ¡Supón que Enoch Soames sea un necio! Pero enseguida nació una hipótesis contraria: ¡tal vez lo fuese yo! Opté por darle a Soames el beneficio de la duda. Yo había leído *L'Après-midi d'un faune* sin extraerle una pizca de significado. Y sin embargo Mallarmé -por supuesto- era un Maestro. ¿Cómo sabía yo que Soames no era otro? Su prosa tenía cierta musicalidad, que sin duda no alcanzaba a deslumbrar, pero que tal vez, pensé, tuviera la facultad de persistir en la memoria y, acaso, un significado tan profundo como la del mismo Mallarmé. Por lo tanto, me resolví a esperar sus poemas con ánimo libre de prejuicios.

Y después de encontrármelo por segunda vez, los aguardé con verdadera impaciencia. Esto sucedió una tarde de enero. Al entrar en el salón de dominó, pasé junto a una mesa ante la cual estaba sentado un hombre pálido, con un libro

abierto. Alzó la vista, y yo lo miré por encima del hombro, con la vaga sensación de que debía haberlo reconocido. Me volví para saludarlo. Después de cambiar unas palabras, dije echando un vistazo al libro abierto:

-Veo que lo he interrumpido.

Y estaba por seguir mi camino, pero Soames respondió con su voz inexpresiva:

-Prefiero ser interrumpido -me indicó con un gesto que me sentara, y yo obedecí.

Le pregunté si a menudo leía en ese lugar.

-Sí. Esta clase de cosas las leo aquí -respondió, señalando el título del libro: *Poemas de Shelley*.

-¿Es algo que usted realmente...? -iba a decir: *admira*? Pero cautelosamente dejó la frase inconclusa y enseguida me alegré, porque él dijo con inusitado énfasis:

-Es algo de segunda categoría.

Yo había leído poco de Shelley, pero murmuré:

-Desde luego; es muy desigual.

-Yo diría que lo malo es justamente su igualdad. Una igualdad mortal, Por eso lo leo aquí. El ruido de este lugar quiebra el ritmo. Aquí es tolerable -Soames alzó el libro y lo hojeó. Se echó a reír. La risa de Soames era un sonido breve, aislado y desprovisto de alegría que brotaba de la garganta sin que su rostro se moviera o sus ojos se iluminarían-. ¡Qué época! -exclamó, dejando el libro sobre la mesa-. ¡Y qué país! -añadió.

Le pregunté, con cierta nerviosidad, si en su opinión Keats no había superado, más o menos, las limitaciones del tiempo y el espacio. Admitió que: *había algunos pasajes en Keats*, pero no los mencionó. De *los viejos*, como los llamaba, el único que le gustaba era Milton.

-Milton -dijo- no era sentimental -y además-: Milton tenía una oscura visión interior -y por fin-: Siempre puedo leer a Milton en la sala de lectura.

-¿La sala de lectura?

-Del Museo Británico. Voy todos los días.

-¿De veras? Yo sólo estuve una vez. Me pareció un lugar más bien deprimente. Se me ocurrió que... que le resta vitalidad a uno.

-Así es. Por eso voy yo. Cuanto menor es la propia vitalidad, tanto más sensitivo se vuelve uno al arte verdaderamente grande. Yo vivo cerca del Museo. Alquilo un departamento en la calle Dyott.

-¿Y va a la sala de lectura para leer a Milton?

-Casi siempre a Milton -me miró-. Fue Milton -certificó- quien me convirtió al Satanismo.

-¿Al Satanismo? ¿Sí? ¿Realmente? -dije con esa vaga incomodidad y ese intenso deseo de ser cortés que experimenta uno cuando un hombre le habla de su propia religión-. ¿Usted... adora al Demonio?

Soames meneó la cabeza.

-No se trata de adoración -calificó, sorbiendo su ajenjo-, sino más bien de confianza mutua.

-Ah, sí... Pero yo creí entender por el prefacio de *Negaciones* que usted era... católico.

-*Je l'étais à cette époque*. Quizá lo sea aún. Si, soy un satanista Católico.

Hizo esta profesión de fe con tono casi precipitado. Advertí que lo que prevalecía en su espíritu era el hecho de que yo había leído *Negaciones*. Sus ojos opacos habían brillado por primera vez. Tuve la impresión de que iba a ser examinado, *viva voce*, sobre el tema en que me sentía más flojo. Le pregunté apresuradamente cuándo se publicarían sus poemas.

-La semana próxima -me dijo.

-¿Y sin título?

-No, por fin encontré uno. Pero no se lo diré -añadió, como si yo hubiera tenido la impertinencia de preguntárselo-. Aún no sé si me satisface del todo. Pero es el mejor que he podido encontrar. En cierto modo, sugiere la naturaleza de los poemas... Extrañas vegetaciones, naturales y salvajes, y sin embargo exquisitas y multicolores y llenas de ponzoña.

Le pregunté qué pensaba de Baudelaire. Lanzó aquel bufido que era su risa, y dijo que *Baudelaire era un bourgeois malgré lui; Francia sólo tenía un poeta: Villon, y dos tercios de Villon eran simple periodismo. Verlaine era un épicier malgré lui*. Con cierta sorpresa comprobé que, en conjunto, apreciaba menos la literatura francesa que la inglesa. Había *algunos pasajes en Villiers de l'Isle Adam*.

-Pero yo -resumió- no le debo nada a Francia. Ya verá -predijo con un movimiento afirmativo de la cabeza.

Pero, llegado el momento, no vi tal cosa. Pensé que el autor de *Fungoides* debía bastante -inconscientemente, desde luego- a los jóvenes decadentes de París, o a los jóvenes ingleses que a su vez debían algo a aquéllos. Aún pienso lo mismo. El librito -que compré en Oxford- está ante mí en este momento, mientras escribo. Su cubierta de bocacá gris pálido y sus letras de plata no han sobrellevado muy bien el paso del tiempo. Su contenido tampoco. Lo he examinado nuevamente, con melancólico interés. No es gran cosa. Cuando se publicó, abrigué la vaga sospecha de que lo fuera. Supongo que es mi fe en ella la que se ha debilitado, y no la obra del pobre Soames...

TO A YOUNG WOMAN

Thou art, who hast not been!
Pale tunes irresolute

And trceries of old sounds
Blown from a rotted flute
Mingle with noise of cymbals rouged with rust
Nor not strange forms and epicene
Lie bleeding in the dust,
Being wounded with wounds.
For this it is
That in thy counterpart
Of age-long mockeries
*Thou hast not been nor art **

*
—

A UNA JOVEN

-¡Tú, que no has sido, eres!
Pálidas melodías irresueltas
Y encajes de viejos sonidos
Tocados con una flauta podrida
Se mezclan con el ruido de los címbalos enrojecidos por la herrumbre
Y extrañas y ambiguas formas
Yacen sangrando en el polvo
Heridas con heridas.
Por eso es
Que en tu imitación
De antiguas burlas
¡Tú no has sido ni eres!

Me pareció que había cierta contradicción entre la primera y la última línea. Intenté, con el ceño fruncido, resolver esta discordancia. Pero no consideré mi fracaso como totalmente incompatible con un significado en la mente de Soames. ¿No indicaría, más bien, la profundidad del significado? En cuanto a la técnica, *enrojecidos por la herrumbre* me parecía un hallazgo, y las palabras *nor not* en lugar de *and* eran extrañamente felices. Me pregunté quién era la joven, y qué había sacado en limpio de todo eso. Me asalta la triste sospecha de que Soames no habría sido capaz de encontrarle más sentido que ella. Sin embargo, aún ahora, si no trata uno de comprender el poema, y se conforma con atender al sonido, advierte cierta gracia en el ritmo. ¡Soames era un artista... en la medida en que existía, pobre diablo!

Cuando leí *Fungoides* por primera vez, me pareció, extrañamente, que su veta satánica era lo mejor de Soames. El Satanismo parecía una influencia alegre y aun saludable dentro de su vida.

NOCTURNE

Round and round the shutter'd Square
I stroll'd with the Devil's arm in mine.

No sound but the scrape of his hoofs was there
And the ring of his laughter and mine.
We had drunk black wine.

*I scream'd: "I will race you, Master!"
"What matter", lie shriek'd, "to-night
Which of us runs the faster?
There is nothing to fear to-night
In the foul moon's light!"*

Then I look'd him in the eyes,
And I laugh'd full shrill at the lie he told
And the gnawing fear he would fain disguise.
It was true, what I'd time and again been told:
He was old - old. *

*
—

NOCTURNO

En torno a la plaza desierta
Anduve y anduve del brazo del Diablo.
Otro ruido no había que el son de sus cascos
Y el metal de su risa y la mía.
Habíamos bebido vino tinto.

*"¡Te corro, Maestro!" grité
"¿Qué importa esta noche" chilló
"Quién corre más rápido?"
¡Nada podemos temer esta noche
A la sucia luz de la luna!*

Entonces lo miré a los ojos,
Y me reí a gritos de su mentira
Y del miedo oculto que lo roía.
Era cierto lo que tantas veces me dijeran:
Estaba viejo - viejo.

Aquella primera estrofa, pensé, tenía mucho ímpetu: un acento retozón y jovial de camaradería. La segunda, quizá, era algo histérica. Pero la tercera me gustaba: jera tan vivamente heterodoxa, aun con respecto a los dogmas de la extraña secta de Soames! ¡Nada de *confianza mutua* en esas líneas! Soames, triunfante, desenmascarando al Demonio como a un mentiroso, y riéndose *a gritos*, era un personaje muy alentador. Eso fue lo que pensé entonces. Ahora, a la luz de lo que sucedió más tarde, ninguno de sus poemas me deprime tanto como el *Nocturno*.

Busqué los comentarios de los periódicos metropolitanos. Se dividían en dos clases: los que decían muy poco, y los que no decían nada. La segunda era mucho más numerosa, y los términos en que se expresaba la primera eran fríos. A tal punto que el mejor elogio que pudo presentar el editor de Soames en sus anuncios publicitarios era éste:

Un acento de modernismo desde el principio hasta el fin... Un ritmo ágil.

Preston Telegraph.

Yo abrigaba la esperanza de poder felicitar al poeta (cuando lo viese) por haber conmovido el ambiente, pues se me ocurría que no estaba tan seguro de su grandeza intrínseca como aparentaba. Pero cuando en efecto nos encontramos, sólo atiné a decir con voz ronca:

-Espero que *Fungoides* se venda muy bien.

Me miró a través de su vaso de ajeno y me preguntó si había comprado un ejemplar. Según su editor, sólo se habían vendido tres. Me reí, como si fuese una broma.

-¿No creerá que me importa, verdad? -dijo con algo parecido a un gruñido. Desestimé la idea. Añadió que no era un comerciante. Dije humildemente que yo tampoco, y murmuré que un artista que daba al mundo cosas realmente nuevas y grandes, siempre debía esperar mucho tiempo a que se le tributara el debido reconocimiento. Contestó que ese reconocimiento no le importaba un *sou*. Y yo admití que el acto de la creación era su propia recompensa.

Si yo me hubiera considerado un Don Nadie, su mal humor me habría alejado. Pero, ¡ah! ¿Acaso John Lane y Aubrey Beardsley no me habían sugerido que escribiera un ensayo para esa grande y nueva empresa que estaba en marcha, *The Yellow Book*? ¿Y acaso Henry Harland, como jefe de redacción, no había aceptado mi ensayo? ¿Y no aparecía en el mismísimo primer número? En Oxford yo estaba todavía *in statu pupillari*. Pero en Londres me consideraba con todo derecho un egresado, a quien ningún Soames podía abochornar. En parte con fines de ostentación, y en parte por pura buena voluntad, le dije a Soames que debía colaborar en el *Yellow Book*. De su garganta brotó un sonido despreciativo destinado a esa publicación.

Uno o dos días más tarde, sin embargo, le pregunté a Harland, para sondear el terreno, si sabía algo de la obra de un tal Enoch Soames. Harland se detuvo en mitad de su característico paseo alrededor de la habitación, alzó las manos al techo y gimió que a menudo había visto a *ese absurdo individuo* en París, y que esa misma mañana había recibido de él algunos poemas manuscritos.

-¿No tiene talento? -pregunté.

-Tiene una renta. No necesita nada.

Harland era el más jovial de los hombres y el más generoso de los críticos, pero detestaba hablar de algo que no lo entusiasmara. Por consiguiente, abandoné el tema. La noticia de que Soames poseía una renta mitigó mi preocupación. Más tarde supe que era hijo de un fracasado y fallecido librero de Preston, que había heredado de una tía casada una renta anual de trescientas libras, y que no le quedaban parientes en este mundo. Materialmente, pues, *no necesitaba nada*. Pero aun así, había en él un *pathos* espiritual, agudizado ahora a mis ojos por la posibilidad de que aun el Preston Telegraph no le hubiese dedicado sus elogios si el padre de Soames no hubiera sido un vecino de Preston. Tenía una especie de débil obstinación que yo no podía menos de admirar. Ni él ni su obra recibían el menor estímulo; pero él insistía en comportarse como un personaje, mantenía siempre al tope su deshilachada banderita. En cualquier lugar donde se congregaran los *jeunes féroces* de las artes, en cualquier restaurante de Soho que acabaran de descubrir, en cualquier music-hall que prefiriesen, ahí estaba Soames entre ellos, o más bien al borde: una figura borrosa pero inevitable. Nunca trataba de captarse la simpatía de sus colegas escritores, jamás deponía un ápice de su arrogancia, cuando se trataba de su propia obra, o de su desprecio, cuando se trataba de los demás. Con los pintores se mostraba respetuoso, y aun humilde; mas para los poetas y prosistas de *The Yellow Book*, y más tarde del *Savoy*, jamás tuvo una palabra que no fuera de desdén. Su presencia no molestaba a los demás. A nadie se le habría ocurrido que él o su Satanismo Católico tuvieran alguna importancia. Cuando en el otoño de 1896 publicó (esta vez por cuenta propia) su tercer libro, su último libro, nadie pronunció una palabra de elogio o de censura. Yo tuve intención de comprarlo, pero me olvidé. No lo vi nunca, y me avergüenza decir que ni siquiera recuerdo cómo se titulaba. Sin embargo, cuando se publicó el libro, le dije a Rothenstein que el pobre viejo Soames me parecía en realidad una figura bastante trágica, y que la falta de resonancia de su obra acabaría realmente por matarlo. Rothenstein se burló. Dijo que yo alardeaba de un buen corazón que en verdad no poseía; y quizá era así. Pero unas semanas más tarde, en la exposición privada del *Nuevo Club Inglés de Arte*, vi un retrato al pastel de "Enoch Soames, Esq.". Se le parecía mucho, y el haberlo ejecutado era característico de Rothenstein. Soames estuvo parado toda la tarde cerca del cuadro, con su sombrero hongo y su capa impermeable. Cualquiera de sus conocidos habría captado en el acto la semejanza del retrato. Pero quien no lo conociera, nunca hubiese identificado el modelo a partir de la imagen; ésta *existía* mucho más que él; era inevitable. Además, no tenía esa expresión de vaga felicidad que ahora se advertía, sí, en el rostro de Soames. El hábito de la fama lo había rozado. En el transcurso de aquel mes fui dos veces más al *Club de Arte*, y en ambas oportunidades vi a Soames exhibiéndose en persona. Pensándolo bien, creo que la clausura de aquella exposición fue virtualmente el fin de su carrera. Había sentido en la mejilla el aliento de la fama... pero tan tarde y por tan poco tiempo... y al no sentirlo más, cedió, sucumbió, se derrumbó. Él, que nunca había parecido fuerte o saludable, ahora tenía un aspecto espectral, era una sombra de la sombra que antaño había sido. Aún frecuentaba la sala de dominó; pero, habiendo perdido el deseo de provocar curiosidad, ya no leía libros en ella.

-¿Ahora sólo lee en el Museo? -le pregunté, aparentando jovialidad. Me contestó que ya no iba allí.

-No hay ajenjo en el Museo -era una de esas cosas que antaño habría dicho para llamar la atención; ahora la decía convencido. El ajenjo, que antes no fuera más que un factor de la *personalidad* que tan laboriosamente trataba de construirse, se había convertido en solaz y necesidad. Ya no lo llamaba *la sorcière glauque*. Había renunciado a todas las expresiones en francés. Se había convertido en un hombre de Preston, sencillo y sin barniz.

El fracaso, aun cuando sea un fracaso total, sencillo y sin barniz, aun cuando sea un fracaso mezquino, lleva siempre consigo cierta dignidad. Yo rehuía a Soames porque a su lado me sentía vulgar. Por aquella época John Lane había publicado dos libritos míos, que tuvieron un agradable éxito de crítica. Yo era una *personalidad*... una personalidad menor, pero bien definida. Frank Harris me había contratado para que *pataleara* en el *Saturday Review*; Alfred Harmsworth me permitía hacer lo mismo en *The Daily Mail*. Yo era justamente lo que no era Soames. Él proyectaba una sombra de vergüenza sobre mi triunfo. Si yo hubiera sabido que él creía firme y verdaderamente en la grandeza de lo que realizara como artista, quizá no habría evitado su presencia. No se puede decir que ha fracasado por completo un hombre que no ha perdido su vanidad. La dignidad de Soames era una ilusión mía. Un día de la primera semana de junio de 1897 esa ilusión desapareció. Pero en la noche de ese día también desapareció Soames.

Yo había estado afuera la mayor parte de la mañana, y como se me hizo tarde para almorzar en casa, fui al *Vingtième*. Este pequeño local -cuyo nombre completo era *Restaurant du Vingtième Siècle*- había sido descubierto por los escritores y poetas en 1896, pero más tarde fue abandonado, o poco menos, en beneficio de algún hallazgo posterior. Creo que no subsistió lo bastante para justificar su nombre; mas por ese entonces estaba aún en Greek Street, a pocos pasos de Soho Square, y casi enfrente de esa casa donde, en los primeros años del siglo una chiquilla, y junto con ella un muchacho llamado De Quincey, pernoctaban hambrientos en la obscuridad, entre el polvo y las ratas y viejos pergaminos legales. El *Vingtième* no era más que un saloncito blanqueado, que por un extremo daba a la calle y por el otro a la cocina. El propietario y cocinero era un francés, a quien llamábamos Monsieur Vingtième; las camareras eran sus dos hijas, Rose y Berthe; y la comida, en verdad, era buena. Las mesas eran tan angostas y estaban tan juntas que cabían en número de doce, seis de cada pared.

Cuando entré, sólo las dos más próximas a la puerta estaban ocupadas. Una, por un hombre alto, llamativo, más bien mefistofélico, a quien yo solía ver de tanto en tanto en el salón de dominó y en otros lugares. En la otra estaba Soames. En aquel soleado recinto, formaban un extraño contraste: Soames, demacrado, con aquel sombrero y aquella capa que jamás le viera quitarse, y este otro, este hombre intensamente vital, ante cuya presencia volvía a preguntarme, con más insistencia que nunca, si era un mercader de diamantes, un ilusionista o el jefe de una agencia de detectives privados. Estoy seguro de que Soames no deseaba mi compañía; sin embargo, le pregunté si podía acompañarlo -no hacerlo habría sido una desconsideración atroz- y me senté frente a él. Fumaba un cigarrillo. Había dejado el plato sin probar y tenía a su lado una botella semivacía de Sauterne. Callaba con cierta obstinación. Dije que Londres estaba imposible, con los preparativos del jubileo (a decir verdad, me gustaban). Manifesté mi deseo de marcharme inmediatamente, hasta que todo aquello terminara. En vano traté de

ponerme a tono con su melancolía. Él no parecía oírme ni verme. Pensé que su comportamiento me ridiculizaba a los ojos del otro parroquiano. El pasillo entre las dos hileras de mesas del *Vingtième* tenía apenas dos pies de ancho (Rose y Berthe, al servir, se rozaban siempre, riñendo en voz baja), y cualquiera que estuviera sentado a la mesa contigua compartía prácticamente la que uno ocupaba. Pensé que mi fracasada tentativa de interesar a Soames divertía a mi vecino, y como no podía explicarle que mi insistencia era simplemente un acto de caridad, guardé silencio. Podía verlo perfectamente sin necesidad de volver la cabeza. Abrigué la esperanza de que mi aspecto fuese menos vulgar que el suyo, en contraste con el de Soames. Yo estaba seguro de que no era inglés; pero, ¿cuál era realmente su nacionalidad? Aunque tenía el cabello (negro como el azabache) cortado en *brosse*, no me pareció francés. A Berthe, que lo atendía, le hablaba en francés con soltura, pero sin el acento y los coloquialismos nativos. Supuse que era su primera visita al *Vingtième*, pero Berthe lo atendía sin formalidades. Él no le había causado buena impresión. Sus ojos eran atrayentes, pero -como las mesas del *Vingtième* demasiado angostos y juntos. Tenía una nariz de ave de rapiña, y las guías del bigote, que se prolongaban a ambos lados de las fosas nasales, le estereotipaban la sonrisa. Decididamente, era siniestro. Y el chaleco escarlata -tan fuera de temporada en el mes de junio-, que le ceñía ajustadamente el pecho amplio, intensificaba la sensación de incomodidad que me producía su presencia. Ese chaleco no sólo era inadecuado por el calor. Era, no sé por qué, inadecuado en sí mismo. No se habría justificado en una mañana de Navidad. Habría sido una nota discordante la noche del estreno de *Hernani*... Yo estaba tratando de explicarme lo que había en él de incongruente, cuando Soames, repentino y extraño, quebró el silencio.

-¡Dentro de cien años...! -murmuró, como si estuviera en trance.

-No estaremos aquí -repuse, pronta y fatuamente.

-Nosotros no estaremos. No -zumbó-, pero el Museo estará en el mismo lugar donde ahora está. Y la sala de lectura, en el mismo lugar de ahora. Y la gente irá a leer-aspiró bruscamente el humo, y un espasmo de auténtico dolor le deformó el rostro.

Me pregunté qué encadenamiento de ideas había estado siguiendo el pobre Soames. Pero él no aclaró mis dudas cuando dijo, después de una larga pausa:

-Usted cree que no me ha importado.

-¿Que no le ha importado qué, Soames?

-El olvido. El fracaso.

-¿El fracaso? -dije calurosamente-. ¿El fracaso? -repetí vagamente-. El olvido, sí, quizá; pero eso es algo completamente distinto. Desde luego, usted no ha sido... apreciado. Pero, ¿qué importa? Cualquier artista que... que da... -lo que yo quería decir era esto: *Cualquier artista que da al mundo cosas nuevas y grandes, siempre debe esperar mucho tiempo a que se le tribute el debido reconocimiento;* pero el halago se negaba a salir: a la vista de aquella congoja, una congoja tan genuina y desembozada, mis labios no querían pronunciar las palabras.

Y entonces... fue él quien las dijo por mí. Me sonrojé.

-¿Eso es lo que usted iba a decir, verdad? -preguntó.

-¿Cómo lo sabe?

-Es lo que me dijo hace tres años, cuando se publicó *Fungoides* -me sonrojé aún más. Innesariamente, porque él prosiguió-: Es lo único importante que le he oído decir. Y nunca lo he olvidado. Es cierto. Es una terrible verdad. Pero... ¿recuerda lo que yo le contesté? Le dije: *El reconocimiento no me importa un sou*. Y usted me creyó. Usted ha seguido creyendo que estoy por encima de todo eso. Usted es superficial. ¿Qué puede saber de los sentimientos de un hombre como yo? Usted imagina que cuando un gran artista tiene fe en sí mismo y en el veredicto de la posteridad, eso basta para hacerlo feliz... Usted nunca ha adivinado la amargura y la soledad, el... -su voz se quebró; pero luego prosiguió con una fuerza que yo nunca le viera-: ¡La posteridad! ¿De qué me sirve a mí? Un muerto no sabe que la gente visita su tumba, que acuden al lugar donde nació, que le ponen placas conmemorativas, que descubren estatuas suyas. Un muerto no puede leer los libros que se escriben sobre él. ¡Así que pasen cien años! ¡Piense en eso! Si yo pudiera volver a la vida entonces... unas pocas horas, si yo pudiese ir a la sala de lectura y leer! ¡O mejor aún, si ahora, en este momento, pudiera proyectarme a ese futuro, a esa sala de lectura, nada más que por esta tarde! ¡A cambio de eso me vendería en cuerpo y alma al Demonio! Piense: páginas y más páginas del catálogo: "Soames, Enoch", interminablemente... interminables ediciones, comentarios, prolegómenos, biografías... -al llegar aquí lo interrumpió un brusco y penetrante crujido de la silla colocada ante la mesa contigua. Nuestro vecino se había levantado a medias de su asiento. Se inclinaba hacia nosotros, tratando de disculpar su intromisión.

-Perdonen ustedes... permítanme -dijo suavemente-. Me ha sido imposible no oír. ¿Puedo tomarme esta libertad? En este pequeño restaurant *sans-façon* -extendió las manos en amplio gesto-, ¿puedo, como suele decirse, meter las narices?

No me quedó más remedio que manifestar nuestra conformidad. Berthe había aparecido en la puerta de la cocina, creyendo que el desconocido quería la cuenta. Pero él la alejó con un movimiento del cigarro, y un instante después se había sentado junto a mí, frente a frente de Soames.

-Aunque no soy inglés -explicó-, conozco a Londres muy bien, señor Soames. Su nombre y su fama (y también los del señor Beerbohm) me son muy conocidos. Ustedes se preguntarán: ¿quién soy yo? -miró rápidamente por encima del hombro, y añadió en voz baja-: Soy el Diablo.

No pude evitarlo: me reí. Traté de no hacerlo; sabía que no había motivo de risa, pues mi propia descortesía me avergonzaba, pero me reí cada vez más fuerte. La serena dignidad del Diablo, la sorpresa y el fastidio de sus cejas enarcadas sólo aumentaron mi hilaridad. Me reí hasta desternillarme, y al final me apoyé, dolorido, en el respaldo de la silla. Me comporté deplorablemente.

-Soy un caballero -dijo él con intenso énfasis- y creía estar en presencia de *caballeros*.

-¡Oh! -murmuré, ya sin aliento-. ¡Oh, por favor!

-¿Curioso, *nicht wahr*? -oí que le decía a Soames-. Hay cierta clase de personas para quienes la sola mención de mi nombre es... ¡oh, tan terriblemente graciosa! En vuestros teatros, al más torpe comediante le basta decir: ¡*El Diablo!* para provocar enseguida *la risa altisonante que delata a los espíritus vacíos*. ¿No es así?

Yo había recobrado el aliento, lo suficiente para ofrecer mis excusas. Él las aceptó, pero fríamente, y volvió a dirigirse a Soames.

-Soy un hombre de negocios -dijo-, y siempre me ha gustado ir derecho al grano, como dicen en los Estados Unidos. Usted es un poeta. *Les affaires...* usted los detesta. Pero conmigo negociará, ¿verdad? Lo que acaba de decir me infunde furiosas esperanzas.

Soames no se había movido, salvo para encender un nuevo cigarrillo. Estaba agazapado, con los codos sobre la mesa y la cabeza al ras de las manos, mirando fijamente al Demonio.

-Siga -dijo moviendo afirmativamente la cabeza.

A mí ya no me quedaban ganas de reír.

-Nuestro pequeño pacto -prosiguió el Diablo- será tanto más agradable cuanto que usted... si no me equivoco, es un satanista.

-Un satanista católico -dijo Soames. El Demonio aceptó de buena gana esta reserva.

-Usted -prosiguió- quiere visitar ahora, esta tarde, la sala de lectura del museo Británico, ¿verdad? Pero tal como será dentro de cien años, ¿eh? *Parfaitement*. El tiempo... una ilusión. El pasado y el futuro... están siempre tan presentes como el presente, o al menos, por decirlo así, a la vuelta de la esquina. Yo lo sintonizo con cualquier época. Yo lo proyecto... ¡puf! ¿Usted quiere hallarse en la sala de lectura, tal como será en la tarde del 3 de junio de 1997? ¿Quiere encontrarse, de pie, en esa sala, más allá de las puertas giratorias, en este mismo instante, eh? ¿Y quedarse ahí hasta que cierren? ¿No es así?

Soames asintió.

El Diablo miró su reloj.

-Las dos y diez -dijo-. La hora de clausura, en ese entonces, será la misma de ahora: las siete. Tendrá usted casi cinco horas. A las siete, ¡puf!, se encontrará nuevamente aquí, sentado ante esta mesa. Esta noche cenó *dans le monde -dans le high life*. Con eso termina mi presente visita a vuestra gran ciudad. Vendré a buscarlo aquí, señor Soames, en el camino de regreso a mi hogar.

-¿Su hogar? -repetí.

-¡Aunque no sea tan humilde! -dijo despreocupadamente el Demonio.

-Está bien -dijo Soames.

-¡Soames! -supliqué. Pero a mi amigo no se le movió un músculo.

El Diablo estiraba la mano a través de la mesa para tocar el antebrazo de Soames; pero interrumpió el ademán.

-Dentro de cien años, como ahora -dijo sonriendo-, no se permite fumar en la sala de lectura, Por lo tanto será mejor que...

Soames se quitó el cigarrillo de la boca y lo dejó caer en su vaso de Sauterne.

-¡Soames! -exclamé de nuevo-. Usted no puede...

Pero el Diablo ya había estirado la mano a través de la mesa, y la dejó caer lentamente... sobre el mantel. La silla de Soames estaba vacía. Su cigarrillo flotaba, hinchado, en el vino de la copa. No quedaban más rastros de él.

Durante algunos instantes el Diablo dejó descansar la mano en el sitio donde la había apoyado, mirándome con el rabillo del ojo, vulgarmente triunfal.

Me asaltó un escalofrío. Me dominé con esfuerzo y me levanté de la silla.

-Muy ingenioso -dije, condescendiente-. Pero, ¿no cree usted que *La Máquina del Tiempo* es un libro delicioso? ¡Tan original!

-Usted se complace en el sarcasmo -dijo el Diablo, que también se había puesto de pie-, pero una cosa es escribir acerca de una máquina imposible, y otra muy distinta ser una Potencia Sobrenatural -sin embargo, comprendí que se sentía ofendido.

Berthe se acercó al oír que nos levantábamos. Le expliqué que habían llamado al señor Soames, pero que tanto él como yo cenaríamos allí por la noche. Recién cuando salí al aire libre empecé a sentirme mareado. Sólo tengo un vaguísimo recuerdo de lo que hice, de los lugares por donde ambulé bajo el sol ardiente de aquella tarde interminable. Recuerdo el sonido de los martillos de los carpinteros, a lo largo de Piccadilly, y el aspecto desnudo y caótico de los *stands* a medio construir. ¿Fue en Green Park o en Kensington Gardens, dónde fue que me senté en una silla debajo de un árbol y traté de leer un periódico vespertino? El artículo de fondo traía una frase que siguió repitiéndose en mi fatigado cerebro: *Son pocas las cosas que escapan a esta augusta Señora, llena de la sabiduría atesorada en sesenta años de Reinado*. Recuerdo haber concebido, en mi desesperación, una carta (que debía ser llevada a Windsor por mensajero expreso, con orden de esperar la respuesta):

SEÑORA: Sabiendo perfectamente que Su Majestad está llena de sabiduría atesorada en sesenta años de Reinado, me atrevo a solicitar su consejo en este delicado asunto. El señor Enoch Soames, cuyos poemas quizá usted conozca...

¿No había manera alguna de ayudarlo, de salvarlo? Un pacto era un pacto, y yo habría sido el último en ayudar o respaldar a alguien que tratara de rehuir una obligación razonable. No habría movido un dedo para salvar a Fausto. ¡Pero el pobre Soames!, condenado a pagar sin tregua un precio eterno por nada más que una infructuosa búsqueda y una amarga desilusión...

Me parecía extraño y siniestro que él, Soames, en carne y hueso, con su capa impermeable, estuviera en aquel momento viviendo en la última década del siguiente siglo, escudriñando libros que aún no se habían escrito, viendo y siendo

visto por hombres que aún no habían nacido. Y aún más siniestro y singular que esta noche y para siempre estaría en el infierno. Sí, sin duda la verdad es más extraña que la ficción.

Aquella tarde fue interminable. Casi deseé haber acompañado a Soames; no para permanecer en la sala de lectura, desde luego, sino para salir a dar un excitante paseo por un Londres desconocido. Me alejé, inquieto, del parque donde había descansado. Inútilmente traté de imaginar que yo era un ardiente turista del siglo dieciocho. La tensión de los minutos lentos y vacíos era intolerable. Mucho antes de las siete regresé al *Vingtième*. Me senté a la misma mesa que había ocupado en el almuerzo. El aire entraba con indiferencia por la puerta abierta a mi espalda. De tanto en tanto, Rose y Berthe aparecían por un instante. Les había dicho que no pediría la cena hasta que no llegara el señor Soames. Empezó a sonar un organillo, ahogando abruptamente el vocerío de unos franceses que disputaban en la calle. Cada vez que terminaba una canción, se oía nuevamente la algarabía de la pelea. En el camino yo había comprado otro periódico vespertino. Lo abrí. Pero mis ojos se apartaban incesantemente de él, para consultar el reloj de pared colocado sobre la puerta de la cocina...

¡Faltaban cinco minutos para la hora! Recordé que en los restaurantes los relojes están cinco minutos adelantados. Concentré mi mirada en el periódico. Juré no volver a levantar los ojos. Alcé el periódico y lo desplegué en todo su ancho, pegándolo a mi rostro, para no ver otra cosa... ¿Temblaba acaso la hoja? Una corriente de aire, me dije.

Una gradual rigidez se apoderaba de mis brazos. Me dolían. Pero no podía bajarlos... ahora. Me asaltó una sospecha, me asaltó una certeza. Y bien, ¿entonces qué?... ¿Para qué otra cosa había venido? Sin embargo, seguí aferrándome enérgicamente a esa barrera del periódico. Sólo el ruido de los ágiles pasos de Berthe, que venía de la cocina, me permitió, me obligó a dejarlo caer y murmurar:

-¿Qué cenaremos, Soames?

-*Il est souffrant, ce pauvre Monsieur Soames?* -preguntó Berthe.

-Sólo está... cansado -le pedí que trajera vino Borgoña y cualquier comida que estuviese lista. Soames estaba agazapado sobre la mesa, exactamente en la misma posición en que lo viera por última vez. Como si no se hubiese movido... él, que había viajado tan inconcebiblemente lejos. Una o dos veces, en el transcurso de la tarde, se me había ocurrido, por un instante, que tal vez su viaje no sería infructuoso, que acaso todos nos habíamos equivocado al juzgar la obra de Enoch Soames. Pero de su aspecto se desprendía con atroz claridad que estábamos atrozmente en lo cierto.

-No se desanime -balbucí-. Quizá usted no... no eligió un plazo suficiente. Tal vez dentro de dos o tres siglos...

-Sí -respondió su voz-. He pensado en eso.

-Y ahora... ¡ocupémonos ahora del futuro más inmediato! ¿Dónde piensa ocultarse? ¿Qué le parece si toma el expreso de París, en Charing Cross? Tiene

casi una hora. Pero no vaya a París. Quédese en Calais. Radíquese en Calais. Jamás se le ocurrirá ir a buscarlo a Calais.

-Es mi destino -dijo- pasar mis últimas horas en la tierra en compañía de un asno - pero yo no me sentí ofendido-. Y un asno traidor -añadió extrañamente, lanzando hacia mí un arrugado trozo de papel que tenía en la mano. Eché un vistazo a lo que traía escrito... una especie de jerigonza, al parecer, y lo aparté con impaciencia.

-¡Vamos, Soames! ¡Seréneso! Esto no es sólo un asunto de vida o muerte. ¡Recuerde, se trata de un eterno tormento! ¿Se quedará aquí, resignadamente, hasta que el Diablo venga a buscarlo?

-No puedo hacer otra cosa. No me queda otra alternativa.

-¡Vamos! ¡ La *confianza mutua* llevada al colmo! ¡Su Satanismo ha perdido el seso! -llené su vaso de vino-. Seguramente, ahora que usted ha visto a esa bestia...

-Es inútil injurarlo.

-Pero usted debe admitir, Soames, que no tiene nada de miltoniano.

-No niego que sea algo distinto de lo que yo esperaba.

-Es un hombre vulgar, un plebeyo, de esa clase de individuos que despojan a las damas de sus joyas en los pasillos de los trenes que van a la Riviera. ¡Imagínese el eterno tormento presidido por él!

-No creerá usted que lo espero con ansia, ¿verdad?

-Entonces, ¿por qué no huye silenciosamente?

Una y otra vez llené su vaso, que él vaciaba mecánicamente. Pero el vino no encendía en su interior la más pequeña chispa de iniciativa. No comía, y yo apenas probé bocado. En el fondo de mi corazón, yo no creía que la fuga pudiera salvarlo. La persecución sería instantánea, la captura cierta. Pero todo era preferible a esta espera pasiva, humilde, miserable. Le dije a Soames que el honor de la raza humana le exigía alguna manifestación de resistencia. Preguntó qué había hecho la raza humana por él.

-Además -dijo-, ¿no comprende que estoy en su poder? Usted lo vio tocarme, ¿verdad? Todo ha terminado. No tengo voluntad. Estoy condenado.

Hice un gesto de desesperación. Él siguió repitiendo la palabra *condenado*. Empecé a comprender que el vino le había nublado el cerebro. ¡No era extraño! Sin alimentarse había viajado al futuro, y aún estaba sin comer. Lo insté a que probara por lo menos un poco de pan. Era enloquecedor pensar que él, que tenía tanto que decir, quizá no dijera nada.

-¿Qué le pareció todo... más allá? -pregunté-. ¡Vamos! Cuénteme sus aventuras.

-Serían un excelente *argumento*, ¿verdad?

-Lo siento mucho por usted, Soames, y me hago cargo de lo que le sucede; pero, ¿qué derecho tiene a insinuar que yo lo utilizaría como *argumento*?

El pobre se llevó las manos a la frente.

-No sé -dijo-. Sé que he tenido algún motivo... Trataré de recordarlo.

-Perfecto. Trate de recordarlo todo. Coma un poco más de pan. ¿Qué aspecto tenía la sala de lectura?

-Más o menos el de siempre -murmuró por fin.

-¿Mucha gente?

-Como de costumbre.

-¿Cómo eran?

Soames trató de visualizarlos.

-Eran todos muy parecidos -recordó de pronto.

Mi espíritu dio un salto atroz.

-¿Todos vestidos con mallas?

-Sí. Creo que sí.

-¿Una especie de uniforme? -él asintió-. ¿Con un número, quizá? ¿Un número en un gran disco metálico cosido a la manga izquierda? ¿DKF 78.910, por ejemplo?

-Era así.

-¿Y todos, hombres y mujeres, parecían muy bien alimentados? ¿Muy utópicos? ¿Con un fuerte olor a ácido fénico? ¿Y todos completamente calvos?

Mis previsiones resultaron exactas. El único punto acerca del cual Soames no estaba muy seguro era si los hombres y las mujeres eran calvos o estaban rapados.

-No tuve tiempo para examinarlos muy detenidamente -explicó.

-No, desde luego. Pero...

-Ellos sí que me miraban. Llamé mucho la atención -¡al fin había llamado la atención!-. Creo que más bien los atemoriqué. Me rehuían cuando me aproximaba. Los hombres que ocupaban el escritorio circular en el centro de la sala parecían asaltados del pánico cada vez que me acercaba para hacer alguna averiguación.

-¿Qué hizo usted cuando llegó?

Desde luego, se había encaminado directamente al catálogo, a los volúmenes marcados con la letra S, y se había detenido largamente ante el SN-SOF, incapaz de sacarlo del estante, porque su corazón latía tan apresuradamente... Al principio, dijo, no se sintió defraudado -pensó, simplemente, que estaba en uso un nuevo sistema de clasificación. Se dirigió a la mesa central y preguntó dónde

estaba el catálogo de los libros del siglo veinte. Supo que aún no había más que un solo catálogo. Buscó nuevamente su nombre, contempló las tres tirillas engomadas que había conocido tan bien. Después fue a sentarse, y largo rato permaneció sentado...

-Y por fin -dijo con voz parecida al zumbido de un abejorro- consulté el Diccionario Biográfico Nacional y algunas enciclopedias... Regresé a la mesa central y pregunté cuál era el mejor libro moderno sobre la literatura de fines del siglo diecinueve. Me dijeron que el libro del señor T. K. Nupton era considerado el mejor. Lo busqué en el catálogo, y llené el correspondiente formulario. Me lo trajeron. Mi nombre no estaba en el índice, pero... ¡Sí! -dijo cambiando abruptamente de tono-. Eso es lo que había olvidado. ¿Dónde está ese pedacito de papel? Démelo.

Yo también había olvidado aquel jeroglífico. Lo encontré caído en el suelo y se lo alcancé.

Él lo alisó, meneando la cabeza y mirándome con una sonrisa desagradable.

-Eché un vistazo al libro de Nupton -prosiguió-. No es fácil de leer. Usan una especie de escritura fonética. Todos los libros modernos que vi eran fonéticos.

-Entonces no quiero saber más nada, Soames, por favor.

-En cambio, todos los nombres propios parecían escritos a la antigua. De lo contrario, quizá no habría advertido el mío.

-¿Su propio nombre? ¿De veras? ¡Oh, Soames, cuánto me alegro!

-Y el suyo.

-¡No!

-Pensé que esta noche usted me esperaba aquí. Por eso me tomé la molestia de copiar el pasaje. Léalo.

Le arranqué el papel de las manos. La escritura de Soames era característicamente borrosa. Debido a esto, a mi emoción y a la ruidosa ortografía, tardé más en comprender lo que quería decir T. K. Nupton.

El documento se halla ante mis ojos en este momento. Es extraño que las palabras que copio para ustedes el pobre Soames las haya copiado para mí dentro de setenta y ocho años...

De la página 234 de Literatura inglesa 1890-1900, por T. K. Nupton, publicación del Estado, 1992.

Por ejemplo, un escritor de la época, llamado Max Beerbohm, que aún vivía en el siglo veinte, escribió un cuento en el que retrató a un personaje imaginario llamado Enoch Soames, un poeta de tercera categoría, que se cree un gran genio y hace un pacto con el Diablo para saber qué pensaría de él la posteridad. Es una sátira algo artificiosa, pero no carente de valor, en cuanto demuestra hasta qué punto se tomaban en serio los jóvenes de mil ochocientos noventa. Ahora que la profesión literaria ha sido organizada como un departamento de servicios

*públicos, los escritores han encontrado su verdadero nivel y han aprendido a cumplir su deber sin pensar en el mañana. El obrero gana su salario, y eso es todo. Felizmente, los Enoch Soames no existen hoy entre nosotros. **

*_ El "idioma fonético" de Soames no tiene equivalente en castellano. En "inglés" el párrafo transcrito reza así:

Fr egzarmpl, a riter ov th time, naimd Max Beerbohm, hoo woz stil alive in th twentieth cenchri, rote a stauri in with e pautraid an immajinari karrakter kauld 'Enoch Soames' - a thurd-raít poít hoo beleevz imself a grate jeneus an maix a bargin with th Devvl in auder ter no wot posterriti thinxs ov jmi It iz a sumwot labud sattire but not without vullu as showing hou seriusli the yung men ov th aiteen-ninetiz took themselvz. Nou that th littreri profeshn haz bin auganized az a departmnt of publik servis, our riters hav found their levvl an hav lernt ter doo their duti without thort ov th morro. 'Th laibrer iz werthi ov hiz hire', an that iz aul. Thank hevvn we hav no Enoch Soameses amung us toda!

Advertí que pronunciando las palabras en alta voz (recurso que recomiendo a mis lectores) alcanzaba a comprenderlas, poco a poco. Cuanto más inteligibles se volvían, tanto más crecían mi azoramiento, mi congoja y mi horror. Era una pesadilla. Por un lado, a lo lejos, el vasto y siniestro panorama de lo que aguardaba a las infortunadas letras; por el otro, aquí, sentado a la mesa, mirándome con una mirada que parecía quemarme, el pobre hombre a quien, a quien evidentemente... pero no: por mucho que se envileciera mi carácter en los años venideros, yo jamás sería tan bestia como para...

Examiné nuevamente el manuscrito. *Imaginario*... pero allí estaba Soames, y no era más imaginario -¡ay!- que yo. Y "labud"... ¿qué diablos era eso? (hasta el día de hoy no he descifrado esa palabra).

-Todo esto es muy... desconcertante -balbucí por fin.

Soames nada dijo; pero, cruelmente, no dejó de mirarme.

-¿Está usted seguro -contemporicé-, completamente seguro de que copió bien el párrafo?

-Completamente.

-Bueno, entonces es este maldito Nupton que debe de haber cometido -que cometerá- un estúpido error... ¡Escúcheme, Soames! Usted me conoce demasiado para suponer que yo... Al fin y al cabo, el nombre *Max Beerbohm* no es tan raro, y seguramente habrá varios Enoch Soames por ahí... o, más bien, *Enoch Soames* es un nombre que podría ocurrírsele a cualquiera que escribiese un cuento. Además, yo no escribo cuentos: soy un ensayista, un observador, un cronista... Admito que es una coincidencia extraordinaria. Pero usted debe comprender...

-Lo comprendo todo -dijo Soames quedamente. Y añadió, en un resabio de sus viejas actitudes, pero con una dignidad que yo nunca le había conocido-: *Parlons d' autre chose*.

Acepté de prisa esta sugerión. Y volví directamente al futuro inmediato. Pasé la mayor parte de aquella larga tarde en renovadas súplicas a Soames para que

huyese y se refugiara en cualquier parte. Recuerdo haberle dicho, por último, que si en verdad yo estaba llamado a escribir sobre él, aquel presunto *cuento* podría, por lo menos, tener un epílogo feliz. Soames repitió esas tres palabras finales con expresión de intenso desprecio.

-En la Vida y en el Arte -dijo-, lo único que importa es un epílogo *inevitable*.

-Pero -insistí, fingiendo mayores esperanzas de las que en realidad abrigaba- un final que puede rehuirse, no es inevitable.

-Usted no es un artista -dijo con voz áspera-. Y su incapacidad artística es tan irremediable que, no pudiendo imaginar algo y darle realidad, logrará que una cosa verdadera parezca inventada. Es un miserable chapucero. ¡Maldita suerte la mía!

Protesté que el miserable chapucero no era yo -no iba a ser yo- sino T. K. Nupton, y sostuvimos una discusión bastante acalorada. En lo mejor de ella, me pareció de pronto que Soames admitía su error: lo vi físicamente anonadado. Pero me pregunté por qué -y lo adiviné enseguida, con un escalofrío-, por qué miraba de esa manera algo que estaba a mi espalda. El portador de aquel *final inevitable* llenaba el vano de la puerta.

Logré girar en mi asiento y decir, con cierta despreocupación:

-¡Ah, adelante!

En verdad, su absurdo aspecto de villano de melodrama apaciguaba en algo mi temor. El lustre de su sombrero ladeado y su pechera, la forma en que se retorció el bigote, y en particular la magnificencia de su sonrisa, todo parecía atestiguar que sólo estaba allí para ser burlado.

De una zancada llegó a nuestra mesa:

-Lamento -dijo con feroz ironía- interrumpir esta pequeña reunión...

-No la interrumpe, la completa -le aseguré-. El señor Soames y yo deseamos conversar con usted. ¿Quiere sentarse? El señor Soames no ha obtenido nada, absolutamente nada, con su viaje de esta tarde. No pretendemos insinuar que todo este negocio no ha sido más que una estafa... una vulgar estafa. Por el contrario, creemos que usted ha procedido de buena fe. Pero, desde luego, en tales circunstancias, el pacto queda rescindido.

El Diablo no contestó verbalmente. Se limitó a mirar a Soames y señalarle la puerta con el índice rígido. Soames se levantaba penosamente de la silla cuando yo, en un rápido y desesperado ademán, me apoderé de dos cuchillos que descansaban sobre la mesa y puse las hojas en cruz. El Diablo retrocedió abruptamente contra la mesa que tenía a su espalda, desviando el rostro y estremeciéndose.

-¡Usted no es supersticioso! -dijo con voz sibilante.

-Yo no -repose sonriendo.

-¡Soames! -ordenó, como si hablara con un lacayo, pero sin volver el rostro-. ¡Enderece esos cuchillos!

-El señor Soames -dije enfáticamente, al tiempo que intentaba refrenar a mi amigo con un gesto imperativo- es un satanista católico -pero mi pobre amigo cumplió el mandato del Diablo y no el mío; y cuando los ojos del maestro volvieron a clavarse en él, se levantó y salió arrastrando los pies. Traté de hablar. Pero fue él quien habló.

-Haga lo posible -fue la plegaria que me dirigió en el preciso instante en que el Diablo lo sacaba bruscamente por la puerta-, haga lo posible por hacerles saber que yo he existido.

Un segundo después salí yo también. Me quedé mirando a todos lados, a derecha, a izquierda, adelante. Vi la luz de la luna, vi la luz de los faroles, pero Soames y el otro habían desaparecido. Aturdido, me quedé allí. Aturdido, volví por fin al reducido local: y supongo que pagué a Rose y Berthe mi cena y mi almuerzo, y también los de Soames; espero que así haya sido, porque nunca volví al *Vingtième*. Desde aquella noche no me he acercado a Greek Street. Y pasaron muchos años antes de que volviera a poner el pie en Soho Square, porque fue allí, esa misma noche, donde ambulé horas y horas con esa vaga sensación de esperanza que incita a un hombre a no alejarse del lugar donde ha perdido algo... *En torno a la plaza de cerrados postigos anduve y anduve...* Aquella línea me volvía a la memoria, en mi solitaria ronda, y junto con ella toda la estrofa, repicando en mi cerebro y haciéndome ver cuán trágicamente distinto de lo imaginado por él había sido el encuentro del poeta con ese príncipe de quien, más que de todos los príncipes, debemos desconfiar. Sin embargo -es extraño cómo ambula y divaga la mente de un ensayista, por conmovida que esté-, recuerdo haberme detenido ante un amplio portal preguntándome si acaso era el mismo en que el joven de Quincey yacía enfermo y débil mientras la pobre Ann corría a todo lo que daban sus piernas en dirección a Oxford Street, esa *madrastra de corazón de piedra*, y regresaba con el *vaso de oportó y especias* sin el cual, según él, quizá habría muerto. ¿Era éste el mismo portal que de Quincey solía visitar en su ancianidad a manera de homenaje? Medité sobre el destino de Ann y la causa de su repentina desaparición de la guarida de su amigo; y luego me reproché amargamente por dejar que el pasado desplazara al presente. ¡Pobre Soames, desaparecido!

Y también empecé a sentirme preocupado por mí mismo. ¿Qué debía hacer? ¿Se produciría acaso un gran escándalo? ¿*La Misteriosa Desaparición de un Escritor*, etc.? Había sido visto, por última vez, almorzando y cenando en mi compañía. ¿No sería mejor que yo tomara un coche y fuera inmediatamente a Scotland Yard? Me creerían un lunático. Al fin y al cabo, dije para tranquilizarme, Londres es una ciudad muy grande, y un solo ser humano, muy oscuro por añadidura, puede fácilmente desaparecer sin que nadie lo advierta... especialmente ahora, en el deslumbramiento del próximo jubileo. Lo mejor, pensé, era no decir nada.

Y estaba en lo cierto. La desaparición de Soames no produjo el menor ruido. Fue olvidado por completo antes que nadie -que yo sepa- observara que ya no se lo veía. Quizá de tanto en tanto, algún poeta, algún prosista, haya preguntado a otro: ¿Qué ha sido de ese hombre Soames?, pero yo no oí jamás esa pregunta. Cabe suponer que el procurador que le entregaba su renta anual realizara

averiguaciones, pero no trascendió ningún eco de las mismas. Había algo atroz, para mí, en ese desconocimiento general del hecho de que Soames había existido, y más de una vez me sorprendí preguntándome si Nupton -ese nonato- tendría razón al suponer que Soames era fruto de mi fantasía.

En ese extracto del repulsivo libro de Nupton hay un detalle que quizá os ha intrigado. ¿Cómo es que el autor, aunque yo lo he mencionado aquí por su nombre y he citado las mismas palabras que él ha de escribir, no advertirá el evidente corolario de que yo no he inventado nada? La respuesta sólo puede ser la siguiente: Nupton no habrá leído los últimos pasajes de esa crónica. Semejante falta de escrupulosidad es un pecado grave en quien emprende un trabajo de investigación. Y espero que estas palabras sean descubiertas por algún rival contemporáneo de Nupton y lo lleven a la ruina. Me agrada pensar que en algún momento dado, entre los años 1992 y 1997, alguien habrá leído esta memoria, y habrá impuesto al mundo las inevitables y sorprendentes conclusiones que extraiga de ellas. Y tengo motivos para creer que así ocurrirá. Ustedes comprenden que la sala de lectura adonde Soames fue proyectado por el Diablo era, en todos sus aspectos, tal como será en la tarde del 3 de junio de 1997. Comprenderán, por lo tanto, que esa tarde, cuando el tiempo la traiga, estará allí la misma gente, y estará allí, puntual, el mismo Soames, y tanto él como ellos harán exactamente lo que antes hicieron. Recuerden ahora que, según Soames, su arribo produjo sensación. Alegarán ustedes que la sola peculiaridad de su atuendo bastaba para causar sensación en aquella multitud uniformada. Pero no dirían tal cosa si alguna vez lo hubieran visto. Les aseguro que en ninguna época Soames podría dejar de ser oscuro. El hecho de que ellos lo mirarán con fijeza, y lo seguirán de un lado a otro, y aparentemente le tendrán miedo, sólo puede explicarse suponiendo que, de algún modo, estarán preparados para su espectral aparición. Habrán estado aguardando con ansia para comprobar si realmente aparecía. Y cuando llegue de verdad, el efecto, por supuesto, será... terrible.

Un fantasma auténtico, garantizado, demostrado, pero -¡ay!- nada más que un fantasma. Nada más. En su primera visita, Soames era un ser de carne y hueso, mientras que los seres en cuyo ámbito fue proyectado no eran, según creo, más que fantasmas... fantasmas sólidos, palpables y parlantes, pero inconscientes y automáticos fantasmas en un edificio que era apenas una ilusión. La próxima vez ese edificio y esos seres serán verdaderos. Soames será la apariencia. Ojalá pudiera creerlo destinado a regresar al mundo, verdadera, física, conscientemente. Ojalá le estuviera reservada esta breve y única fuga, este único y pequeño placer. Nunca lo olvido mucho tiempo. Está donde está, y para siempre. Los moralistas rígidos podrán decir que es el único culpable de su suerte. Por mi parte, creo que ha sido tratado con excesivo rigor. Está bien que la vanidad sea castigada; y admito que la vanidad de Enoch Soames era superior a lo corriente y merecía un tratamiento especial. Pero no había necesidad de ensañarse. Dirán ustedes que él se comprometió a pagar el precio que está pagando. Sí; pero yo sostengo que fue inducido por medios fraudulentos. Bien informado de todas las cosas, el Diablo debía saber que mi amigo nada ganaría con su visita al futuro. Todo este asunto no ha sido más que una vilísima treta. Cuanto más pienso en ello, tanto más detestable me parece el Diablo.

Lo he visto varias veces, en distintos lugares, después de aquella tarde en el *Vingtième*. Pero sólo en una oportunidad se puede decir que nos encontramos.

Fue en París. Caminaba yo una tarde por la rue d'Antin cuando advertí que se acercaba desde opuesta dirección... llamativamente vestido, como de costumbre, balanceando un bastón de ébano y comportándose, en suma, como si toda la calle le perteneciera. Al pensar en Enoch Soames y en los millares de seres que sufren eternamente bajo el dominio de esta bestia, me llenó una fría cólera y me erguí en toda mi estatura. Pero... en fin, uno está tan acostumbrado a saludar y a sonreír en la calle a cualquier conocido, que esos gestos se vuelven casi independientes de uno mismo; para evitarlos, es menester un esfuerzo muy intenso y una gran presencia de ánimo. Y así, al pasar frente al Diablo, advertí con zozobra que yo lo saludaba y le sonreía. Y mi vergüenza se hizo luego más profunda y candente porque él -sí, señor- me miró con la mayor altivez y no me devolvió el saludo.

Ser desairado -deliberadamente- ¡y por él! ¡Es para sacar de sus casillas a cualquiera!

Cuestión de rivalidad

Eddy C. Bertyn

A matter of competition. Traducción de I. Rived en *Las mejores historias diabólicas*, recopiladas por A. van Hageland, Libro Amigo 338, Editorial Bruguera S. A., 1975.

Eddy C. Bertin, un joven escritor flamenco establecido en Gante, la ciudad donde nació John Flanders (Jean Ray), es quizá el más grande de la nueva ola de autores contemporáneos en el campo del terror. Tiene dos libros publicados y más de un centenar de historias repartidas por todo el mundo.

Cuestión de rivalidad fue escrita especialmente para la antología Las mejores historias diabólicas, recopilada por A. Van Hageland. Quizá no sea tan horrible como aquellas otras a las que nos tiene acostumbrados el autor; más bien es un cuento burlesco. Pero les va a gustar.

Abrí la puerta del cuarto de espera luego de echar una ojeada a mis notas y ver quién era el próximo en la lista.

-Pase, por favor, señor Thomson -dije.

Entró, como la mayoría de ellos, poco seguro de sí mismo, secándose el sudor de sus grandes manazas rojas en el abrigo. Aunque hacía mucho calor aquella tarde y no hay duda de que debía estar sudando de lo lindo dentro de su abrigo de pieles, prefirió conservarlo puesto, lo mismo que su sombrero.

Cogió, sin embargo, una silla y se sentó, mientras yo tomaba asiento detrás de mi gran mesa de caoba. De nuevo rechazó mi oferta de que se quitara el abrigo y el sombrero. Le examiné de arriba abajo. El señor Thomson era un hombre menudo y delgado, con el rostro como el de un halcón y una nariz demasiado larga. Tenía los ojos saltones como los de un sapo, lo que contribuía a darle aquella eterna expresión embobada. Sus manazas eran una contradicción al resto de su físico. No parecía dispuesto a empezar a hablar por impulso propio.

-¿Qué puedo hacer por usted, señor Thomson? -le pregunté.

Se revolvió un poco en su silla sin contestar. Aquella mirada fija de sus ojos enrojecidos, demasiado enrojecidos, empezaba a ponerme nervioso. La conversación no se desarrolló de la manera prevista.

-Por favor, señor Thomson -le dije cortésmente- soy un hombre muy ocupado. ¿Qué tal si me dice qué es lo que le ocurre? .

-¿Lo que me ocurre? -inquirió él, removiéndose de nuevo en su silla.

-Vamos, señor Thomson. Para esto estoy aquí, y para eso ha venido usted. Yo soy médico y ayudo a la gente. Estoy aquí para ayudarle. Usted ha concertado una entrevista conmigo, de modo que algo debe preocuparle. Bien, le escucho.

Esperé un momento para dejar que digiriese mis palabras. Estaba apunto de abrir la boca de nuevo cuando se inclinó hacia adelante y me preguntó:

-¿Le gustaría venderme su alma?

Así, sencillamente. He visto toda clase de excéntricos en mi despacho, algunos de ellos gente muy normal que piensan que necesitan ayuda para ordenar sus mentes, y también algunos verdaderos lunáticos. Pero ninguno de ellos me había preguntado nunca si yo tenía un alma y mucho menos si quería venderla.

-Mi querido señor Thomson, ¿por qué habría yo de querer venderle mi alma?

-Bueno , podría haber muchas razones. ¿Qué tal conseguir una buena pila de dinero sin tener que trabajar por él?

-Como usted ve, me arreglo muy bien con lo que gano. Además ocurre que me gusta mi trabajo.

-¡Ah, bien! Si usted es uno de éstos... Entonces, ¿tal vez quisiera suprimir a alguien de su camino? ¿O hay alguna chica que le gustaría tener? ¿Eh? Alguna preciosa...

-Señor Thomson, hablemos seriamente. No quiero matar a nadie por razón alguna. Y en cuanto a su segunda proposición, me temo que mi esposa tendría algunas objeciones que hacer.

-Bueno, estoy seguro de que podremos encontrar alguna razón. Incluso si usted...

-Escúcheme, señor Thomson, por favor. No perdamos ni su tiempo ni el mío. Vamos a suponer que yo le vendiese mi alma, si es que tal cosa existe. ¿Qué haría usted con ella?

-¡Oh, claro, que existe! De eso estoy seguro y ¿qué piensa que haría con ella? Nada, naturalmente. Ni siquiera la recogería, esto no es parte del trato. Estoy aquí sólo como intermediario, como un pobre diablo que trata de ganarse la vida en este caos que usted llama su mundo.

¡De modo que era un diablo! Me eché a reír. No debiera haberlo hecho, pero no pude evitarlo.

Luego dejé de reírme porque vi que él se estaba volviendo negro. De veras, se estaba volviendo tan negro como el carbón y sus ojos enrojecidos parecían dos brasas que despidiesen chispas de fuego. Cuando interrumpió su demostración, pareció encorvar los hombros y se echó a llorar de pronto. Es siempre un *shock* ver a un hombre adulto que solloza, sobre todo después de su juegucito de horror.

-¡Por favor, por favor! En nombre de Lucifer, no se ría, no se ría de mí. No puedo soportarlo más.

Fui hasta donde él estaba y le di unas palmadas en el hombro.

-¡Vamos, vamos, señor Thomson! Seguro que no es tan grave como todo eso.

Levantó los ojos para mirarme. Era un pobre montón de miseria. Afortunadamente, había recobrado su color natural y esto me tranquilizó un poco.

-Pues sí lo es -sollozó él-. ¿Puede imaginarse que no he conseguido un alma durante los últimos tres meses? ¿Cómo voy a comer? Estoy abandonado a mí mismo: si no hay alma, no hay paga. No puedo recurrir a nadie; no hay sindicatos que nos acepten.

-Pero usted me había prometido montones de dinero. ¿Por qué no usa usted mismo un poco de ese dinero?

-Porque no lo tengo yo. Es la oficina central la que se ocupa de esa parte del trato. Lo único que a mí me dan es mi paga del mes, si es que me he ganado alguna..., cosa que no he hecho durante los últimos tres meses. Cogí mis últimos ahorros para poder pagarle sus honorarios.

Volví a sentarme detrás de mi mesa. «Mejor será tomarlo con tranquilidad -me dije-. No parece peligroso. Después de todo, he curado a siete Napoleones y dos Adolf Hitler, para no nombrar más que unos pocos. ¿No voy a poder manejar a un simple demonio?»

-Empecemos por el principio -le dije-. Supongamos que me lo cuenta usted todo por orden cronológico. Pero no sentado ahí, en esa silla tan incómoda. ¿Por qué no se echa en el diván y se relaja? Se sentirá mucho más a gusto.

Se tendió, sin quitarse ni el abrigo ni el sombrero: Luego se corrió un poco hacia la izquierda.

-Tengo que andar con cuidado -me explicó-. La semana pasada me cogí el rabo con la puerta de la cocina. No se ha curado aún del todo y me duele como el cielo.

Ocupé mi sitio habitual a la cabecera del diván y coloqué el libro de notas en mi regazo.

-Aclaremos ahora unas pocas cosas -le dije-. Lo mejor será que me cuente un poco de su pasado antes de que nos ocupemos de sus verdaderos problemas.

Aun vaciló un poco y luego empezó a hablar, torpemente al principio, pero poco a poco las palabras empezaron a salir en avalancha. Sin duda, todo ello había estado en su mente años y años.

-Mi nombre es J. Thomson. Yo...

-¿Qué significa la J? -le pregunté yo interrumpiéndole.

Tuvo un estremecimiento.

-Johannes. Lo siento, no puedo pronunciar ese nombre como es debido. Me da tiritona.

-Continúe, por favor.

-Bueno, ése es mi nombre en la Tierra, naturalmente.. Mi verdadero nombre es Valefar. Siempre he servido bajo las órdenes del brigadier Sargatanus, antes de

tener problemas con ese imbécil de Loray. El muy vago siempre encontraba la manera de escurrirse y que yo hiciese su trabajo. Cogía prestado uno de los gabanes invisibles de Sargatanus y venía aquí arriba, a hacer de mirón, este cochino ángel.

Pronunció la palabra ángel como si fuera una maldición. «Sentimientos de envidia contenidos, temor de los superiores, impulsos sexuales reprimidos», anoté en mi libreta.

-Hasta que al final -continuó él diciendo- llegué a estar harto. Estaba tan furioso que empecé una pelea. Después que hube volcado una sartén de grasa caliente sobre su cabeza, el casi me ahogo en aceite hirviendo. Eso me enloqueció, sabe usted, y le di un mordisco en el rabo. ¡Cómo gritaba! Usted no puede saberlo, pero tenemos el rabo extraordinariamente sensible. Apuesto a que el bandido aún conserva la marca de mis dientes. ¿Cómo iba a imaginar que Loray gozaba entonces de los favores de Sargatanus, el viejo cochino? Loray se quejó a su amigo y Sargatanus fue directamente a ver al viejo. El resultado fue que Astoreth me despidió y me envió aquí arriba para que fuera recogiendo algunas almas miserables, como si yo fuese un demonio de tercera clase. Y todo ello sólo por un mordisco en el rabo. Ni siquiera tenía buen gusto.

«Problemas en la oficina -murmuré para mí mismo y lo escribí-. Sentimientos de rencor contenidos; resentimientos que ahora vienen a unirse a su fantasía. Sufre también de un severo complejo de castración.»

-Dígame, ¿cuánto tiempo lleva alimentando esta idea de ser un demonio?

-Desde siempre, naturalmente. Y es un hecho, no sólo una... idea.

-¿Quiere decir desde que nació? ¿O desde tan lejos como puede recordar?

-YO NO NACÍ ¿Tengo que deletrearlo? Yo fui creado como todos nosotros, antes de que el Divino Hacedor (escupió estas palabras) nos arrojase del cielo.

«Rechazo subconsciente de la realidad, trauma natal y recuerdos prenatales - escribí-. Posible reacción a la imagen del padre. Fallo en adaptarse y le echa la culpa a los otros.»

-¿Odiaba a su padre?

-¿Mi padre? Si no nació, ¿cómo iba a tener un padre? Es cierto que nos gusta considerar al viejo Lucifer como una especie de padre espiritual, si es eso lo que quiere decir. Ese hijo de su madre podía haberse impuesto a Astoreth. Le dirigí una protesta oficial... pero probablemente acabó en su papelera. Me gustaría sacarle las tripas, el podrido cochino...

Siguió una larga retahíla de palabras que no voy a repetir aquí, la mayoría de ellas absolutamente desconocidas a mis oídos, aunque su significado estaba claro.

«Decepcionado con la imagen que se creó para sustituir la del padre», anoté.

-¿Podría decirme algo sobre su juventud?

-¡Oh! Siempre he vivido un tanto encerrado en mí mismo, incluso allá abajo. Siempre deseé tener un sencillo y limpio trabajo administrativo, ¿sabe usted? Lo que pasa es que no podía acostumbrarme a la pestilencia de sus fuegos y al hedor de la grasa quemada y al aceite hirviendo. Tuve incluso que tomar vacaciones un par de veces, porque aquel continuo griterío estaba empezando a desequilibrarme. Aunque fuera por breve tiempo, no sabe lo que me alegré de alejarme de allí.

«Falta de amor maternal -escribí-. Complejo de inferioridad como resultado de su incapacidad para realizar su trabajo.»

-Luego conseguí este empleo con Sargatanus. Era un trabajo perfecto para mí: llevar los libros; un poco de máquina y correspondencia, hacer las listas de salarios, pensiones y cosas así. Hasta que aquella pelea con Loray acabó con todo.

-¿Querría contarme algo de su trabajo aquí?

-No hay mucho que contar: lo único que tengo que hacer es contactar personas que quieren o necesitan algo desesperadamente. Les explico las condiciones del trato y si ellos están de acuerdo me ocupo de que obtengan lo que quieren. A su debido tiempo, viene la cuestión del pago.

-¿Es usted quien hace la entrega y recoge el pago?

-¿Por quién me ha tomado? ¿Por un recadero? Yo sólo hago de intermediario. Hago los contactos y los paso a la oficina. Allí investigan si vale la pena molestarse y llevar a cabo el resto del trabajo. Bueno, esto es lo que hacían cuando el negocio marchaba bien.

-Ahora, si no le importa que se lo pregunte francamente, ¿por qué ha venido usted aquí? No esperaba que iba a venderle mi alma. ¿Por qué venir a un psiquiatra si está usted tan seguro de sí mismo?

El pobre diablo sudaba ahora profusamente y se revolvía en su silla. Era fácil ver que estaba luchando consigo mismo para desembuchar lo antes posible.

-Bueno, verá usted..., las últimas veces..., pues, yo...

Dígame, doctor, ¿usted cree que yo soy un diablo?

«Cuidado ahora», pensé. ¿Cuál sería el mejor camino?

-Francamente, no, no lo creo. Pero usted sí parece creerlo.

-Ya me lo imaginaba. Nadie lo cree y éste es el problema. NADIE CREE; no creen en Dios, ni en la Iglesia; no creen en el alma ni... en el demonio. Durante los últimos meses he tenido quince casos que realmente querían o necesitaban algo. Venía a ver a los sujetos y les ofrecía mis servicios... SE REÍAN DE MI ¿Imagina usted el efecto que esto me hace? En mi propia estimación, quiero decir. Uno de ellos llegó a pensar que se trataba de una broma y me dio un puñetazo en un ojo. Casi no me atrevo ya a aparecer por el vecindario. Tan pronto como me ven, empiezan a hacer signos y a llevarse el dedo a la sien. Durante los últimos cuatro meses he tenido que mudarme dos veces. Bueno, hasta ahora siempre he

conseguido ignorar a la gente estúpida, aunque me cueste pasar hambre. Pero ayer fue ya demasiado. Había aquellos niños, sabe, que me seguían diciendo: «¡Eh, señor demonio! ¿Quiere un alma a cambio de chocolate?».

«Asombroso complejo de inferioridad», murmuré para mí. Pero él siguió:

-Empiezo a tener miedo de salir a la calle. Cuando oigo que alguien se ríe, empiezo a pensar que es por mí. Y cuando alguien me mira por encima del hombro, quisiera desaparecer. ¡Escuche, doctor...!

Se quitó el sombrero y me señaló su cabeza.

-¿Los ve? ¿Los toca?

Se levantó del diván y se quitó los zapatos, sacudiéndolos y maldiciendo los nombres de todos los santos, si no salían inmediatamente. Luego me enseñó un pie detrás de otro.

-¿Los ve?

Dándose la vuelta empezó a bajarse los pantalones.

-Por favor, señor Thomson -dije-. Esto no es un campo de nudistas, ¿sabe usted?

«Impulsos exhibicionistas también», anoté en mi libreta.

-¡Oh, cállese! -dijo él. Terminó de bajarse los pantalones y levantó el trasero-. ¿Lo ve?

Volvió a ponerse sus ropas y se sentó en el diván, mirándome desesperado, con sus ojos enrojecidos.

-Ahora dígame toda la verdad, doctor. ¿Vio usted y palpó lo que yo veo y palpo? ¿Mis cuernos? ¿Mis pezuñas? ¿Mi rabo? He leído bastante sobre psiquiatría antes de venir a verle, de manera que sé algo de cómo trabaja la mente. Dígame, ¿SOY REALMENTE UN DEMONIO? ¿O tal vez un ser humano corriente que trata de ocultar su identidad en un complicado escape de fantasías?

Hubiese esperado cualquier cosa después de su exhibición, pero ciertamente no esto. Hasta ahora ningún Napoleón habla dudado de que era Napoleón.

-¿Qué es lo que le hizo empezar a dudar de ser un demonio? -le pregunté, felicitándome a mí mismo por el caso. ¡Qué maravilla confundir la realidad con la imaginación hasta tal punto que el mundo imaginario del escape se hace irreal!

-Escuche -me dijo sacando un papel. de uno de sus bolsillos-. Mire esto, es uno de nuestros contratos. Dice aquí: «Contrato hecho entre el vendedor, señor..., que de ahora en adelante será llamado VENDEDOR, y el comprador, Productos Lucifer Asociados, que desde ahora será llamado COMPRADOR. Por ésta declaro vender al COMPRADOR mi ALMA sin ninguna reserva, en la condición exacta en que se encuentre en el momento de su entrega. A cambio de ello recibiré del COMPRADOR los siguientes valores, etc., etc». Cuando les enseñé esto a mis posibles clientes, algunos se ríen y otros dicen que es una factura vieja de mi sastre. Dígame lo que realmente se lee aquí. ¿Está todo ello en mi

imaginación solamente? ¿Es todo mi pasado una ficción? Pero yo sí puedo leer el contrato. incluyendo la letra menuda de los párrafos siete y ocho. Puedo PALPAR mis cuernos y puedo incluso menear el rabo. ¿Ve?

Le observé atentamente. Parecía como si pudiese soportar el *shock*.

-Amigo mío -le dije-, tiene que enfrentarse con ello: sufre usted de una complicada ilusión, que se ha inventado para sí mismo. Ha cambiado la realidad por un mundo de fantasías, en el que usted se ve importante. Pero no puede continuar escondiéndose siempre. Uno de estos días perderá la razón y entonces no habrá remedio. Eso sí que será el infierno, y no hago ningún juego de palabras. Sin embargo, ha dado usted el primer paso en el camino de la curación, empezando por dudar de su propia fantasía. Para intentar aclarar este asunto de demonios tendré, no obstante, que aprender muchas cosas sobre su persona y sobre la manera como funciona su mente. Hay ciertas cosas que estoy seguro que no querría o no podría decirme por propia voluntad; cosas que están en lo más profundo de su subconsciente. Podría sacarlas con preguntas, pero esto llevaría mucho tiempo y dinero, y supongo que usted no lo tiene, puesto que me ha confesado que ha tenido que recurrir a sus ahorros para poder venir a verme. Sin embargo, sugiero ponerle en estado hipnótico para que salga al exterior con mayor rapidez.

Pude ver que no le gustaba la idea. A ninguno de ellos le gusta que el manipulador de cabezas les hurgue en el cerebro mientras duermen. Tuve que usar una gran dosis de persuasión antes de que acabara por acceder a ello, una vez que le aseguré repetidamente que era completamente inofensivo.

Demostó ser un médium excelente, y se quedó dormido casi en el acto. Una vez que le tuve inmerso en un profundo sueño, saqué la jeringuilla de cajón de mi mesa y le puse una inyección para evitar que se despertara demasiado pronto. Cerré las cortinas de las ventanas y saqué mis bisturís, tijeras, antisépticos y coaguladores. Me puse la bata y empecé a trabajar. Fue mucho más difícil de lo que había imaginado, porque era un tipo muy duro y necesité casi dos horas para terminar la operación. Entonces le di otro jeringazo., retiré las cosas y me senté tranquilamente tras el diván.

Allí estaba aún cuando se despertó.

-Óigame -le pregunté-. ¿Quién es usted?

-Pues soy Valefar. y mi nombre aquí es Thomson.

-No, usted NO es Valefar. Usted ES el señor Johannes Thomson, amigo mío, y eso es todo. Ha estado usted sufriendo de una ilusión muy fuerte, debida a varios incidentes desagradables que han trastornado su juventud y dejado huellas en su cerebro. Creció usted sin ningún afecto porque perdió a su madre al nacer. Hizo a su padre responsable de esto, representándolo como Astoreth, su «padre mental», pero no corporal. Fue usted un muchacho muy solitario, que deseaba mucho tener una chica, pero debido a su complejo de inferioridad no se encontraba con valor suficiente para acercarse a ninguna. De modo que tuvo que contentarse con observar y jugar al mirón, al mismo tiempo que se despreciaba por lo que hacía y por lo que no era. Así se creó una doble imagen que era todo lo

que usted no era y llamó a esta segunda identidad Loray. No hay duda que todos estos nombres los encontró en algún libro barato sobre magia y demonología. El mundo y la gente con los que usted trabaja no podían llegar a usted ni comprenderle, pero en lugar de adaptarse a ellos le resultó más fácil pensar que le odiaban. De modo que empezó a odiarlos usted a ellos, mientras ocultaba su inferioridad dentro de sí mismo. ¿Qué mejor manera de hacerlo que tratando de imaginarse que era usted alguien importante y más poderoso que ellos? ¿Qué mejor personaje para esto, que el de un demonio? He descubierto algunas cosas muy curiosas en su mente mientras dormía, amigo mío, pero quédese tranquilo, todo esto es absolutamente confidencial, sólo entre usted y yo, el paciente y el doctor. Hace poco se peleó con su superior en la oficina y como resultado de su obstinación, perdió el empleo. Esto le ha afectado tan profundamente que intentó escapar a la realidad por completo y empezó a ver y a palpar cosas que existían en su mente. He conseguido destruir algunas de estas ideas nocivas bajo hipnosis, mientras estaba usted durmiendo. Todavía cree que es un demonio, ¿verdad?

-Naturalmente que lo creo. Lo sé.

Parecía inquieto y enfadado. La mayoría se muestran así cuando uno destruye sus historias.

-Eso pasará. Debe enfrentarse con el hecho de que todo esto no son sino falsos recuerdos que usted ha planteado en su cerebro. Cuando vino ya había empezado a dudar de ello. Vamos a echar ahora una ojeada a esas pruebas concretas que tiene usted de ser un demonio.

-Bueno, aquí están mis...

Sus dedos buscaron y buscaron por su cabeza.

-No -le dije con acento cortante-. No hay cuernos. He examinado con toda atención su cráneo. Tiene usted aquí dos pequeños bultitos; probablemente se golpeó con una puerta o con un armario o algo por el estilo. Es su imaginación la que ha convertido estos bultitos en dos cuernos. Es hora de que acepte la verdad: tiene usted un par de pies deformes, que supongo que es una de las grandes razones para su complejo de inferioridad. ¡Pero no tiene pezuñas! Intente también menear el rabo... ¿Ve? ¡No hay rabo en absoluto!

-Pero... yo pensé... estaba tan seguro...

Parecía desconcertado ahora, casi asustado. y sin embargo, feliz...

-Sí, señor Thomson, la imaginación del hombre es una cosa muy extraña e incluso algunas veces muy peligrosa. Pero como puede usted ver por sí mismo, la cura ha comenzado. Empieza a descubrir los agujeros de su propia historia fantástica. ¿Ve? Nunca ha tenido cuernos ni rabo. Usted pensó que me los enseñaba, pero yo francamente sólo vi su trasero.

-Sin embargo, el contrato... también se lo enseñé.

-Sí, creo que esto es lo que quiere usted decir -le contesté agitando el papel ante sus ojos-. Una factura de Harker & Sons por el traje que lleva usted ahora. Sin

pagar aún me temo. Poco a poco, todas las piezas de su rompecabezas mental van encajando en su sitio. La necesidad desesperada que tenía de dinero, su amargura al perder su empleo: todo ello contribuyó a empujarle hacia el borde de la locura. Dígame, ahora que ve la verdad tal como es, ¿cómo se siente?

-No lo sé. Hay algo que me parece irreal, si lo comparo con lo que recuerdo. Todavía recuerdo el infierno, y los gritos y mis desesperados intentos por comprar algo.

-Pero ahí está -la clave del asunto precisamente. Usted TRATÓ DE COMPRAR ALMAS. Imagínese, ir por ahí enseñándole a la gente una factura sin pagar y pretendiendo que era un contrato para comprar sus almas. ¿Le extraña todavía que se rieran de usted y pensarán que estaba loco y hasta que le dieran un puñetazo en las narices? En cuanto a sus verdaderos recuerdos, ya volverán a su debido tiempo. pero tómese lo con calma. Piense que esto es como un nuevo punto de partida para usted. Yo le he devuelto su verdadera identidad. Trate de olvidar las falsas imágenes, y si las verdaderas no vuelven, olvídela también. No son importantes. Empiece de nuevo, amigo mío, sin cuernos ni rabo. El resto ya irá saliendo de su interior.

-Doctor. no sé cómo puedo agradecerle...

-No, no me dé las gracias. Es sobre todo usted mismo quien ha contribuido a curarse. Queda ahora esta cuestión insignificante de una pequeña factura por la sesión de esta tarde.

-Claro, claro.

Sacó su libreta de cheques y repentinamente se puso negro otra vez.

-¡Doctor! -sollozó-. Mire lo que dice aquí sobre mi carnet de cheques: LUCIFER ASOCIADOS. SUCURSAL LOCAL, SECTOR 773. REPRESENTANTE, SR. VALEFAR.

Cogí el carnet de sus manos, lo miré un momento y luego lo rompí en dos pedazos y lo arrojé a la papelera.

-No era más que un carnet ordinario de cheques -le dije-. Pero con esto liquidamos el último intento de su subconsciente. Ahora, como supongo que no lleva dinero bastante consigo, le anotaré mi cuenta y usted vendrá a abonármela cuando quiera. ¿Digamos dentro de dos meses? Sí, ya veo, que le conviene así. Tenga, señor Thomson. No, no me de las gracias otra vez; me alegro mucho de haber podido ayudarle. Acuérdesse de volver dentro de dos meses, O. K.?

Se marchó, todavía muy inquieto, pero un hombre nuevo de todas formas. Cuando me hube asegurado que había salido ya del edificio, me dirigí a mi mesa, abrí el cajón de la izquierda, y saqué los cuernos, los trozos de pezuña que le había cortado para dejarle más o menos con forma humana y el largo rabo puntiagudo. Todavía chorreando un poco de sangre verde. Lo arrojé todo dentro del incinerador y abrí las ventanas para que saliera de la habitación aquel olor de infierno. Luego llamé a los míos para que entrasen, veinte en total, entre los diez y los ochenta años de edad.

-Bueno -les dije-. Mis felicitaciones por un espléndido trabajo. Vamos a ver, el siguiente es Aamón. Ahora se llama Frank Martin Delver y vive en South-Coast número 4, Sector 772. Este va a ser un trabajo principalmente para mujeres, ya que a él le encantan. Ya sabéis cuál es el sistema: empezad por contarle vuestros problemas, pero dejad que sea él quien haga las proposiciones. Luego, os reís. Esperáis unas dos semanas antes de mandar los chicos tras él. Para entonces ya estará maduro. Harry , ¿ya conoces los anuncios para los periódicos en aquel sector de la ciudad? «¿Tiene problemas? ¿Se imagina ser lo que no es? Yo puedo ayudarle, etc.». Trata de averiguar qué periódicos lee, e inserta en ellos por lo menos cuatro anuncios. Tú, Karl, me buscarás un nuevo despacho en las cercanías de South-Coast Street y le das la dirección a Harry, para que la ponga en los anuncios lo antes posible. Eso es todo por ahora, tengo trabajo que hacer.

Cuando se marcharon abrí el panel secreto que había en el muro y saqué la lista. Todos los nombres estaban allí, empezando por Lucifer, Belzebú, Astoreth, luego Lucifuge, Satanaquia, Agaliarept, Fleuretty, Sargatanus y Nebiros. Seguidos de miles y miles de demonios menores. Sólo una pequeña parte de la lista estaba marcada con tinta roja: los nombres de aquellos que operaban en MI ciudad. La leí por encima y comprobé que la situación no era del todo mala. Habían sido borrados ya quinientos treinta y siete nombres, lo que dejaba un resto de sólo doscientos treinta y uno. A su debido tiempo los tendría a todos, uno tras otro. Al fin y al cabo, tenía tiempo, todo el tiempo del mundo.

Empecé escribiendo las hojas de paga para los míos, cheques certificados de GABRIEL & COMPANY, ASOCIADOS. No se podía dejar que todos esos demonios anduviesen sueltos. Ya teníamos bastante trabajo con los humanos.

Hacía mucho calor en la habitación, así que me quité la chaqueta. Pensé en Aamón y agité mis alas, extendiéndolas unas cuantas veces. Le di dos semanas de plazo. De manera lenta, pero segura, estábamos eliminando a la oposición.

En cierto modo podía considerarse como una cuestión de rivalidad.

El demonio en la Tierra

Robert Bloch

1 - El instituto

—Permita que le haga una pregunta —me espetó mi visitante—. ¿Quisiera ir usted al infierno por diez mil dólares?

—Amigo mío, enséñeme el dinero y dígame cuándo sale el primer tren —repliqué.

—Hablo en serio —repuso con gravedad el profesor Keith.

Al cabo de un instante cerré la boca, que había abierto de par en par.

—Un momento —pedí—. Usted no posee pezuñas ni se aparece entre nubes de azufre, ni está loco ni toma drogas. Usted es el profesor Phillips Keith, director asociado del Instituto Rocklynn. Y me ofrece diez mil dólares por ir al infierno.

El hombrecillo que estaba ante mí se ajustó los lentes y sonrió. Su aspecto era de obispo apacible.

—Si alguien ha de ir al infierno en mi lugar, deseo que sea usted —declaró muy solemne.

—Muy amable, profesor y le agradezco la deferencia. Pero quisiera que se explicara mejor y entonces tai vez me decidiese. Un hombre no recibe este ofrecimiento todos los días.

Por toda respuesta me tendió un recorte de periódico.

—Lea esto.

INSTITUTO CIENTÍFICO A PUNTO DE CONVERTIRSE EN UN ANTRO DE BRUJERÍA

El mundialmente famoso Instituto Rocklynn se transformará en un lugar de reunión de demonios y duendes, según los proyectos de Thomas M. Considine, el famoso filántropo.

Considine ha donado cincuenta mil dólares para que se utilicen en lo que él califica de "estudio científico de la hechicería y la magia negra".

El profesor Phillips Keith ha anunciado hoy que el Instituto Rocklynn se propone estudiar seriamente las posibilidades del proyecto. Las bases científicas de los miagas antiguos son muy notables y el profesor Keith declara que tal estudio puede ofrecer resultados muy maravillosos.

Los vendedores de gatos negros, sapos disecados y filtros de amor, hallarán muy ventajoso entablar relaciones con el Instituto Rocklynn.

—¡Es repugnante que hablen así del Instituto! —exclamé, devolviendo el recorte a Keith—. Ahora, cuénteme la verdad.

Keith se puso de pie.

—¿Por qué no me acompaña y lo averigua por sí mismo?

—Encantado.

Salimos de mi casa y, subiendo al coche del profesor, nos internamos entre el tráfico callejero.

—Por lo visto, no se trata de ninguna exageración periodística —comenté—. ¿De veras proyecta semejante experimento?

—Nunca he pensado nada con mayor seriedad —replicó el profesor—. Yo fui quien convenció a Considine para que donase ese dinero. Durante muchos años ha sido mi ambición llevar a cabo un experimento de esa clase. Lamento que los periódicos se hayan enterado del asunto; pero, de ahora en adelante, ya no habrá más publicidad. Nadie debe saber que el Instituto Rocklynn intenta resucitar lo muerto y conjurar a los demonios en la ciudad más moderna de la tierra.

—Bien —quise saber—, ¿cuál es mi papel en este asunto?

—Muy sencillo. Me citaron su nombre como el de un escritor de novelas terroríficas o fantásticas. Por tanto, pensé que usted se hallaría más capacitado que otros para comprender esas verdades.

—Pero yo no creo en esas patrañas —objeté.

—Naturalmente. A eso voy. Usted se halla capacitado para comprender lo que intentamos; pero es escéptico; no cree en lo que escribe; por ello se le ha elegido como testigo oficial e historiador de nuestros experimentos. O sea que le contratamos como testigo.

—¿Quiere decir que me pagarán diez mil dólares por verles hacer brujerías? ¿Por acompañarles montado en una escoba?

Keith se echó a reír.

—Es usted demasiado incrédulo. Venga, necesita un ejemplo inmediatamente.

Entramos en el rascacielos, subimos en el ascensor particular, cruzamos el vestíbulo del Instituto Rocklynn, situado en el ático, y atravesamos una puerta señalada como "Privado". Si alguna vez esta palabra ha estado bien empleada era en esta ocasión, pues era la simple barrera que separaba la cordura de la demencia.

Una demencia negra en una habitación tapizada enteramente de negro. Iluminada por las rojas llamas de un brasero, cuyas ascuas eran como parpadeantes ojos infernales y llena de perfumes de especias, humedad y tumba.

Era una estancia que pertenecía al siglo XV, arrancada a los sueños de los hechiceros y alquimistas.

Cierto que las mesas y estantes eran modernos, pero gemían bajo el peso de viejos horrores.

Una hilera de tubos de ensayo, de moderno cristal Pyrex, pero con etiquetas tan infernales como éstas: "Sangre de murciélago", "Raíz de mandrágora", "Polvo de momio", "Grasa de cadáver", y aún otras peores.

En un rincón se veían unas neveras modernísimas, que contenían innumerables cuerpos. Junto a un fuego de leña, sobre unos trébedes, se veían extraños calderos. Un estante contenía instrumentos de alquimia. Frascos con hierbas se hallaban junto a otros que contenían huesos pulverizados. El suelo estaba cruzado por dibujos pentagonales y signos del zodiaco, hechos con pintura azul fosforescente, y alguna otra materia que emitía radiaciones rojizas.

Una pared estaba cubierta de libros. La luz se reflejaba en polvorientos y resecos volúmenes, que en un tiempo estuvieron en contacto con las manos de las brujas y los nigromantes.

Por un momento, permanecí junto al profesor Keith, en tanto la férrea puerta que acabábamos de cruzar se cerraba detrás de nosotros. Unos ojos, de pronto, se fijaron en los dibujos y horrores de aquella habitación.

De repente algo se movió en un extremo de la estancia y avanzó hacia mí. De momento, sólo era una sombra blanca, pero luego... Di un salto que por poco me obliga a chocar mi cabeza con el techo.

—Le presento al doctor Ross —le presentó el profesor.

—¡Ejem! —carraspeé.

El ovalado rostro del doctor Ross se inclinó hacia delante. Una fina mano estrechó la mía y, con deliciosa voz, el doctor declaró:

—Tengo un gran placer en conocerle.

—¡Ejem! —repetí.

—¿Sólo sabe decir "ejem"? —preguntó muy curioso el doctor Ross.

—Creo que también usted perdería la voz si le metiesen en un cuarto lleno de horrores, y cuando esperase encontrarse delante de un fantasma viese avanzar hacia usted a la muchacha más hermosa...

Me interrumpí. Sin embargo, no me arrepentía de mi desliz, pues el doctor Ross era en realidad la doctora Ross, una joven bellísima. Su cabello rubio no estaba oculto por ninguna gorrita médica y sus atractivas facciones estaban debidamente maquilladas, y su cuerpo esbelto quedaba bien modelado por la bata blanca.

—Muchas gracias —dijo la doctora Ross sin ningún embarazo—. Bien venido al Instituto Rocklynn. Supongo qué se interesa por la magia negra ¿verdad?

—Si todas las brujas son como usted...

—Lily Ross no es ninguna Circe —me interrumpió el profesor Keith—, y a usted no se le contrata para que la piropee. Hay mucho trabajo que hacer. Esta tarde invocaremos a un demonio.

—¡Demonio! —exclamé en broma—. ¿Habla en serio?

Keith sacó del bolsillo unos papeles y los colocó sobre la mesa, junto a un crucifijo invertido en el que estaba clavado un murciélago, cabeza abajo. Sacando una pluma estilográfica me lo tendió.

—Firme.

—¿Qué he de firmar?

—El contrato que compromete sus servicios por tres meses. Diez mil dólares. Cinco mil ahora y otros cinco mil al término de nuestro experimento. ¿Conforme?

—Desde luego —asentí.

Con mano temblorosa firmé el contrato, recibiendo del profesor Keith el cheque extendido por él mismo.

—Bien —sonrió Keith, guardando los documentos—. ¿Podemos empezar ya, Lily?

—Todo está dispuesto, profesor —replicó la joven.

—Entonces, trace el pentagrama —murmuró Keith—. En la nevera encontrará la sangre perfectamente conservada. Recite la invocación y encienda los fuegos. Yo la protegeré con los revólveres. Si ocurriese algo dispararía a matar.

Con una amable sonrisa, Keith sacó dos revólveres que llevaba en sus fundas sobaqueras y los empuñó fuertemente.

2 - La aparición

—Están cargados con balas de plata —me explicó el profesor—. Son excelentes contra los vampiros, los hombres-lobo y los vrykolas. No sé lo eficaces que puedan ser contra los dracónibus...

—¿Qué?

—Un dracónibu es un cacodemonio de la noche. Una especie de ícubo. Si el abate Richalmus no se engaña. Empleamos su invocación del libro *Liber revelatonium de insidia et versutiis daemonum adversus homines*. Dice que esos seres son negros, escamosos, de aspecto casi humano, aparte de las alas y los colmillos, pero de un orden inferior de inteligencia. Son algo semejantes a los elementales. Si las balas nada pueden contra ellos, siempre queda el pentagrama. Ya sabe qué es: una estrella de cinco puntas, que representa a Satanás, el macho cabrío sabático.

—Oiga ¿está loco? —le pregunté a mi pesar.

—Un momento —se enojó Keith—. Desde el principio aclaremos una cosa: nada me importa su escepticismo. Y le ruego que no dude de mi buen juicio ni de la sinceridad de mis actos.

—¡Pero todo esto es demasiado pueril y absurdo! —me quejé—. ¡Mezclar la ciencia con la brujería!

—¿Por qué no? —inquirió Keith—. La magia de ayer es la ciencia de hoy. Los brujos de los siglos precedentes al nuestro trataban de alejar los demonios del cuerpo humano de que se habían apoderado. Actualmente, los psiquiatras curan la locura mediante el hipnotismo, casi de igual forma. Hubo un tiempo en que los alquimistas trataban de convertir en oro otros metales más bajos. Actualmente, ese mismo esfuerzo se continúa sobre la base de las mismas investigaciones. ¿No intentan en la actualidad los médicos obtener el elixir de larga vida empleando sangre humana y animal, como antes hacían los magos? ¿No se quiebran los cascos nuestros sabios con los vitales problemas de la Vida y la Muerte? ¿No conservan, vivas, cabezas de perros y gallinas a pesar de haber sido ya cercenadas? En otras épocas, esos trabajos costaban la hoguera. Aquellos sabios morían por enfrentarse con los problemas que hoy atacan abiertamente nuestros hombres de ciencia. Pero estoy convencido de que los sabios de antaño obtuvieron en algunos casos un éxito mayor que los de ahora.

—Entonces ¿cree que los hechiceros consiguieron resucitar a los muertos e invocar los espíritus elementales?

—Quiero decir que lo intentaron y que tal vez tuvieron éxito. Que sus teorías no eran erróneas, pero que quizás lo fueron sus sistemas y métodos de trabajo. Y opino que la ciencia moderna puede hacerse con las mismas teorías, aplicar los debidos métodos y obtener un éxito mayor. Y eso es lo que me dispongo a hacer.

—Pero...

—Observe.

Obedecí. Observé. La grácil figura de Lily Ross iba de un lado a otro de la estancia. Sus dedos, al acercarse al brasero, parecían poblarse de llamas. De una bolsa que llevaba a la cintura sacó unos polvos que derramó sobre las ascuas, de las cuales se elevaron unas llamas verdes, azules y purpúreas. Un calidoscopio de diabólica luminosidad inundó la amplia estancia.

Rojas llamas brotaban de las velas y saltaban de los pabilos a la obscuridad.

Lily se inclinó al suelo y trazó un dibujo plateado. Una estrella de cinco puntas. El espacio interior de la estrella se llenó con un líquido rojo.

—Sangre —susurró Keith—. Sangre tipo B.

—¿Cómo?

—Sí, tipo B. ¿No le he contado que utilizábamos métodos científicos modernos? El hechicero de la Edad Media era casi un charlatán. Algunos rondaban por las cortes de los nobles o príncipes, pasando por astrólogos, por lectores quirománticos y halagando en todo a sus amos. Otros no hacían más que solicitar dinero para conseguir la transmutación del plomo en oro, lograr el elixir de la

juventud o encontrar la piedra filosofal. Charlatanes y sólo charlatanes. Otra clase de vividores eran los que vendían filtros de amor, prometían echar mal de ojo a los enemigos de sus clientes y pretendían curar los males, desde la epilepsia al cólera. Mezclados entre esos impostores se hallaban los psicópatas. Los demonomaníacos que danzaban desnudos en los cerros y colinas durante el Walpurgis, afirmando cabalgar sobre escobas voladoras, conversar con los muertos y tener amantes infernales. Pero siempre existieron hombres que tomaron en serio los estudios de esa ciencia. De sus escritos, de sus hechizos e invocaciones, nos valemos ahora.

Keith hizo una pausa para indicar las estancias.

—Me costó largo tiempo reunir esta colección. Manuscritos, pergaminos, fragmentos de tratados, documentos secretos de todos los países y edades. Valiosos incunables que cuestan una fortuna. Pero la valen.

—¿Y no están llenos de las mismas necedades que los demás? —quise saber—. He leído algunos de tales libros y más parecen obra de algunos locos.

—Entre las solemnes necedades puede haber verdades enormes. Se descubren fácilmente. Algunas invocaciones están equivocadas, otras son auténticas.

—¿O sea que si lee un conjuro aparecerá un demonio, un vampiro o un fantasma?

—Sí, si se lee correctamente —asintió Keith—. Ésa es la base. Ahí es donde interviene la ciencia. En muchos casos, por temor, no se ha escrito la invocación completa. En otros el conjuro tiene palabras cambiadas debido a una traducción incorrecta. La Iglesia quemó todos los manuscritos y libros de esa clase que pudo hallar. Lo hizo durante varios siglos. Y tuvimos que emplear varios meses en los preparativos, seleccionando lo bueno entre lo malo, uniendo fragmentos sueltos, estudiando las fuentes de origen. Ha sido un trabajo muy arduo para la doctora Ross y para mí. No obstante, podemos hoy asegurar que poseemos en nuestras manos casi un centenar de conjuros legítimos para la invocación de las fuerzas sobrenaturales. Si se recitan como es debido, se obtiene, como con las oraciones corrientes, un resultado inmediato. Además, algunas de las invocaciones exigen ceremonias como ésta. Hemos gastado una enorme cantidad de dinero para reunir el instrumental y los materiales necesarios para estos experimentos. Cuesta mucho encontrar sangre de mandril y obtener los cadáveres necesarios. Es repulsivo, bien lo sé, pero imprescindible.

—Pero sangre del tipo B... —repetí, encogiéndome de hombros.

—Es una simple demostración de lo cuidado de nuestro método de trabajo. Atacaremos lo natural con métodos modernos. Tenga en cuenta los fracasos de nuestros antecesores. Ya he dicho que la mayoría de los hechiceros eran unos farsantes. Los que trabajaban seriamente utilizaban, a veces, traducciones equivocadas, como ya he demostrado. Como es natural, no triunfaban. Otras veces, carecían de los materiales debidos. Si el conjuro exigía el empleo de sangre de mandril, ellos utilizaban otra clase de sangre y, por simple reacción química, el conjuro quedaba destruido. Al utilizar sangre humana hay que tener en cuenta la cantidad tan variada de tipos existentes y, por consiguiente, un hechizo

que surtiría efecto empleando la sangre debida, puede fracasar con el uso de otra sangre. Si ahora nos hallamos con una receta que exige el empleo de polvos de cuerno de unicornio, la echamos al cesto de los papeles pues sabemos que es un fraude. En fin, tal vez a usted todo eso le parezcan detalles sin valor, pero en ellos puede residir el triunfo, como resultado de un razonamiento científico. Hemos repasado bien nuestros hechizos e invocaciones, hemos comprobado las fórmulas, reuniendo los ingredientes más auténticos. En tales condiciones no podemos fracasar, si existe alguna verdad en las historias sobrenaturales que han privado en el mundo durante las edades anteriores a la nuestra. Hoy, empleando la sangre de tipo B, vamos a poner en práctica la invocación de Richalmus para evocar un dracónibus. La doctora Ross ha trazado el pentagrama y ha alimentado los fuegos con los tres colores. Ahora leerá la invocación en su original latino. Si las condiciones se producen exactamente como está mandado, pronto veremos al alado demonio de la noche que el buen abad describió tan gráficamente. Quizás lo podamos capturar y lo ofrezcamos como prueba viviente al mundo.

—¿Quiere capturarlo? —murmuré. Keith sonrió.

—¿Por qué no? Esa es la prueba que necesitamos para confundir a los escépticos. El mismo Tom Considine, cuando me dio el dinero, se rió de mí. Me gustaría ver su expresión cuando le enviase el dracónibus.

Keith soltó una carcajada y señaló al techo.

—Si la cosa aparece y es peligrosa, tengo siempre a mano las balas de plata para dominarlo, pero preferiría mucho más capturarla viva. Hay que tener en cuenta la importancia científica.

Miré hacia donde señalaba con el dedo. Suspendida por cadenas, en el techo, se veía como una cabina de cristal. Pendía directamente encima del espacio en que se veía el pentagrama.

—Fíjese en la palanca que se ve junto a la puerta —indicó Keith—. Sólo hay que moverla para que la jaula caiga sobre el ser que aparezca en este lugar.

—Pero el demonio romperá el cristal —objeté.

—En absoluto —sonrió el profesor—. Dentro del cristal hay una cantidad muy grande de cruces nada agradables para el demonio. Las juntas del cristal están protegidas por tubos de agua bendita y otro tubo penetra al interior para dar paso al aire y, en caso de necesidad, para descargar el suficiente monóxido de carbono que convierta la jaula en una cámara letal. Por tanto, si ocurre algo mueva la palanca.

Las palabras de Keith me impresionaron fuertemente. Parecían las palabras de un loco, pero el loco era nada menos que el profesor Keith del Instituto Rocklynn. El aire estaba lleno del hedor de las velas hechas con grasa de cadáver. La sangre manchaba el viejo símbolo trazado en el suelo. El silencio y la obscuridad se poblaban de rumores. Lily Ross, con un viejo pergamino en la mano, dio un paso hacia el azulado brasero.

Permaneció allí, como una estatua, como una bruja blanca, pronunciando las primeras palabras de la invocación. Su boca era como una flor escarlata de la que

emanase corrupción. Sus labios parecían el cielo; pero su voz era el infierno. Veíase una hermosa joven y escuchaba a una vieja repulsiva y bruja.

Pronunciaba las palabras en latín, pero más que palabras eran sonidos, una invocación. La voz de la joven era el instrumento. Entonces comprendí el inmenso poder de la palabra como plegaria y como invocación del diablo.

El rumor de la voz se mezclaba con la obscuridad que, a su vez, se confundía con las luces y los fuegos.

El pentagrama comenzó a vibrar. Las llamas corrían por el suelo. Las sombras se poblaban de zumbidos.

De pronto, se oyó un fuerte latido, las paredes se estremecían; adquirieron luego el compás de las palabras de la joven, el estruendo se confundió con ellas y como tomando energías, resonó más fuerte. El humo brotó de los braseros a la vez que un viento impetuoso soplaba en la habitación.

Me estremecí bajo la helada ráfaga que no era de aire. Una blanca figura se inclinó hacia el suelo. De pronto, sentí que me sacudían violentamente y una voz gritó:

—¡Despierte! Se ha dormido de pie. No soplaba ya viento. No se oía rumor alguno. Lily Ross estaba delante de mí, inmóvil, abatida.

—¡Hemos fracasado! —refunfuñó Keith.

—Sin embargo, yo noté...

—Autosugestión. No dio resultado. Déjeme ver esa copia de la invocación —le pidió a Lily. Tomó el papel y lo leyó atentamente.

—¡Maldición!

Lily abrió mucho los ojos.

—¿Qué ocurre?

—Aquí tenemos un ejemplo perfecto de lo que intentaba explicarle. Se ha cometido un error. No es la invocación que necesitábamos. No es la invocación de Richalmus sino otra muy parecida. Es la invocación del demonio, recopilada por Georgioso.

—¿Cómo puede haber ocurrido? —se apuró la joven—. Yo juraría que...

—Por error ha recitado la invocación al demonio —respondió Keith—. No me extraña que no ocurriese nada.

Volvióse de nuevo hacia mí, mas no pude decir nada, porque los ruidos y los zumbidos se habían reanudado. Y esta vez no cabía pensar en la autosugestión.

La habitación se estremeció como si todo el edificio fuese conmovido por un terremoto. Lily y el profesor Keith vacilaban junto a mí. Los braseros ardían con potentes llamas. Un rugido de tormenta llenaba nuestros cerebros.

A nuestros pies el pentagrama dibujado ardía materialmente. Dentro de él una negra sombra iba tomando consistencia: la figura del Macho Cabrío sabático.

Por el rabillo del ojo vi a Lily Ross avanzar con manos temblorosas y dejar caer el pergamino en el que había leído la invocación equivocada. ¡La que llamaba al demonio a este mundo!

¡Y ahora, dentro de los límites del trazado ¡pentagonal, envuelto en llamas rugientes, que danzaban, proyectando sus sombras contra los muros, donde parecían bailar una danza macabra, se veía ya una sombra más densa que las demás!

3 - El diablo

Ninguno de los tres que allí nos encontrábamos tenía fuerzas para mover un solo dedo. Mientras tanto, la presencia permanecía acurrucada en el centro del dibujo cabalístico, con su negra cara de macho cabrío iluminada por los fuegos. La peluda cabeza, los retorcidos cuernos, el diabólico y familiar rostro, todo fue cobrando forma y vida. Era, un cuadro, fruto de un sueño infernal.

De pronto, la figura entró en acción. Movi6 los brazos y los pies y comenzó a avanzar.

De un salto, obedeciendo más al instinto que a la voluntad, llegué a la puerta y accioné la palanca. Oyóse el chirriar de cadenas y, con fuerte estrépito, la jaula de cristal inastillable cayó sobre la figura, aprisionando en su interior a Satanás, Príncipe de las Tinieblas.

Aquel monstruo saltó contra los muros de cristal y retrocedió rápidamente.

—¡Dios mío! —exclamó en aquel momento Keith, que había recuperado el habla.

Me eché a reír. No pude evitarlo.

—¿Qué le ocurre? —susurró Lily.

—He luchado contra el propio Satanás y le he vencido —me envanecí.

—Es para volverse loco —musitó la joven—. Tenemos a Satanás encerrado en la habitación de un rascacielos.

—¿Sigue incrédulo? —preguntó Keith.

—Los incrédulos no sudan —repliqué, secándome la frente—, pero si no soy incrédulo, al menos soy práctico. ¿Qué hacemos ahora?

—Ante todo, encender la luz.

Keith fue hacia el interruptor y la estancia se llenó de prosaicas luces, convirtiendo la habitación en una estancia completamente vulgar... a no ser por la figura que había dentro de la jaula de cristal.

A oscuras, aquella visión era desagradable, pero a plena luz resultaba infinitamente peor. El satánico prisionero nos contemplaba orgullosamente erguido. La luz ponía de manifiesto todos los detalles. Demasiados detalles. Su piel negra relucía de manera opaca.

—Es tal como lo había imaginado —murmuró el profesor—. La perilla, el monóculo, la roja epidermis...

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Dice que su piel es roja? ¡Es negra!

—Es escamosa —declaró Lily.

—¡Nada de escamas! —protesté—. ¿Qué dicen? ¿Y el monóculo donde está? ¡Si parece un macho cabrío negro!

—¿Está loco? —se irritó Keith—. Se ve claramente que es un hombre vestido de etiqueta, de cara roja, con un monóculo.

—¿Y su cola ahorquillada? —exclamó Lily—. ¡Eso es lo peor!

—¡No tiene cola! —grité—. Ninguno de ustedes lo ve bien.

Keith dio un paso atrás.

—Un momento —pidió—. Estudiemos eso. Usted cree ver un macho cabrío, negro, con facciones humanas ¿verdad? —me preguntó.

Asentí con el gesto.

—¿Y usted, Lily?

—Yo veo un ser escamoso, de cola ahorquillada. Parecido a un lagarto gris.

—Bien, yo veo a un hombre vestido de etiqueta, de cara roja —terminó el profesor—. Y todos tenemos razón.

—No entiendo.

—En realidad, nadie sabe cuál es el verdadero aspecto del diablo. Cada uno de nosotros se ha formado su imagen mental extraída de las ilustraciones de los libros consultados. Los adoradores y los enemigos de Satanás lo han pintado de distintas maneras. Para unos era el macho cabrío de las bacanales sabáticas; para otros era la encarnación de la tentadora serpiente. Para los modernos es un caballero rojo. Cada cual lo ve a su manera por lo que nosotros vemos una misma figura de tres formas distintas. Y no podemos dilucidar cuál es su aspecto verdadero. Puede ser gas, luz, o simplemente llama; pero nuestro cerebro le da forma material.

—Quizá tenga razón —se avino Lily.

—Todo esto es muy interesante —intervine—, pero ¿qué hacemos ahora? ¿Avisar a la prensa?

—¿Se burla? ¿Sabe qué ocurriría si el mundo se enterase de que lo tenemos prisionero en esta habitación? ¿No comprende la locura y el pánico que se

desencadenaría sobre la Tierra? Además, tenemos que realizar experimentos. Sí, ésta es nuestra oportunidad. La Providencia debió de guiarnos al cometer aquel error.

—¿Está seguro de que fue la Providencia? —gimió Lily—. Tengo la impresión de que este regalo no nos viene del cielo.

—No se excite —le rogó el profesor—. Piense en lo que tenemos entre manos. ¡Es lo más grande que se ha logrado jamás!

—Keith, esto es peligroso —aduje—. No me gusta. Aparentemente, nuestro visitante está embotellado bajo esa campana de cristal, pero ¿y si fuerza la salida?

—No puede huir —declaró el profesor—. ¿Tiene usted miedo? ¿No se da cuenta de que en esta habitación tenemos la prueba de la existencia del demonio y de todo lo sobrenatural?

—Al demonio prefiero tenerlo lo más lejos posible —mascullé.

—Habla usted como un hombre miedoso.

—Es posible que los miedosos estén más en lo cierto que los científicos. Llevamos muchos siglos luchando contra ese ser y es posible que su inteligencia sea superior a la de ustedes. Sobre todo, en este caso.

—Examinaremos al demonio con todos los medios de investigación a nuestro alcance —declaró el profesor—. Lo someteremos a análisis de sangre, a rayos X...

Volví la cabeza, disgustado ante tanta locura.

—Quizás ese ser pueda hablar —dijo Lily, a quien me había yo vuelto en busca de un poco de normalidad—. Impresionaremos fotografías...

—¡Es el éxito... el verdadero triunfo de la ciencia! —blasonó el profesor—. Haremos un estudio científico de todo lo diabólico. La potencia que el hombre temió desde los primeros días de la creación está ahora en nuestras manos. ¡El gran dios Pan! ¡La serpiente! ¡El Ángel Caído! ¡Satanás! ¡Lucifer! ¡Luzbel! ¡Belcebú! ¡Azriel! ¡Asmodeo! ¡Sammael! ¡Zamiel! ¡El Príncipe de las Tinieblas! ¡El Macho Cabrío negro sabático! Ariman, Malik, Mefistófeles, el arquetipo del mal conocido por los hombres con infinidad de nombres.

Sentí deseos de soltar una nerviosa carcajada. ¡Era demasiado! Lily me salvó.

—Salgamos de aquí —propuso—. En seguida. Mañana podremos discutir sobre esto y convencernos de que no estamos locos.

—Sí, es mejor —asintió Keith—. Aquí está seguro. No puede escapar. La puerta se cierra automáticamente y nadie podrá entrar sin nuestro consentimiento.

El profesor fue hacia la puerta y yo le seguí, pero antes de salir me volví, tropezando con la mirada de unos ojos terribles que brillaban al otro lado del cristal. ¡Los mismos ojos que viera Fausto!

4 - El infierno suelto

—Esta es mi historia —concluí—. Ahora cuénteme la suya.

Lily Ross levantó su vaso, en el que tintineaba el hielo.

—Sólo un poco de bioquímica —sonrió—. Un empleo en el Instituto Rocklynn, como ayudante del profesor Keith.

—No se burle de mí. Ahora es usted, una mujer bellísima ataviada con un traje de baile, color verde, que le sienta a maravilla. No sabe nada de química y sólo desea bailar.

Deseaba bailar, pero cuando volvimos a nuestra mesa observé que estaba muy preocupada.

—Estoy inquieta por el profesor Keith —susurró—. Tiene los nervios destrozados. No sé si mañana estará bien para los experimentos. Se marchó a casa para acostarse al momento.

—No se apure por él —reí—. Lo peor que puede ocurrirle es un fuerte dolor de cabeza, a consecuencia de una buena borrachera.

—¿Por qué dice esto? —se extrañó la joven.

—Eche una mirada hacia la mesa próxima a la orquestina. Si Keith pensaba acostarse es indudable que ha cambiado de opinión.

Lily miró hacia donde yo le indicaba y sus ojos se desorbitaron.

—¡Está ahí! —exclamó—. ¡Con una mujer!

—¡Y vaya mujer! —comenté—. Es Eva Vernon, la cantante. No lo hubiera creído un hombre tan de mundo.

—¡No lo es! —protestó Lily—. Jamás va a ninguna parte. No he sabido de él que acompañase nunca a una mujer. Y bebe champán...

—Vivir para ver —sonreí—. Está tranquilizando sus nervios. ¿Quiere que nos sentemos a su mesa?

—No, se disgustaría. Además, esto lo encuentro muy raro.

Me encogí de hombros, pero al cabo de un rato empecé a inquietarme. Keith se había bebido él solo una botella de champán, cantaba como un borracho y estaba colorado como un tomate.

—¡Es... es repugnante! —proclamó Lily, al salir del local.

—Olvídelo —le aconsejé.

Nos separamos a la puerta de su domicilio y a la mañana siguiente, cuando llegué al Instituto la encontré esperando.

—¿Dónde está el profesor? —pregunté viendo que estaba sola.

—No ha venido.

—Estará durmiendo el champán ingerido anoche. ¿Le .ha telefoneado?

—Sí, y su ama de llaves afirma que no ha vuelto a casa.

—Es raro, ¿Qué hacemos?

—Vayamos al laboratorio y aguardemos. Podemos echar una mirada a nuestro prisionero.

Lily fue hacia la puerta. Sacó una llave y al insertarla en la cerradura, exclamó:

—¡Está abierto!

Entramos.

La estancia se hallaba a oscuras. Sólo ardía un brasero. Un solo brasero y los ojos dentro de la jaula de cristal.

Delante de la jaula había un cuerpo tendido.

—¡Keith!

Lo sacudí. Trabajosamente se puso de pie.

—Oh, debí quedarme dormido. He pasado aquí toda la noche. Observando lo que hacía...

El profesor tenía el rostro demacrado. Y farfullaba, como si estuviese medio dormido.

—Vale más que se vaya a casa y duerma un poco —le recomendó Lily—. Nosotros nos quedaremos aquí. Si más tarde se encuentra bien trazaremos nuestros planes.

—Nada de eso —replicó el profesor, haciendo un esfuerzo como sacudiendo la fatiga de su cuerpo—. Estoy perfectamente bien. Lo que tengo que hacer es buscar a Considine. Necesito más dinero. Ustedes quédense aquí y vigilen. Nos veremos esta noche en el baile del Tubo de Ensayo. Dispondré allí un encuentro con Considine y otros amigos.

Salió precipitadamente de la habitación, dejándome a Lily y a mí mudos de asombro.

—¿El baile del Tubo de Ensayo? —repetí.

—Sí, es un baile que celebramos anualmente los protectores del Instituto Rocklynn. Sirve para allegar fondos. Mas no entiendo qué hará allí el profesor. Nunca le ha gustado asistir a esta clase de fiestas.

—Olvida lo de anoche.

—Pues no, no puedo olvidarlo. Estoy segura de que el profesor no se encuentra bien. Algo le ha ocurrido.

—No es él único que no se encuentra bien —repliqué—. Mire hacia la jaula.

Satanás se hallaba acurrucado en el suelo. Y sus ojos rojos brillaban cada vez con menos intensidad.

—¿Está enfermo? —inquirió Lily.

—No tiene aire ni comida —contesté—. ¿Qué debe comer Su Majestad Infernal?

Iba a seguir hablando, pero algo en el aspecto del cautivo me detuvo.

—¡Ojalá Keith estuviera aquí! —exclamó Lily—. Deberíamos de hacer algo.

De pronto, Satanás se incorporó, avanzó lentamente hacia la barrera de cristal y nos miró.

En sus ojos no brillaba el odio sino la comprensión. Su gesto era de súplica.

—Quiere hablarnos —murmuró Lily. Los labios del monstruo se movían, dejando ver sus colmillos.

—Si pudiésemos entender su mensaje —dije, observando los gestos del cautivo.

Todo inútil.

De repente, aquel extraño ser se inclinó hacia el suelo y cogió algo que allí había.

Era un fragmento de yeso fosforescente, del que se habían servido para trazar el pentagrama. ¡Y el demonio empezó a escribir! ¡Con letras de fuego!

Pronto, deténganle antes de que sea demasiado tarde. Se ha introducido dentro de mí esta mañana y sé lo que piensa hacer.

Al pie de este horrible escrito había una firma en letras de fosforescencia plateada:

Phillips Keith

Junto a mí, Lily temblaba convulsivamente.

—Vamos —dije.

—¿Adonde?

—En busca del profesor. Al baile del Tubo de Ensayo.

5 - El diablo baila

Hacía diez minutos que aguardábamos en el baile cuando por fin llegó el profesor Keith. Iba disfrazado de Mefistófeles. Barba postiza, capa roja, rostro teñido de escarlata. Era su concepto de Satanás.

Jamás me había parecido tan alto. Alto, y delgado. Su disfraz era perfecto.

No fuimos los únicos en fijarnos en él. La orquesta acaba de interpretar una pieza y la concurrida sala constituía un excelente marco para su entrada en escena. Recordé a Lon Chaney en su caracterización de la Muerte Roja, en *El Fantasma de la Ópera*.

—¡Qué disfraz!

—Perfecto.

—Hasta renquea.

En efecto, Keith al andar cojeaba marcadamente. Keith avanzó orgullosamente por entre las circunstancias. Le vi saludar a un hombre disfrazado de pirata.

—Es Considine —susurró Lily.

Considine parecía reírse del disfraz del profesor. Otro de los invitados se reunió con ellos. La orquesta inició la interpretación de otra pieza. Los tres hombres desaparecieron.

—Démonos prisa —apremié a Lily—. Va a ocurrir algo.

Llegamos a la calle en el instante en que el coche negro en que iban los dos hombres y el demonio se ponía en marcha.

La suerte nos deparó en seguida otro taxi.

Hice subir a Lily y le ordené al chofer:

—Siga a ese auto... —me interrumpí—. ¡No! Sé adonde van. Llévenos al Instituto Rocklynn.

Parecíamos vivir en otro mundo, mientras cruzábamos las calles persiguiendo al demonio, y mientras ascendíamos en el ascensor por el rascacielos.

Cuando nos detuvimos frente a la puerta del laboratorio oímos una voz. Se parecía a la del profesor. Era una voz que utilizaba la boca y la laringe de Keith, pero en la que había unas notas que nada tenían de humanas.

—Ya ven lo que he conseguido, caballeros —decía—. Ni usted, señor Considine, ni usted, señor Wintergreen, pueden dudar ya de la evidencia de sus sentidos...

—¡Es espantoso! —se horrorizó Considine—. ¡El diablo en una cárcel de cristal!

—¿Espantoso? ¡Glorioso! ¿No ve las posibilidades que eso ofrece?

—Sí, desde el punto de vista científico el interés debe ser muy grande, pero prácticamente ¿qué ventaja nos ofrece? ¿Lo exhibirá por las ferias?

—Habla usted como un necio, Considine —replicó la voz ronca que era la de Keith—. ¿No comprende que ahí tenemos algo que puede convertirse en la fuerza más grande de la tierra?

—¿Fuerza? —preguntó Wintergreen.

—Sí, una fuerza todopoderosa. Piensen, por un momento, lo que para nosotros puede significar este cautivo. Durante siglos, los hombres han rendido pleitesía al demonio. Convencidos de que el Reino de los Cielos está regido por Dios, afirman que la tierra está gobernada por Satanás. Por eso le han adorado. Si les concede la felicidad en la tierra, están dispuestos a ceder su dicha celestial.

—¡Qué locura!

—Sí —prosiguió burlona la voz ¡del profesor—, se reunían en lugares ocultos, en bodegas de casas viejas, en criptas de iglesias ruinosas, en la noche de Walpurgis. Velas fabricadas con grasa de niños no bautizados iluminaban las ceremonias, que se celebraban sobre el altar formado por el cuerpo de una doncella. Todos los fieles proclamaban en alta voz sus pecados y confesaban, arrepentidos, las buenas acciones.

—No hable así —intervino Wintergreen—. No somos niños para asustarnos con esas tonterías.

—Tampoco lo son los miles de satanistas que llevan a cabo esos ritos. Sin embargo, la mayoría de ellos son engañados por unos farsantes. Yo, en cambio, les ofrezco la representación física de Lucifer. Con su dinero pude disponer lo necesario para atraerlo a la tierra. Ahora pueden aprovechar su inversión. Tenemos el poder y la riqueza al alcance de la mano. Somos los dueños de Satanás, de lo que hasta ahora se consideraba un cuento infantil o una conseja de viejas, y con ello construiremos un imperio. Podremos dominar a las naciones, al mundo entero.

—¿Se ha vuelto loco, Keith? —balbució tembloroso Considine—. Primero se presenta con ese, disfraz y luego nos habla de locuras, nos enseña ese monstruo y nos está convenciendo de su locura.

—Sí —añadió Wintergreen, débilmente—, yo me marchó.

— ¡No! ¡No saldrán de aquí! Conocen mi secreto y no permitiré que lo divulguen. Ninguno de ustedes saldrá de aquí hasta que hayan aceptado mis condiciones.

Yo no sabía exactamente qué hacer, pero aquel era el mejor momento para irrumpir en la habitación. Abrí, pues, la puerta y penetré en la negra estancia, acompañado de Lily.

Considine y Wintergreen nos contemplaron boquiabiertos. En la cárcel de cristal, la figura apresada agitaba frenéticamente los brazos.

Keith se abalanzó contra mí, pero antes de que me alcanzase saqué del bolsillo un frasco, lo destapé y eché su contenido al rostro del profesor.

Un hedor insoportable llenó la estancia. Densas nubes de humo brotaron de la carne rojiza. Cuando aquel ser cayó al suelo, me precipité sobre él y le obligué a tragarse el resto del líquido. La lucha concluyó al instante.

—Creí que iba a matarle —exclamó Lily—. Cuando usted le arrojó el ácido...

—No era ningún ácido —le informé—. Era agua bendita.

6 - La amenaza de Satanás

En la figura tendida en el suelo se había verificado un cambio absoluto. Desapareció el tinte rojo y el rostro de Keith recobró su aspecto normal. Un momento después se incorporó.

—¿Qué ocurrió? —preguntó con voz débil. Le conté todo lo sucedido.

—El agua bendita me ha salvado. Oh —añadió—, estuvo usted muy inspirado.

—Muy desesperado —le corregí.

—¿De qué están hablando? —se interesó Considine.

—Que el demonio se apoderó de mí.

—¿Cree eso?

—Usted mismo lo vio. No se trata de una novedad. La Biblia nos habla de ello. No sé cómo pudo ocurrir. Sin duda, la emoción debilitó mis defensas, y el mal halló fácil acceso dentro de mí. Por la noche regresé, ese ser que tenemos ahí dentro me hipnotizó y aunque no perdí totalmente la noción de las cosas, me sentí empujado por una euforia y unas ansias desconocidas.

Volvimos la vista hacia la jaula de cristal. Satanás estaba de nuevo dentro de ella, pero resultaba evidente que su poder transpasaba las frágiles barreras.

—Puede apoderarse de un cuerpo humano —advirtió el profesor—, y caminar por el mundo.

—Es necesario deshacernos de él —observé—. Que vuelva a su infierno.

—¡Hacerle volver! —repitió el profesor.

—No hay manera —objetó Lily—. No se conoce ningún medio para alejar al demonio.

Volví la cabeza hacia la cárcel. ¿Por qué no enviarle de nuevo al infierno?

Examiné la figura que se encontraba allí prisionera. La examiné y sonreí. Luego, mi sonrisa se trocó en una carcajada.

¿Aquello era el fabuloso Lucifer? ¡Era demasiado cómico para ser verdad! Me sentía más fuerte que él. Al fin y al cabo, le había vencido. Le dominé en la lucha cuerpo a cuerpo. ¡Yo era su amo! ¡El amo de Lucifer!

Sentía que unas inmensas energías penetraban en mi interior. ¡Yo era el amo!

—Ya sé —exclamé de repente.

—¿Sabe cómo hacerle volver al infierno? —preguntaron Lily y Keith.

—No, no es preciso. Soy más fuerte que Satanás. Lo he dominado. Lo seguiré dominando y emplearé ese poder.

Vi el espanto reflejado en todos los rostros.

—¿Por qué desprendernos de esa fuerza? —continué seguro de mí mismo—. ¿Por qué no ha de dominar Satanás en el mundo? ¿Por qué no he de ser yo el amo de todo? Luché contra Dios y me venció, pero ahora...

De pronto, lo comprendí todo. Había dicho "luché contra Dios". Pero fue Luzbel el que se rebeló contra el Todopoderoso. Y yo creía haber sido yo mismo.

¡Yo! ¡El demonio!

Keith y los demás me miraban aterrados. Contemplaban mi rostro. Y yo advertía el cambio que se verificaba en él.

Lily me tendió un espejo.

Comprendí la horrible verdad. Lo que le había sucedido al profesor me estaba ocurriendo a mí. Satanás se apoderaba de mi cuerpo.

¡Yo era Satanás!

El espejo cayó al suelo y se hizo añicos. Sentía horror y alegría...

Examiné mis manos. Eran ya unas garras negras...

Cuando sus manos buscaron las culatas de sus dos revólveres cargados con balas de plata, adiviné la intención del profesor.

Estaban ambas armas sobre una mesa y yo llegué allí antes que él.

—¡Quieto! —ordené ferozmente, apuntándole yo a él y haciendo frente a todos los presentes—. Si alguien ha de disparar, ese alguien seré yo. ¡Soy el amo! ¡El dueño, dispensador de todos los males, de todos los pecados! ¡El señor absoluto de la Tierra!

—¡Dios mío! —gimió Lily.

Sentí como un trallazo en pleno rostro. El nombre del Señor abrasaba mis oídos.

Luego, Lily empezó a avanzar hacia mí, con las manos tendidas en actitud suplicante.

—¡Quieta o disparo! —le grité.

Ella continuó avanzando. En su mirada no había odio alguno, y sus labios murmuraban unas plegarias que me abrasaban el cuerpo y, sobre todo, el rostro,

aquel rostro rojo, los cuernos que ya apuntaban, mi pelo leonado, crespo, hirsuto. Mis manos, convertidas en garras negras...

¡Tenía que terminar con aquel fuego que me abrasaba! ¡Debía matar a Lily! Pero cuando por fin me decidí a disparar, lo hice con el cañón del arma que empuñaba con la mano derecha, aplicado a mi propia sien.

7 - La caída de Lucifer

—¡Cuidado! —exclamé—. ¡Cuidado!

—Lo siento —se excusó Keith—. Aunque sea una bala de plata existe el peligro de la infección.

—¿Se ha marchado? —pregunte, sin citar al ser cuya huida deseaba.

—Sí —contestó Lily—. En, cuanto usted disparó el revólver, la campana de cristal quedó vacía. No se vio ni humo ni fuego. Desapareció como una luz que se apaga.

—Fue un tiro muy afortunado —declaró Keith—. Rozó la carne y se perdió en el techo. Pero pudo haber sido fatal.

—No entiendo por qué me pegue el tiro ni por qué desapareció Satanás.

—Es la eterna verdad —replicó -el profesor—. La virtud triunfando sobre el mal. Aunque usted no se dio cuenta, su conciencia luchó contra el diablo... y le venció.

—Es difícil no creer que todo ha sido un sueño. Lily apoyó una mano sobre mi hombro.

—Olvidémoslo.

Los demás se mostraron de acuerdo.

—¿Y cómo? —quise saber.

—Si no está demasiado enfermo —sonrió Lily.

—¿Enfermo? Me encuentro perfectamente.

—Entonces, vayamos a celebrar nuestra victoria —propuso Considine.

—¡Oh, no! —protesté—. La celebración la haremos nosotros dos solos ¿verdad, doctora Ross?

Lily tardó unos instantes en contestar con su más encantadora sonrisa:

—Verdad... pero no está bien abandonar a nuestros buenos amigos...

—¿No? ¿Por qué no? —protesté. Y dejándome llevar de mi indignación, exclamé—: ¡Que se vayan al diablo!

Meter el diablo en el infierno

Giovanni Bocaccio

Viniendo, pues, al asunto, digo que en la ciudad de Cafsa, en Berbería, hubo hace tiempo un hombre riquísimo que, entre otros hijos, tenía una hijita hermosa y donosa cuyo nombre era Alibech; la cual, no siendo cristiana y oyendo a muchos cristianos que en la ciudad había alabar mucho la fe cristiana y el servicio de Dios, un día preguntó a uno de ellos en qué materia y con menos impedimentos pudiese servir a Dios. El cual le repuso que servían mejor a Dios aquellos que más huían de las cosas del mundo, como hacían quienes en las soledades de los desiertos de la Tebaida se habían retirado. La joven, que simplicísima era y de edad de unos catorce años, no por consciente deseo sino por un impulso pueril, sin nada decir a nadie, a la mañana siguiente hacia el desierto de Tebaida, ocultamente, sola, se encaminó; y con gran trabajo suyo, continuando sus deseos, después de algunos días a aquellas soledades llegó, y vista desde lejos una casita, se fue a ella, donde a un santo varón encontró en la puerta, el cual, maravillándose de verla allí, le preguntó qué es lo que andaba buscando. La cual repuso que, inspirada por Dios, estaba buscando ponerse a su servicio, y también quién la enseñara cómo se le debía servir. El honrado varón, viéndola joven y muy hermosa, temiendo que el demonio, si la retenía, lo engañara, le alabó su buena disposición y, dándole de comer algunas raíces de hierbas y frutas silvestres y dátiles, y agua a beber, le dijo:

-Hija mía, no muy lejos de aquí hay un santo varón que en lo que vas buscando es mucho mejor maestro de lo que soy yo: irás a él.

Y le enseñó el camino; y ella, llegada a él y oídas de éste estas mismas palabras, yendo más adelante, llegó a la celda de un ermitaño joven, muy devota persona y bueno, cuyo nombre era Rústico, y la petición le hizo que a los otros les había hecho. El cual, por querer poner su firmeza a una fuerte prueba, no como los demás la mandó irse, o seguir más adelante, sino que la retuvo en su celda; y llegada la noche, una yacija de hojas de palmera le hizo en un lugar, y sobre ella le dijo que se acostase. Hecho esto, no tardaron nada las tentaciones en luchar contra las fuerzas de éste, el cual, encontrándose muy engañado sobre ellas, sin demasiados asaltos volvió las espaldas y se entregó como vencido; y dejando a un lado los pensamientos santos y las oraciones y las disciplinas, a traerse a la memoria la juventud y la hermosura de ésta comenzó, y además de esto, a pensar en qué vía y en qué modo debiese comportarse con ella, para que no se apercibiese que él, como hombre disoluto, quería llegar a aquello que deseaba de ella.

Y probando primero con ciertas preguntas, que no había nunca conocido a hombre averiguó y que tan simple era como parecía, por lo que pensó cómo, bajo especie de servir a Dios, debía traerla a su voluntad. Y primeramente con muchas palabras le mostró cuán enemigo de Nuestro Señor era el diablo, y luego le dio a entender que el servicio que más grato podía ser a Dios era meter al demonio en el infierno, adonde Nuestro Señor le había condenado. La jovencita le preguntó cómo se hacía aquello; Rústico le dijo:

-Pronto lo sabrás, y para ello harás lo que a mí me veas hacer.

Y empezó a desnudarse de los pocos vestidos que tenía, y se quedó completamente desnudo, y lo mismo hizo la muchacha; y se puso de rodillas a guisa de quien rezar quisiese y contra él la hizo ponerse a ella. Y estando así, sintiéndose Rústico más que nunca inflamado en su deseo al verla tan hermosa, sucedió la resurrección de la carne; y mirándola Alibech, y maravillándose, dijo:

-Rústico, ¿qué es esa cosa que te veo que así se te sale hacia afuera y yo no la tengo?

-Oh, hija mía -dijo Rústico-, es el diablo de que te he hablado; ya ves, me causa grandísima molestia, tanto que apenas puedo soportarle.

Entonces dijo la joven:

-Oh, alabado sea Dios, que veo que estoy mejor que tú, que no tengo yo ese diablo.

Dijo Rústico:

-Dices bien, pero tienes otra cosa que yo no tengo, y la tienes en lugar de esto.

Dijo Alibech:

-¿El qué?

Rústico le dijo:

-Tienes el infierno, y te digo que creo que Dios te haya mandado aquí para la salvación de mi alma, porque si ese diablo me va a dar este tormento, si tú quieres tener de mí tanta piedad y sufrir que lo meta en el infierno, me darás a mí grandísimo consuelo y darás a Dios gran placer y servicio, si para ello has venido a estos lugares, como dices.

La joven, de buena fe, repuso:

-Oh, padre mío, puesto que yo tengo el infierno, sea como queréis.

Dijo entonces Rústico:

-Hija mía, bendita seas. Vamos y metámoslo, que luego me deje estar tranquilo.

Y dicho esto, llevada la joven encima de una de sus yacijas, le enseñó cómo debía ponerse para poder encarcelar a aquel maldito de Dios.

La joven, que nunca había puesto en el infierno a ningún diablo, la primera vez sintió un poco de dolor, por lo que dijo a Rústico:

-Por cierto, padre mío, mala cosa debe ser este diablo, y verdaderamente enemigo de Dios, que aun en el infierno, y no en otra parte, duele cuando se mete dentro.

Dijo Rústico:

-Hija, no sucederá siempre así.

Y para hacer que aquello no sucediese, seis veces antes de que se moviesen de la yacija lo metieron allí, tanto que por aquella vez le arrancaron tan bien la soberbia de la cabeza que de buena gana se quedó tranquilo.

Pero volviéndole luego muchas veces en el tiempo que siguió, y disponiéndose la joven siempre obediente a quitársela, sucedió que el juego comenzó a gustarle, y comenzó a decir a Rústico:

-Bien veo que la verdad decían aquellos sabios hombres de Cafsa, que el servir a Dios era cosa tan dulce; y en verdad no recuerdo que nunca cosa alguna hiciera yo que tanto deleite y placer me diese como es el meter al diablo en el infierno; y por ello me parece que cualquier persona que en otra cosa que en servir a Dios se ocupa es un animal.

Por la cual cosa, muchas veces iba a Rústico y le decía:

-Padre mío, yo he venido aquí para servir a Dios, y no para estar ociosa; vamos a meter el diablo en el infierno.

Haciendo lo cual, decía alguna vez:

-Rústico, no sé por qué el diablo se escapa del infierno; que si estuviera allí de tan buena gana como el infierno lo recibe y lo tiene, no se saldría nunca.

Así, tan frecuentemente invitando la joven a Rústico y consolándolo al servicio de Dios, tanto le había quitado la lana del jubón que en tales ocasiones sentía frío en que otro hubiera sudado; y por ello comenzó a decir a la joven que al diablo no había que castigarlo y meterlo en el infierno más que cuando él, por soberbia, levantase la cabeza:

-Y nosotros, por la gracia de Dios, tanto lo hemos desganado, que ruega a Dios quedarse en paz.

Y así impuso algún silencio a la joven, la cual, después de que vio que Rústico no le pedía más meter el diablo en el infierno, le dijo un día:

-Rústico, si tu diablo está castigado y ya no te molesta, a mí mi infierno no me deja tranquila; por lo que bien harás si con tu diablo me ayudas a calmar la rabia de mi infierno, como yo con mi infierno te he ayudado a quitarle la soberbia a tu diablo.

Rústico, que de raíces de hierbas y agua vivía, mal podía responder a los envites; y le dijo que muchos diablos querían poder tranquilizar al infierno, pero que él haría lo que pudiese; y así alguna vez la satisfacía, pero era tan raramente que no era sino arrojar un haba en la boca de un león; de lo que la joven, no pareciéndole servir a Dios cuanto quería, mucho rezongaba. Pero mientras que entre el diablo de Rústico y el infierno de Alibech había, por el demasiado deseo y por el menor poder, esta cuestión, sucedió que hubo un fuego en Cafsa en el que en la propia casa ardió el padre de Alibech con cuantos hijos y demás familia tenía; por la cual cosa, Alibech, de todos sus bienes quedó heredera. Por lo que un joven llamado Neerbale, habiendo en magnificencias gastado todos sus haberes, oyendo que ésta estaba viva, poniéndose a buscarla y encontrándola antes de que el fisco se apropiase de los bienes que habían sido del padre, como de hombre muerto sin

herederos, con gran placer de Rústico y contra la voluntad de ella, la volvió a llevar a Cafsa y la tomó por mujer, y con ella de su gran patrimonio fue heredero. Pero preguntándole las mujeres que en qué servía a Dios en el desierto, no habiéndose todavía Neerbale acostado con ella, repuso que le servía metiendo al diablo en el infierno y que Neerbale había cometido un gran pecado con haberla arrancado a tal servicio.

Las mujeres preguntaron:

-¿Cómo se mete al diablo en el infierno?

La joven, entre palabras y gestos, se lo mostró; de lo que tanto se rieron que todavía se ríen, y dijeron:

-No estés triste, hija, no, que eso también se hace bien aquí, Neerbale bien servirá contigo a Dios Nuestro Señor en eso.

Luego, diciéndoselo una a otra por toda la ciudad, hicieron famoso el dicho de que el más agradable servicio que a Dios pudiera hacerse era meter al diablo en el infierno; el cual dicho, pasado a este lado del mar, todavía se oye. Y por ello vosotras, jóvenes damas, que necesitáis la gracia de Dios, aprended a meter al diablo en el infierno, porque ello es cosa muy grata a Dios y agradable para las partes, y mucho bien puede nacer de ello y seguirse.

Nuevo final para “La semilla del diablo”

Ray Bradbury

New ending for “Rosemary’s baby”. Traducción de I. Rived en *Las mejores historias diabólicas*, recopiladas por A. van Hageland, Libro Amigo 338, Editorial Bruguera S. A., 1975.

Un día, hará unos veinte años de esto, cuando los dos éramos aún jóvenes, pero uno de nosotros (¡Bradbury, naturalmente!) era ya famoso, le pedí una colaboración para un libro que yo estaba escribiendo entonces. Esperaba un cuento y recibí un estudio sobre Zen.

Así que no me sorprendí en absoluto cuando me envió para la antología Las mejores historias diabólicas un comentario sobre La semilla del diablo (Rosemary’s baby).

A. van Hageland

La otra noche volví a ver la película *El bebé de Rosemary*. Tenía que volver a verla. Lo mismo que todo el mundo vuelve a ver *2001, odisea en el espacio*. No volver a verlas, no contemplarlas y analizarlas de nuevo, es lo mismo que decir, hace unos pocos años, que uno no había leído a Sallinger, o este año a Tolkien.

Sentado allí en la obscuridad, mirando como pasaban las imágenes, volví a sentir la misma insatisfacción. La verdad es simplemente que no creo o no acepto el final de *La semilla del diablo*.

En caso de que lo hayan ustedes olvidado, o no hayan visto nunca la película, he aquí lo que ocurre en su última parte.

Sinopsis de la película

Rosemary, que ha sido drogada por los vecinos del pisó de al lado, y violada en este estado por el diablo, con la colaboración de su marido, engañada por un doctor y estafada por otro, da a luz un niño que desaparece y que es dado por muerto.

Luego, oye llorar a un bebé al otro lado del muro de su alcoba, irrumpe en el departamento de los vecinos y allí los encuentra a todos en compañía de su esposo, del doctor y del niño: Satán renacido entre jolgorios y grandes gritos de «¡Dios ha muerto!».

Aunque Rosemary llega al apartamento con un gran cuchillo de trinchar en la mano, no hace uso de él. Cuando le piden que acune y tranquilice al bebé blasfemo, ella obedece. Fundido. y final.

Tonterías. Y además tonterías disparatadas.

A un nivel puramente paranoico la mujer tendría que matar a alguien: a su esposo, al vecino que la había estado drogando, al doctor que le había mentado, o al niño mismo.

Si consideramos la película a un nivel no psicológico, sino como pura fantasía, tampoco tiene sentido. Bajo los efectos de un severo trauma y la amargura que le han causado aquella banda embrujada de villanos, nadie se sienta a acunar una pesadilla en medio del pánico.

¿Cuál podría ser entonces el final de *La semilla del diablo*?

Me atrevo a sugerir lo siguiente:

PRIMER PLANO - Rosemary , cuchillo en mano, helada de terror en medio del júbilo satánico.

Se acerca a la cuna donde rebulle el extraño y terrible niño.

Todo el mundo contiene el aliento. ¿Qué es lo que va a hacer?

¿Matar al niño? ¿Atacar a su esposo, o a algunos de ellos?

No.

Rosemary deja caer el cuchillo, coge el bebé en sus brazos y se da la vuelta. ¿Va a arrojar al niño por la ventana?

No. Corre hacia la puerta, se mete en el ascensor y baja a la calle. Los satanistas la persiguen, lanzando gritos y llenos de temor.

Una ligera llovizna cae sobre Nueva York a esta hora de la madrugada. No hay truenos, ni relámpagos; ningún superefecto gótico, sólo la ligera llovizna bajo la que corre Rosemary, protegiendo a su bebé de la lluvia, y tras ella, gritando, la banda demoníaca que la persigue.

La muchacha dobla una esquina, corre, dobla otra esquina, atraviesa callejones y cruza calles hasta que por fin llega a una iglesia o, ¿por que no?, a una catedral.

¡Entra en su interior!

Los satanistas se reúnen delante de la puerta. Temerosos de penetrar en el recinto sagrado merodean junto al umbral, empapados por la lluvia y echan miradas furtivas a lo que ocurre dentro. Rosemary, corriendo por la nave central, llega hasta el altar mayor, se detiene allí y destapa al niño.

¿Qué es lo que va a hacer ahora?

Los adoradores del mal la observan desde todas las puertas. La lluvia murmura sobre las piedras frías.

Rosemary sube los escalones del altar y levanta al niño en alto, mientras que al fin, con los ojos cerrados, recobra el valor suficiente para hablar. Y esto es lo que dice:

-¡Oh Dios, oh Dios, oh Dios! ¡Llévate a tu Hijo!

Silencio. Lluvia.

La cámara retrocede lentamente y al fondo de la nave podemos ver a Rosemary con su niño frente al altar, rezando, esperando, mientras por todas las puertas observan, fríos y empapados en lluvia, las gentes del demonio.

Fundido en negro. Y final.

Así es como debería haber terminado La semilla del diablo.

Y el público hubiese salido a la calle interrogándose bajo la noche sobre qué clase de idea se les había ofrecido.

La gente hubiese vuelto a casa y se hubiese puesto a devorar el Antiguo Testamento, o a buscar la historia del Ángel Oscuro, según Milton, en su Paraíso perdido.

¿No lo creen así? Pues yo sí lo creo. ¿Cómo resistir a la tentación de tan intrigante idea? ¿Cómo irse a dormir esa noche sin perseguir antes hasta su origen la genealogía del diablo?

En el pozo de fuego

Porque, después de todo, ¿no hubo un tiempo, hace millones de eones, en que Lucifer estuvo junto al trono de Dios? ¿No era un ángel como los otros? ¿No era uno de sus hijos? Y en un tiempo, ¿no se atrevió a usar su inteligencia y su poder para enfrentarse con Dios? Y cuando lo hizo, ¿no fue expulsado de los cielos y arrojado al pozo de fuego para qué sudase durante milenios?

Todo esto fue, todo esto hizo y todo esto sufrió.

Y al final, entonces, ¿no perdona Dios? Un niño con pezuñas, que su madre dolorida y sin culpa trae al altar de una catedral en una noche de lluvia. ¿Puede Dios desoír sus ardientes plegarias? ¿No tomaría el Señor a su antiguo enemigo para instalarlo de nuevo como hijo suyo a la derecha de su trono?

Este es mi *script*, mi nueva e inevitable secuencia final. Desarrolladla en vuestra mente. Proyectadla sobre vuestros párpados cerrados esta noche.

Luego, levantaos y salid del cine como si fuese una catedral.

Dejando allí a Rosemary, con su triste hijito en los brazos, en espera de una respuesta a sus plegarias, que necesariamente tiene que llegar.

Huevo de ángel

Edgar Pangborn

Angel's egg, © 1951. Traducido por Enrique de Juan en *Invasores de la Tierra*, *Galaxia* 29, Ediciones Vértice, 1964.

La civilización altamente avanzada del planeta lejano es uno de los conceptos más comunes de la moderna ciencia ficción. Muchos autores se niegan a dar por sentado que la humanidad se halla en la cúspide, en el pico de la pirámide, en la cumbre. Por otra parte, algunos autores dan por sentado que los seres procedentes del espacio se mostrarán amistosos a pesar de hallarse algunos miles de años más avanzados que nosotros, dispuestos a ayudarnos (a pesar de que la mayoría de nosotros deseáramos, ciega y salvajemente, atacarles si nos fuera posible), y deseosos de enseñar y colaborar con los pocos seres humanos dotados de imaginación y habilidad suficiente para aprender, aun cuando, al hacer tal cosa, los extraterrestres tengan que permanecer permanentemente exilados de su planeta natal.

Huevo de ángel es un cuento bellamente concebido y graciosamente escrito perteneciente a este tipo de relato, el primero de ciencia-ficción publicado por su autor.

Carta archivada. De Blaine a McCarran. Fecha: 10 de agosto de 1951.

Mr. Cleveland McCarran.

Federal Bureau of Investigation.

Washington, D.C.

Distinguido señor: Respondiendo a su requerimiento, incluyo en ésta una transcripción de los fragmentos pertinentes del diario del doctor David Bannerman, ya difunto. El documento original se guarda en esta oficina hasta que se resuelva lo que debe hacerse con él.

Nuestras investigaciones no han aportado pruebas de que existiera ninguna relación entre el doctor Bannerman y cualquier organización, ya fuera subversiva o de otro carácter. Según hemos podido apreciar, el doctor era exactamente lo que parecía, un inofensivo residente veraniego, retirado, con una pequeña renta independiente... Un poco amante de la soledad, pero bien mirado por sus vecinos y por los comerciantes locales. Una relación entre el doctor Bannerman y el tipo de actividad que concierne a nuestro Departamento, parece muy improbable.

La siguiente información está entresacada de las primeras partes del diario del doctor Bannerman y concuerdan con la investigación limitada que nosotros hemos llevado a cabo. Nació en 1898 en Springfield, Massachusetts, asistió a la escuela pública del lugar y se graduó en la Universidad de Harvard en 1922, después de haber interrumpido sus estudios durante los dos años del servicio militar. Fue

herido en acción de guerra en Argonne, quedando dañada su espina dorsal. Logró doctorarse en Biología en 1926. Efectos retardados de su herida de guerra le obligaron a hospitalizarse durante los años 1927 y 1928. Desde 1929 a 1949 fue profesor de ciencias elementales en una escuela privada de Boston. En 1929 y 1937 publicó sendos libros de texto con el título de «Introducción a la Biología». En 1948 se retiró de la enseñanza: una pensión y una modesta renta procedente de los derechos de sus libros de texto hizo esto posible. Aparte de la deformidad de su espina dorsal, que le obligaba a caminar encorvado, su salud era buena. La autopsia ha mostrado que el estado en que se hallaba su espina dorsal debió de producirle considerables dolores, pero no se sabe que mencionara esto a nadie, ni siquiera a su médico, el doctor Lester Morse. No hay ninguna prueba de que emplease drogas ni que fuera aficionado al alcohol.

Al principio de su diario, el doctor Bannerman se describe así mismo como «un naturalista de tipo perezoso... En lugar de escribir monografías me gustaría sentarme sobre un tronco: el resultado sería mejor». El doctor Morse y otras personas que conocieron al doctor Bannerman personalmente, me dicen que esto da una pequeña idea acerca de su personalidad.

No estoy calificado para hacer comentarios sobre el material de este diario, pero sí diré que no poseo ninguna prueba ni para defender ni para contradecir las afirmaciones del doctor Bannerman. El diario ha sido estudiado tan sólo por mis inmediatos superiores, por el doctor Morse y por mí. Estoy seguro de que usted se dará cuenta de que si le entrego esto lo hago sobre la base del más estricto secreto.

Además del diario, incluyo una declaración del doctor Morse, escrita a requerimiento mío con objeto de guardarla en nuestros archivos y también para la información que le enviamos a usted. Se dará usted cuenta de que dicho doctor dice, con algunas ligeras reservas, que «su muerte no fue incompatible con la presencia de una embolia». Firmó el certificado de la muerte de acuerdo con esto. Recordará usted que en mi carta del 5 de agosto le decía que fue el doctor Morse el que descubrió el cadáver del doctor Bannerman. Debido a la amistad que le unía con el difunto, el doctor Morse no se sintió con fuerzas suficientes para hacer él mismo la autopsia. Esta fue llevada a cabo por el doctor Stephen Clyde, de esta ciudad, siendo virtualmente negativa en lo que respecta a la causa exacta de la muerte, pues ni confirmaba ni contradecía el diagnóstico aproximado hecho por el doctor Morse. Si usted desea leer el informe de la autopsia en su totalidad, le proporcionaré con mucho gusto una copia.

El doctor Morse me dice que, según sus noticias, el doctor Bannerman no tenía parientes. No se casó nunca. En los último doce veranos ocupó un pequeño *cottage* situado a veinticinco millas de la ciudad, en una carretera de segundo orden, y recibía muy pocas visitas. Su vecino, Steele, mencionado en el diario como un granjero, de sesenta y ocho años de edad, individuo con buena fama en los alrededores, me ha dicho que «nunca tuvo amistad con el doctor Bannerman».

En este Departamento tenemos la impresión de que, a menos que salga a luz alguna nueva información, apenas se justifica que sigamos investigando.

Respetuosamente le saluda,

Garrison Blaine
Capitán de Policía del Estado. Augusta, Me.

Se incluye el extracto del Diario del fallecido David Bannerman.

También se incluye la declaración de Lester Morse, doctor en Medicina.

Nota del bibliotecario

El documento siguiente, originalmente unido como «documento» no oficial a la carta precedente, fue donado a esta institución en 1994 por una cortesía de Mrs. Helen McCarran, viuda del martirizado primer Presidente de la Federación Mundial. Otros papeles y documentos personales del Presidente McCarran, muchos de ellos pertenecientes a su juventud, cuando estaba empleado en el FBI, se muestran libremente al público en el Instituto de Historia Mundial, de Copenhage.

Nota personal de Blaine a McCarran. Fecha: 10 de agosto de 1951.

Querido Cleve: Sospecho que no estaba bastante claro en mi otra carta que ese bastardo de Clyde es el responsable de que yo le haya complicado a usted en este asunto. Es un hacha en eso de manejar a la gente. Ocurrió impensadamente. Cuando vino a traerme el informe de la autopsia, ya estaba lleno de sospechas porque ésta fuera tan completamente negativa (posee cierta cantidad de honradez) y echó una ojeada a una o dos páginas del diario que yo tenía en mi escritorio. El doctor Morse se hallaba conmigo en aquel momento. Temo que ambos fuimos contagiados por él. Clyde produce esos efectos; pero, de todos modos, tal vez estábamos ya un poco escamados. Pero él fue la gota que hizo derramarse el vaso, ya que olió algo subversivo. Pertenece a la escuela de los NOW-WOW-WOW... ¿No es cierto? Armó un gran guirigay hablando de una autoridad más Alta, y yo sabía que lo decía por usted. Así que quise adelantarme a la carta que sabía que él escribiría. Supongo que su esfuerzo literario no habrá sido colocado en la carpeta N° 13, por otro nombre el Receptáculo Apropiado.

El puede decir lo que quiera sobre mi carácter, si es que dice algo, pero yo jamás habría supuesto que asestara semejante golpe a su colega profesional. El doctor Morse es lo mejor y nunca habría soñado en escamotearnos ninguna prueba importante, como insinúa en su carta Clyde, según me dice usted. Lo que el doctor hizo fue decirle a Clyde en broma, cuando se encontraban en mi despacho, que se fuera en vuelo hacia la Luna. A mí me habría gustado decírselo también. Así que Clyde se marchó rápidamente para hacer de chivato. ¿Comprende a qué me refería cuando le hablaba de manejar a la gente? Sin embargo -toque maderano creo que Clyde vea en el diario lo bastante como para tener una noción de lo que se trata.

En cuanto al diario, maldita sea, Cleve, no sé qué pensar. Si a usted se le ocurre algo, quiero que me lo diga, por supuesto. Temo creer yo también en los ángeles.

¡Pero cuando pienso en el efecto que la cosa produciría en la opinión pública de aquí si se divulgase...! ¡Hermano! He aquí que este viejo Bannerman vivía solo en compañía de un ángel hembra sin estar casado con ella ni siquiera por lo civil. ¡Ay! ¿Comprende usted?... ¡Qué flujo de llamadas telefónicas de personas deseosas de explicarlo todo! Expertos en el cuidado y en la alimentación de ángeles. Métodos para hacer experimentos con los ángeles. «Los ángeles pasaron ante mi ventana hace un minuto». «En vuestras horas libres, haced del asunto de los ángeles una gran empresa»...

¿Cuándo nos veremos? Dice usted que podría tener una semana libre en octubre. Si nos pudiéramos reunir, quizá lograríamos sacar sentido de donde no lo hay. He oído decir que la sidra promete ser buena este año. Inténtela probar. Cariños a Ginny y al otro joven fruto. Y recuerdos a Helen, naturalmente.

Suyo,

Carry.

Postdata

Si encuentra usted ángeles en su camino y no sienten muchos deseos de una administración republicana, ponga todos los medios para que sean investigados por el Senado... Entonces sabremos de cierto que todos estamos locos.

Extracto del diario de David Bannerman. Del 1 al 29 de julio de 1951.

Deben de haber transcurrido por lo menos tres semanas desde que tuvimos todo aquel jaleo a propósito de un platillo volante. Observadores del otro lado del Katahdin le vieron venir hacia este lado, y observadores de este lado le vieron ir hacia el otro. Tamaño: de seis pulgadas a sesenta pies de diámetro... y... ¿tenía forma de cigarro? En cuanto a velocidad, la que queráis. Me parece recordar que los testigos estuvieron de acuerdo en lo de que era de un color rosado claro. Hubo, naturalmente, una explicación oficial concebida para dejar a todos impresionados, tranquilos y defraudados. Yo no hice mucho caso a la excitación de la gente, y aún menos a las explicaciones. Pensé que se trataba sencillamente de un platillo volante. Pero ahora, Camilla ha empollado un ángel.

Tenía que ser Camilla. Quizás no he mencionado lo bastante a mis gallinas. Durante los últimos dos días he pensado que quizás este diario será juzgado importante por otros ojos que los míos. Yo no soy más que un hombre solitario en los linderos de la muerte. Pero un ángel en la casa hace que las cosas sean distintas. Y debo mostrar consideración hacia posibles lectores.

Tengo ocho gallinas, todas del año, excepto Camilla. Esta es su tercera primavera. La he guardado dos inviernos, que es cuando voy a calentarme mis helados huesos a Florida, en la granja de mi vecino Steele. Y lo he hecho porque aunque sea sólo un ave, posee unos modales que me sorprenden. Jamás habría podido comerme a Camilla. Si el animal hubiese mirado el cuchillo con esa expresión de desaprobación con que a veces me mira, yo habría pensado que asesinaba a una tía querida. Y no hay duda de que me hubiese mirado así. La única concesión a lo sentimental de Camilla era su anual calentura maternal...

cosa, por supuesto, natural y normal en una Plymouth Rocq blanca mantenida en cautiverio.

Este año el animal se las arregló con mucho éxito para hacerse a escondidas un nido entre una zarza de moras. Cuando lo localicé, pensé que lo hacía con dos semanas de retraso. Y tuve que contentarme con observarla desde una ventana. Camilla es muy lista y venía a comer al sitio de costumbre y luego se iba al nido. Cuando descubrí el nido, Camilla estaba sentada sobre nueve huevos al tiempo que me echaba maldiciones. La gallina no podía ser fértil ya que allí no había ningún gallo, y yo estaba a punto de robarle los huevos cuando vi que el noveno huevo no era de ella. Era transparente, tenía una coloración profundamente azul y en su interior había puntitos de luz que me recordaron las primeras estrellas de un claro anochecer. Este huevo azul tenía el mismo tamaño que los de Camilla. Contenía un embrión, pero yo no podía hacer nada con él. Opté por colocar de nuevo el huevo bajo la febril y desnuda pechuga del animal y regresé a la casa para beber algo frío y en abundancia.

Esto sucedió hace diez días. Sabía que debía llevar cuenta de los días. Examinaba cada vez el huevo azul, observando cómo una vida sin nombre crecía dentro de él. El ángel salió de su cáscara hace tres días. y hasta ahora no me he sentido con ánimos para enfrentarme con el papel y la pluma.

He sido poseído por una especie de laxitud mental poco frecuente en mí. Aunque lo he dicho mal. No se trataba de laxitud, sino de preocupación, una preocupación que no me permitía saber lo que realmente me preocupaba. Tengo reputación de científico. Pero hasta ahora no he sentido deseos de examinar los datos. Sólo tenía deseos de permanecer tranquilo, dejando que la verdad se aposentara, si quería, en mi mente en reposo. Esto puede ser debido a que me estoy volviendo viejo, pero lo dudo. Los trozos rotos de la maravillosa cáscara azul están en mi escritorio. Los he estado mirando por fuera y por dentro durante diez minutos o más. No puedo decir que los estudiara: mi pensamiento vagabundea al ver ese tono de azul, sin ocurrírseme nada que pueda ser expresado mediante palabras. No me satisface mucho escribir que he experimentado una visión de cielo abierto... y de paz, si tal cosa puede decirse.

El ángel rompió hábilmente la cáscara en dos mitades. Esto fue hecho evidentemente con la ayuda de unas pequeñas protuberancias duras que el ángel tenía en los codos. Tales protuberancias se le desprendieron al segundo día. Me habría gustado ver cómo rompía el huevo, pero cuando yo llegué a la zarza de moras hace tres días, la cosa había sucedido ya. El ser recién nacido sacó su exquisita cabeza de debajo de las plumas del cuello de Camilla, sonrió soñolientamente y se volvió a la obscuridad para terminar su empollamiento. Por lo tanto, ¿qué podía hacer yo más que salvar la rota cáscara y sacar de allí mi torpe persona? Los demás huevos ya se los había quitado el día anterior... Por cierto que Camilla se disgustó muy poco. Yo sentía preocupación por el estado en que éstos se hallarían, aunque era obvio que pertenecían a Camilla, pero en ellos no se había producido la menor perturbación. Los rompí uno a uno para asegurarme de ello. Eran huevos rotos y nada más.

En la tarde de aquel día pensé en las ratas y en las comadreja. Antes tenía que haberlo hecho. Preparé una caja en la cocina y coloqué en ella a Camilla y al

ángel, trayendo a éste acurrucado en el interior de mi mano cerrada. Allí están ahora. Creo que se encuentran cómodos.

Ahora, tres días después de haber salido a luz, el ángel tiene el tamaño de mi dedo índice, digamos tres pulgadas de alto, y todas sus proporciones son las de una niña de seis años, pero en relación a su tamaño. Excepto la cabeza, las manos y probablemente la planta de los pies, el ángel está vestido con una especie de plumón de color marfil. Lo que puede verse de su piel es de un color de rosa tornasolado... digo tornasolado, como el interior de ciertas caracolas de mar. En la espalda, a la altura del talle, tiene dos salientes que yo tomo por unas alas infantiles. No sugieren de ningún modo un par de brazos extra. Creo que son órganos completamente diferenciados. Quizás serán con el tiempo como las alas de un insecto. De todos modos, nunca pensé que los ángeles produjeran zumbido al volar. Quizás no lo produzcan. Sé muy poco sobre ángeles. Ahora, los salientes están cubiertos con una especie de tejido duro, seguramente una vaina protectora, que será desechada cuando las membranas, si es que hay membranas, estén dispuestas a crecer. Entre ambos salientes se ve una especie de hilera de músculos no muy prominente... Supongo que se trata de una musculatura especial. Por otra parte, la forma del ángel es casi humana, incluso en el detalle de dos minúsculos botoncitos mamarios visibles bajo la pluma. Por qué están esos dos botoncitos en un organismo ovíparo es algo que escapa a mi comprensión (entre paréntesis, y para el informe, así es un paisaje de Corot; así es la *Inconclusa* de Schubert; así es el vuelo de un colibrí; así es el mundo exterior helado visto a través del cristal de una ventana). Las plumillas de su cabeza han crecido visiblemente durante los tres días y son de calidad diferente a las del cuerpo... Más tarde, quizás se parezca al cabello humano... lo mismo que un diamante se parece a una piedra de granito...

Ha ocurrido algo curioso. Después de escribir lo anterior, me he acercado a la caja de Camilla. Judy, mi perra estaba ya echada frente a ella, completamente tranquila. La cabeza del ángel surgía de debajo de las plumas de Camilla y yo, con esa fuerza que a veces tienen los pensamientos que no toman forma verbal, pensé: «Aquí estoy yo, un naturalista de mediana edad que nunca se ha emborrachado, observando a un ser ovíparo y mamífero, con plumón y alas, que no tiene más de tres pulgadas». El caso es que el ángel se echó a reír. Claro que la risa debió de ser provocada por mi aspecto, que a ella le debía parecer algo enormemente grueso y cómico. Pero otro pensamiento se formó en mi mente: «Ya no estoy solo». Y entonces el rostro del ángel, apenas mayor que una moneda de plata de diez centavos, dejó de reír para tomar una expresión de amistosa preocupación.

Judy y Camilla son viejas amigas. Y la primera no parece inquietarse por la presencia del ángel. No me preocupa lo más mínimo dejarlas solas. Debo irme a dormir.

3 de junio

Anoche no escribí nada en el diario. El ángel me estuvo hablando, y cuando acabó de hacerlo, me eché a dormir inmediatamente sobre un catre que me he preparado en la cocina para estar cerca de ellos.

Nunca me he asombrado demasiado ante una percepción extra sensorial. Por suerte, mi mente es capaz de aceptar la novedad. aquello que para el ángel es claramente algo natural.

La pequeña boca del ángel es de lo más expresivo, pero se mueve sólo para eso, o sea para dar expresión a su rostro, o bien para comer... pero no para hablar. Probablemente, el ángel podría hablar a su manera si lo deseara, pero sin duda su voz estaría fuera de mis posibilidades de oyente, y lo mismo le ocurriría a mi comprensión.

Anoche, después de haberme arreglado el catre, me encontraba dando cuenta de mi sobria cena de soltero cuando el ángel trepó hasta el extremo de la caja y señaló, primero a sí mismo, luego a la superficie de la mesa de la cocina. Temeroso de cogerle con mi gran mano, extendí ésta palma arriba, y el ángel se apresuró a sentarse en mi palma. Camilla empezó a protestar, pero el ángel la miró por encima del hombro y la gallina se calmó, sin dejar de observar, pero ya sin inquietud.

La parte superior de la mesa es de mármol, y el ángel se estremeció. Ya entonces doblé una toalla y extendí un pañuelo de seda sobre ella, colocando todo sobre la mesa. El ángel tomó asiento sobre este colchón, sintiéndose, al parecer, muy cómodo, y quedando muy cerca de mi cara. Yo no estaba ni siquiera asombrado. Posiblemente, el ángel se había cuidado ya de vaciar en cierto modo mi mente. De todos modos, yo lo hice sin el menor esfuerzo consciente por mi parte.

El ángel llegó a mi mente, en primer lugar, por medio de imágenes visuales. ¿Quién puede atestiguar que aquello no tenía nada en común con los ensueños? Allí no existía el peso del simbolismo extraído de mi pasado; allí no existía la menor relación con ninguna de las vulgaridades del día anterior; en realidad, nada que atañera a mi personalidad. Yo veía. Yo percibía visiones en movimiento, aunque no era con mis ojos. Y mientras mi mente veía, también veía dónde estaba mi cuerpo, encorvado sobre la mesa de la cocina. Si alguien hubiera en la cocina en aquel momento, si se hubiera oído algo alarmante en el gallinero, yo me habría dado cuenta en el acto de ello.

Apareció un valle como nunca he visto ni veré en la Tierra. Yo he estado en muchos lugares hermosos de este planeta... y algunos de ellos eran incluso tranquilos. En una ocasión, me embarqué en un barco lento que iba a Nueva Zelanda, y gocé del Pacífico durante muchos días. Pero ahora, aunque no sabría decir por qué, me daba cuenta de que lo que veía no pertenecía a la Tierra; el río que lo atravesaba mostraba que era una cinta azul y plata bajo la luz del sol acostumbrada; había árboles muy parecidos al pino y al arce, y quizá lo fueran. Pero aquello no era la Tierra. Veía que las montañas que se alzaban a cada lado del valle tenían extrañas cimas... de nieve, rosadas, ámbar, de oro... Quizás el color de ámbar sea lo que nunca he visto en la cima de una montaña de este mundo a mediodía.

O quizás yo sabía que no era la Tierra simplemente porque su mente, aquel inimaginable cerebro más pequeño que la punta de mi dedo meñique, me lo decía.

Observé que dos habitantes de aquel mundo se acercaban volando para descansar sobre el campo de soleada hierba a donde me había llevado mi visión sin cuerpo. Eran formas de adulto, tales como mi ángel sería cuando creciese, sólo que aquellos dos eran ángeles varones, y uno de ellos tenía la piel oscura. Este último era, además, viejo, con un rostro lleno de arrugas, sabiduría y serenidad. El otro, en cambio, era sonrosado y parecía lleno de vitalidad. Ambos eran hermosos. El plumón del viejo de la piel de color castaño era de un tono leonado rojizo. La del otro era de color marfil, con reflejos naranja. Sus alas eran membranosas, con más variedad de sutiles iridiscencias que las de las libélulas. No puedo ; decir cuál era el color dominante, porque a cada movimiento que efectuaba se producía una ola cambiante. Ambos se sentaron cómodamente sobre la hierba. Me daba cuenta de que estaban hablándose el uno al otro, aunque sus labios no se movieron durante la conversación más que una o dos veces. Afirmaban con la cabeza, sonreían, y de cuando en cuando subrayaban algo moviendo una mano.

Un enorme conejo saltó cerca de ellos. Supe, me figuro que debido a los esfuerzos del ángel, que aquel animal era del mismo tamaño que nuestro vulgar conejo del monte. Más tarde, una serpiente azul verdosa que tenía tres veces el tamaño de los ángeles, se acercó a ellos arrastrándose sobre la hierba, y el viejo adelantó su mano para acariciar la cabeza del animal, y creo que hizo esto sin interrumpir su charla.

De pronto apareció otro ser que daba saltos rítmicamente espaciados. Se trataba de algo monstruoso, pero, sin embargo, no sorprendí la menor alarma ni en los ángeles ni en mí mismo. Imaginaos un ser de forma parecida al canguro, sólo que de ocho pies de alto y de color verde. Pero, en realidad, sólo la gruesa cola balanceante y las enormes patas se parecían a las del canguro. El cuerpo que había encima de los macizos muslos no era menudo, sino grueso y cuadrado; las patas delanteras y las manos en que terminaban eran casi humanoides. Y la cabeza era redonda, parecida a la de un hombre, excepto el rostro, que tenía una nariz con un solo agujero y una boca vertical. Los ojos eran anchos y de aspecto manso. Recibí la impresión de un ser de alta inteligencia y natural nobleza. Llevaba en una de sus manos, tan parecidas a las del hombre, dos herramientas tan familiares y conocidas por mí que mi cuerpo, junto a la mesa de la cocina, se echó a reír al reconocerlas asombrado. Pero, después de todo, una azada y un rastrillo son herramientas básicas. Una vez inventadas -creo que nosotros los inventamos en la edad neolítica- hay pocas razones para que cambien a través de los milenios.

Este granjero fue detenido por los ángeles y los tres conversaron durante un rato. La gran cabeza hizo signos de asentimiento y ademanes de agrado. Creo que el ángel joven dijo un chiste; por lo menos, las convulsiones que agitaron la gran cabeza me hicieron pensar que aquello era risa. Luego, aquel amable monstruo, se dedicó a rastrillar la hierba en un cuadrado de pocas yardas, rompiendo el césped y dejando una superficie completamente lisa, lo mismo que haría cualquier competente jardinero de la Tierra... excepto que aquel se movía con la tranquila facilidad de un ser cuya fuerza excedía en mucho a la que se requería para la tarea...

Regresé a mi cocina con los ojos de cada día. Mi ángel estaba explorando la mesa. Yo tenía allí una rebanada de pan y un plato de fresas con nata. El ángel se comió una migajita de pan y pareció gustarle mucho. Yo entonces le ofrecí las fresas. El ángel rompió una de ellas y la probó, pero no pareció gustarle del todo. Yo le presenté un cucharón lleno de nata azucarada; el ángel extendió ambas manos para sacar una poca. Creo que le gustó. Yo había sido muy tonto al no darme cuenta de que necesariamente tendría hambre. Entonces saqué vino del armario. El ángel me observaba intrigado, así que yo eché un par de gotas en el mango de una cuchara. Esto le gustó de veras. El ángel sonrió y se dio golpecitos en su pequeño estómago, aunque creo que aquel jerez no era bueno del todo. Luego le presenté migajas de tarta, pero el ángel me indicó que ya estaba ahíto. Llegó hasta mi rostro y me hizo señas de que bajara la cabeza.

El ángel se estiró hacia mi cara hasta que pudo cogerme la frente con ambas manos -yo sentí bastante palpablemente que sus manos estaban allí- y permaneció así durante un largo tiempo intentando decirme algo.

Era difícil. Las imágenes se me presentaban con relativa facilidad. Pero ahora, el ángel me estaba transmitiendo una abstracción de tipo complejo, y mi torpe cerebro sufría realmente al esforzarse en recibirlo. Algo me quedó, sin embargo.

Tuve la sensación de haber visto algo. Imaginaos un triángulo equilátero; y colocad las siguientes palabras en cada uno de sus lados: «reparar», «congregar», «salvar». y el significado que el ángel quería transmitirme debía hallarse en el centro del triángulo.

Tuve, además, la sensación de que el mensaje era una explicación parcial de la diligencia que el ángel tenía que llevar a cabo en este mundo encantador y execrable al mismo tiempo.

El ángel pareció cansado y se apartó de mí. Extendí mi mano y él saltó a su palma para ser conducido de nuevo al nido.

Esta noche no me ha hablado ni ha comido, pero me ha explicado la razón de ello. Ha salido de debajo de las plumas de Camilla lo suficiente para poderse volver y enseñarme los salientes de las alas. Las vainas protectoras han desaparecido, y las alas le están creciendo rápidamente. Con toda probabilidad estaban húmedas y débiles. El ángel parecía cansado y regresó casi en el acto a la tibia obscuridad.

Camilla debía sentirse asimismo exhausta. No creo que haya dejado el nido más de dos veces desde que la coloqué dentro de la casa.

4 de junio

Hoy el ángel ha volado.

Lo supe por la tarde, cuando vagabundeaba por el jardín mientras Judy se hallaba echada al sol, tal como le gusta.

Algo que no veía ni oía me hizo volver rápidamente a la casa. Vi a mi ángel a través del cristal de la puerta antes de abrir ésta. Uno de sus pies se había

enganchado en un alambre suelto que formaba un lazo en el roto de un enrejado. Alarmado, tiró del pie, y el lazo se apretó de tal forma que sus pequeñas manos no fueron capaces de deshacerlo.

Afortunadamente no perdí la cabeza y pude cortar el alambre con unos alicates. El pie del ángel quedó libre sin que sufriera daño alguno. Camilla se mostraba frenética, yendo de un lado para otro con las plumas encrespadas, pero... y esto es muy raro, perfectamente silenciosa. Nada de los conocidos ruidos que hacen las gallinas cuando se encuentran en apuros; si a un pollito ordinario le hubiera ocurrido una desgracia, la gallina habría hecho saltar el tejado con sus gritos.

El ángel voló hacia mi e hizo unos ademanes cogiéndome la frente con las manos. El mensaje resultó claro: «Ningún daño». Luego se dirigió volando hacia Camilla para decirle lo mismo.

Sí, y de la misma forma. Vi que Camilla estaba junto a mis pies con el cuello alargado y la cabeza alta, y que el ángel ponía sus manos a ambos lados de la áspera cresta de la gallina. Camilla se tranquilizó entonces, cloqueó normalmente y abrió sus alas invitando al ángel a que se refugiase bajo ellas. El ángel lo hizo, pero creo que sólo por ser amable con Camilla. El caso es que sacó un momento la cabeza por debajo de las plumas de las alas y me guiñó un ojo.

Pero el ángel debió ver algo más, pues al poco rato salió de nuevo, voló hacia mí y me tocó la mejilla con un dedo; miró luego el dedo, vio que estaba mojado, se lo llevó a la boca, hizo una mueca y, mirándome, se echó a reír.

Luego salimos al sol, Camilla también, y el ángel me ofreció una exhibición de lo que era el vuelo. Ni siquiera la música de Schubert puede compararse a la alegría que rezumaba el primer vuelo del ángel. Quedaba colgado delante de mis ojos, radiante y encantado, y un momento después era sólo un puntito de color bajo una nube. Imaginad aun colibrí, pero mucho menos torpe y perezoso.

Las alas producían un zumbido. Más suave que el del colibrí, pero más fuerte que el de la libélula.

Era algo parecido, por ejemplo, al zumbido que produce la *hawk-moth*, o sea la *heinmaris thisbe*, el insecto que yo, cuando era niño, llamaba la mariposa colibrí.

Yo me sentí asustado, naturalmente, sobre todo al principio, temiendo que al ángel pudiera sucederle algo. Pero pronto vi que no había motivo para ello. El ángel no tenía nada que temer de los animales salvajes, excepto tal vez del hombre.

Vi que un halcón de cobre descendía oblicuamente hacia el remolino de color en donde el ángel estaba bailando solo; muy pronto, el ángel empezó a describir círculos iridiscentes alrededor del animal, pero cuando éste a su vez empezó también a describir pequeños círculos, cesé de ver al ángel. Pero quizás éste sintió mi miedo, pues se presentó en seguida ante mi, tocándome la frente de la manera acostumbrada. Supe que ángel se sentía divertido y capté la idea de que el halcón era «un personaje perezoso». No es ésta la manera en que yo describiría el *accipeter cooperi*, pero tal era el punto de vista del ángel. Creo que éste estuvo cabalgando sobre la espalda del halcón, y seguramente logró esto colocándole las manos habladoras sobre su terrible cabeza.

Más tarde me asustó el pensamiento de que quizás el ángel no quisiera volver a mí. ¿Podía yo competir con la luz del sol y con los cielos abiertos? Pero ese terror hizo que el ángel volviese de nuevo rápidamente, y sus manos me dijeron con gran claridad: «No temas nada. No tienes que temer nada».

Durante esta tarde, me sentí triste en una ocasión al percatarme de que Judy tomaba poca parte en la alegría. Me acordaba de que, en otros tiempos, la perrita corría contra el viento. El ángel debió sentir este pensamiento mío, pues pasó largo rato junto a la soñolienta cabeza de Judy mientras la cola de la perra oscilaba alegremente sobre la tibia hierba...

Durante el crepúsculo, el ángel ingirió una buena comida compuesta por dos o tres migajas de tarta y una gota de jerez. A continuación sostuvo conmigo una conversación que casi se podía llamar así. Esta vez la transcribiré en forma de diálogo en lugar de buscar otra forma más exacta. Yo le pregunté:

-¿Está muy lejano de aquí tu hogar?

-Mi hogar es esto -contestó.

-¡Gracias a Dios! Pero quiero decir... ¿cuál es el lugar de donde tu gente vino?

-Está a diez años luz.

-Las imágenes que me mostraste... aquel tranquilo valle... ¿estaban a diez años?

-Sí. Aquel era mi padre hablando contigo a través de mí. Ya era viejo cuando empezó el viaje. Tiene doscientos cuarenta años... nuestros años que tienen treinta y dos días más que los vuestros.

Noté que experimentaba una sensación de alivio. Yo temía, partiendo de los principios en que se basa nuestra biología, que el rápido crecimiento del ángel, después de ser empollado, significaba una vida breve para él. Pero no. Todo estaba muy bien. El ángel me sobreviviría, y por varios centenares de años.

-¿Tu padre está aquí ahora, en este planeta? -pregunté-. ¿Le podré ver?

El ángel separó sus manos de mí para escuchar, según creo. La respuesta fue:

-No. Y lo siente. Está enfermo y ya no le queda mucho tiempo de vida. Yo iré a verle dentro de algunos días, cuando vuele un poco mejor. El me estuvo enseñando durante mis primeros veinte años.

-No comprendo. Yo creía...

-Más tarde lo comprenderás, amigo. Mi padre te está agradecido por tu amabilidad conmigo.

Yo no supe qué pensar de aquello. Sólo puedo decir que no noté el menor rastro de condescendencia en aquel mensaje.

-¿Y él me ha estado mostrando cosas vistas por él hace diez años luz? -pregunté.

-Sí.

A continuación, el ángel quiso que yo descansara un poco. Estoy seguro de que él sabe el enorme esfuerzo que un cerebro primitivo tiene que realizar para funcionar de esta forma.

Pero antes de terminar la conversación y marcharse zumbando a su nido, me dijo algo que me pareció oír con tal claridad que no había error posible. Fue lo siguiente:

-Mi padre dice que hace sólo cincuenta millones de años aquello era una jungla, lo mismo que la Tierra lo es ahora.

8 de junio

Cuatro días después, al despertar, me encontré con que el ángel estaba tomando su desayuno y también con que la pequeña Camilla había muerto. El ángel me observó al frotarme los ojos y también observó cómo descubría yo el cadáver de Camilla. Entonces voló hacia mí, y yo recibí esta pregunta:

-¿Te hace esto desgraciado?

-No lo sé exactamente -contesté.

Uno puede querer a una gallina, sobre todo cuando se trata de una vieja gallina quisquillosa y casera cuya personalidad tiene mucho en común con la de uno mismo.

-Era vieja. Deseaba tener un montón de pollitos, y yo no podía quedarme con ella. Así que... -siguió algo oscuro; probablemente, mi mente tenía que realizar un gran esfuerzo para entenderlo-... así que le salvé la vida.

No pude sacar nada más en claro. Había dicho: «salvé la vida».

La muerte de Camilla parecía haber sido natural, excepto que no habían habido contracciones, pues la paja no estaba desordenada. Quizás el ángel había arreglado luego, por decoro, el cadáver, aunque ignoro de dónde podía sacar tanta fuerza muscular para hacerlo. Camilla pesaba por lo menos siete libras.

Mientras me hallaba enterrando el animal en un extremo del jardín al tiempo que el ángel volaba por encima de mi cabeza, recordé algo que, cuando sucedió, yo rechacé de mi memoria cual si se tratara de un sueño. Se trataba simplemente de una imagen iluminada por la luz de la Luna, en la que se veía el ángel situado en la caja-nido con las manos sobre la cabeza de Camilla y, presionando con su boca gentilmente sobre la garganta de la gallina poco antes de que la cabeza de la misma quedara fuera de mi línea de visión. Probablemente me desperté entonces y vi lo que había sucedido. El caso es que no estoy disgustado... y cuanto más pienso en ello más complacido me siento.

Después del entierro, las manos del ángel dijeron:

-Siéntate sobre la hierba y charlaremos... Hazme preguntas. Te responderé a lo que pueda responderte. Mi padre te pide que todo lo escribas luego.

Así que escribir es lo que he estado haciendo durante los pasados cuatro días. He estado lo que se dice yendo a la escuela, siendo un alumno más bien torpe, pero rebosante de buena voluntad. En lugar de escribir nada en este diario -por las noches me sentía exhausto- iba tomando rápidas notas lo mejor que podía. El ángel se ha ido ahora a visitar a su padre y no volverá hasta por la mañana. y yo voy a intentar transformar mis notas en una versión comprensible.

Como el ángel me había invitado a hacer preguntas, yo empecé con una que, como naturalista, tenía lo que se dice en la punta de la lengua. ¿Cómo unos seres del tamaño de los adultos que yo vi en aquel valle podían poner huevos del tamaño de los de Camilla? Y otra cosa. Tampoco podía yo comprender cómo, si surgían del empollamiento casi en condición de adultos y capaces de comer alimentos variados, tenía mi ángel aquellos ridículos, encantadores y al parecer funcionales senos.

Cuando el ángel entendió las preguntas se echó a reír... una risa a su manera, dando un paseo por todo el jardín, despeinándome luego con una de sus alas al pasar y pinchándome al mismo tiempo en el lóbulo de la oreja. Luego se agachó sobre una hoja de ruibarbo e hizo en mi honor una graciosa representación en la que simulaba ser una gallina poniendo un huevo, con cacareo y todo. Yo me tambaleaba de risa, una risa a mi manera, y ambos tardamos algún tiempo en quedar tranquilos de nuevo. Entonces el ángel hizo todo lo posible por explicarse.

Ellos eran verdaderos mamíferos, y los hijos -no más que dos o tres en toda una vida, cuya duración media era de unos doscientos cincuenta años- eran puestos en el mundo de la misma manera que lo hacían los humanos. El niño es alimentado a la manera humana hasta que su cerebro empieza a responder un poco a su lenguaje sin palabras; esto lleva de tres a cuatro semanas. Entonces es colocado en un medio totalmente diferente. El ángel no pudo describirme esto con claridad, pues en mi almacén de conocimientos no había el suficiente material para ayudarme a comprenderlo. Parece que se trata de un medio gaseoso que impide que el cuerpo crezca durante un período casi indefinido, mientras el crecimiento de la mente continúa. El ángel añadió que habían tardado unos siete mil años en perfeccionar esta técnica: al parecer, no tienen ninguna prisa. El niño permanece bajo este delicado y cuidadoso control durante un período que va de quince a treinta años. La duración depende no sólo de su vigor mental, sino también del tipo de vida que elige en cuanto su cerebro adquiere la suficiente potencia para poder elegir. Y durante este período, su mente es guiada con infinita paciencia por maestros que...

Al parecer, esos maestros conocen muy bien lo que llevan entre manos. Me costó asimilar esto, aunque el hecho quedó demostrado con la suficiente claridad. En su mundo, la profesión de maestro es considerada la más alta y noble de todas -¿puede ser esto posible?- y tan difícil es ejercerla que sólo las mentes más poderosas pueden intentarlo (yo tuve que descansar un poco después de asimilar esto). Un aspirante a maestro debe pasarse quince años, sin incluir el período de la educación infantil, sólo en la preparación, mientras que la adquisición de conocimientos en sí, sin la idea de transmitirlos, lleva tan sólo una pequeña parte de esos quince años. Entonces... si ha podido aprobar, desempeña un pequeño papel en la instrucción elemental de algunos niños, y si esto lo hace bien durante otros treinta o cuarenta años, puede ser considerado como un estudiante

prometedor... ¡Y pensar en que hubo un tiempo en que yo luché en clases atestadas intentando meter algunos hechos predigeridos (me pregunto ahora cuántos de ellos eran verdaderos hechos) en las mentes de unos adolescentes aburridos y preocupados, algunos de los cuales incluso me querían un poco! Yo estaba entonces dispuesto siempre incluso a cambiar apretones de manos y ser amable con sus padres, los cuales, llenos de terribles buenas intenciones, me explicaban cómo debían ser educados sus hijos. La mayoría de nuestros esfuerzos humanos se desperdician en futilidades. A veces me pregunto cómo hemos logrado pasar de la Edad de Bronce. El caso es que lo hicimos, de una manera u otra, e incluso avanzamos bastante.

Cuando termina el primer estadio de la educación de un ángel, el niño es transportado a un ambiente más corriente, y su cuerpo crece normalmente en poco tiempo. Las alas salen de pronto, tal como yo había podido comprobar, y el niño alcanza la altura máxima de seis pulgadas, que es la altura de mi ángel. Sólo entonces ingresa en esa vida que dura doscientos cincuenta años, y es entonces cuándo su cuerpo empieza a envejecer. Mi ángel ha sido una personalidad viviente durante muchos años, pero no celebrará su primer cumpleaños hasta que no transcurra casi un año. Me gusta pensar en esto.

Aproximadamente en la misma época en que descubrieron los principios de los viajes planetarios (aproximadamente hace doce millones de años) esos seres aprendieron también que, mediante el uso de un sistema ligeramente diferente, el crecimiento puede ser detenido en cualquier punto mientras no se haya alcanzado la plena madurez. Al principio se usaba esto sólo para controlar las pocas enfermedades que aún les aquejaban de cuando en cuando por aquel tiempo. Pero cuando tomaron en consideración los largos periodos de tiempo que se requerían para los viajes por el espacio, las ventajas de detener el crecimiento fueron obvias.

Así que, al parecer, mi ángel ha nacido hace diez años luz. Recibió lecciones de su padre y de muchos otros que le instruyeron en la sabiduría acumulada durante setenta millones de años (ésta es la duración aproximada de su historia *archivada*) y luego, el ángel fue convenientemente abrigado y colocado en lo que mi cerebro superaméxico tomó por un huevo azul. Su educación no avanzó durante esta época. Su mente tenía que dormir, lo mismo que el cuerpo. Cuando el calor de Camilla hizo que despertara y siguiera creciendo, el ángel recordó lo que tenía que hacer con aquellos bultos duros que tenía en los codos. y salió a la luz... en este planeta. Dios le bendiga.

Yo me pregunté por qué su padre había elegido una combinación tan inverosímil como una gallina y un ser humano. Sin duda podía haber dispuesto de excelentes medios para mantener el huevo a la temperatura requerida. Su elección me debía halagar inmensamente, pero no por eso dejaba de asombrarme.

-Camilla era una gallina simpática, y mi padre estudió tu espíritu mientras dormías. Fue un aterrizaje malo, y muchas cosas se rompieron. No se había hecho nunca antes un aterrizaje después de un viaje tan largo: cuarenta años. Sólo cuatro adultos pudieron venir con mi padre. Tres de ellos murieron en ruta, y mi padre está muy enfermo. y hay otros nueve niños que cuidar, según me explicó el ángel.

Sí, yo sabía que el ángel había dicho con el pensamiento que tenía confianza en mí. Si me sorprende, todo lo que tengo que hacer es mirarle y luego mirarme al espejo. En cuanto a la explicación, sólo puedo llegar a la conclusión de que había algo más que yo no acababa de comprender. Me preocupaban aquellos otros nueve niños, pero el ángel me aseguró que todos estaban bien, y yo sentí que no debía preguntar ahora nada más sobre ellos...

El ángel me explicó que su planeta era ,muy parecido al nuestro. Un poco más grande. Describía otra órbita un poquito mayor alrededor de un sol parecido al nuestro. Tiene dos brillantes lunas, más pequeñas que la nuestra. Sus órbitas están combinadas de tal forma que raramente se ven noches de dos lunas. Esas noches de dos lunas son mágicas, y el ángel tiene intención de pedir a su padre que me muestre una si puede. Su año tiene treinta y dos días más que el nuestro; a causa de su más lenta rotación, sus días tienen veintiséis de nuestras horas. Su atmósfera está formada en su mayor parte por nitrógeno y oxígeno en las proporciones familiares para nosotros, pero es ligeramente más rica en alguno de los gases raros. El clima es lo que aquí llamaríamos tropical y subtropical, pero han conocido los rigores de la época glacial. lo mismo que nosotros en tiempos pasados. Hay solamente dos grandes masas de tierra continental y varios millares de islas grandes.

Su población total asciende solamente a cinco mil millones de habitantes...

Muchas de las formas de vida que aquí conocemos tienen allí paralelo... algunos incluso son exactas réplicas: conejos, ciervos, ratones, gatos. Los gatos han llegado a tener una inteligencia muy superior a la que poseen en nuestra Tierra. Parece que es posible, según dice el ángel, mantener una conversación intelectual con sus gatos, que aprendieron hace muchos millones de años que si matan, deben hacerlo con gran precisión y sin torturar. Los gatos tienen bastante dificultad para comprender el dolor en otros organismos, pero una vez llegaron a comprenderlo, fue fácil su desarrollo. En la actualidad, los gatos son populares contadores de chismes; hace unos cuarenta millones de años servían ya ocasionalmente como fuerza especial de la policía. ayudando a los ángeles con verdadero heroísmo.

Parece que mi ángel desea estudiar la vida animal de la Tierra. ¡Y yo seré su maestro! De todas formas, le doy las gracias de todo corazón por haberme elegido como maestro. Cada noche hablamos de animales durante un par de horas. Esto es un descanso para mí después del esfuerzo mental que significa comprender otras materias más difíciles. Judy ha representado una cosa nueva para el ángel. Ellos, en su planeta, tienen varios deliciosos monstruos, pero desde el punto de vista del ángel, también los tenemos aquí. El ángel me ha hablado de una serpiente de mar azul de cincuenta pies de larga y relativamente inofensiva, que muge como una vaca y que empujada por la marea llega hasta los pantanos para poner allí huevos negros. Yo entonces le hablé de la ballena. El ángel me habló a su vez de un animal diurno con alas de murciélago, mamífero, con cuerpo en forma de pelota, esponjoso grande como mi cabeza y que pesa menos de una onza. Yo le hice la réplica con el tití. El ángel intentó apabullarme con un brontosaurio de muy pequeño tamaño y de color rosa, pero extremadamente raro. Pero yo no me achiqué y le hablé del *platypus* con pico de gato... y esto hizo que cambiáramos varias bromas a propósito de los huevos de los mamíferos; y el

ángel se dio por vencido. Todo trivial si queréis. Pero también la más feliz velada de mis cincuenta y tres confusos años de vida.

El ángel se mostró un poco reservado en relación con la especie de canguro que yo vi, pero me habló de él al estar seguro de que yo deseaba que me hablara de él. Parece ser que esos animales son lo más parecido a la vida humana que existe en aquel planeta. De carácter agradable y siempre amistoso -aunque yo estoy seguro de que a veces no es así-, y en algún sentido con inteligencia más despierta que la que nosotros poseemos, son en su mayor parte trabajadores manuales, pues lo prefieren hoy en día, pero a despecho de esto, algunos de ellos son excelentes matemáticos. La primera nave espacial que dio resultado fue inventada por un grupo de ellos, con alguna ayuda, naturalmente...

Los nombres ofrecen dificultades. A causa de la naturaleza del lenguaje angélico, hacen escaso uso de los nombres, excepto en el archivo descripto, y escribir, naturalmente, tiene muy poco papel en su vivir diario. No hay necesidad de escribir una carta cuando un millar de millas no es obstáculo para una conversación mental. El nombre de etiqueta de un ángel es tan importante para él como, por ejemplo, es para mí el número de mi Seguro Social. El ángel no me ha dicho el suyo porque la fonética de su lenguaje escrito no tiene paralelo en mi mente. Es como si pronunciásemos el nombre de un amigo y un ángel proyectara inmediatamente en la mente receptora del amigo nuestra imagen. Eso es más agradable y más íntimo según creo... aunque para mí fue una desagradable sorpresa al principio contemplar mi propia y fea cara con el ojo de mi mente. Se escriben ocasionalmente cuentos, sobre todo si hay en ellos algo digno de ser conservado y sigue estando tal como se contó al principio; pero, en su mundo, el contador de cuentos que lo hace personalmente tiene más importancia que lo que se imprime... El contador de cuentos les ofrece uno de sus más tranquilos y mejores placeres: un buen contador de cuentos mantiene quieto a su auditorio durante una semana sin cansarle.

-¿Qué es ese ángel que hay en tu mente cuando piensas en mí? -me preguntó el ángel.

-Un ser que los hombres han imaginado durante siglos cuando pensaban cómo les gustaría haber sido y no como eran.

No hice demasiada fuerza para aprender mucho sobre los principios de los viajes espaciales. Lo más que mi cerebro sacó de su explicación fue algo como sigue: «Cohete... Luego, fototropismo». Y eso tiene para mí poco sentido. Según mis conocimientos, fototropismo es un movimiento hacia la luz, un fenómeno orgánico. Uno piensa en ello como una respuesta del protoplasma en algunas plantas y en organismos animales, la mayoría de ellos simples, a los estímulos de la luz; y, ciertamente, no como una fuerza capaz de mover la materia inorgánica. Creo que sea cual sea el principio que el ángel describía, la palabra «fototropismo» era simplemente la cosa más próxima a mi archivo lingüístico. Ni siquiera los ángeles pueden crear comprensión en la vacía ignorancia. Por lo menos, yo he aprendido a no intentar pasar de los límites de lo posible.

(Pero hubo un tiempo en que lo hice, sin embargo. Todavía me veo, no muchos años atrás, pequeño como un *homunculus*, agachado a los pies de Mr. McKinley y

mostrándole dos puñados de barro unidos por mí y gritando: «¡Mire la gran montaña que yo he hecho!».)

Pero aunque yo conociera los principios físicos que trajeron aquí a los ángeles y pudiera escribir sobre ellos en términos accesibles para técnicos parecidos a mí, no lo haría.

Hay algo que temo que no será creído por ningún lector de este diario: esa gente, como ya he dicho, aprendieron sus métodos para viajar por el espacio hace unos doce millones de años. Pero ésta es la primera vez que han utilizado ese sistema para trasladarse a otro planeta. Los cielos se hallan llenos de mundos, según me ha dicho el ángel; en muchos de ellos hay vida, aunque a menudo en niveles muy primitivos. No existe ninguna fuerza externa que prohíba a los ángeles ir a esos mundos, colonizarlos, conquistarlos, hacer de ellos lo que quisieran. Habrían podido poblar una Galaxia. Pero no lo hicieron, y por la siguiente razón: creyeron que aún no estaban a punto. Con más precisión: *que no eran lo bastante buenos*.

Sólo hace cincuenta millones de años, según el ángel, aprendieron. como nosotros podemos aprender cualquier día, que la inteligencia sin la bondad es como un potente explosivo en las manos de un niño. Para seres apenas por encima del nivel del Pitecántropo, la inteligencia es una ventaja barata... No es difícil desarrollarla y resulta terriblemente fácil de usar para fines desconsiderados. Pero la bondad no puede ser alcanzada sin un interminable esfuerzo de los más duros, llevado a cabo dentro de uno mismo, y el mayor o menor éxito de ese esfuerzo determina si el ser será hombre o ángel.

Está claro, incluso para mí, que dominar el mal es sólo un paso, pero no el más importante. Porque la bondad, así intentó explicármelo el ángel, es una cualidad positiva muy diferente. La naturaleza viviente que se goza con monstruosidades tales como la crueldad, la ruindad, la envidia, el egoísmo, no quedará inmunizada como con una vacuna cuando tales horrores desaparezcan. Cuando se expulsa de una habitación un gas ponzoñoso, se intenta inmediatamente llenar el cuarto de aire limpio. La bondad... El que defina a la bondad sólo como una ausencia de crueldad, no ha empezado aún a comprender la naturaleza de ambas cosas.

Pero esos ángeles no aspiran a la perfección: sólo a lo asequible... La época vivida hace cincuenta millones de años fue evidentemente un tiempo de gran sufrimiento y confusión. Guerras y todas las plagas subsiguientes. Se sucedieron varios siglos en los que los adelantos técnicos empeoraban las cosas y aumentaban el peligro de auto destrucción. Pero salieron a tiempo de esto. La guerra fue descartada, de modo que era imposible recurrir a ella, y entonces podía darse comienzo a la idea de desarrollar plenamente los seres racionales. Entonces estaban ya a punto para empezar su verdadero desarrollo a través de milenios de autoinvestigación, autodisciplina, intentando separar lo simple de lo complejo, aprendiendo a utilizar el conocimiento y no ser utilizados por él. Pero aún entonces, naturalmente, retrocedían bastante a menudo. Se producían lo que el ángel llama «eras de fatiga». Durante su lejano pasado, tuvieron muchas edades negras, civilizaciones perdidas, principios esperanzadores que al final se convirtieron en polvo. Anteriormente habían salido de la ciénaga, lo mismo que nosotros.

Pero su período de mayor incertidumbre, de mayor necesidad de firmeza para juzgarse a sí mismos no se presentó hasta hace doce millones de años, cuando supieron que el Universo podía ser suyo con sólo el trabajo de tomarlo. Y decretaron que aún no eran lo bastante buenos.

Los ángeles no tenían más prisa que las estrellas. Al llegar a este punto, mi ángel intentó hacerme comprender algo, cosa que estaba más allá de sus posibilidades, y con mucho más motivo de las mías para comprenderlo. Tenía algo que ver con la idea de que el tiempo (no lo que yo entiendo por tiempo) es quizás el atributo esencial de Dios (tampoco esta última palabra era yo capaz de comprenderla del todo). Al ver que mi mente estaba exhausta, el ángel dejó de esforzarse, y más tarde me explicó que el concepto había resultado extraordinariamente difícil para él... no sólo, según comprendí, a causa de su juventud y su relativa ignorancia. En suma, hizo una pequeña alusión a que su padre podría no querer que él me hablara de cosas como aquella...

Naturalmente, habían explorado el espacio. Sus pequeñas naves espaciales escudriñaron los misterios del éter mucho antes de que nada parecido al hombre viviera en la Tierra...

Escudriñaron y escucharon, observaron, archivaron datos. Pero sin tomar parte nunca en la vida de ningún planeta, fuera del suyo. Durante cinco millones de años se prohibieron a sí mismos salir de su propio sistema solar, aunque les habría sido fácil hacerlo. Y durante los siguientes siete millones de años mostraron la misma severa reserva, aunque llegaron ya a viajar hasta enormes e increíbles distancias. Pero esta reserva no se parecía en nada a lo que nosotros llamaríamos miedo... Creo que entre ellos el miedo es algo tan extinto como el odio. ¡Tenían tanto que hacer en su planeta! Me gustaría poderme imaginar el cuadro. Dibujaban mapas de todo el cielo, pero jugaban a la luz de su sol.

Naturalmente, yo no puedo explicar lo que es la bondad. Sólo sé, relativamente, lo que parece significar para nosotros los humanos. Creo que, tras enormes dificultades, los mejores de entre nosotros pueden lograr una manera de vivir en que la bondad domine razonablemente, con un equilibrio no demasiado arriesgado, durante la mayor parte del tiempo. A menudo, hombres sabios al parecer han indicado que no hay esperanzas de nada mejor que nuestra condición presente. En otras palabras: sólo una parte del ser humano tiene vida. El resto se halla en la obscuridad. Dante era un amargo masoquista. Beethoven, un delirante y miserable *snob*. Shakespeare escribía engendros literarios hechos sin ton ni son. Y Cristo dijo: «Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz».

Pero esperemos a que transcurran cincuenta millones de años... No soy pesimista. Después de todo, he observado a organismos de una célula en la ciénaga y he escuchado la Cuarta de Brahms. Anteanoche le dije al ángel:

-A despecho de todo, tú y yo somos parientes.

El ángel estuvo de acuerdo conmigo.

9 de junio

El ángel se hallaba reclinado en mi almohada esta mañana, así que pude verlo cuando desperté.

Su padre había muerto, y el ángel se encontró a su lado cuando el hecho ocurrió. Experimenté de nuevo la impresión mental que podía traducirse a algo así como que su vida había sido «salvada». Yo me hallaba aún dominado por el sueño cuando mi mente preguntó:

-¿Y qué harás?

-Me quedaré contigo, si tú lo deseas, todo el resto de tu vida.

Esto dijo el ángel. Ahora bien, la última parte de su mensaje estaba algo confuso. Pero yo ya estoy familiarizado con ello... Parece significar que existe algún otro elemento que escapa a mi comprensión. Claro que no me podía equivocar sobre el papel que me correspondía. Y se me ocurrían raras especulaciones. Después de todo, tengo sólo cincuenta y tres años; aún puedo vivir otros treinta o cuarenta años...

El ángel estaba preocupado esta mañana, pero yo ignoraba si lo que sentía ante la muerte de su padre era algo parecido al dolor que experimentamos los seres humanos. Me dijo tan sólo que su padre sentía no haberme podido enseñar lo que era una noche de dos lunas.

En este mundo queda, pues, un adulto del mundo de los ángeles. Excepto que tiene doscientos años de edad y que ha soportado con éxito un largo viaje, el ángel no me ha contado nada acerca de él. Y también quedan aquí diez niños, incluyendo a mi ángel.

Algo brillaba en la garganta de mi ángel. Cuando él se dio cuenta de mi interés, se lo quitó, mientras yo iba a buscar una lupa. Se trataba de un collar; bajo la lupa, resultaba muy parecido al más fino trabajo humano de artesanía, contando con que vuestra imaginación pueda reducirlo a la escala necesaria. Las piedras eran parecidas a las piedras preciosas que conocemos: brillantes, zafiros, rubíes, esmeraldas... Los brillantes reflejaban todos los colores imaginables; pero había también dos o tres piedras color púrpura oscuro que no se parecían a nada de lo visto por mí hasta ahora... No eran amatistas, estoy seguro de ello. El collar está montado en algo más fino que una tela de araña, y el dibujo de la cadena es tan delicado que ni con la ayuda de la lente de aumento pude verlo. El collar había sido de su madre, según me dijo el ángel. Cuando de nuevo se lo colocó en la garganta, vi en el ángel el mismo tímido orgullo que siente cualquier muchacha cuando se adorna con algo bonito.

El ángel quiso mostrarme otras cosas que había traído y voló hacia la mesa, en donde había dejado una especie de saquito de una pulgada y media de largo... Aquello representaba para el ángel un gran peso, sobre todo para llevarlo mientras volaba. Pero su traslúcido material resultaba tan ligero que cuando el ángel colocó el saco sobre mi dedo, yo apenas la sentí. El ángel extrajo de él alegremente varios artículos para enseñármelos, y yo cogí la lupa para examinarlos. Uno de ellos era un peine adornado con piedras; el ángel lo pasó por el plumón de su pecho y de sus piernas para mostrarme su utilidad. Luego había una serie de utensilios demasiado pequeños para ser reconocidos; más tarde

supe que se trataba de los utensilios de un costurero. Después un libro y un instrumento para escribir que se parecía mucho a un lápiz de metal. Imaginad un libro y un lápiz que podían ser usados cómodamente por manos no más grandes que las patas de una mosca... No puedo decir otra cosa para describirlos. El libro, según tengo entendido, es un archivo en blanco para que el ángel lo use en caso de necesidad.

Finalmente, cuando ya estuve despierto del todo, vestido, y hube tomado mi desayuno, el ángel buscó en el fondo del saquito, sacó un paquete muy pesado para él y me dio a entender que se trataba de un regalo.

-Mi padre lo hizo para ti -dijo-, y anoche mismo lo puse yo en el saco.

Desenvolvió el paquete. Se trataba de un anillo, y precisamente del tamaño de mi dedo meñique.

Quedé desconcertado. El ángel lo comprendió y se colocó en mi hombro, acariciando el lóbulo de mi oreja hasta que de nuevo fui dueño de mí.

Aquella piedra preciosa... No tenía idea de lo que era. Brilló a la luz pasando del tono púrpura al verde jade, y del verde jade al ámbar. El metal en que está montada se parece un poco al platino, pero muestra un tono rosado a ciertos ángulos de luz... y cuando miro la piedra me parece ver... Pero no me hagáis caso. No me hallo en situación de escribir lo que pienso, y quizás nunca lo esté. De todos modos, he de asegurarme.

Nuestra vida en común empezó más entrada la mañana. Yo enseñé la casa al ángel. No es el Cabo Codder, ni mucho menos: dos habitaciones arriba y dos abajo. Todos los rincones le interesaron, y cuando el ángel encontró una caja de zapatos dentro del armario del dormitorio, me la pidió. Siguiendo sus instrucciones, he colocado la caja en una cómoda cercana a mi cama y próxima a la ventana, que ha de estar perennemente abierta. El ángel dice que los mosquitos no me molestarán, y yo no tengo la menor duda de que así será.

Busqué una bufanda de seda blanca para ponerla en el fondo de la caja. Después de pedirme permiso -¡como si yo pudiera negarle nada!-, el ángel cogió su costurero y después de cortar de la bufanda un cuadrado de varias pulgadas, lo dobló sobre sí mismo unas cuantas veces y luego lo cosió, formando una especie de estrecha almohada de una pulgada de longitud. Así que ahora el ángel tiene una cama apropiada y una habitación para él solo. Yo habría deseado disponer de algo menos tosco que la seda, pero el ángel insiste en que la encuentra agradable.

Hoy no hemos hablado mucho. Por la tarde, el ángel se marchó volando para pasar una hora de juego en el campo; cuando regresó, me hizo saber que necesitaba una larga sesión de sueño. Ahora está aún durmiendo, según creo. Yo escribo esto en la planta baja, temiendo que la luz artificial pueda molestarle.

¿Será posible que yo pueda vivir treinta o cuarenta años en su compañía? Me pregunto cuánto podrá aprender todavía mi mente. Durante todo el tiempo que pueda hacerlo tendré que asimilar hechos nuevos. Con prudentes cuidados, este desengañado esqueleto puede durar aún. Naturalmente, los hechos, no

poseyendo una imaginación sintética, no son más que ladrillos desparramados. Pero quizás mi imaginación...

Lo ignoro.

Judy quiere salir. Le abro la puerta y torno a abrirla cuando quiere entrar. Me pregunto si la vida de la pobre Judy podría ser... la palabra que busco es «salvada». Tengo que enterarme.

10 de junio

Anoche, cuando terminé de escribir, me fui a la cama, pero me sentía intranquilo, sin deseos de dormir. A primeras horas de la noche -yo tenía la luz encendida- el ángel voló por encima de mí. La tensión nerviosa me desapareció como desaparece una enfermedad y me sentí con la mente capaz de funcionar con cierta calma.

En primer lugar, hice constar (creo que el ángel lo sabía ya) que yo no sería nunca un interlocutor fácil y espontáneo para él. El ángel me dio a entender entonces que tenía dos alternativas para el resto de mi vida. La elección, según dijo el ángel, tenía que ser hecha por mí, y yo debía tomarme el tiempo necesario para estar seguro de mi decisión.

Yo puedo seguir viviendo según tengo por costumbre, continuando en todo mi manera de hacer y pensar, y el ángel no me dejará solo nunca por mucho tiempo. Vendrá a aconsejarme, a enseñarme, a ayudarme en todo lo que emprenda. El asegura que se divertirá con esto. Por alguna razón, y como diríamos en nuestro lenguaje, me quiere. Ambos nos divertiremos.

¡Dios mío, los libros que yo podría escribir! Ahora lucho por encontrar las palabras adecuadas, según la costumbre humana. Pero lo que pongo en el papel es una miserable fracción de lo que pienso; las palabras son muy rara vez las adecuadas. Pero bajo la guía del ángel...

Podría representar un papel importante en la tarea de sacudir al mundo. Sólo con palabras. Podría predicar a la gente de mi país. Al poco tiempo de hacerlo me escucharían.

Yo podría estudiar e investigar. ¡Qué pequeños mordiscos hemos dado al montón de conocimientos aprovechables! Supongamos que yo encuentro una hoja del jardín, o bien un vulgar gusanito... A las pocas horas de estudiar ambas cosas yo he aprendido más sobre mi propia especialidad que con una gran cantidad de los mejores libros de texto.

El ángel me ha hecho saber que cuando él y los que vinieron con él aprendan un poco más sobre la naturaleza humana, les será posible mejorar considerablemente mi salud, y, probablemente, alargarán mi vida. No es que yo crea que mi espalda pueda ser enderezada, pero el ángel piensa que harán desaparecer mis dolores, posiblemente sin tener que emplear drogas. Yo podría tener una mente más clara en un cuerpo que no sentiría la fatiga ni me atormentaría.

Pero ahora viene la otra alternativa.

Al parecer, los ángeles han desarrollado una técnica por medio de la cual cualquier sujeto viviente que no se resista y cuyo cerebro sea capaz de memoria, puede experimentar una total revocación. Se trata de un producto secundario, según deduzco de su manera de hablar sin palabras, siendo reciente su puesta en práctica. Parece que lo han practicado solamente unos miles de años, y como ni ellos entienden el fenómeno por completo, lo han clasificado entre sus técnicas experimentales. En sentido general se puede comparar, en cierto modo, a eso de revivir el pasado que los psicoanalistas llevan a cabo de manera limitada con fines terapéuticos. Pero uno se puede imaginar lo que debe de ser cuando se utiliza de una manera tremendamente clarificada y magnífica, capaz de incluir todos los detalles registrados en el cerebro del sujeto. En cuanto al resultado, es muy distinto. El propósito no es terapéutico, tal como nosotros entendemos el vocablo, sino tal vez lo contrario. El resultado final es la muerte. Todo lo que el sujeto recuerda por este proceso se transmite a la mente receptora, que archiva parte o el total de lo que recibe, según se desea, pero en el sujeto que va recordando se inicia una marcha sin retorno. Esto no es un verdadero «recordar», sino un darse. La mente queda limpia, desnuda de todo su pasado, y al mismo tiempo que la memoria, huye de ella la vida. Con mucha suavidad. Al final, supongo que debe de suceder algo así como permanecer sin hacer resistencia ante las olas del tiempo, hasta que finalmente las aguas le cubren a uno.

Así, según parece, fue «salvada» la vida de Camilla. Cuando finalmente comprendí esto, no pude por menos de echarme a reír. y el ángel, naturalmente, adivinó lo que me hacía reír. Yo había pensado en mi vecino Steele, que albergó a la vieja dama en su gallinero durante dos inviernos. Guardando en algún lugar de los archivos angélicos, debe de encontrarse la imagen reflejada en un ojo de gallina del remiendo de la parte trasera de los pantalones de Steele. Bien... ¡Qué gracia! Y, por supuesto, la visión que Camilla recordara de mí. Espero que no estaría falta de amabilidad... El animalito no podía remediar la expresión de su rígida carita, y yo no creo que eso significara nada.

Por otra parte, tenemos la vida «salvada» del padre de mi ángel. La tarea de recordar puede ser un largo proceso, según dice él, que depende, en cuanto a su duración, de lo intrincado de la mente recordadora, así como de su riqueza. También dice que en los últimos estadios, el proceso puede ser detenido a voluntad. La revocación llevada a cabo por su padre empezó cuando se encontraban aún en un lugar muy lejano del espacio, dándose cuenta entonces de que no sobreviviría mucho al término de su viaje. Cuando el viaje concluyó, la revocación había avanzado tanto que en su memoria actual poco le quedaba de sus recuerdos del otro planeta. Le quedaba lo que podríamos llamar una «memoria deductiva». Basándose en el material acumulado durante los años que aún no habían desaparecido de sus recuerdos, él podía reconstruir los otros. Y yo supongo que los otros adultos que aún sobrevivían podrían apartarle de los errores que la falta de memoria podía traer consigo. Esto, según infero, es la razón de porqué no podía mostrarme una noche de dos lunas. Se me olvidó preguntar al ángel si las imágenes que me envió respondían a la memoria de entonces o a la deductiva. Supongo que a la deductiva, pues había en ellos cierta sensación de lejanía que no existe cuando mi ángel me envía una imagen de algo visto por sus propios ojos.

Por cierto que los tales ojos del ángel son verde jade. ¿No estabais preguntándoos cuál sería su color?

Siguiendo ese mismo sistema, mi propia vida puede ser salvada. Cada aspecto de la existencia que yo he tocado o que me ha tocado a mí puede ser transmitido a un perfecto archivo. La naturaleza del archivo escrito se halla más allá de mis posibilidades de comprensión, pero no dudo de su relativa perfección. Nada importante, bueno o malo, se pierde. Y los ángeles necesitan conocer a la humanidad, si han de verificar a fondo lo que tienen en la mente.

La cosa será difícil, según me dice el ángel, y a veces penosa. La mayor parte del esfuerzo tendría que hacerlo él, pero yo también tendría que esforzarme. En su período de educación infantil, él eligió como trabajo lo que nosotros llamaríamos zoología; por esta razón, se le suministró un intensivo entrenamiento teórico sobre esta técnica. Y yo sospecho que ahora sabe con más exactitud que nadie en este planeta no sólo por qué cacarea una gallina, sino lo que se siente cuando se es gallina. Aunque principiante, el ángel es ya un experto en todo lo esencial. El ángel cree que si yo elijo esta alternativa, él podrá ayudarme... Por lo menos facilitarme las cosas cuando éstas se presenten difíciles, suavizar mi resistencia, sostener mi valor cuando éste decaiga...

Porque parece que esto de la revocación resulta penoso para un intelecto avanzado (el ángel, sin sombra de condescendencia, asegura que estamos avanzados), pues como toda pretensión y todo autoengaño han desaparecido, queda tan sólo la conciencia, que funciona aún de acuerdo con los patrones sobre lo bueno y lo malo que el individuo ha seguido durante toda su vida. ¡Lo que conocemos actualmente sobre nuestros auténticos motivos es un principio tan patéticamente pequeño! Se trata de un principio apenas más fuerte que el primer esfuerzo que hace un recién nacido para mirar con sus ojos. Me figuro que si elijo este camino, una gran cantidad de mi vida me parecerá horrorosa. Ciertamente, la mayor parte de las «buenas acciones» que aún recuerdo, como todos los que, de niños, fueron bien educados, se transformarán en cosas hechas bajo el estímulo del egoísmo, de la vanidad o de cosas peores.

No es que yo sea un mal hombre en el razonable sentido de la palabra. Nada de eso. Me he respetado a mí mismo. No he envilecido ni rebajado mi corazón. No me avergüenzo si me comparo con cualquier representante justo de la especie. Pero ya veis: *soy humano*. Y mirado desde el punto de vista de la eternidad, sobre todo después de la sesión de esta noche, eso me parece una cosa seria.

Sin saberlo a ciencia cierta, creo que esto del recuerdo total es algo así como atravesar un corredor con miríadas de imágenes, ahora oscuras, ahora brillantes. ahora agradables, ahora horribles... sin que le guíe a uno ninguna certidumbre, excepto la seguridad de que hay una puerta oscura abierta al final del corredor. Podrá haber sus momentos agradables y sus consuelos. Pero esto no tiene punto de comparación con el placer y la satisfacción de vivir unos pocos años más en este mundo con un ángel que se me posa en el hombro para hablarme siempre que lo desea.

Tengo que preguntarle al ángel de qué les serviría a ellos archivar toda mi vida. Pero ahora caigo que podría serles de gran utilidad. Es obvio... que los ángeles no nos pueden servir de nada hasta que nos comprendan del todo, y entonces

vendrán aquí a ayudarnos, lo mismo que se ayudan ellos mismos. Y comprendernos, para ellos, significa entender todo nuestro interior de una manera más completa de lo que puedan imaginarse nuestros más esforzados intelectuales. Recuerdo esos doce millones de años: ellos no nos tocarán hasta que no estén seguros de que ningún daño podrá derivarse de ello. Para nuestro torturado planeta, sin embargo, existe el factor tiempo. Ellos saben esto muy bien, por supuesto... La revocación no puede empezar a menos que el sujeto esté deseoso de ello o, por lo menos, no haga resistencia. Para los ángeles, el no resistirse significa querer, pues aquí no existe ningún ser con la suficiente inteligencia para elegir con conocimiento de causa. Me pregunto cuántos individuos estarían de veras deseosos de emprender ese incómodo viaje hacia la muerte sin ningún premio final, excepto la seguridad de que estaban sirviendo a su propia especie y a los ángeles.

Y a mayor abundamiento, me pregunto también a mí mismo: ¿seré yo capaz, aun contando con la ayuda del ángel, de sentir ese deseo?

Cuando el ángel me hubo explicado todo esto, me encareció de nuevo la necesidad de no tomar decisiones precipitadas. Y a continuación, el ángel apuntó lo que en mis pensamientos estaba ya empezando a delinearse: ¿por qué no ambas alternativas... dejando entre ellas, naturalmente, un razonable margen de tiempo? ¿Por qué no podría yo vivir diez o quince años más en su compañía, y luego iniciar la tarea de la total revocación... aguardando, para empezar esa tarea, a que mis fuerzas físicas empezasen a bajar la cuesta de la senilidad? Yo reflexioné profundamente.

Esta mañana tenía ya casi decidido elegir esta solución acertada y consoladora. El cartero no tardó en traerme mi periódico. No es que yo necesitara tal recordatorio.

Por la tarde pregunté al ángel si sabía que fuera posible, en el presente estado de la tecnología humana, que el mundo fuese destruido por nuestra propia locura. El ángel no lo sabía de cierto. Tres de los otros niños se habían dirigido a diferentes partes del mundo para enterarse de lo que pudieran acerca de esto. Pero yo quería que el ángel me dijera si tal cosa había sucedido ya en algún lugar de los cielos. No tenía en modo alguno la intención de escribir una carta a los periódicos adelantando una explicación de la ocasional aparición de una nova entre las estrellas. A otros ya se les había ocurrido la misma hipótesis sin la ayuda de los ángeles.

Y esto no era todo lo que yo debía considerar. Yo podía morir por accidente o por súbita enfermedad antes de haber empezado a dar mi vida.

Sólo que ahora, en aquel mismo último instante, mientras me frotaba la sudorosa frente y contemplaba las luces de aquel maravilloso anillo, me fue posible reunir algunos de los hechos obvios, formando la requerida síntesis.

Yo no sé, naturalmente, qué formas adoptarán las ayudas que ellos nos presten. Sospecho que los seres humanos tardarán un largo tiempo en ver y oír a los ángeles. De cuando en cuando, sus decisiones pueden ser alteradas y producirse desastres, y los que se creen más responsables no sabrán por qué sus mentes trabajan de aquella forma. Aquí y allá, algún espíritu fácil de influenciar se

encontrará impulsado hacia un camino mejor. Algo así. Se producirán súbitos descubrimientos e inventos que tenderán a neutralizar la amenaza de nuestras peores plagas. Pero sea lo que sea lo que los ángeles decidan hacer, el archivo y el análisis de mi vida, una vida no demasiado atípica, será una ayuda. Puede ser incluso el pequeño peso que decide la balanza entre el triunfo y el fracaso. Este es el motivo primero.

Motivo segundo: Mi ángel, lo mismo que sus hermanos y hermanas, con todo su alto nivel de adelantos, están hechos de protoplasma mortal lo mismo que yo. Por lo tanto, si esta pelota de Tierra se transforma en una pelota de llamas, también ellos serán destruidos. Aunque ellos cuenten con medios para emplear de nuevo su nave espacial o para construir otra, puede ocurrir fácilmente que el peligro no les dé tiempo de escapar. Y por todo lo que yo sé, esto puede ocurrir esta misma noche. O mañana.

Por lo tanto, ya no puedo tener ninguna duda sobre mi elección, y así se lo diré cuando el ángel se despierte.

9 de julio

Esta noche no hay revocación... He de descansar un poco. Veo que ha transcurrido casi un mes desde la última vez que me dediqué a mi diario. Mi total revocación empezó hace tres semanas, y ya he logrado desterrar de mí los primeros veintiocho años de mi vida.

Como yo ya no tengo necesidad de un sueño normal, las sesiones diarias de revocación empiezan por la noche, cuando en el pueblo se apagan las luces de las casas y hay poco peligro de que me interrumpen. De día, hago mi vida normal. He vendido a Steele mis gallinas, y la vida de Judy fue salvada hace una semana; esto, prácticamente, liquida todos mis asuntos, excepto que pienso añadir un codicilo a mi testamento. Lo puedo hacer ahora; aquí mismo, en este diario, en lugar de molestar a mi notario. Creo que será legal.

Para quien le concierne:

Yo, el abajo firmante, dejo a mi amigo Lester Morse, doctor en medicina, natural de Augusta, Maine, el anillo que será encontrado a mi muerte en el quinto dedo de mi mano izquierda; y encargo al doctor Morse que conserve este anillo mientras viva y que cuide de que cuando llegue su muerte vaya a parar a una persona en cuyo carácter tenga la mayor confianza.

Firmado: David Bannerman

Esta noche el ángel ha salido un rato, y yo puedo descansar o hacer lo que quiera hasta que regrese. Pasaré el tiempo llenando algunas lagunas de este diario, pero temo que me salga un trabajo muy imperfecto, que no satisfará a los lectores deseosos del bendito y viejo deseo de que les presenten hechos. Y eso se deberá en su mayor parte a que hay mucho de mi vida que ya no me importa. Es molesto

tener que decidir qué cosas serán consideradas importantes por los extraños que se interesen.

Excepto la ausencia de deseo de dormir, y una laxitud no del todo desagradable, no noto hasta ahora ningún efecto físico. No recuerdo absolutamente nada de mi vida antes de los veintiocho años. Pero mi memoria deductiva es bastante eficaz, y estoy seguro de que podría reconstruir la mayor parte de mi historia si me pareciera necesario: esta tarde he estado hojeando cartas de ese período, pero no eran nada interesantes. Mi conocimiento del inglés no se ve afectado de ningún modo; puedo aún leer alemán científico y algo de francés, ya que tuve ocasión de emplear bastante estas lenguas después de los veintiocho años. Pero las nociones de latín, que datan de mi bachillerato, han desaparecido de mi memoria. También el álgebra y todos los enunciados, menos los más sencillos, de la geometría del bachillerato: nunca necesité echar mano de ellos. Puedo recordar que pensé en mi madre después de los veintiocho, pero no sé si la imagen que recuerdo se parece realmente a ella; mi padre murió cuando yo tenía treinta y un años, así que le recuerdo viejo y enfermo. Creo que tuve un hermano menor, pero debió morir de niño.

La muerte de Judy fue tranquila, muy agradable para ella, según creo. Nos costó mucha parte de un día. Fuimos a un campo abandonado que yo conozco y la perra se echó al sol con el ángel junto a ella, mientras yo cavaba una fosa: y luego arrojaba en ella algunas frambuesas silvestres. Hacia el anochecer el ángel se me acercó y me dijo que todo había acabado. Y añadió que de manera muy interesante. No me explicó cómo puede haber algo desagradable en la muerte de Judy. Después de todo, lo que más nos duele en realidad es que nos quiten los pequeños sufrimientos de cada día.

Como me ha explicado el ángel, los ángeles, sus gatos, sus animales parecidos a canguros, el hombre y posiblemente los gatos de nuestro planeta -el ángel no ha visto ninguno aún- son los únicos seres de entre los que él conoce que son lo suficientemente introspectivos para desarrollar el autoengaño y las afecciones que traen como consecuencia. Yo sugerí al ángel que podía encontrar aquí algo parecido, por lo menos en sus formas rudimentarias, en algunos de los otros animales. El ángel se mostró inmensamente interesado y quiso que yo le explicase todo lo que pudiera acerca de los chimpancés y monos. Parece ser que hace muchísimo tiempo, en el otro planeta, había unos seres torpes y alados que se parecían a los ángeles aproximadamente como el gran antropoide se parece a nosotros. Esos animales desaparecieron hace cuarenta millones de años, a pesar de los esfuerzos que se hicieron para mantener viva la especie. Su media de nacimientos era insuficiente para que la especie continuara viviendo, como si faltara algo necesario para que nacieran normalmente. Fue como si la naturaleza o el nombre que se quiera dar a lo desconocido, hubiese decretado el fin.

No he encontrado penosa la revocación, por lo menos en sentido retrospectivo. Debe haber habido momentos duros, misericordiosamente olvidados, junto con sus causas, como si el proceso hubiese sido llevado bajo una anestesia. Ciertamente, debían existir dichos incidentes en mis primeros veintiocho años que no habría querido contar a nadie a no ser a los ángeles. Muy a menudo debí mostrarme ruín, egoísta, infame en muchos sentidos, por lo menos así lo deduzco al juzgar todo lo que hice después de los veintiocho. Aquellas viejas cartas

aludían a algunas de esas cosas. Para mí, esas cosas no son ahora más que material para un archivo que se halla seguro fuera de mi alcance.

Sin embargo, a las personas que yo pueda haber hecho daño, deseo decirles lo siguiente: habéis sido dañadas por aspecto de mi humanidad que dentro de algunos millones de años no serán tan frecuentes entre nosotros. Yo luché, a mi manera humana, contra esos oscuros elementos, lo mismo que hacéis vosotros. El esfuerzo no está desperdiciado.

Durante la semana que siguió al día en que notifiqué al ángel mi decisión de llevar a cabo la revocación, él se dedicó a prepararla. Durante toda la semana, ahondó en mi mente presente mucho más de lo que yo imaginaba que fuera posible: el ángel tenía que asegurarse. Y me hizo preguntas tan profundas que me atrevo a decir que aprendió más sobre mi especie que lo que puede estar archivado en el despacho de un médico. Por lo menos así lo espero. A cualquier psiquiatra que pudiera hacer objeciones a esto le ofreceré una respuesta de naturalista: después de un tiempo de dedicarnos a ello, hemos observado perfectamente todo lo que ofrece a nuestra vista un trozo de terreno. Pero... alterad un poco el punto de vista... ahondad en la Tierra con una pala, por ejemplo, o trepad a la rama de un árbol y mirad hacia abajo... Es un mundo completamente nuevo.

Cuando el ángel no exploraba mi espíritu en este sentido, se esforzaba en hacerme pensar en las satisfacciones y en los millones de experiencias llevadas a buen término de que yo hubiese podido gozar de haber elegido el otro camino. Comprendo lo necesario que esto debe de ser, pero entonces me pareció algo casi cruel. El ángel, por mi propio bien, tenía que hacerlo, y me siento feliz al ver que de un modo u otro he sido capaz de mantenerme firme en mi primera elección.

Al final, el ángel también se sintió feliz. Incluso me ha dicho que me quiere más debido a ello. Lo que el turbado verbo querer significa para él cae más allá de mis posibilidades de comprensión, y yo me siento satisfecho al tomar la frase en el sentido de los humanos.

Una tarde de esa semana, creo que fue el día 12 de junio, Lester se presentó en casa buscando una copa de jerez y una partida de ajedrez. Hacía mucho tiempo que yo no le veía, y no había podido, por lo tanto, jugar al ajedrez con nadie. Este verano se ha presentado una pequeña epidemia de polio y el hombre anda muy atareado. El ángel se escondió tras unos libros en el estante mas alto -temo que habrá encontrado bastante polvo- y se divirtió con nuestro ajedrez. Disfrutaba de la hermosa vista de su calva, Lester; más tarde me dijo que le encontraba a usted agradable. Pero que... ¿por qué no hacía usted algo para perder peso? El ángel me sugirió un extraño método que creo, sin embargo, que ya se le ocurre de cuando en cuando a la clase médica... El método es el siguiente: comer menos.

Quizás no debió el ángel hacer lo que hizo con aquella partida de ajedrez. Durante mis primeras diez jugadas actué con mi manera de jugar habitual. Pero supongo que por entonces el ángel había asimilado ya los principios del juego y con disimulo tomó parte en él. Yo no me di cuenta de ello hasta que no vi que Lester parecía un pato cocido. Me había imaginado hasta entonces que mis asombrosas jugadas eran dictadas por mi propia y maldita inteligencia.

En serio se lo digo, Lester: recuerde aquella tarde. Usted ha tomado parte en torneos de aficionados de bastante importancia. Usted conoce su habilidad en el juego, y también conoce la mía. Pregúntese a sí mismo si yo era capaz de hacer aquello sin ayuda. Se lo digo de nuevo: yo no llevé a cabo ninguna clase de estudio durante el intervalo en que usted estuvo fuera de la sala de estar. No he tenido jamás un libro de ajedrez en la biblioteca, y aunque lo hubiese tenido, ningún estudio me habría colocado a la altura de usted. No he poseído nunca mentalidad de ajedrecista. Sólo puedo ser su humilde compañero de juego derrotado, y me ha gustado siempre jugar con usted sobre esta base, lo mismo que usted puede disfrutar viendo como un cirujano *prima-donna* realiza algún milagro que usted no ha soñado nunca intentar... Aun cuando usted no se encontrara en forma aquella tarde, y no creo que esto sucediera, yo no habría podido nunca, sin ayuda, ganarle a usted tres veces seguidas. Aquella tarde se enfrentó usted con alguien que estaba por encima de su clase, eso es todo.

Yo no podía decirle a usted nada entonces... El ángel se mostraba categórico en esto... Así que sólo podía hacer y hacer jugadas, y derrotarle a usted. Pero el ángel quiere que yo escriba todo lo que se me ocurra en este diario, y yo le digo, Lester, que va a encontrar usted muy interesantes las décadas que aún tiene ante sí. Porque usted es aún joven, unos diez años más joven que yo, y creo que podrá usted ver muchas cosas que a mí me habría gustado ver en el pasado... o que me gustaría ver en el futuro si no estuviera convencido de que he elegido el camino mejor.

La mayoría de esos acontecimientos no serán espectaculares, según creo. Muchos de los cambios que se efectúen en busca de un camino mejor no serán apenas reconocidos por los de su tiempo, por usted o por los demás. Es innegable que siendo nuestra naturaleza como es, no podemos saltar al cielo de la noche a la mañana. Esperar eso sería tan absurdo como imaginar que cualquier fórmula, ideología o teoría sobre la estructura social nos puede llevar a la Utopía. Tal como yo lo veo, Lester -y creo que su sala de consultas le habrá suministrado a usted la misma idea, si es que no bastaba su propia intuición-, existe sólo una batalla de importancia: la de Armagedón. Y el campo de Armagedón se halla en el interior de cada uno, un mundo sin fin.

En este momento, creo que soy el hombre más feliz que nunca existió.

He olvidado toda mi vida, excepto los últimos diez años. La fatiga física que siento -continúa siendo agradable- es muy grande. No estoy nada preocupado por la cizaña y malas hierbas que crecen en mi jardín, el trozo donde yo tenía planeado que crecieran otras cosas... Se trata, meramente, de diferente clase de flores. Hace una hora, el ángel me trajo la hinchada semilla del diente de león con objeto de que yo viera lo bonita que es... No creo que nunca me hubiese fijado en ello. Espero que quien venga a vivir a este lugar lo transforme de nuevo en granja. Dicen que los diez acres que se extienden hacia abajo por detrás de la casa son de buena tierra para patatas... Hermoso terreno joven.

Me resulta delicioso sentarme al sol... como si ya fuera... viejo.

Después de hojear las primeras páginas de este diario, he visto que en muchas ocasiones hablo con mordacidad de mis prójimos. Deduzco que debo haber sido un hombre solitario con una soledad autoimpuesta. Una gran parte de mi

mordacidad es la fea consecuencia de una vida transcurrida en la soledad. Otra parte se debió sin duda a causas objetivas, aunque no creo que existiera otra causa que la que empuja a cualquier hombre un poco inteligente a desear que su mundo sea un poco más agradable que lo que es. Mi ángel me dice que el dolor que siento en la espalda se debe a una herida recibida en algún temprano estadio de la guerra mundial que aún continúa. Seguramente este debió agriar mi carácter. Ahora ya ha pasado... y todo está en el archivo.

El ángel está jugando a carreras con un colibrí... pero creo que se queda atrás para ofrecer un respiro a la vaporosa bola verde.

Otra nota para usted, Lester. Ya tengo dispuesto que mi anillo sea para usted. No quiero decirle lo que he descubierto referente a sus propiedades por miedo a que entonces no proporcione a usted el mismo placer e interés que me ha proporcionado a mí. Naturalmente, como todo objeto de colores y luces cambiantes, resulta una ayuda para la autohipnosis.

Pero es mucho, mucho más que eso. Aunque... quiero que lo encuentre usted solo, en una época en que esté un poco apartado de las distracciones de cada día. Sé que no le puede hacer a usted daño, pues conozco su procedencia.

A propósito: desearía que hiciera usted saber a los editores que me van editando de una manera irregular mi *Introducción a la Biología* mi deseo de que si sale una nueva edición, ésta sea revisada de acuerdo con algunas notas que encontrará usted en el cajón más alto de la parte izquierda del escritorio de mi biblioteca. Eché una mirada a ese libro cuando mi ángel me aseguró que lo había escrito yo, y quedé atónito. Sin embargo, temo que mis notas estén algo embrolladas (las llamo más usando una licencia poética), y quizás son demasiado avanzadas para los tiempos actuales... aunque la revisión, en su mayor parte, atañe a ciertas generalidades que no tienen razón de ser. Déjese llevar de su buen juicio: se trata de un libro de texto de menor cuantía y, después de todo, la cosa no es tan importante. Una última concesión a mi vanidad personal.

27 de julio

He visto una noche de dos lunas.

Me fue ofrecida por el otro adulto compañero del padre de mi ángel al final de una maravillosa visita que me ha hecho acompañado de seis de aquellos otros niños. Creo que fue anoche... Sí, debió de ser anoche. Primero se oyó un murmullo de alas por encima de la casa. Mi ángel, riendo, llegó hasta mí; luego, todos estuvieron allí, a mi alrededor. Llenos de alegría y de colores, moviéndose de la manera que sabían me iba a agradar. Cada uno de ellos tuvo para mí una frase graciosa y amistosa. Uno de ellos me trajo una imagen en movimiento del río San Lorenzo visto por la mañana desde una altura de media milla... nubes... águilas... ¿Cómo diablos sabía lo que me encantaría semejante cosa? Y todos me dieron las gracias por lo que había hecho.

Yo pensaba: «¡Pero si ha sido todo tan fácil!».

Al final de la visita, el de más edad -su piel era casi de color castaño, y su plumón, blanco y gris- me ofreció una imagen de lo que era una noche de dos lunas. El la había visto unos sesenta años antes.

Ni siquiera se me ocurre hacer un esfuerzo para describirla apropiadamente... Además, no voy a seguir empuñando este lápiz por mucho más tiempo esta noche. Elevados edificios de color blanco y ámbar, campos tranquilos, plata brillante sobre ríos serpenteantes, un relámpago de mar abierto; una luna que se alza llena de claridad, y otra medio escondida entre una maraña de nubes. Y entre ambas, un puñado de estrellas no familiares para mí. Y aquí y allá, los ángeles, dignos, tras de cincuenta millones de años, de vivir en tal noche. No, no puedo describir nada de eso. Pero para vosotros, seres de raza humana como yo, puedo hacer algo mejor.. Puedo deciros que esa noche de dos lunas, gloriosa como era, no resultaba, sin embargo, más hermosa de lo que puede ser una noche de una sola Luna de esta vieja Tierra nuestra... si sois capaces de imaginaros que la basura del mal humano ha sido al fin descartada de este mundo y que nuestra especie ha dado principio al fin a la más grande de todas las exploraciones.

29 de julio

Nada me queda ya que olvidar a no ser el recuerdo del tiempo en que me ha acompañado mi ángel. Ahora puedo descansar todo que quiera y escribir también todo lo que guste. Luego me echaré en la cama y permaneceré allí como si durmiera. El ángel me ha dicho que puedo mantener los ojos abiertos: él me los cerrará cuando yo ya no le vea.

Estoy convencido de que hay esperanzas para nuestro caso, el caso humano. Me siento seguro de que dentro de sólo unos millares de años, seremos capaces de llevar a cabo algunas de las tareas preparatorias más simples, tales como desechar el mal y amar a nuestros semejantes. Y si esto es así, ¿quién puede dudar de que dentro de otros cincuenta millones de años podemos encontrarnos a un nivel sólo un poco más abajo del que gozan los ángeles?

Nota del bibliotecario

Como se sabe, el original del diario de Bannerman se encontraba en posesión del doctor Lester Morris cuando éste desapareció en 1964, desaparición que ha permanecido hasta el presente como un secreto sin solución. Se sabe que McCarran visitó al capitán Garrison Blaine en octubre de 1951, pero no consta nada referente a esa visita. El capitán Blaine era soltero y vivía solo. Resultó muerto en acto de servicio en diciembre de 1951. Se cree que McCarran no había escrito ni dicho nada a nadie acerca del asunto Bannerman. Es casi seguro que fue él quien extractó el diario y apartó otros papeles de las carpetas (jextraoficialmente, desde luego!) en 1957, cuando dejó de pertenecer al FBI. De todos modos, la totalidad de los papeles fueron encontrados entre sus efectos personales después de su asesinato y, mucho tiempo después, puestos a disposición del público por Mrs. McCarran.

El siguiente *memorándum* estaba originariamente unido al extracto del diario de Bannerman; va firmado con las iniciales de McCarran.

11 de agosto de 1951

La carta original del doctor Stephen Clyde, doctor en medicina, referente a la autopsia, mencionada en la carta del capitán Blaine incluida aquí, se ha perdido desgraciadamente, debido quizás a un error de los archiveros.

El presunto personal responsable de esta pérdida ha sido amonestado para que no se repita en lo sucesivo tal error, a menos de que se trate de algo necesario.

Al margen de esta nota hay algo escrito a lápiz y más tarde borrado. Quedan, sin embargo, algunos rasgos que muestran inequívocamente la caligrafía de McCarran. Incluso puede leerse en parte lo escrito. Dice así: *No es propio de un McC. perder su empleo a menos que se trate de algo en favor, por, o sí...* El resto es indescifrable, excepto una palabra final que desgraciadamente no se puede repetir.

Declaración de Lester Morris, doctor en medicina, fecha: 9 de agosto de 1951.

En la tarde del 30 de julio de 1951, actuando bajo los efectos de lo que pudo describirse como un impulso inesperado, me dirigí al campo con objeto de visitar a mi amigo el doctor David Bannerman. No le había visto ni tenido noticias de él desde la tarde del 12 de junio de este año.

Entré sin llamar en la casa de Bannerman, tal como tenía por costumbre. Di voces en la planta baja sin obtener la menor respuesta, así que subí a su dormitorio, encontrándole muerto. Le reconocí superficialmente, juzgando que la muerte había tenido lugar durante la noche anterior. Se hallaba echado en su cama sobre el lado izquierdo, cómodamente dispuesto, como para dormir, pero vestido por completo. Llevaba una camisa limpia y unos pantalones de verano también limpios. Sus ojos y su boca estaban cerrados, y no había a su alrededor el menor signo del desorden que puede esperarse en un caso de muerte, por natural que ésta sea. Debido a ello, pensé, en cuanto comprobé la frialdad del cuerpo y la ausencia de latidos cardíacos y de aliento, que algún vecino le debía de haber encontrado ya, arreglándole siguiendo los ritos de respeto hacia un difunto y probablemente avisando al médico local o a otra persona con cargo de responsabilidad. Por lo tanto, decidí esperar -Bannerman no tenía teléfono- confiando en que no tardaría en llegar alguien.

El diario del doctor Bannerman se encontraba sobre la mesilla de noche abierto por la página en que el difunto había añadido un codicilo a su testamento. Leí dicho codicilo. Más tarde, mientras esperaba que llegase alguien, leí el resto del diario, tal como él esperaba que yo hiciera, según creo. El anillo que menciona se encontraba, en efecto, en el quinto dedo de su mano izquierda, y .ahora se halla en mi posesión.

Al escribir aquel codicilo, el doctor Bannerman olvidó o pasó por alto el hecho de que en su verdadero testamento, escrito algunos meses antes, me nombraba albacea. Si hay que llevar a cabo algunos procedimientos legales, estoy dispuesto a cooperar en todo lo que haga falta con las autoridades competentes.

El anillo, sin embargo, permanecerá custodiado por mí, ya que éste fue el expreso deseo del doctor Bannerman, y no estoy dispuesto, bajo ninguna circunstancia, a dejar que lo examinen ni que sea objeto de ninguna discusión.

Las notas relativas a la revisión de uno de sus libros de texto estaban en el escritorio, tal como decía el diario. No están «embrollada» ni mucho menos; tampoco hay en ellas nada que revolucione la ciencia, si se exceptúa tal vez, que el difunto deseaba rehacer, a título de teoría o hipótesis, algunas afirmaciones que yo había supuesto que podían ser consideradas como axiomáticas. Aunque éste no es mi campo y no soy lo suficientemente competente para juzgar, hablaré del asunto con los editores a la primera oportunidad.

Según puedo determinar, y teniendo en cuenta los resultados de la autopsia llevada a cabo por Stephen Clyde, doctor en medicina, la muerte del doctor David Bannerman no fue incompatible con la presencia de una embolia de algún tipo que no es posible distinguir post mortem. Así lo he afirmado yo en el certificado mortuario. Parece que es de interés público que no haya la menor duda sobre estas cuestiones. Estoy dispuesto, por lo tanto, a añadir algún párrafo de tipo médico, por si es necesario. Helo aquí:

Yo no soy psiquiatra, pero, dedicado a la práctica de la medicina general, y teniéndome que enfrentar con enfermedades de toda índole, pensé que tenía que estar al día sobre las corrientes y las opiniones referentes a esa rama de la medicina. El doctor Bannerman poseía, en mi opinión, una estabilidad emocional e intelectual en más alto grado que cualquier persona de su misma inteligencia conocida por mí, o sea entre todos mis amigos y compañeros de profesión. Caso de sugerirse una psicosis alucinatoria, yo sólo puedo decir que las alucinaciones sufridas por él debían pertenecer a un tipo muy distinto de las conocidas por mi experiencia, y no descriptas, según mis noticias, en ningún lugar de la literatura de la psicopatología.

En la tarde del 30 de julio, la casa del doctor Bannerman ofrecía un aspecto de perfecto orden. Cerca de la ventana, abierta y sin ninguna persiana, de su dormitorio, había una caja de zapatos destapada, que tenía en su fondo una bufanda doblada de seda. No encontré en ella el almohadón descrito por el doctor Bannerman en su diario, pero descubrí que a la bufanda le habían cortado un cuadrado. En esta caja, y cerca de ella, flotaba una fragancia peculiar, débil, aromática y muy agradable, no olida nunca por mí antes, y por lo tanto, que me es imposible describir.

No sé si puede o no puede atañer al caso el hecho de que mientras permanecí en la casa de Bannerman aquella tarde, no experimenté sensación de pena o de pérdida personal, a pesar de que el doctor Bannerman había sido un amigo querido y honrado por mí durante un número de años.

Lo único que experimenté, y lo sigo experimentando, fue la convicción de que, después de haber llevado a cabo una gran hazaña. el doctor Bannerman había encontrado la paz.

El general derribo a un ángel

Howard Fast

The general zapped an angel, © 1970. Traducido por Manuel Barberá en *El general derribó a un ángel*, relatos de Howard Fast, Colección Azimut de Ciencia Ficción, Intersea SAIC, 1975.

Cuando desde Vietnam se divulgó la noticia de que Mackenzie, a quien casi todos llamaban el Viejo Galleta Dura, había derribado de un disparo un ángel, todos los diarios del mundo rebuscaron en sus archivos los antecedentes y la biografía de este guerrero aguerrido.

No se trata de que el general Clayborne Mackenzie fuese tan viejo. Apenas había cumplido sus cincuenta años y tenía mucho vigor y pimienta en sus venas cuando fue a Vietnam para hacerse cargo del 55° Regimiento de Caballería y sus doscientos helicópteros; y el sólo verlo sentado en la portezuela abierta de una cañonera, manejando una ametralladora ligera como el profesional que él era, y matando cualquier cosa que se movía por debajo (porque nada que se moviese podía nunca ser bastante para Charlie) había inspirado más de un hermoso relato colorido.

Los corresponsales se deleitaban destacando el hecho de que Mackenzie era "un guerrero natural", poseedor, tal como ellos lo expresaban, del "instinto para matar". En esto tenían mucha razón, pues el material de varios archivos de diarios lo demostraba. Cuando Mackenzie tenía apenas seis años, jugando en el fondo de su humilde casa de Carolina del Norte, se ingenió para matar a un cachorrito golpeándolo hasta quitarle la vida con una piedra, un extraordinario acto de coraje y perseverancia. Tiempo después pudo hacerse de dinero para sus gastos menudos matando cachorros y gatitos no deseados, a razón de cinco centavos cada uno. Tenía una intensa facultad creadora, una de las cosas que contribuyó a sus posteriores cualidades de conductor de hombres, y no contento con ahogar los animales, ideó otros cinco métodos para aniquilar cachorritos que la gente no quería. A los nueve años estaba cazando conejos y ratas con trampas y había inventado una ratonera portentosa, pero al mismo tiempo sencilla, especial para topes, que le permitía atraparlos vivos. Disfrutaba entregando topes y ratones vivos a los gatos de la vecindad, y a menudo invitaba a sus pequeños compañeros de juego a observar los resultados. A la edad de doce años el padre le regaló su primer fusil, y desde entonces nadie que conociese al joven Clayborne Mackenzie dudaba de su carrera futura ni de su éxito. Luego de su llegada a Vietnam, no hubo misión importante del 55° Regimiento que el Viejo Galleta Dura no dirigiese en persona. Sólo verlo disparando continuamente desde su cañonera pasó a ser un símbolo de la "nueva guerra", y los soldados de tierra lo contemplaban, lo admiraban y lo aplaudían cuando aparecía. (A veces los aplausos venían con mezcla de otras cosas, pero todo puede esperarse en la guerra.) Nada le amaba más Mackenzie que una aldea llena de guerrilleros ocultos y traicioneros de Vietnam y cuando pasaba por una de estas aldeas, de ella quedaba muy poco. Un joven corresponsal periodístico lo comparó con un "ángel vengador", y a veces cuando se solicitaba la presencia de sus helicópteros para ayudar a un grupo de infantería en penosa situación, ésta era la forma en

que él pensaba en sí mismo. Fue en una de estas oportunidades, en ocasión en que la compañía de infantes de marina retenía el puesto de avanzada de Queen-to, que se hallaba en grave aprieto, cuando el hecho ocurrió.

El general Clayborne Mackenzie había encabezado el ataque, disparando a diestra y siniestra y cayó el ángel, directamente en el campamento de los infantes de marina. Pasó un rato antes de que ellos comprendieran qué era aquello y Mackenzie ya había vuelto a la base cuando se recibió la llamada del capitán Joe Kelly, quien estaba al frente de la unidad de infantes de marina.

-General. señor -dijo el capitán Kelly cuando Mackenzie levantó el auricular del teléfono y preguntó qué demonios querían-, general Mackenzie. señor; me parecería que usted ha matado un ángel.

-Repítalo. capitán.

-Un ángel señor.

-¿Un qué?

-Un ángel señor.

-¿Y qué demonios es exactamente un ángel?

-Bueno -respondió Kelly-, yo no sé exactamente cómo contestar su pregunta, señor. Un ángel. Uno de los ángeles de Dios, señor.

-¡No se habrá vuelto loco usted, capitán? -rugió Mackenzie-. ¿O se le ha dado otra vez por fumar marihuana? Que Dios me perdone, pero yo previne a todos los fumadores de esa porquería que si no abandonaban ese vicio los despacharía a todos al infierno.

-No, señor -dijo Kelly serena y obstinadamente-. Aquí no tenemos marihuana.

-Buello, deme con el teniente García -gritó Mackenzie.

-Habla el teniente García -dijo débilmente la voz de éste.

-Teniente, ¿qué diablos es esto del ángel?

-Sí, general.

-¿Sí. qué?

-Es un ángel. Cuando usted estaba allá matando individuos del Viet Cong... bien, señor, usted sencillamente mató un ángel.

-¡Que Dios se apiade de mí! -exclamó Mackenzie-. voy a apalea a todos ustedes, los fumadores de marihuana, por esto que dicen. ¡Pedazo de canalla! Usted tiene mucha osadía para poner en ridículo a todo un general pero nadie me pone en ridículo a mí y se libra de un castigo. Recuérdelo bien.

Un hecho acerca del Viejo Galleta Dura era que cuando quería que algo se hiciera, no pedía voluntarios. Lo hacía él mismo, y así fue como se dirigió a donde estaba su helicóptero y le dijo al capitán Jerry Gates, el piloto:

-Lléveme a aquel campamento de infantes de marina de Queen-to y póngame directamente a mitad del campamento.

-Es empresa arriesgada, general.

-Su obligación es manejar ese cachivache y no darme consejos.

Veinte minutos después el helicóptero descendía en el campamento de Queen-to y, todo un general de rostro pétreo, se puso frente al capitán Kelly y le dijo:

-Ahora supongo que me llevará a ver ese maldito ángel y que Dios se compadezca de usted si no lo es.

Pero lo era; más de seis metros de largo y todo un ángel hecho y derecho, de la cabeza a los pies. Los infantes de marina lo habían tapado con dos pedazos de papel alquitranado, y era una suerte para ellos que los guerrilleros del Viet Cong hubiesen desistido de tirarse contra Queen-to, o simplemente decidido no luchar por un tiempo, pues tenían poca lucha entre manos y todo lo que los jóvenes podían hacer era echarse boca arriba en sus trincheras y tratar de no mirar el enorme cadáver que yacía bajo los papeles alquitranados ni hablar de eso tampoco: pero a pesar de todo el esfuerzo que hicieron, no dejaban de dirigir miraditas al bulto y dos de ellos, que recorrieron el papel de manera que Mackenzie pudiera verlo, lloriquearon un poco. Ello no le agradó al general; si había una cosa que no le gustaba, era soldados que llorasen y vivazmente dijo a Kelly:

-Sáqueme de aquí a esos dos maricas en el acto y cuando me mande gente, quiero que sean hombres y no chicos que se hacen pis encima.

Después inspeccionó al ángel y hasta quedó impresionado.

-Es un gran hijo de perra, ¿no es cierto?

-Sí, señor. De la cabeza a los pies tiene seis metros con sesenta centímetros. Lo hemos medido.

-¿A qué se debe que crea usted que es un ángel?

-Bueno, eso es lo que es -dijo Kelly-. En un ángel. ¿Qué otra cosa puede ser?

El general Mackenzie dio una vuelta en torno del cadáver yacente y tuvo que admitir la lógica del pensamiento expresado por el capitán Kelly. Aquel objeto era blanco, no del blanco de la carne sino del blanco de la nieve, tenía forma de hombre y estaba desnudo y tendido sobre un lado, con dos grandes alas de plumas plegadas debajo. Su cabello era de oro hilado y lucía un rostro demasiado bello para ser humano.

-De manera que es un ángel -dijo finalmente Mackenzie.

-Sí, señor.

-¡Un rábano es! -replicó Mackenzie-. Lo que yo veo es blanco. Un caucasiano, muerto a causa de heridas recibidas en el campo de combate. A todo esto, ¿dónde le pegué?

-No podemos encontrar las heridas, señor.

-¿Qué es exactamente lo que ustedes quieren decir con eso de que no encuentran las heridas? Yo no yerro nunca. Si tiro, pego.

-Sí, señor. Pero no podemos encontrar las heridas. Tal vez su piel sea muy dura. Pudo haber sido el golpe contra el suelo lo que lo mató.

Acostumbrado a buscar por sí mismo la verdad de las cosas, Mackenzie recorrió en todo sentido el cadáver, revisándolo cuidadosamente. No había ninguna herida visible.

-Den vuelta al ángel -ordenó Mackenzie.

Kelly, que era un buen católico, titubeó al principio; pero entre un general vivo y un ángel muerto. la elección no era difícil. Llamó a un pequeño grupo de infantes de marina, y estos, sin entusiasmo, consiguieron dar vuelta el cuerpo gigantesco. Cuando Mackenzie se quejó de que unas manchas de barro dificultaban su inspección, ellos limpiaron perfectamente al ángel. Tampoco de ese lado había heridas.

-Esta es una situación endemoniada -musitó Mackenzie, y si el capitán Kelly y el teniente García hubiesen estado más familiarizados con el humor del Viejo Galleta Dura, habrían percibido en su voz un temblor que revelaba incertidumbre. La verdad es que Mackenzie estaba un poco desconcertado. De todas maneras -decidió-, está muerto, así que envuélvanlo y métenlo en el barco.

-¿Señor?

-¡Maldita sea, Kelly! ¿Cuántas veces tengo que darle una orden? Dije que lo envuelvan y lo pongan en el barco.

Los marinos de Queen-to se sintieron aliviados cuando vieron que la cañonera de Mackenzie desaparecía en la distancia, prefiriendo la compañía de individuos vivos del Viet Cong a la de un ángel muerto, pero el piloto del helicóptero se llevó en su vuelo todas las preocupaciones propias de un fundamentalista del Sur.

-¿Está suficientemente demostrado que es un ángel, señor? -interrogó mirando al general.

-Usted cuídese del camino y siga manejando el helicóptero, muchacho -le replicó el general. Una hora antes habría dicho al piloto que no metiese su nariz llena de mocos en cosas que no le incumbían, pero el ángel tuvo un efecto idiotizante en el idioma del general. Lo deprimió, y cuando el general de tres estrellas le dijo en el cuartel general: "¿Pretende decirme, Mackenzie, que usted mató de un disparo a un ángel?", Mackenzie pudo solamente afirmar con la cabeza y sentirse abatido.

-Bueno, señor, eso quiere decir que usted está loco.

-El cadáver se encuentra junto a la puerta del hangar F -dijo Mackenzie-. Dejé un guardia para que lo cuide. señor.

El general de dos estrellas siguió al general de tres estrellas en su andar majestuoso hacia el hangar F, donde el general de tres estrellas contempló el

cadáver, lo empujó con un pie, lo palpó con un dedo, tocó las plumas, tocó el cabello y después dijo:

-¡Dios lo condene al infierno. Mackenzie! ¿Sabe usted qué es lo que tiene ahí?

-Sí, señor.

-Tiene un ángel; eso es lo que el infierno te ha proporcionado.

-Sí, señor. parecería que así es.

-Que Dios lo maldiga, Mackenzie. Yo siempre tuve la sensación de que debía ponerme firme de una vez por todas, en vez de permitir que usted vaya dando vueltas por ahí con esas cañoneras, matando gente del Viet Cong. ¡Dios todopoderoso! Usted debería ser un hombre verdadero con sentido común en lugar de un niño idiota que quiere marcar tantos tirando al blanco y si no hubiese andado por ahí con esa cañonera, esto no habría ocurrido jamás. ¿Ahora qué diablos tengo yo que hacer? Los periodistas que nos vigilan durante la guerra son de lo más cretino que hay. ¿Cómo voy a explicarles que tenemos un ángel muerto?

-Tal vez no lo expliquemos, señor. Quiero decir que está ahí. Ha ocurrido. Esa maldita cosa está muerta, ¿no es verdad? Enterrémoslo. Eso es lo que hacen los soldados; entierran a sus muertos, se ajustan el cinturón y siguen adelante.

-De modo que, bueno. lo enterramos. ¿No Mackenzie?

-Sí, señor. Lo enterramos.

-Usted es un asno, Mackenzie. ¿Cuánto tiempo ha pasado sin que alguien le diga eso mismo? Eso es lo malo que tiene ser general en este maldito ejército, nadie le dice a nadie lo asno que es. Usted tiene dignidad.

-No, señor. Usted no es justo. señor -protestó Mackenzie-. Estoy tratando de ayudar. Procuero tener iniciativa en esta difícil situación.

-Por tener iniciativa, Mackenzie, le dan una estrella de oro. Sí señor, general, eso es lo que le dan. Todos los infantes de marina en Queen-to saben que usted tiró contra un ángel, lo mató y el ángel cayó. Lo saben el piloto de su helicóptero y la tripulación, lo cual quiere decir que en este momento lo sabe todo el mundo en esta base. porque cualquier cosa que aquí ocurre, el último que se entera soy yo; y esos babiecas de reporteros que están en la base ya lo saben. para no mencionar a los malditos capellanes. ¡Y usted quiere enterrarlo! ¡Que Dios le conserve la inocencia!

El general de tres estrellas se llamaba Drummond, y cuando volvió a su oficina su ayudante le dijo nervioso:

-General Drummond: hay una comisión de capellanes, señor, que insisten en verlo y están muy interesados en no sé qué cosa, y sé lo que usted siente por los capellanes: pero esto parece ser un caso especial y creo que debería verlos.

-Los atenderé -dijo suspirando el general Drummond.

Eran cuatro capellanes, un cura católico, un rabino, un episcopaliano y un luterano. Los capellanes metodista, bautista y presbiteriano habían querido participar de la delegación, pero el cura, que era paulista, dijo que si iban a tomar parte cinco protestantes, él quería como refuerzo un jesuita, mientras que el rabino, que era reformista, convino que contra cuatro protestantes el rabino ortodoxo debería hacer causa común con el jesuita. Consecuencia de ello fue una transacción, y se pusieron de acuerdo en permitir que el cura, padre Peter O'Malley, hablase en nombre de todos. El padre O'Malley fue directamente al asunto:

-Según nuestros datos, general, el general Mackenzie ha derribado a uno de los sagrados ángeles de Dios. ¿Es así o no?

-Me temo que es así -admitió Drummond.

Siguió un largo silencio mientras el clero acopiaba su ingenio, su fe, su coraje y su asombro y entonces el padre O'Malley preguntó con voz lenta y siniestra:

-¿Y qué ha hecho usted con el cadáver de ese ser sagrado si en realidad tiene cadáver?

-Tiene cadáver, un cadáver muy sólido. Más aún. es tan grande como un elefante joven: seis metros con sesenta centímetros de alto. Está bajo custodia, tendido en el hangar F.

El padre O'Malley movió horrorizado de lado a lado la cabeza, miró a sus colegas protestantes y luego pasó junto a ellos hacia el rabino para preguntarle:

-¿Cuál es su idea, rabino Bernstein?

Dado que el rabino Bernstein representaba la fe más antigua que se ocupaba de ángeles, los demás se avinieron a respetar su idea.

-Creo que debemos verlo inmediatamente -dijo el rabino.

-Estoy de acuerdo -dijo el padre O'Malley.

Los demás clérigos se manifestaron conformes y todos se dirigieron al hangar F, viaje que no dejó de tener su dificultad, pues a esta altura los periodistas habían concentrado su atención en el suceso y el general y los sacerdotes tuvieron que soportar una especie de reto de preguntas implorantes mientras avanzaban a pie en dirección al hangar. Allí los guardias prohibieron la entrada a los periodistas y los clérigos penetraron junto con el general Drummond y el general Mackenzie y otra media docena de oficiales del Estado Mayor. El ángel estaba destapado y los hombres formaron un círculo alrededor de aquel objeto grande y bello y luego. durante cinco minutos, guardaron silencio.

Este. silencio fue interrumpido por el padre O'Malley:

-Que Dios nos perdone -dijo.

Dijeron a coro "amén" todos ellos y siguió más silencio, hasta que finalmente Whitcomb, el episcopaliano. dijo:

-Puede concebirse que sea un fenómeno natural.

El padre O'Malley lo contempló sin decir palabra y el rabino Bernstein suavizó el impacto formulando la observación de que aun Dios y sus ángeles sagrados podía considerarse que no son independientes de la Naturaleza. Al oír esto, el pastor Yager, el luterano, se opuso a un punto de vista tan ateístico en un momento como aquél, y el padre O'Malley replicó:

-¡Ya está el demonio con sus insensateces teológicas! El hecho sencillo de todo esto es que nos hallamos frente a uno de los ángeles sagrados de Dios, que nosotros, en nuestra manera animaloide de pecar, hemos asesinado. ¡Cuánta penitencia deberemos cumplir es lo que ahora interesa saber!

-Penitencia es su especialidad, caballeros -dijo el general Drummond-. Yo tengo aquí un problema de guerra, de periodismo y de cadáver.

-El cadáver, como usted lo llama -replicó el padre O'Malley- debe evidentemente ser enviado al Vaticano... inmediatamente, si quiere que le dé mi opinión.

-¡Oh, oh! -dijo riéndose fuertemente Whitcomb-. ¡El Vaticano! No hay discusión, no hay intercambio de opiniones... Ah, no, embarcarlo directamente al Vaticano, donde lo escondan en algún calabozo secreto junto con otras evidencias del divino favor de Dios...

-¡Vamos, vamos! -dijo queriendo aplacarlos el rabino Bernstein-. Somos testigos de algo inmenso y sacrosanto, y no deberíamos discutir el sitio que le conviene a esta criatura de Dios. Yo creo evidente que su lugar es Jerusalén.

Mientras se desenvolvía enconadamente esta discusión teológica, se le ocurrió al general Clayborne Mackemie que sus propios puentes necesitaban reparación y se detuvo afuera en el lugar en que la prensa (acrecentada ahora por casi todos los periodistas del Vietnam) esperaba, y, por supuesto, todos lo asaltaron.

-¿Es verdad, general?

-¿Qué cosa es verdad?

-¿Derribó usted a un ángel de un disparo?

-Sí, lo derribé -manifestó sin dilación el viejo guerrero.

-Por amor de Dios, ¿por qué lo hizo? -preguntó una fotógrafa.

-Fue un error -dijo modestamente el Viejo Galleta Dura.

-¿Quiere usted decir que no lo vio? -preguntó otra voz.

-No, señor. Periférico, si usted entiende lo que quiero decir.

-Estaba en la cañonera ametrallando vietnamitas y... ¡pum! Allí apareció.

Los periodistas eran escépticos. Siguió una docena de preguntas, todas en cuanto a la forma en que se dio cuenta de que era un ángel.

-Usted no pregunta a un río por qué es un río ni a un burro por qué es un burro -dijo Mackenzie-. De todas maneras, interiormente tenemos nuestra opinión profesional.

Interiormente, la opinión profesional estaba dividida e indignada. Todos convenían en que el ángel era una señal, pero saber qué clase de señal era asunto muy distinto. El pastor Yager sostenía que era señal de paz y exigía un inmediato cese del fuego. Sin embargo, Whitcomb, el episcopaliano, sostenía que era simplemente una condenación por la matanza indiscriminada, mientras el rabino y el cura decían que era una señal... y punto aparte. Drummond dijo que más temprano o más tarde debería permitirse que los periodistas entrasen y que no se podía prohibir al personal de los canales que transmitiesen por televisión al ángel muerto. Whitcomb y el rabino se manifestaron conformes. O'Malley y Yager pusieron objeciones. El general Robert L. Robert, del Cuerpo de Ingenieros, llegó con información secreta, en el sentido de que todo aquello era un ardid de los rusos y que el ángel era un robot; pero cuando trataron de cortar la carne para ver si el ángel sangraba o no, la piel resultó impenetrable.

En aquel instante el ángel se agitó, apenas una insignificancia, pero lo bastante para que los clérigos y los uniformados reunidos en torno retrocediesen de un salto para dejarle más lugar, pues aquella forma gigantesca de seis metros con sesenta centímetros y un peso mayor de media tonelada era una cosa estando muerta y otra enteramente diferente viva. Los bíceps del ángel eran tan gruesos como un cuerpo de hombre, y su enorme y bella cabeza estaba montada en un cuello de casi un metro de diámetro. Aun los propios clérigos tenían tan confusos sus conocimientos de angelología que de ninguna manera podían precisar si un ángel se ofendería de que lo matasen a tiros. Al agitarse por segunda vez, los hombres que lo rodeaban se corrieron más atrás aún y algunos de los uniformados aflojaron sus armas, que llevaban al costado.

-Si esta criatura sagrada está viva -opinó valientemente el rabino Bernstein-, entonces no sentirá ni odio ni rabia hacia nosotros. Es un ser de amor y perdón. ¿No está usted de acuerdo conmigo, padre O'Malley?

Así fuese tan sólo porque los ministros protestantes se sentían visiblemente indecisos, el padre O'Malley se declaró de acuerdo:

-Sin duda. Oh, sí.

-¿Cómo cuernos lo sabe? -preguntó el general Drummond, aflojándose su arma-. Esa cosa que ve ahí tiene la fuerza de una topadora.

Temeroso de que lo venciera una combinación formada por el católico y el judío, Whitcomb avanzó decididamente y se plantó frente a Drummond, diciendo:

-Esa "cosa", como usted lo llama, señor, es un ángel bendito del Todopoderoso y usted debería cuidar más su alma inmortal que el arma.

A lo cual, Drummond contestó gritando:

-¿A quién cuernos cree usted que está hablando, señor... tan sólo...

En aquel momento el ángel se incorporó y los hombres que lo rodeaban se retiraron de otro salto para ensanchar el círculo. Varios extrajeron las armas; otros susurraron las plegarias que acertaron a recordar. El ángel, cuyos ojos eran tan azules como el cielo en Vietnam cuando no sopla el monzón y brilla el sol a través del aire limpio, no les prestó mayor atención al principio. Desplegó un ala y luego la otra, y sus grandes alas casi llenaron por completo el hangar. Hizo flexión con un brazo y luego con el otro y se irguió.

De pie, miró fugazmente en su torno, llevando la vista de sus ojos azules de uno a otro y, al no encontrar lo que buscaba, caminó hacia las grandes puertas deslizantes del hangar F y las abrió con un solo movimiento. Con chasquido de reguladores de acero y rechinar de engranajes, las hojas de la puerta se abrieron, mostrando a la muchedumbre de periodistas, oficiales, soldados y civiles allí congregados, la potente y brillante figura del ángel con sus seis metros sesenta centímetros de alto.

Ninguno se movió. El espectáculo del ángel, agachado levemente hacia adelante, sus espléndidas alas desplegadas a medias, no para el vuelo, sino equilibrándose, los mantuvo hipnóticamente fijos, y el ángel movió sus ojos, paseando su vista de rostro en rostro, hasta finalmente encontrar lo que buscaba, que no era otro que el Viejo Galleta Dura.

Al igual que en las películas del Western, cuando llega lo de que suelen llamar el momento "de la verdad" en que el sheriff y el bandolero están cara a cara, con las manos nerviosamente apoyadas en los revólveres, mientras la muchedumbre se va alejando silenciosamente de los dos hombres marcados de esas películas, así los presentes fueron alejándose de Mackenzie hasta que éste se halló solo... tan solo como puede estarlo cualquier hombre en la Tierra.

El ángel miró detenidamente y con dureza a Mackenzie y después suspiró y meneó de lado a lado la cabeza. La muchedumbre se retiró para dejar más lugar al ángel en el momento en que éste pasaba junto a Mackenzie y empezaba a recorrer el campo, donde, directamente en mitad de la aeropista número 1, extendió sus alas poderosas y despegó, en la forma en que un águila salta del sitio en que está encaramada para volar hacia el cielo, o, tal como algunos reporteros lo expresaron, de la manera en que una paloma vuela dulcemente.

El ángel negro

John Flanders

L'ange noir, © 1967. Traducción de Santiago Rubió en *Las mejores historias de horror*, recopiladas por Forrest J. Ackerman, Libro Amigo 94, Editorial Bruguera S. A., primera edición en 1969.

La madre del joven Dick había muerto. En cuanto a su padre se creía que andaba errando por algún mar de los antípodas; hacía ya varios años que no se oía hablar de él. Y la familia no se inquietaba apenas por este muchachito rubio que contaba a lo más siete años de edad.

-¡Al orfanato con él! -decidió su tío Patridge.

Bridget, la bondadosa nodriza que había mimado tanto a Dick desde la cuna, se deshizo en lágrimas cuando lo supo.

-Dime, Bridget -le pidió Dick, la misma víspera de la penosa separación-. ¿Es cierto todo eso que me habías contado del *Ángel negro*?

Bridget movió la cabeza gravemente con signo afirmativo. Se trataba de una leyenda irlandesa muy antigua en la cual todos creían en su país. ¿Por qué, en tal caso, habría dejado de ser verdad?

-Entonces -insistió Dick con obstinación-, cuando los niños pequeños se ven perseguidos por gigantes, brujas y espíritus malignos, e invocan la protección del *Ángel negro* ¿acude éste de veras a defenderlos?

-Claro que sí -afirmó Bridget-. Acude siempre en ayuda de los niños que están en peligro.

-¡Oh! -exclamó Dick-. ¡Cuánto me alegro! Ahora sí que ya no me da ningún miedo ir al orfanato.

La vieja sirvienta se tapó los ojos con su delantal.

El orfanato de M. Bry tenía más de casa de reclusión para golfos que de institución benéfica dedicada a hacer olvidar sus penas profundas a los pobres niños abandonados.

La alimentación era escasa y de dudosa calidad, el trabajo pesado y los castigos impuestos eran duros en extremo.

M. Bry era un tipo corpulento con ojos negros y salientes. Su avaricia corría pareja con su crueldad. Los niños confiados a sus "paternales cuidados" eran dedicados a quitar los nudos de cuerdas viejas y a cortarlas, a pegar papeles, a fabricar plantillas para zapatillas, exactamente como si hubiesen sido pequeños delincuentes corrientes.

Esto le reportaba mucho dinero a M. Bry, que él se guardaba avariciosamente en un pesado cofre de hierro de su dormitorio, contándolo a menudo con un morboso placer.

Un día penetró subrepticamente, como lo hiciera un ladrón, en el taller donde estaban trabajando los pobres huérfanos; y sus ojos sombríos se posaron en el joven Dick, quien, por su mala suerte, estaba descansando.

-¡Número 51, tú no haces nada! -exclamó con visible furia M. Bry.

-¿Ah, no, señor? -quiso disculparse Dick-. ¡Oh! Estaba observando un ratón.

-Un ratón, ¿eh? -gritó M. Bry-. ¡Y ese bicho te priva de trabajar!

-Es un animalito encantador -contestó Dick con tono inocente-. A mí me gusta mucho.

-¡A mí, no! -gruñó el director-. ¡Y aún me agradan menos los perezosos!

Asió al niño por los cabellos y tiró de ellos con violencia.

-¡Diez latigazos y seis días de encierro en la bodega a pan seco y agua!

Tal fue la sentencia.

La bodega estaba llena de ratones, a los cuales Dick tiraba migajas de pan, con lo que los volvió muy dóciles.

Fue una lástima que los cardenales de su espalda se empezaran a infectar y le hiciesen sufrir tanto.

La segunda noche que pasó en esa bodega asquerosa, una fuerte y súbita calentura le enturbió la mente y le hizo ver toda clase de visiones. Vio sobre todo a su madre volviendo del colmado de la esquina cargada con gran cantidad de golosinas para él, y a Bridget...

¡Bridget! ¡Qué tonto había sido al no invocar al *Ángel negro* para que le socorriera!... Pero, lo hacía al momento, sin esperar ya más.

-Mi querido *Ángel negro*, me siento tan mal y soy tan desgraciado...

No tuvo que decir más. Oyó una puerta que chirriaba. Una flecha de luz blanca cruzó las tinieblas del local. El *Ángel negro* se encontraba allí, frente a él.

Era, sin lugar a dudas, una aparición espantosa. El ser sobrenatural vestía un ropón ajustado que le moldeaba las formas del cuerpo, y una mascarilla de terciopelo negro, por cuyos dos agujeros se filtraba una terrible mirada de tigre.

El niño no sintió por ello ningún temor.

Empezó en seguida a contárselo todo. Le habló de su difunta madre, de su cariñosa nodriza Bridget, de los malos tratos que le infligía M. Bry y, finalmente, de su esperanza de verse socorrido por el *Ángel negro*.

-Bien, pequeño, aquí estoy para ayudarte. ¡Conduceme a la habitación de Bry!

La voz, por lo seca, no le pareció ser la más adecuada para un ángel. Pero sin vacilar ni un segundo Dick tomó la enguantada y negra mano del personaje misterioso y se lo llevó con él.

Aquella noche, M. Bry estaba ahíto por haberse tragado un enorme bistec y una ensalada de langosta, que había remojado generosamente con un vino embriagador. Por esto le pareció sufrir una pesadilla cuando una mano ruda lo sacudió para que despertara, y una aterradora le ordenó que abriera su pesado cofre.

-¡Date prisa, sinvergüenza! -rugió aquel desconocido.

Fue entonces cuando M. Bry se dio cuenta de que no se trataba de un mal sueño.

Obedeció, pero tuvo que reprimir un sollozo, al ver desaparecer su querido tesoro en el interior de una gran cartera.

El *Ángel negro* iba a partir cuando su vista tropezó con el pequeño Dick, quien había estado observando la escena con aire asombrado, aunque satisfecho.

El extraño personaje se inclinó sobre Bry y gruñó:

-¡Esto es lo que te cuestan los latigazos, granuja!

El gordinflón no recibió más que un solo puñetazo en la cabeza, pero le bastó para dejarle el cráneo hecho papilla.

-Muchacho -dijo entonces el ser misterioso-, no cuentes nunca a nadie lo que viste, ¿comprendido?

-Sí -prometió Dick-. Pero te pido, mi querido *Ángel negro*, que le des un buen beso a mi mamita, cuando estés de vuelta en el Cielo.

Hubo un prolongado silencio y luego, de repente, Dick se sintió arrebatado y levantado por un potente brazo. Recibió un beso en cada mejilla y sintió que algo tibio le caía sobre la frente.

-¿Por qué lloras, mi querido *Ángel negro*? -preguntó.

Pero el *Ángel negro* había desaparecido, y el pequeño Dick se encontraba de nuevo en la bodega donde algunos ratones jugueteaban a la luz de un rayo de Luna, lo que le causó un gran placer.

Llegó un nuevo director, que se mostró muy amable con los niños, pero también llegaron hombres de aspecto severo, que hicieron a todos los pupilos un sinnúmero de preguntas relacionadas con la muerte de M. Bry.

El pequeño DICK se guardó bien de traicionar a su querido *Ángel negro*.

El diablo de cera

John Flanders

Le diable de cire. Traducción de I. Rived en *Las mejores historias diabólicas*, recopiladas por A. van Hageland, Libro Amigo 338, Editorial Bruguera S. A., 1975.

John Flanders (Jean Ray) fue uno de los más prolíficos escritores del siglo XX. Fue también uno de los hombres más notables que podemos encontrar en nuestra vida. Era como un reflejo de sus historias: tan fantástico como el más inverosímil de sus extraños héroes.

Nuestra amistad se mantiene por encima de la tumba y del tiempo. Es un gran pensamiento poder recordar que la mano de un hombre como él descansó a menudo en la nuestra...

Tengo la impresión de que en este mismo momento está mirando la máquina de escribir por encima de mi hombro y que sonrío...

La multitud se había agolpado en torno a una cosa horrible, recubierta por un trozo de tela grasienta.

Las miradas se quedaron fijas por un instante sobre la forma humana que podía adivinarse bajo su grosera cubierta y luego se dirigieron hacia el piso superior de una casa triste cuya vieja fachada dejaba ver un letrero carcomido que decía: «Se alquila».

-¡Miren la ventana! Está abierta. ¡Es de allí de donde ha caído!

-De donde ha caído... o de donde ha saltado.

Era un amanecer gris y algunos faroles brillaban aún, aquí y allá. El grupo de mirones estaba compuesto principalmente por personas que tenían que levantarse muy temprano para acudir al despacho o a la fábrica. Aunque iba a desembocar a Cornhill, la calle estaba casi desierta. Pasó aún algún tiempo antes de que los policías descubrieran el cuerpo, que dejaron allí en su ridícula posición de muñeco desarticulado hasta que llegó el comisario. Este apareció pronto caminando por la acera opuesta, en compañía de un joven de rostro inteligente.

El comisario era pequeño y regordete y daba la sensación de estar aún medio dormido.

-¿Accidente, asesinato, suicidio? ¿Qué opina usted, inspector White?

-Puede que se trate de un asesinato. De un suicidio tal vez, pero la causa no está todavía muy clara.

-Es un asunto sin importancia -afirmó lacónicamente el jefe de policía-. ¿Conocía usted al muerto?

-Sí, es Bascrop. Soltero y bastante rico. Vivía como un ermitaño -respondió White.

-¿Vivía en esta casa?

-No, claro que no, puesto que está para alquilar.

-¿Qué estaba haciendo aquí entonces?

-Esta casa le pertenecía.

-¡Ah, bueno...! No será más que una encuesta breve, inspector White. No va a llevarle mucho tiempo.

El jurado había desechado la posibilidad de asesinato y el inspector White continuó la investigación por su propia cuenta, pues no estaba de acuerdo con esto. El joven detective se había sorprendido de la expresión de angustia que había conservado después de la muerte el rostro del poco sociable Bascrop.

Entró en la casa vacía, subió la escalera hasta el tercer piso y llegó por fin a la habitación misteriosa: cuya ventana había quedado abierta. Al pasar había notado que todas las habitaciones estaban por completo desprovistas de mobiliario. En ésta, sin embargo, había varios objetos de aspecto miserable: una silla de caña y una mesa de madera blanca; sobre esta última se veía una gran vela que sin duda había apagado alguna ráfaga de aire poco después del drama.

Una fina capa de polvo cubría la mesa, cuya madera no parecía limpia más que en tres sitios. El polvo mostraba en efecto las huellas de dos círculos vagos y de un rectángulo perfecto. White no tuvo que reflexionar mucho para descubrir la causa.

-Bascrop -se dijo- ha debido sentarse aquí para leer, a la luz de esta vela. La marca rectangular debe ser la del libro. En cuanto a estos dos redondeles sin duda son los codos del pobre hombre. ¿Pero dónde está el libro? Nadie más que yo ha entrado en esta casa desde la muerte del propietario. Por lo tanto, el desgraciado debía tenerlo en la mano en el momento de su caída.

White continuó su razonamiento. Por un lado, la calle desembocaba sobre Cornhill, pero por el otro lado daba sobre un barrio sucio, de mala fama y callejuelas infectas. Sobre la mayoría de las puertas podía leerse esta inscripción escrita con tiza: «Llámeme a las cuatro».

En los alrededores vivía probablemente algún guardián de noche, o vigilante, y este hombre tal vez supiera algo.

Resultó ser viejo, sucio, y repugnante, y apestaba a alcohol. Recibió a White sin ninguna cortesía.

-Yo no sé nada, absolutamente nada. Lo único que me han contado es que un hombre que estaba hartado de la vida ha saltado de un tercer piso. Son cosas que pasan.

-¡Vamos! -dijo secamente White-. Deme el libro que ha encontrado cerca del cadáver o presento una denuncia contra usted.

-Encontrar no es robar -dijo aquel triste individuo con una risita-. Además, yo no he estado por allí.

-¡Tenga cuidado! -le amenazó White-. Podría muy bien tratarse de un asesinato.

El vigilante vaciló aún un momento y luego acabó murmurando con aire mezquino:

-Sabe usted, este libro bien vale un chelín.

-¡Tenga su chelín!

Es así como White vino a entrar en posesión del libro que buscaba.

«Un libro de magia -murmuró el inspector- que data nada menos que del siglo XVI. En aquel tiempo los verdugos solían quemar esta clase de libros y no andaban equivocados».

Se puso a hojearlo lentamente. Una página que tenía la esquina doblada le llamó la atención. Comenzó a leerla lentamente. Cuando hubo terminado, su rostro tenía una expresión muy grave.

«¿Por qué no he de ensayar yo también?», murmuró para sí.

Poco antes de la medianoche regresó a la calle desierta, empujó la puerta medio desencajada de la casa siniestra y subió las escaleras en la obscuridad.

Esta, sin embargo, no era completa, ya que la luna llena iluminaba el cielo con su luz helada y dejaba pasar bastante claridad a través de los cristales empolvados de las ventanas como para que pudiera verse dentro.

Una vez que llegó a la habitación del drama, encendió la vela, se sentó donde Bascrop debía haber estado y abrió el libro por la página que ya había visto antes. En ella estaba escrito:

«Encended la vela un cuarto de hora antes de la medianoche y leed la fórmula en voz alta».

Se trataba de un texto en prosa bastante confusa que el Inspector no comprendía en absoluto. Pero cuando hubo terminado la lectura carraspeó un poco para aclararse la garganta y entonces oyó como un reloj vecino daba las doce campanadas fatídicas.

Levantó la cabeza y lanzó un espantoso grito de horror.

White no ha podido nunca describir con precisión qué es lo que vio en aquel momento. Incluso hoy en día duda de que viese realmente algo. Tuvo, sin

embargo, la impresión clara de que un ser oscuro y amenazador avanzaba hacia él, obligándole a retroceder andando hacia atrás, hacia la ventana.

Un pánico terrible le oprimió el corazón. Supo que tenía que abrir aquella ventana, que tenía que continuar retrocediendo y que finalmente acabaría por caer sobre la barandilla para ir a estrellarse contra el pavimento tres pisos más abajo. Una fuerza invisible y poderosa le empujaba.

Su voluntad estaba apunto de abandonarle y él se daba perfecta cuenta de ello, pero una especie de instinto, el del policía acostumbrado a luchar por su vida, aún estaba despierto en él. Con un esfuerzo sobrehumano consiguió echar mano a su revólver y concentrando en su brazo toda la energía de que podía disponer apuntó a la sombra misteriosa y apretó el gatillo.

Una detonación seca rasgó el silencio de la noche y la vela saltó hecha pedazos.

White entonces perdió el conocimiento.

El médico que estaba a la cabecera de su cama cuando se despertó movió la cabeza sonriendo.

-Bueno, amigo mío -dijo el doctor-, no había oído contar nunca que nadie pudiese abatir al diablo con la ayuda de un simple revólver. Y, sin embargo, es lo que usted ha hecho.

-¡El diablo! -balbuceó el inspector.

-Amigo mío, si hubiera fallado usted la vela hubiese corrido sin duda la misma suerte que el desgraciado Bascrop. Porque, sabe, la clave del misterio era precisamente la vela. Debía tener por lo menos cuatro siglos y estaba fabricada con una cera llena de alguna materia terriblemente volátil, de la que los brujos de aquella época conocían la fórmula. La extensión del texto mágico que había que leer fue calculado de tal forma que la vela tenía que arder durante un cuarto de hora entero, que es tiempo más que suficiente para que una habitación se llene por completo de un gas peligroso, capaz de envenenar el cerebro humano y de despertar en la víctima la idea obsesiva del suicidio.

Confieso que esto no es más que una suposición, pero creo, sin embargo., no andar lejos de la verdad.

White no tenía deseo alguno de entablar una discusión sobre este tema. Además, ¿qué otra hipótesis podría él arriesgar? A menos que... No, lo mejor era no pensar más en este asunto.

El diablo y Peter Stoltz

John Flanders

Le diable et Peter Stoltz. Traducción de I. Rived en *Las mejores historias diabólicas*, recopiladas por A. van Hageland, Libro Amigo 338, Editorial Bruguera S. A., 1975.

El combate contra el diablo es un tema muy importante en la obra de John Flanders, conocido también en todo el mundo bajo el seudónimo de Jean Ray. A menudo, en sus cuentos, el hombre se rebela contra el demonio, y por muy horrible que éste pueda ser, el hombre tiene a su disposición un arma formidable: la plegaria.

El ilustre autor -muerto en 1964- tenía, sin embargo, una cierta simpatía por el Ángel Caído, así como por todos los personajes fuera de serie. Un día le oímos discutir con monseñor el prelado de la abadía de Averbode y en el transcurso de esa discusión John Flanders/Jean Ray trataba de convencer a este dignatario de la Iglesia que Judas debía de ser beatificado porque le correspondió la obligación de cometer el crimen más horrible de todos los tiempos, y aún recordamos cómo monseñor elevaba los brazos al cielo al escuchar tal blasfemia...

En Les Derniers Contes de Canterbury (Los últimos cuentos de Canterbury), Jean Ray ha hecho igualmente hablar al diablo como si fuera un gran melancólico, cuando dice al narrador: «...En momentos semejantes yo pienso que el Otro ha olvidado... los amantes que lloran porque van a estar separados durante un tiempo y un espacio ínfimos; la madre que vive orgullosa de su hijo; el padre que transforma el júbilo de la hijita en una alegría sin límites... ¡Pues bien! Yo he sentido el inmenso valor de estas lágrimas, de este orgullo, de esta alegría, y he experimentado con ello una de las más profundas felicidades humanas: la tristeza...»

No olvidemos que en las páginas que siguen el diablo toma a su vez una forma tan... humana, que nosotros sentimos ante él, igualmente, un profundo sentimiento de tristeza.

Esta historia no la olvidaréis jamás.

Permitidme algunas reflexiones antes de dar comienzo a esta historia. Hay muchas gentes que se consideran muy religiosas, que creen firmemente en Dios y sus mandamientos, y que, sin embargo, sonrían con incredulidad cada vez que oyen hablar del diablo.

La razón de esta actitud hay que buscarla tal vez en la manera convencional en que se le ha representado hasta ahora: cola partida, cuernos, garras y pezuñas. Se olvida al hacer esto que el Ángel Caído fue en un tiempo la más hermosa de todas las criaturas celestes.

El Espíritu de las Tinieblas conserva aún el poder suficiente para tomar la forma que desee. Si se exteriorizase -lo que ocurre rara vez en el curso de los siglos- desmentiría su inteligencia superior y terrorífica al tomar una forma que produjese espanto. Conoce el valor de la invisibilidad y es un virtuoso en esto. Pero apenas es capaz de evitar la sensación de horror que produce en los mortales cuando está cerca. Es quizá el último instinto que les queda a los hombres. De la misma manera que la gacela siente la presencia del león, el hombre percibe cuando el Malo se aproxima. De modo que...

Cada vez que Peter Stolz regresaba a su cuarto experimentaba durante algunos momentos una sensación de horror. Me gustaría poner entre comillas la expresión alemana «das Grauen». y no sólo porque esta historia transcurre en la más maravillosa de las pequeñas ciudades alemanas, Hildesheim, sino porque es una palabra que pierde su verdadero valor al traducirla. Aunque quizá se trata tan sólo de un sentimiento subjetivo por mi parte.

Stolz era un simple obrero. Ya que he comenzado la historia con una introducción, podría añadir ahora algunos comentarios.

Lo insólito y lo misterioso no son privilegios de los hombres cultos o bien situados. Alcanzan igualmente a las gentes comunes y ordinarias, pues el azar es ciego y ya que hay un mayor número de corrientes que privilegios, el mayor número de probabilidades corresponde a los primeros. Es una cuestión de lógica.

Stolz era oriundo de Mecklembourg-Strelitz y debido a su carácter nervioso había trabajado en muchos lugares en Schwerin, Hambourg y Hannover, antes de llegar a la zapatería de Oswald Grün, en Hildesheim.

Hildesheim es, como ya he dicho, una ciudad encantadora que ha conseguido mantener el aspecto medieval.

Sin embargo, Stolz no vivía en una mansión oscura con escaleras crujientes y ventanitas verdes. Al contrario, tenía una habitación en una casa de construcción moderna con gas y electricidad. El mobiliario provenía de una importante fábrica de Hannover.

Su habitación era limpia y confortable. Sin embargo, cada vez que entraba en ella, Peter sentía un escalofrío. Por fortuna era una sensación pasajera. Así que el joven no se sentía demasiado molesto, en vista sobre todo de que el alquiler era muy razonable y la propietaria, la señora Keller, simpática y servicial.

Por precaución, había tratado de informarse a través de su patrón y sus compañeros de trabajo en la posada Zum Treppchen, donde tomaba sus comidas, de si el lugar estaba tal vez encantado.

La casa de la señora Keller se encontraba un poco apartada, como la mayoría de las casas modernas de Hildesheim. Nunca, desde que fue construida, le dijeron, había ocurrido allí nada raro. El lugar mismo, que había sido en un tiempo pradera comunal, no tenía ninguna leyenda. No se trataba entonces de fantasmas ni de ningún otro «Ungeheuer». Si existían algunos en Hildesheim debía ser en las

casas antiguas que se agrupaban en torno de la Brunnenplatz, donde tanta sangre se derramó en otro tiempo.

Stolz tenía veintiún años y estaba exento del servicio militar porque durante los primeros días de su trabajo en Schwerin había perdido un dedo de la mano izquierda en un accidente. Esto hacía que disfrutase de una pequeña pensión, ya que el accidente ocurrió por culpa de uno de sus superiores.

Oswald Grün, que lo había contratado como mano de obra, pronto se dio cuenta de que Stolz conocía un poco de contabilidad y así acabó por darle un puesto en el despacho, con un ligero aumento de sueldo. Grün gustaba de la conversación y ya que los trabajos de contabilidad en la pequeña zapatería no eran demasiado importantes, a menudo venía a charlar con su joven empleado. Poco a poco le otorgó no sólo su confianza, sino también su amistad.

Fue él el primero que aconsejó a Peter establecer una relación más estrecha con la propietaria del inmueble donde se alojaba.

-La señora Keller es una mujer extraordinaria, Peter -le dijo-. Tiene casi cuarenta años, pero apenas si representa treinta. Durante cinco años estuvo casada con el viejo Jacob Keller, que un día que estaba borracho se cayó al río y se ahogó. Le ha dejado sin duda una buena fortuna, porque había especulado mucho en la Bolsa durante toda su vida y siempre con una suerte extraordinaria.

Stolz no pudo por menos de reconocer que la mujer era en efecto muy bonita, con sus cabellos negros como la noche, sus profundos ojos sonrientes y sobre todo su figura bien llena, que tan apreciada es por los alemanes.

-¿No has pensado nunca en tomar tus comidas en casa, Peter? Es una lástima, porque es una cocinera de primera clase. No comprendo cómo sigues soportando los filetes mal hechos, las salchichas sin gusto y esa sopa que parece agua, que te sirven en el Zum Treppchen.

-Ella no me lo ha propuesto nunca -respondió el joven.

-Tú tienes una lengua para hablar y preguntárselo, y no pierdes nada con ello, siendo como eres buen mozo -respondió Grün.

Peter era realmente muy hermoso. Todas las muchachas que se cruzaban con él en la calle tenían que reconocerlo.

El dinero no significaba mucho para él. La posible fortuna del difunto Jacob Keller le dejaba indiferente. Pero lo que sí le gustaba era regalar su estómago.

A partir de entonces, al regresar por la noche a la casa olfateaba los maravillosos olores que salían de la cocina. En su imaginación se representaban todas aquellas delicias: asado de oca, bistec con cebollas, paté de carpa, pastel de naranja...

Con cualquier pretexto llamaba a la puerta de la señora Keller.

Ella le recibía siempre con amabilidad y le ofrecía una taza de café, un vasito de aguardiente, o un licor de limones que hacía ella misma. Un día que los olores

eran particularmente embriagadores, el muchacho se lo dijo y la señora Keller le preguntó si podía adivinar lo que había preparado para la cena.

-Salchichas de Francfort con coles -dijo Peter.

-¡Qué tontería! ¿Como es posible eso? No, un pastel de perdiz que acaba de salir del horno.

-¡Pastel de perdiz! ¿De veras? -exclamó el joven.

-Ya juzgará por sí mismo -contestó; la propietaria y le invitó a cenar con ella en la intimidad del comedor.

-Quéjate lo más que puedas de lo que te sirven en la posada -le aconsejó Grün al día siguiente-. Yo sé que tu patrona detesta al posadero. porque el viejo Jacob se dejó muchos billetes en el Zum Treppchen antes de ir a beber el agua de Innerste.

El siguiente mes de mayo se celebró la boda. La señora Hilda Stolz tenía diecisiete años más que su segundo esposo, pero esto no impidió que Peter fuese envidiado por todos los solteros de la villa de Hildesheim.

Continuó trabajando como contable con Oswald Grün, a pesar de que su mujer le aseguró que podía instalarse como rentista si así lo deseaba. Un año después tuvieron una niña a la que dieron el nombre de Berthe, como la difunta madre de Peter.

Pronto empezó a dibujarse el carácter muy especial de la niña. No le gustaba jugar, no reía nunca y permanecía horas enteras sin hablar ni moverse. Era, sin embargo, una niña muy bonita. Tenía los cabellos rubio-rojizos como los de su padre y ojos negros y profundos como los de su madre.

La niña creció sin problemas ni enfermedades. Era obediente, pero poco cariñosa. Tenía una voz cristalina, pero no hablaba nunca sin que le dirigiesen antes la palabra y aun en estos casos la respuesta era lo más breve posible, cortés, pero fría y sin demostrar interés alguno.

Berthe tenía tres años cuando Peter empezó a enseñarle a escribir y se sorprendió mucho de la gran inteligencia que demostraba la niña.

-Es como si supiera ya todo lo que voy a enseñarle -le dijo a Oswald Grün.

El viejo zapatero inclinó la cabeza sin saber qué decir. Sus consejos habían contribuido en gran manera al matrimonio de Peter Stolz con la viuda Keller. Ahora Grün empezaba a arrepentirse de su intervención. Hablaba lo menos posible de todo lo que se refería a la pareja y siempre parecía encontrar alguna excusa para rechazar las invitaciones de su contable para ir a su casa.

Este cambio comenzó a producirse el día en que Oswald Grün cambió de «Stammtisch». Durante muchos años había sido cliente fiel de una vieja cervecería en la Hirschengasse, que cerró sus puertas a la muerte de su dueño.

Grün, que empezaba a sentirse viejo y débil, ya no quería dar largos paseos. El Zum Treppchen quedaba cerca de su casa y, aunque era cierto que allí se comía muy mal, la cerveza por el contrario era excelente. Grün tomó la costumbre de ir

allí todos los días a beber su jarra, con gran satisfacción de Hugo Krone, propietario de la taberna.

Hugo Krone era hijo de Wolfram Krone, notario de la Hochstrasse, que no había hecho nunca grandes negocios, pero que era respetado por todos. Había puesto todas sus esperanzas en su hijo Hugo, quien después de estudiar humanidades en la Universidad de Hannover se inscribió en la de Heidelberg para estudiar Derecho. Dos años más tarde confesó a su padre que quería abandonar estos estudios para dedicarse a las ciencias naturales.

El viejo notario sintió una gran pena, pero dio su aquiescencia, pues no sabía negarle nada a su hijo único.

A partir de este día Hugo se había dedicado exclusivamente al estudio de las ciencias, pero de un género muy especial. Había trabado conocimientos con Friedrich Salzsieder, un pastor luterano que había colgado los hábitos, y que era ahora un maestro en magia. Es necesario decir que Salzsieder era una autoridad en la materia. Cuando no estaba borracho, pues amaba la bebida aún más que su especialidad, escribió algunos libelos sobre demonología que fueron traducidos inmediatamente al francés y al inglés. A partir de este momento empezó a tomarse a sí mismo muy en serio. Después de una disertación que dio sobre el *Heptamerón mágico* y que fue muy apreciada por los eruditos en la materia, escribió un estudio sobre los espíritus demoníacos, tema en el que se deleitaban los ocultistas de la época.

A Salzsieder no le gustaban los neófitos del estilo de Hugo Krone, pero el joven tenía siempre los bolsillos llenos de dinero y esto era algo que el demonólogo estaba dispuesto a acoger con cariño.

Las exigencias de Hugo hacia su padre fueron haciéndose más grandes cada vez, a medida que pasaban los meses. Pero el padre no se negaba nunca, aunque los dispendios exorbitantes de su retoño acabaron al fin con casi todos sus bienes. La mayor parte de este dinero iba a parar a los bolsillos de Salzsieder, que organizaba numerosas orgías y perdía el resto en las mesas de juego. Es cierto que Hugo participaba de todo ello y que Salzsieder le inició como contrapartida en sus poderes y conocimientos ocultos.

Entonces llegó el fin imprevisto. En el mismo día, Hugo perdió a su maestro y a su padre.

Salzsieder, que estaba envuelto en un enredo poco limpio, hizo sus maletas y se marchó a Francia, mientras Wolfram Krone moría de un infarto.

Hugo regresó a Heidelberg para rendir un último homenaje a su padre y enterarse de labios de su apoderado que la pequeña fortuna del difunto había quedado reducida a doscientos thalers. Este dinero desapareció en pocas semanas en la taberna Zum Treppchen. Después de esto, el tabernero le hubiese echado a la calle con mucho gusto, a no ser por su hija, que estaba en edad de contraer matrimonio y sentía gran inclinación por el altivo estudiante.

Se celebró la boda, el tabernero se retiró a una casita de campo que tenía en la Selva Negra y Hugo Krone se convirtió en propietario del Zum Treppchen.

En el momento en que hemos dado comienzo a nuestra historia Hugo Krone tenía ya cuatro hijas casaderas. Todas ellas eran bastante feas y le hubiese gustado ofrecer una a su cliente Peter Stoltz. Se murmuraba en efecto que el viejo Oswald Grün había llegado a sentir tanto cariño por su joven contable que a su muerte le iba a dejar en herencia la zapatería y todos sus ahorros. El mismo Grün había hablado de esto.

Ahora sabemos por qué la viuda Keller no soportaba oír mencionar el nombre del Zum Treppchen. Por parte del tabernero la desilusión fue grande cuando Stoltz se casó con la viuda de Jacob Keller en lugar de con una de sus hijas. Más tarde contaremos lo que se habló entre Krone y Oswald Grün delante de dos jarras de cerveza y que fue la causa del cambio de actitud de este último.

Mientras tanto, os estaréis preguntando sin duda qué es lo que había pasado con la antigua habitación de Peter, donde tenía tan desagradables sensaciones cuando entraba. Inmediatamente después de su compromiso, la señora Keller le había ofrecido un cuarto mucho mejor, con vistas sobre el jardín.

-Mi futuro esposo no es ya un huésped cualquiera –le había dicho sonriente.

Peter había aprovechado la oportunidad para hablarle de aquella sensación de angustia que experimentaba cada vez que entraba en el cuarto. No se fijó en que ella tenía los ojos bajos cuando le respondió:

-En ese caso voy a cerrar para siempre esta condenada habitación. Nadie más entrará allí en el futuro.

La habitación en cuestión estaba situada en el piso alto, en el que Peter no había vuelto a poner los pies, ya que no tenía nada que hacer allí.

Peter se había convertido en un marido modelo. Le gustaba sentarse en su sillón fumando su pipa y regalarse con los excelentes platos que le preparaba su mujer. No buscaba hacerse muchos amigos. Vivía únicamente para su esposa y su hijita, aunque le hubiera gustado que la niña fuese un poco más alegre y despierta. Pero ya que era en cambio tan buena y obediente, no podía ni quería quejarse.

Berthe tenía cuatro años cuando ocurrió el drama que había de trastornar la vida de Peter Stolz y destruir su felicidad.

Un día, hacia las diez de la mañana, el joven se sintió desfallecer de pronto. A instancias de su patrón dejó el trabajo y se dirigió a su domicilio.

La casa estaba vacía. Esto no le sorprendió demasiado, pues era casi seguro que a aquella hora su mujer estaría haciendo las compras en el mercado vecino. Más raro le pareció el hecho de no encontrar a su hija ni en la cocina ni en el comedor, que era donde estaba habitualmente. Su mujer no se llevaba nunca a la niña con ella cuando iba a hacer las compras, porque la pequeña se ponía muy nerviosa en las calles donde había mucha gente. Berthe se negaba categóricamente a abandonar la casa y éste era en realidad el único motivo por el que a veces cogía una rabieta.

Peter gritó el nombre de la niña. Pero no obtuvo respuesta.

Recorrió la casa sin encontrarla. Por fin subió al piso de arriba y abrió la puerta del antiguo cuarto, no sin cierta repugnancia.

Berthe estaba sentada en una butaca cerca de la chimenea. Blanca y fría como el mármol miraba fijamente con ojos que parecían no ver nada.

Peter corrió escaleras abajo como un loco. En aquel momento llegaba su esposa.

-¡Está muerta! -gritó él-. En la habitación. ¡Muerta en una butaca!

La señora Hilda no dijo nada. Subió a la habitación y regresó en seguida para tranquilizar a su marido.

-No está muerta -le aseguró-. No es más que una crisis nerviosa, como otras que ya ha tenido antes. No te lo había dicho nunca para que no te preocupara. Tranquilízate, Peter. Vete a dar un paseo durante una hora y cuando vuelvas para el almuerzo Berthe estará ya perfectamente.

Stolz obedeció sin pensar. Fue hasta la orilla del río y se puso a mirar a los pescadores. Estaba empezando a llover y la frescura de la llovizna refrescó su fiebre.

Era mediodía cuando volvió a la casa. En la cocina no encontró a Hilda ni a Berthe. Las llamó a las dos en alta voz. Pero sólo le respondió el eco débil de su propia llamada. La cocina estaba apagada. No llegó hasta él ningún olor de comida sabrosa, como era costumbre. Sin embargo, la mesa estaba puesta, pero con un solo cubierto y con un plato de fiambres.

Encima de su servilleta encontró una carta:

«Mi querido Peter:

»Creo que has averiguado al fin mi secreto. Si no es así, no tardarás mucho en descubrirlo. Sé que te Causo pena ahora, pero el tiempo conseguirá borrarla. Todavía eres joven. Berthe y yo desapareceremos para siempre de tu vida. No nos busques, porque sería inútil y no vas a encontrarlos.

»Ve uno de estos días a ver al abogado Storchwald. El te pondrá al corriente de mis últimas voluntades. Es muy posible que si tratas de olvidarnos encuentres de nuevo la felicidad.

»Pero recuerda, si a veces piensas en nosotros, que tanto Berthe como yo te hemos querido de todo corazón.

»HILDA»

Peter no podía entender nada. ¿Por qué le habían abandonado su mujer y su hija, y cuál era el secreto de que hablaba Hilda?

Una hora más tarde fue a lamentarse cerca de su viejo amigo Grün.

El viejo le escuchó hasta que hubo concluido. Luego, sacudió la cabeza con muestras de dolor y dijo:

-Más pronto o más tarde, esto tenía que ocurrir. Ven conmigo a casa de Hugo Krone. Él te explicará todo.

Krone les hizo pasar a un pequeño cuartito y prohibió a su mujer y a sus hijas que les interrumpiesen. Empezó por hacer un breve resumen de su propia vida, habló de Salzsieder, de sus estudios interrumpidos y de las ciencias ocultas. Luego, le hizo unas cuantas preguntas:

-Peter -dijo-. ¿No habías notado nunca nada anormal en casa de tu mujer?

-No. Siempre fue para mí una esposa modelo en todos los aspectos.

-Ellas lo son casi siempre -dijo Krone-. Sin embargo, reflexiona durante unos instantes.

-Sí -dijo Peter-, ahora que lo pienso, a veces se quedaba inmóvil, casi rígida, durante más de una hora. Miraba fijamente a un punto lejano y si yo le dirigía la palabra no me contestaba. Al principio lo encontré muy extraño y le pregunté qué es lo que .le faltaba. Pero siempre me respondía con evasivas, insistiendo en que no tenía por qué preocuparme. Al final, dejé de pensar en ello y no le hice más preguntas a este respecto.

-Exacto -dijo Krone-. Podría enseñarte algunos libros en los que Salzsieder ha descubierto con todo detalle situaciones como éstas. En tales momentos, tu mujer estaba... hum... ausente. Era como si tú hubieras estado en compañía de una estatua de madera, o de mármol. Ella se encontraba en otra parte... ¿Dónde? Prefiero no decírtelo, porque no tengo las pruebas suficientes y tampoco quisiera tenerlas. Pero ¡tu mujer era un súcubo!

-¿Un qué? -preguntó Peter, que no conocía este término extraño.

-Así es como se llama a las criaturas infernales, los demonios que toman la forma de una mujer para seducir a los hombres, a fin de someterlos. A veces, no puedo negarlo, con un amor verdadero.

Peter escondió el rostro entre las manos. Todo esto le parecía ridículo, insensato.

-Piensa en el «das Grauen» qué experimentabas cada vez que ponías el pie en tu antigua habitación -le recordó Krone-. Puedo darte incluso una explicación de este fenómeno.

Peter le miró con ojos extraviados.

-Lo que te repugnaba en estos momentos -continuó diciendo Krone- era la presencia invisible de una muerte diabólica. La Muerte que te estaba acechando en esta habitación. Cuándo se hubiese hecho contigo, nadie puede decirlo. Pero en esta habitación tú estabas destinado a morir. Al viejo Jacob Keller lo pescaron en las aguas del río, pero no te engañes. ¡El viejo no se había ahogado! Arrojaron su cadáver al Innerste después que murió en aquel cuartito donde había vivido durante muchos años. O mejor dicho: donde fue aniquilado por aquella Muerte

que le estaba acechando. El amor de una súcubo se paga siempre de esta manera.

-Pero yo... -dijo Peter-, ¡yo estoy vivo!

-Ella te ha querido con AMOR -respondió Krone solemnemente-. Por eso te cambié de cuarto. Y si se ha ido ahora ha sido de nuevo por el deseo de salvarte.

Stolz permaneció inmóvil en su asiento, abrumado por estas palabras.

Hugo Krone continuó:

-No conozco lo bastante las ciencias ocultas para poder explicarte en qué consisten los deberes de estos demonios femeninos. Pero pienso que ella no cumplió con los suyos como debía. y allí... donde tiene su sitio... estas negligencias no se perdonan. Ah, una cosa, ¿cómo se desarrolló tu matrimonio religioso, Peter?

El joven dejó escapar un suspiro.

-Ahora que lo menciona, debo confesar que me dio la impresión de un sacramento bien extraño. Delante del magistrado civil todo fue bien. En la iglesia, fue diferente. Fui con Hilda a una pequeña aldea, a cinco o seis millas de distancia de Heidelberg. Me había dicho anteriormente: «Quiero que nuestro matrimonio religioso lo celebre un viejo sacerdote que conozco desde hace mucho.» No encontré nada que oponer. La iglesia en cuestión era muy vieja, casi en ruinas y olía fuertemente a sebo. Un hombrecito, tan viejo como el edificio y de aspecto insignificante, recitó a toda prisa algunas palabras que a mí me parecieron algo como latín, y luego nos unió las manos. Llevaba guantes y tenía una voz tan baja que era casi inaudible.

-¿Cruz? ¿Biblia? -preguntó Krone.

-Por lo que puedo recordar..., no. Pero no le di ninguna importancia en aquel momento.

-Jacob Keller me contó aproximadamente lo mismo, a propósito de su boda con ella. Y si la señora Keller no me tenía demasiada simpatía no era a causa de los pocos thalers que su marido se había dejado en mi establecimiento, sino porque temía que yo supiese demasiado.

-Resulta sorprendente -murmuró Grün- que esta diablesa no te haya hecho nunca ningún daño.

Krone sonrió.

-El *Heptamerón* nos enseña que los incubos o demonios masculinos conservan casi todo su poder cuando toman forma humana. Pero que no ocurre lo mismo con los súcubos, o demonios femeninos. El único poder que tienen es el de conducir a los hombres que caen entre sus garras a la muerte... o al infierno.

-Pero conmigo ella no ha actuado así -dijo Peter con voz triste.

-Cierto. y es por esto por lo que guardarás de ella un buen recuerdo, a pesar de lo que es, o ha sido -concluyó Krone con voz solemne.

A pesar de las cosas horribles que sabía ahora, Peter no era capaz de alejar de su corazón la imagen de Hilda y de Berthe. Regresó a la casa donde había sido siempre tan feliz. Era por la tarde y aún había bastante luz, aun cuando los pájaros empezaban ya a buscar el refugio de sus nidos.

Recorrió la casa entera, murmurando entre dientes: «Hilda... Berthe... Adiós...» Así llegó a la habitación maldita del piso alto.

Qué extraño, pensó. Ya no sentía ninguna angustia al traspasar el umbral. Por el contrario, la pieza le pareció íntima y acogedora. Estaba reflexionando sobre todo esto, cuando de pronto se sintió cegado por una claridad deslumbrante.

Del piso y de los muros brotaban llamas que se enroscaban en el mobiliario, devoraban las cortinas y se abalanzaban también sobre él. La huida parecía imposible, ya que el fuego le impedía llegar hasta la puerta o la ventana.

Con gran asombro, Peter sintió en este momento una mano menuda que cogía la suya y tiraba de él. Pasó así sin dificultad alguna entre las llamas, que más bien parecían recular para dejarle paso. Descendió las escaleras, que también estaban ardiendo, llegó hasta la puerta y allí se sintió fuera de peligro.

Entonces la manita invisible se retiró de la suya y Peter escuchó, desde muy lejos, una voz fina y llena de dulzura que le decía:

-Adiós, papá querido...

Algunos días más tarde se enteró de que la casa estaba asegurada en una firma de Hannover, que le pagó la prima sin discusión.

El abogado Storcwald le entregó a su vez toda la fortuna de la señora Hilda. Esta fortuna era tan enorme que Peter no llegaba a dar crédito a sus oídos y el jurista tuvo que repetir por tres veces la cifra.

Y así la vida continuó para Peter Stolz.

Oswald Grün, al morir, le legó también su zapatería y sus ahorros.

El joven fue a alojarse en la posada del Zum Treppchen, aunque hubiese podido permitirse una mansión de gran lujo, con mayordomo y sirvientes.

Sólo con Hugo Krone podía hablar, de vez en cuando, de Hilda y de Berthe.

Tres años más tarde se casó con Lisa, la más joven y la menos fea de las tres hijas de Krone. Era una muchacha muy fiel. y devota, que se cuidaba mucho de él, pero que no llegó nunca a hacerle feliz.

Mucho, mucho tiempo

R. A. Lafferty

Been a long, long time, © 1969 (Ultimate Publishing Co. Inc.). Traducción de José M. Pomares en *Imperios galácticos 1*, recopilación de Brian Aldiss, Libro Ameno 22, Editorial Bruguera S. A., 1977.

¿Han oído hablar de los monos, la máquina de escribir y las obras completas de Shakespeare? Lo mismo le sucedió a Michael... ¡pero él se dispuso a demostrarlo!

No termina con uno... *comienza* con un gemido.

Era un amanecer separador... Incandescencia para la que todas las luces posteriores son como candiles... Calor para el que el calor de todos los soles posteriores no es más que una cerilla quemada. Las polaridades que crean la tensión para siempre.

Y en el medio de todo hubo un gemido, la primera sacudida que indicaba que el tiempo había empezado.

Los dos Desafíos eran más altos que el radio del espacio que estaba naciendo; y una débil criatura Boshel, se encontraba en el medio, demasiado acobardada como para aceptar ningún desafío.

—¡Eh! ¿Hasta cuándo vais a estar fuera? —gruñó Boshel.

El Acontecimiento Creativo era la Revuelta, dividiendo el Vacío en dos. Las dos partes se formaron oponiendo Naciones de Luz dividida sobre el escarpado abismo. Dos Campeones estaban frente a frente, con una amargura que nunca ha pasado... Michael envuelto en fuego blanco... y Helel, hinchado con un resplandor negro y púrpura. Y sus seguidores con ellos. Esto se ha alegorizado como Aceptación y Rechazo, y como Dios y Diablo; pero al principio hubo la Polaridad con la que se sostiene el Universo.

Entre ellos, como un pigmeo, se encontraba Boshel, solo, lleno de una gimiente duda.

—Si vas a venir con nosotros, saca el metal primordial —rugió Helel como una crujiente tormenta, mientras se dirigía a sus seguidores, hecho una furia, para formar un nuevo núcleo.

—¡Eh, vosotros! ¿Vais a volver antes de la noche? —musitó Boshel.

—¡Oh! ¡Vete al infierno! —rugió Michael.

—Cuidado con ese pequeño juramento —observó Helel—. Todavía no hay fuego suficiente para incendiar un edificio.

Las dos grandes multitudes se separaron, y Boshel se quedó solo en el vacío. Aún estaba allí cuando se produjo una segunda y pequeña sacudida y el tiempo comenzó de veras, reventando la vaina y convirtiéndola en un chorro de chispas que viajaron y crecieron. Él seguía estando allí cuando las chispas adquirieron forma y movimiento; y continuó estando allí cuando la vida comenzó a aparecer en las pequeñas manchas de hollín desprendidas de las chispas. Permaneció allí durante mucho, mucho tiempo.

—¿Qué vamos a hacer con esa pequeña sabandija? —le preguntó un subordinado a Michael—. No podemos dejarle ahí, ensuciando el paisaje para siempre.

—Iré a preguntarlo —dijo Michael.

Y así lo hizo. Pero a Michael se le dijo que la responsabilidad era suya; que Boshel tendría que ser castigado por su indecisión; y que dependía de Michael seleccionar el castigo adecuado y comprobar que éste se llevara a cabo.

—¿Sabes que hizo tartamudear el tiempo al principio? —le dijo Michael al subordinado—. Colocó un elemento de azar que lo afectó todo. Por eso tiene que tratarse de un castigo que tenga algo que ver con el tiempo.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó el subordinado.

—Ya pensaré en algo —dijo Michael.

Bastante después de aquello, Michael estaba hojeando un libro una tarde, en una librería de Los Ángeles.

—Aquí dice —entonó Michael— que si seis monos fueran colocados ante seis máquinas de escribir y mecanografiaran durante un espacio de tiempo suficiente, mecanografiarían con exactitud todas las palabras de Shakespeare. El tiempo es algo de lo que disponemos a montones. Intentémoslo, Kitabel, y veamos cuánto tiempo tarda.

—¿Qué es un mono, Michael?

—No lo sé.

—¿Qué es una máquina de escribir?

—No lo sé.

—¿Qué es Shakespeare, Mike?

—Todo el mundo puede hacer preguntas, Kitabel. Reúne todas esas cosas y empecemos de una vez con el proyecto.

—Parece que va a tratarse de un proyecto muy largo. ¿Quién lo supervisará?

—Boshel. Es natural que sea él. Le enseñará a ser paciente y a tener sentido del orden, e imprimirá sobre él la majestuosidad del tiempo. Es exactamente la clase de castigo que he estado buscando.

Reunieron las cosas y se volvieron hacia Boshel.

—En cuanto el proyecto esté terminado, Bosh, habrá pasado tu período de espera. Entonces te podrás unir al grupo y disfrutar con el resto de nosotros.

—Bueno, eso es mejor que permanecer aquí, sin hacer nada —observó Boshel—. El asunto podría ir más rápido si pudiera educar a los monos y hacer que lo copiaran todo.

—No, el mecanografiado tiene que hacerse al azar, Bosh. Fuiste tú quien introdujiste el factor azar en el universo. Así es que, ahora, sufre las consecuencias.

—¿Tiene que corresponder la copia con alguna edición en particular?

—Con la edición «Blackstone Readers» del Treinta y Siete. Y estos volúmenes que tengo aquí servirán perfectamente —contestó Michael—. He tenido una charla con los monos y están dispuestos a aplicarse a la tarea. Me ha costado ochenta mil años conseguir que pudieran hablar, pero eso no representa nada cuando hablamos de tiempo.

—¡Vaya! ¿Acaso hablamos alguna vez de tiempo? —protestó Boshel.

—He hecho un trato con los monos. Serán inmunes a la fatiga y al aburrimiento. Pero a ti no puedo prometerte lo mismo.

—Bueno, Michael, como esto puede durar bastante, me pregunto si no podría tener alguna especie de reloj para ir comprobando qué tal de rápidas van saliendo las cosas.

Así es que Michael le hizo un reloj. Era un cubo de piedra de un parsec de arista.

—No tienes que darle cuerda, Bosh. No tienes que hacerle nada —le explicó Michael—. Un pequeño pájaro llegará cada milenio y afilará su pico en esta piedra. Podrás contar el paso del tiempo por la disminución de la piedra. Es un buen reloj, y sólo tiene una parte móvil, que es el pájaro. No te garantizo que hayas podido terminar todo el proyecto cuando haya desaparecido la piedra, pero al menos podrás saber el tiempo que ha pasado.

—Es mejor que nada —dijo Boshel—, pero esto va a ser una pesadez. Creo que ese concepto del tiempo es algo medieval.

—Así soy yo —dijo Michael—. Sin embargo, te diré lo que puedo hacer, Bosh. Te puedo encadenar a esa piedra y hacer que otro gran pájaro se lance sobre ti en picado y te arranque trozos de hígado. Eso mismo estaba escrito en otro libro, en aquella librería.

—Me haces morir de risa, Mike. No será necesario. Pasaré el rato de algún modo.

Boshel hizo que los monos se pusieran a trabajar. Estaban condicionados para que pulsaran las teclas de las máquinas de escribir al azar. Al cabo de un corto período de tiempo (según cuentan el tiempo las Grandes Criaturas), los monos ya habían producido palabras enteras de Shakespeare: «Permitir», que se encuentra en la escena dos del primer acto de *Ricardo III*; «Ir», que está en la escena dos del acto segundo de *Julio César*; y «Ser»; que aparece en la primera escena y acto de *La tempestad*. Boshel se sentía muy animado.

Al cabo de algún tiempo, uno de los monos produjo dos palabras de Shakespeare, una detrás de la otra. Para entonces, el mundo hogar de Shakespeare (que era también el mundo donde se encontraba aquella librería de Los Ángeles donde naciera tan gran idea) ya había desaparecido desde hacía tiempo.

Al cabo de otro tiempo, los monos habían llegado ya a escribir frases enteras. Para entonces, ya había transcurrido bastante tiempo.

El problema con aquel pequeño pájaro era que su pico no parecía necesitar estar muy afilado cuando llegaba una vez cada mil años, Boshel descubrió que Michael le había jugado una mala pasada de serafín y había estado alimentando al pájaro con natillas blandas. El pájaro daba dos o tres ligeros picotazos a la piedra, y después se marchaba para no volver hasta al cabo de otros mil años. Sin embargo, al cabo de no más de mil visitas, ya se notaba un inconfundible arañazo en la piedra. Era una señal esperanzadora.

Boshel comenzó a comprender que la cosa se podía hacer. Finalmente, uno de los monos —y no precisamente el más brillante— produjo una frase completa: «¿Qué dices tú, tirano?» Y en ese mismo instante sucedió otra cosa. Fue algo sorprendente para Boshel, pues era la primera vez que lo veía. Pero lo tendría que ver miles de millones de veces antes de terminar.

Una mancha de polvo cósmico, situada en las regiones más alejadas del espacio, se encontró con otra mancha. Esto no tendría que haber sido nada raro; siempre había manchas que se encontraban con otras. Pero este caso fue diferente. Cada mancha —en la dirección opuesta—, había sido la más alejada de todo el cosmos. Ya no podía alejarse más que a aquella distancia. La mancha (un numerosísimo conglomerado de mundos habitados) miró a la otra mancha con ojos e instrumentos y vio sus propios ojos e instrumentos devolviéndole su misma imagen. Lo que veía la mancha era a sí misma. La esfera cósmica tetradimensional había quedado completada. La primera mancha se había encontrado a sí misma, saliendo de la otra dirección, y el espacio quedó transvertido.

Después, todo él se derrumbó. Las estrellas desaparecieron una tras otra y miríada tras miríada. ¡Holocaustos de caída! Todos los orbes oscurecidos cayeron en el vacío, que estaba al fondo. En el vacío no quedó nada, excepto una vaina cerrada y unas cuantas cosas más, fuera de contexto, como Michael y sus asociados, y Boshel y sus monos.

Boshel se sintió incómodo por un momento. Se había acostumbrado al aspecto del universo en expansión. Pero no tenía por qué sentirse incómodo. Todo empezó de nuevo.

Pasaron silenciosamente unos cuantos miles de millones de siglos. Una vez más, la vaina explotó formando un chorro de chispas que viajaron y crecieron. Adquirieron forma y movimiento y la vida volvió a aparecer sobre los abismos arrojados por aquellas chispas.

Y esto ocurrió una y otra vez. Cada ciclo parecía condenadamente largo mientras estaba sucediendo; pero, mirándolo retrospectivamente, los ciclos eran solamente

como una luz parpadeante que se encendiera y se apagara. Y, en la Larga Retrospección, eran como un alternador de alta frecuencia, que producía un increíble número de tales ciclos por cada instante y continuaba por eras. Pero Boshel estaba empezando a aburrirse. No había otra palabra con la que poder expresarlo.

Cuando sólo se habían completado unos pocos miles de millones de ciclos cósmicos, había una hendidura tan grande en la piedra-roca, que se podía meter un caballo dentro. El pequeño pájaro ya había hecho innumerables viajes para afilar su pico. Y, para entonces, Pithekos Pete, el más rápido de los monos, ya había escrito por casualidad La Tempestad, perfecta y completa. Todos se estrecharon las manos, ángel y monos. Por el momento, era algo positivo.

Pero el momento no duró mucho. Pete, en lugar de seguir mecanografiando furiosamente, por casualidad, para producir el resto de las obras, escribió su propia versión mejorada de La Tempestad. Boshel estaba furioso.

—¡Pero si es mejor, Bosh! —protestó Pete—. Y tengo algunas ideas sobre el arte teatral que realmente lo elevarán.

—¡Claro que es mejor! Pero no queremos nada mejor. Sólo queremos tener la misma rima ¿Es que no os dais cuenta de que estamos elaborando un problema de probabilidades casuales? ¡Oh, cabezas de chorlito!

—Déjame tener ese maldito libro durante un mes, Bosh, y te copiaré todo lo que hay ahí al pie de la letra, y habremos terminado —sugirió Pithekos Pete. —¡Las reglas, cabezas vacías, las reglas! —rugió Boshel—. Tenemos que guiarnos por las reglas. Sabéis que eso no está permitido y, además, sería descubierto. Por mucho que me duela decirlo, tengo razones para sospechar que uno de mis propios monos y asociados aquí presentes es un informador. Nunca conseguiríamos hacerlo.

Después de este breve malentendido, las cosas fueron mejor. Los monos se aplicaron a cumplir con su tarea. Y al cabo de un número de ciclos, expresados por nueve seguido de ceros suficientes para extenderse alrededor del universo hasta un período justo anterior a su colapso (el radio y la circunferencia de la esfera final son, evidentemente, lo mismo), quedó preparada por fin la primera versión completa.

Era errónea, desde luego, y tuvo que ser rechazada. Pero había en ella menos de treinta mil errores; eso presagiaba grandes cosas y un triunfo final.

Más tarde (¡pero podía ser aún más tarde!) llegaron a acercarse bastante. Cuando la hendidura de la piedra-reloj podía contener ya un sistema solar de tamaño medio, consiguieron una versión en la que sólo había cinco errores.

—Llegará —dijo Boshel—. Llegará con el tiempo. Y el tiempo es lo único de lo que disponemos en gran cantidad.

Tarde —mucho, mucho más tarde—, pareció que ya disponían de una copia perfecta y, para entonces, el pájaro ya había desgarrado casi la quinta parte de la masa de la gran piedra, todo ello con sus visitas milenarias.

El propio Michael leyó la versión y no pudo encontrar ningún error. Pero no era definitivo, desde luego, porque Michael era un lector impaciente y apresurado. Se necesitaron tres lecturas para verificarlo, pero las esperanzas nunca fueron tan altas. Transcurrió la segunda lectura, llevada a cabo por un ángel mucho más cuidadoso, y que se pronunció diciendo que era una versión perfecta, letra por letra. Pero el lector había terminado su lectura a últimas horas de la noche y podía haber mostrado cierta falta de cuidado al final.

Y pasó la tercera lectura, que comprendió las treinta y siete obras, y todos los poemas al final. Esta última lectura fue realizada por Kitabel, el propio ángel escribiente, que fue nombrado para llevarla a cabo. Estaba a punto de firmar el certificado, cuando se detuvo.

—Hay algo que parece atascado en mi mente —dijo, y sacudió la cabeza para intentar despejarse—. Hay algo como un eco que no está del todo correcto. No quisiera cometer una equivocación.

Había escrito «Kitab...», pero no había terminado aún la firma.

—No podré dormir esta noche si no pienso en ello —se quejó—. Si había algo, no estaba en las obras de teatro. Sé que estaban perfectas. Debe de tratarse de algo que había en los poemas... algo situado bastante cerca del final..., alguna disonancia. O bien la propia edición original tenía algún fallo, alguna línea escrita mal a propósito, o bien se trata de un error en la transcripción que mi ojo ha pasado por alto, pero que recuerda mi oído. Reconozco que, cuando ya me encontraba hacia el final, me sentía un poco adormilado.

—¡Oh! ¡Por todos los mundos que fueron hechos firma! —rogó Boshel.

—Si has esperado todo este tiempo, no te morirás por esperar un poco más, Bosh.

—No apuestes por eso, Kit. Estoy a punto de estallar. Te lo aseguro.

Pero Kitabel volvió a la copia y lo encontró..., era un verso en el Fénix y la Tortuga:

*Desde esta sesión queda vedada
Toda ave de ala tirana,
Salvo el águila, pluma soberana:
Mantened esta norma observada.*

Eso era lo que decía el libro. Y lo que Pithekos Pete había escrito era casi lo mismo, pero no exactamente lo mismo:

*Desde esta sesión queda vedada
Toda ave de ala tiranna,
Salvo el águila, pluma soberanna:
Maldita máquinna, la n está atascada.*

Y si no han visto nunca llorar a un ángel, las palabras no podrán describir el espectáculo que dio Boshel.

Esta misma noche siguen mecanografiando, por casualidad, porque aquella última copia, tan cercana a la victoria, se produjo hace poco menos de un millón de miles de millones de ciclos. Y sólo hace un momento —al principio del presente ciclo—, uno de los monos consiguió escribir de un tirón, y por casualidad, no menos de nueve palabras completas de Shakespeare.

Aún hay esperanza. Y, a estas alturas, el pájaro va ha socavado aproximadamente la mitad de la masa de la roca.

Abril en Paris

Ursula Kroeber Le Guin

April in Paris, © 1962 (*Fantastic*). Traducción de Elvio Gandolfo en *Cuentos de ciencia ficción contemporáneos Tomo 1: Estados Unidos*, Biblioteca Básica Universal 165, Centro Editor de América Latina, 1981.

Uno de los fenómenos más llamativos de la ciencia ficción de los últimos veinte años ha sido la aparición de un amplio grupo de autoras, que se destacaron y se destacan no sólo por su cantidad sino por la elevada calidad de su producción. Entre las precursoras pueden citarse a André Norton, Leigh Brackett (excelente guionista de cine) o C. L. Moore. Entre las aparecidas recientemente podemos mencionar a Vonda McIntyre, Joanna Russ, Elizabeth Lynn, Joan Vinge, Kate Wilhelm, Doris Piserchia, Lisa Tuttle. La superabundancia de mujeres que escribían dentro de un género hasta entonces ejercitado sobre todo por hombres hizo que Theodore Sturgeon declarara, en los años 70, que James Tiptree Jr. era uno de los pocos escritores nuevos que defendían el bastión, sólo para descubrir meses más tarde que el seudónimo ocultaba a la psicóloga Alice Sheldon, que, junto con Ursula K. Le Guin, es de las que más se han destacado por su éxito.

Ursula Kroeber Le Guin nació en California en 1929, hija de un matrimonio de reputados antropólogos. Sus cuentos comenzaron a aparecer en 1962; su primera novela, El mundo de Rocannon, fue publicada en 1964, principio de una trilogía que continuaría con Planet of exile (1966) y Ciudad de ilusión (1967). A partir de entonces, su fama fue en aumento constante, y actualmente goza de prestigio en un círculo que supera ampliamente los límites del género, compartido con muy pocos autores (Ballard, Bradbury, Lem). Su obra ha ido acercándose cada vez más a la literatura a secas, aumentando la fluidez y matización del estilo y perdiendo un poco de frescura imaginativa. Entre sus obras más excitantes, aparte de las citadas, se encuentran: La puerta del cielo (1971, un homenaje a Philip K. Dick en el modo en que entremezcla lo onírico con la realidad) y la Trilogía de Earthsea, destinada a los jóvenes, que emplea magistralmente las herramientas de la mejor literatura fantástica. Entre sus obras más "literarias" se encuentran: La mano izquierda de la obscuridad (1969), Los desposeídos (1974) y Malafrena.

Abril en París es uno de sus primeros cuentos. En la equilibrada mezcla entre fantasía y ciencia ficción, y en el tono civilizado, urbano con que está contado, evitando todo dramatismo, representa hasta cierto punto una importante corriente de obras, que se publican especialmente en The Magazine of Fantasy and Science Fiction.

El profesor Barry Pennywither estaba sentado en una buhardilla fría, sombría y no apartaba los ojos de la mesa que estaba ante él, sobre la que descansaban un libro y una cáscara de pan. El pan había sido su cena, el libro el trabajo de toda su vida. Los dos estaban secos. El doctor Pennywither suspiró, y después se estremeció. Aunque los departamentos de los pisos inferiores de la antigua casa

eran bastante elegantes, la calefacción se apagaba el 1 de abril, pasara lo que pasara ese día era 2 de abril, y había cellisca. Si el doctor Pennywither alzaba un poco la cabeza podía ver desde su ventana las dos torres cuadradas de Notre Dame de Paris, inciertas y cerniéndose en el crepúsculo, tan cercanas que casi podían tocarse; porque la Isla de Saint Louis, donde el vivía, es como una pequeña barcaza remolcada río abajo detrás de la Isla de la Cité, donde se yergue Notre Dame. Pero no alzó la cabeza. Tenía demasiado frío.

Las grandes torres se hundieron en la obscuridad. El doctor Pennywither se hundió en el desánimo. Miraba su libro con aversión. Gracias a él había ganado un año en París: publicar o morir, dijo el decano de Facultades, y él había publicado, y lo habían recompensado con una licencia de un año sin enseñar, sin paga. El Munson College no podía permitirse pagar a profesores que no enseñaban. Así que con sus trabajosos ahorros había regresado a París, a vivir otra vez como un estudiante en una buhardilla, a leer manuscritos del siglo XV en la Biblioteca, a ver florecer los castaños a lo largo de las avenidas. Pero no había funcionado. Tenía cuarenta años, demasiado viejo para buhardillas solitarias. La cellisca agostaría las flores en capullo de los castaños. Y su trabajo lo tenía enfermo. ¿A quién le importaba su teoría, la Teoría Pennywither, respecto a la misteriosa desaparición del poeta François Villon en 1463? A nadie. Porque después de todo su Teoría sobre el pobre Villon, el delincuente juvenil más grande de todos los tiempos, era sólo una teoría y no podría demostrarse nunca, no a través de un abismo de quinientos años. No podía demostrarse nada. ¿Y además qué importaba si Villon murió en la horca de Montfaucon o (como pensaba Pennywither) en un burdel de Lyon en camino a Italia? A nadie le importaba. Ya nadie amaba lo suficiente a Villon. Nadie amaba al doctor Pennywither, tampoco; ni siquiera el doctor Pennywither. ¿Por qué iba a hacerlo? Un pedante asocial, soltero, mal pago, sentado a solas en un desván sin calefacción de una vivienda sin restaurar tratando de escribir otro libro ilegible.

-Soy poco realista -dijo en voz alta con otro suspiro y otro escalofrío. Se levantó y quitó la frazada de la cama, se envolvió en ella, se sentó así abrigado ante la mesa, y trató de encender un Gauloise Bleue. El encendedor chasqueó en vano. Suspiró una vez más, se levantó, tomó una lata de maloliente fluido francés para encendedores, se sentó, se envolvió otra vez en su capullo, llenó el encendedor, y lo hizo chasquear. El fluido se había desparramado un poco. El encendedor se encendió, y también el doctor Pennywither, de las muñecas en adelante.

-¡Demonios! -exclamó, con llamas azules saltando de sus nudillos, y se puso en pie de un salto agitando los brazos locamente, gritando "¡Demonios!" y encolerizado con el Destino. Nada salía bien. ¿Qué sentido tenía todo? Eran las 08:12 de la noche del 2 de abril de 1961.

Un hombre estaba sentado con los hombros encorvados ante una mesa, en un cuarto frío, alto. A través de la ventana que estaba tras él las dos torres cuadradas de Notre Dame se erguían en el ocaso primaveral. Frente a él, sobre la mesa, había un trozo de queso y un libro enorme, con cerrojos de hierro, manuscrito. El libro se llamaba (en latín) *De la Primacía del Elemento Fuego sobre los Otros Tres Elementos*. Su autor lo miraba con aversión. Cerca, sobre una pequeña estufa de hierro hervía a fuego lento un pequeño alambique. Jehan

Lenoir acercaba su silla con un movimiento mecánico hacia la estufa de vez en cuando, un par de centímetros, en busca de calor, pero su mente estaba concentrada en problemas más profundos. "¡Demonios!" dijo al fin (en francés medieval tardío), cerró el libro de un golpe y se levantó. ¿Qué pasaba si su teoría estaba equivocada? ¿Qué pasaba si el agua era el elemento primordial?

¿Cómo puede uno demostrar algo semejante? ¿Tiene que haber algún modo, algún método para estar seguro, absolutamente seguro, de un solo hecho! Pero cada hecho llevaba a otros, se armaba un enredo monstruoso, y las Autoridades se oponían, y sea como fuere nadie leería su libro, ni siquiera los miserables pedantes de la Sorbona. Olfateaban herejía. ¿Qué sentido tenía? ¿Qué había de bueno en esa vida pasada en la pobreza y la soledad, si no había aprendido nada, simplemente adivinado y teorizado? Se paseó por la buhardilla, furioso, y después se quedó inmóvil.

-¡Muy bien! -le dijo al Destino-. ¡Perfecto! ¡No me has dado nada, así que tomaré lo que necesito!

Se dirigió a uno de los montones de libros que cubrían la mayor parte del piso, sacó de un tirón un volumen de debajo de uno de ellos (rayando el cuero y lastimándose los nudillos cuando los infolios de encima cayeron en avalancha), lo depositó con violencia sobre la mesa y empezó a estudiar una de sus páginas. Después, aún con una decidida y fría expresión rebelde, preparó lo necesario: sulfuro, plata, tiza... Aunque la habitación estaba cubierta de polvo y desordenada, su pequeño banco de trabajo se veía ordenado y bien dispuesto. Pronto estuvo listo. Entonces hizo una pausa.

-Esto es ridículo -murmuró, mirando por la ventana hacia la obscuridad donde uno ahora sólo podía adivinar las dos torres cuadradas. Un vigilante pasó abajo dando la hora en voz alta, las ocho de una noche límpida y fría. Todo estaba tan inmóvil que pudo oír cómo el agua del Sena lamía las orillas. Se encogió de hombros, frunció el entrecejo, tomó la tiza y trazó una pulcra estrella de cinco puntas en el piso, cerca de la mesa, después alzó el libro y empezó a leer con voz clara pero tímida:

-Haere, haere, audi me...

Era un encantamiento largo, y en su mayor parte insensato. Su voz se apagó. Se quedó de pie, aburrido y molesto. Recorrió más rápido las últimas palabras, cerró el libro, y después cayó hacia atrás contra la puerta, con la boca muy abierta, los ojos clavados en la figura enorme, informe que estaba parada dentro de la estrella, iluminada sólo por las azules llamas vacilantes de sus garras feroces, ondulantes.

Barry Pennywither pudo controlarse al fin y apagar el fuego enterrando las manos en los pliegues de la frazada con la que estaba envuelto. Ileso pero perturbado, volvió a sentarse. Miró su libro. Después lo miró con más atención. Ya no era delgado y gris y llevaba como título *Los últimos años de Villon: investigación de posibilidades*. Era grueso y marrón y se titulaba *Incantatoria Magna*. ¿Sobre su mesa? Un manuscrito invaluable proveniente del año 1407, del que existía una

sola copia indemne en la Biblioteca Ambrosiana de Milán. Miró lentamente a su alrededor. La boca se le fue abriendo lentamente. Observó una estufa, el banco de trabajo de un químico, dos o tres docenas de montones de libros increíbles encuadernados en cuero, la ventana, la puerta. Su ventana, su puerta. Pero encogida contra la puerta se veía una pequeña criatura, negra e informe, desde la que surgía un seco sonido traqueteante.

Barry Pennywith no era un hombre muy valiente, pero era racional. Pensó que había enloquecido, y por lo tanto dijo con bastante firmeza:

-¿Es usted el diablo?

La criatura se estremeció y traqueteó.

A modo de experimento, dando un vistazo hacia la invisible Notre Dame, el profesor hizo la señal de la Cruz.

Ante esto la criatura se crispó; no retrocedió, se crispó. Después dijo algo con voz débil, pero en un inglés perfecto -no, en un francés perfecto- no, en un francés bastante extraño:

-Mais vous estes de Dieu -dijo.

Barry se irguió y la escrutó.

-¿Quién es usted? -preguntó, y la criatura alzó un rostro muy humano y contestó con voz humilde:

-Jehan Lenoir.

-¿Qué está haciendo usted en mi cuarto?

Hubo una pausa. Lenoir dejó de estar de rodillas y se irguió, en toda su estatura de un metro sesenta.

-Este es *mi* cuarto -dijo al fin, aunque con gran cortesía.

Barry paseó la mirada por los libros y alambiques que lo rodeaban. Hubo otra pausa.

-¿Entonces cómo llegué aquí?

-Yo lo traje

-¿Usted es doctor?

Lenoir asintió, con orgullo. Toda su actitud había cambiado.

-Sí, soy doctor -dijo-. Sí, yo lo traje aquí. ¡Si la naturaleza no quiere cederme el conocimiento, entonces puedo conquistar a la propia naturaleza, puedo obrar un milagro! Al diablo con la ciencia entonces. Yo era científico... -miró a Barry con los ojos ardientes-. ¡Ya no! Me llaman idiota, hereje. ¡Por Dios, soy algo peor que eso! ¡Soy un hechicero, un mago negro, Jehan el negro! La magia funciona, ¿verdad? Entonces la ciencia es una pérdida de tiempo. ¡Ja! -dijo, pero en

realidad no parecía triunfante-. Me gustaría que no hubiese funcionado -dijo con más calma, paseándose de aquí para allá entre los infolios.

-A mí también -dijo el huésped.

-¿Quién es usted? -Lenoir alzó una mirada desafiante hacia Barry, aunque había una diferencia de casi treinta centímetros entre ambos.

-Barry A. Pennywith. Soy profesor de francés en el Munson College de Indiana, de licencia en París para proseguir mis estudios de francés medieval tar... -se detuvo. Acababa de tomar conciencia del tipo de acento que tenía Lenoir-. ¿En qué año estamos? ¿En qué siglo? Por favor, doctor Lenoir... -El francés parecía confundido. Los significados de las palabras cambian tanto como su pronunciación-. ¿Quién gobierna este país? -gritó Barry.

Lenoir se encogió de hombros, con el movimiento típico de un francés (hay cosas que nunca cambian).

-Luis es rey -dijo-. Luis XI. La vieja araña mugrienta.

Se quedaron mirándose el uno al otro como indios de madera durante cierto tiempo. Lenoir fue el primero en hablar.

-¿Entonces usted es un hombre?

-Sí. Escuche, Lenoir, creo que usted... su encantamiento... tiene que haber chapuceado un poco.

-Es evidente -dijo el alquimista-. ¿Usted es francés?

-No.

-¿Es inglés? -los ojos de Lenoir ardieron-. ¿Es usted un mugriento anglo?

-No. No. Soy de Norteamérica. Vengo de... de su futuro. Del siglo veinte después de Cristo -Barry se ruborizó. Sonaba tonto, y él era un hombre modesto. Pero sabía que no se trataba de un espejismo. El cuarto en el que se encontraban, su cuarto, se veía nuevo. No con cinco siglos de edad. Descuidado, pero nuevo. Y la copia de Albertus Magnus que estaba junto a su rodilla era nueva, encuadernada en suave y flexible piel de becerro, con las letras doradas refulgentes. Y allí estaba Lenoir con su manto negro, no de traje, en casa...

-Le ruego que se siente, señor -estaba diciendo Lenoir. Y agregó, con la cortesía espléndida aunque abstraída del erudito pobre-: ¿Le cansó el viaje? Tengo pan y queso, si quiere hacerme el honor de compartirlos.

-Estaban sentados a la mesa masticando pan y queso. Al principio Lenoir intentó explicar por qué había probado con la magia negra.

-Estaba harto -dijo-. ¡Harto! Hace veinte años que soy esclavo de la soledad, ¿por qué? Por el conocimiento. Para aprender algunos de los secretos de la Naturaleza. No pueden aprenderse.

Clavó el cuchillo un centímetro en la madera de la mesa, y Barry saltó. Lenoir era un hombrecito delgado, pero evidentemente apasionado. Tenía un rostro

magnífico, aunque pálido y enjuto: inteligente, alerta, vivaz. A Barry le recordaba el rostro de un famoso físico atómico, cuya fotografía había aparecido en los diarios hasta 1953. Por alguna razón la semejanza lo impulsó a decir:

-Algunos sí, Lenoir; hemos aprendido un poco, aquí y allá...

-¿Qué? -dijo el alquimista, escéptico, pero curioso.

-Bueno, no soy científico...

-¿Puede hacer oro? -sonreía mientras preguntaba.

-No, no creo, pero ellos hacen diamantes.

-¿Cómo?

-Con carbón, hulla, entiende: sometida a mucho calor y presión, según creo. La hulla y el diamante son carbón, entiende, el mismo elemento.

-¿Elemento?

-Como le decía, yo no soy...

-¿Cuál es el elemento primordial? -gritó Lenoir, con los ojos en llamas, el cuchillo en la mano.

-Hay unos cien elementos -dijo Barry fríamente, ocultando su alarma.

Dos horas después, una vez que le arrancó a Barry hasta la última gota de los restos del curso de química de la facultad, Lenoir se abalanzó fuera, a la noche, y reapareció poco más tarde con una botella.

-¡Oh, maestro mío -exclamó-, pensar que le ofrecí sólo pan y queso! -Era un agradable burgundy, cosecha 1477, un buen año. Después de que bebieron una copa juntos Lenoir dijo-: Si pudiese devolverle el favor...

-Puede. ¿Conoce el nombre del poeta François Villon?

-Sí -dijo Lenoir con cierta sorpresa, pero sólo escribía basuras en francés, sabe, no en latín.

-¿Sabe cómo o cuándo murió?

-Oh, sí; ahorcado aquí en Montfaucon, en el 64 o el 65, con una pandilla de malhechores como él. ¿Por qué?

Dos horas después la botella estaba vacía, sus gargantas estaban secas, y el vigilante había dado las tres de una madrugada límpida y fría.

-Jehan, estoy agotado -dijo Barry-. Será mejor que me envíe de vuelta.

El alquimista era demasiado cortés, se sentía demasiado agradecido y tal vez también demasiado cansado como para discutir. Barry se paró rígidamente dentro de la estrella de cinco puntas, una alta figura envuelta en una frazada marrón, fumando un Gauloise Bleue.

-Adieu -dijo Lenoir con tristeza.

-Au revoir -contestó Barry. Lenoir empezó a leer el encantamiento hacia atrás. La vela parpadeó, su voz se dulcificó:

-Me audi, haere, haere -leyó, suspiró, y alzó los ojos. La estrella de cinco puntas estaba vacía. La vela parpadeó-. ¡Pero aprendí tan poco! -exclamó Lenoir dirigiéndose al cuarto vacío. Después golpeó el libro abierto con los puños y dijo:- Y un amigo como ese... un verdadero amigo...

Fumó uno de los cigarrillos que le había dejado Barry: se había aficionado al tabaco en seguida. Durmió, sentado ante la mesa, durante un par de horas. Cuando despertó caviló un momento, volvió a encender la vela, fumó el otro cigarrillo, después abrió el *Incantatoria* y empezó a leer en voz alta:

-Haere, haere...

-Oh, gracias a Dios -dijo Barry, saliendo con rapidez de la estrella de cinco puntas y estrechando la mano de Lenoir-. ¡Escuche, regresé allí, a este cuarto, este mismo cuarto, Jehan! Pero antiguo, horriblemente antiguo, usted no estaba allí... Pensé: Dios mío, ¿qué he hecho? Vendería mi alma por regresar, por estar con él... ¿Qué puedo hacer con lo que he aprendido? ¿Quién me creería? ¿Cómo puedo probarlo? ¿Y a quién demonios podría decírselo en todo caso? ¿A quién le importa? No podía dormir, me quedé sentado y gemí durante una hora...

-¿Se quedará?

-Sí. Mire, traje esto: por si usted me invocaba -avergonzado, exhibió ocho paquetes de Gauloises, varios libros, y un reloj de oro-. Podría venderlo por un buen precio -explicó-. Sabía que los francos en billetes no servirían de mucho.

Al ver los libros impresos los ojos de Lenoir refulgieron de curiosidad, pero siguió inmóvil.

-Amigo mío -dijo-, usted dijo que vendería el alma... sabe... yo también. Pero no lo hicimos. ¿Cómo pasó esto, después de todo? Que los dos seamos hombres. No demonios. Sin pactos firmados con sangre. Dos hombres que vivieron en este cuarto...

-No sé -dijo Barry-. Lo desentrañaremos más tarde. ¿Puedo vivir con usted, Jehan?

-Haga de cuenta que está en su casa -dijo Lenoir con un gesto elegante que abarcó el cuarto, los estantes de libros, los alambiques, la vela que palidecía. Al otro lado de la ventana, gris sobre gris, se alzaban las dos grandes torres de Notre Dame. Era el amanecer del 3 de abril.

Después del desayuno (costras de pan y cáscaras de queso) salieron y subieron a la torre sur. La catedral se veía como siempre, aunque más limpia que en 1961, pero el panorama le provocó una fuerte impresión a Barry. Lo que veía era un pueblito. Dos islas pequeñas cubiertas de casas; sobre la ribera derecha se amontonaban más casas dentro de un muro fortificado; sobre la ribera izquierda

unas pocas calles sinuosas rodeaban el colegio superior; y eso era todo. Las palomas arrullaban en la piedra calentada por el sol, entre las gárgolas. Lenoir, que ya había visto el panorama, estaba tallando la fecha (en números romanos) sobre un parapeto.

-Vamos a festejar -dijo-. salgamos al campo. Hace dos años que no me muevo de la ciudad. Iremos allí -señaló una verde colina brumosa sobre la cual apenas se veían un molino de viento y unas pocas chozas-. A Montmartre, ¿eh? Me dijeron que hay buenas tabernas.

La vida de ambos pronto se asentó en una serena rutina. Al principio Barry se ponía un poco nervioso en las calles atestadas de gente. Pero en un manto negro que le sobraba a Lenoir, lo único que lo denunciaba como extraño era la altura. Probablemente fuera el hombre más alto en la Francia del siglo quince. El nivel de vida era bajo y los piojos inevitables, pero Barry nunca había valorado mucho la comodidad; lo único que extrañaba realmente era el café en el desayuno. Una vez que compraron una cama y una navaja -Barry había olvidado la suya- y que lo presentaron al dueño de casa como M. Barrie, un primo de Lenoir que venía de Auvernia, quedó resuelto todo lo que tenía que ver con la vida doméstica. El reloj de Barry rindió un precio tremendo: cuatro piezas de oro, lo suficiente como para vivir durante un año. Lo vendieron como una asombrosa y nueva máquina para medir el tiempo que provenía de Iliria, y el comprador, un chambelán de la Corte que buscaba un regalo espléndido para obsequiarle al rey, miró la inscripción - Hamilton Bros., New Haven, 1881- y movió la cabeza en un sabio movimiento afirmativo. Por desgracia fue encerrado en una de las mazmorras del Rey Luis por cortesanos perversos de Tours antes de que presentara el obsequio, y el reloj aún debe de estar allí, detrás de un ladrillo de las ruinas de Plessis; pero esto no perturbó a los dos eruditos. Por las mañanas vagaban contemplando la Bastilla y las iglesias, o visitando a diversos poetas menores en los que estaba interesado Barry; después del almuerzo discutían la electricidad, la teoría atómica, la fisiología, y otras cuestiones en las que estaba interesado Lenoir, y llevaban a cabo pequeños experimentos químicos y anatómicos, por lo general sin éxito; después de la cena simplemente hablaban. Charlas tranquilas, interminables, que recorrían los siglos pero siempre terminaban allí, en el cuarto en penumbras con la ventana abierta sobre la noche primaveral, en su amistad. Después de dos semanas era como si se hubieran conocido de toda la vida. Eran perfectamente felices. Sabían que no harían nada con lo que cada uno había aprendido del otro. ¿En 1961 cómo podría Barry probar su conocimiento del París antiguo, en 1482 cómo podría Lenoir probar la validez del método científico? No les molestaba. En realidad nunca habían esperado que les prestaran atención, sencillamente habían deseado aprender.

Así que eran felices por primera vez en sus vidas; tan felices, en verdad, que ciertos deseos antes siempre subyugados al deseo del conocimiento, empezaron a despertar.

-Supongo que nunca pensaste mucho en el matrimonio, ¿verdad? -dijo Barry una noche.

-Bueno, no -contestó su amigo, vacilante-. Es decir, estoy en las órdenes menores... y parecía irrelevante...

-Y costoso. Además, en mis tiempos, ninguna mujer que se respetara quería compartir el tipo de vida que llevo. Las mujeres norteamericanas son unas criaturas tan condenadamente equilibradas y eficientes y encantadoras, aterrorizantes...

-Y las mujeres de aquí son chiquitas y morenas, como escarabajos, con los dientes picados -dijo Lenoir hoscamente.

Esa noche no hablaron más sobre mujeres. Pero sí lo hicieron en la siguiente; y en la próxima; y en la otra, para festejar la disección exitosa del sistema nervioso central de una rana embarazada, bebieron dos botellas de Montrachet del 74 y se emborracharon.

-Invoquemos una mujer, Jehan -dijo Barry en tono bajo, lascivo, sonriendo como una gárgola.

-¿Y si esta vez hacemos que se alce un demonio?

-¿Hay realmente mucha diferencia?

Rieron como locos, y trazaron una estrella de cinco puntas.

-Haere, haere -empezó Lenoir; cuando le dio hipo, lo reemplazó Barry. Leyó las últimas palabras. Hubo una ráfaga de aire frío, con olor a pantano, y en la estrella de cinco puntas apareció un ser de ojos enloquecidos y largo cabello negro, desnudo por completo, aullando.

-Mujer, por Dios -dijo Barry.

-¿Lo es?

Lo era.

-Oye, toma mi capa -dijo Barry, porque ahora el pobre ser estaba con la boca abierta y temblando. Le puso la capa sobre los hombros. Ella se la acomodó con un movimiento mecánico, murmurando-: Gratias ago, domine.

-¡Latín! -gritó Lenoir-. ¿Una mujer que habla latín?

Le llevó más tiempo a él recobrase de esa conmoción que a Bota superar la suya. Al parecer era esclava en la servidumbre del subprefecto de Galia del norte, que vivía en la isla más pequeña de la barrosa ciudad isleña llamada Lutecia. Hablaba el latín con un fuerte acento celta, y ni siquiera sabía quien era emperador de Roma en su época. Realmente bárbara, dijo Lenoir con desprecio. Y lo era: una bárbara ignorante, taciturna, humilde y de pelo enredado, piel blanca y claros ojos grises. La habían despertado de un sueño profundo. Cuando la convencieron de que no soñaba, supuso evidentemente que aquello era alguna broma de su amo extranjero y todopoderoso, el subprefecto, y aceptó la situación sin más trámites.

-¿Debo servirles, amos míos? -preguntó con timidez pero sin malhumor, mirando a uno y a otro.

-A mí no -gruñó Lenoir, y agregó en francés, dirigiéndose a Barry-: Adelante; yo dormiré en la despensa. -Y se fue.

Bota alzó los ojos hacia Barry. Ningún galo, y pocos romanos, tenían una estatura tan magnífica; ningún galo, ningún romano le había hablado nunca con tal bondad.

-Su lámpara -(era una vela, pero ella nunca había visto una vela)- está casi consumida -dijo-. ¿La apago?

Por dos sueldos adicionales al año el dueño de casa les permitió usar la despensa como segundo dormitorio, y Lenoir dormía ahora otra vez solo en la habitación principal de la buhardilla. Observaba el idilio de su amigo con un interés meditabundo, nada celoso. El profesor y la muchacha esclava se amaban con delectación y ternura. El placer que sentían empapaba a Lenoir con olas de júbilo protector. Bota había llevado una vida brutal, tratada siempre como mujer pero nunca como ser humano. En una breve semana floreció, se reanimó, revelando bajo su suave pasividad una naturaleza alegre, inteligente.

-Te estás transformando en una parisiense hecha y derecha -oyó que la acusaba Barry una noche (las paredes del altillo eran delgadas). Ella contestó:

-Si supieras lo que es para mí no estar siempre defendiéndome, siempre temerosa, siempre sola...

Lenoir se incorporó en su catre y caviló. Alrededor de la medianoche, cuando todo estaba en silencio, se levantó y preparó sin hacer ruido las pizcas de sulfuro y plata, trazó la estrella de cinco puntas, abrió el libro. Leyó con mucha suavidad el encantamiento. Su rostro se veía preocupado.

-En el interior de la estrella apareció un perrito blanco. Se asustó y dejó caer la cola, después se adelantó con timidez, olfateó la mano de Lenoir, alzó la cabeza hacia él con ojos líquidos y dejó escapar un gemido modesto, suplicante. Un cachorro perdido... Lenoir lo acarició. El perrito le lamió las manos y saltó alrededor de él, loco de alivio. En el collar de cuero blanco tenía una plaquita de plata grabada: "Jolie, Dupont, 36 rue de Seine, París VIé."

Jolie se acostó; después de mordisquear una costra de pan, se enroscó debajo de la silla de Lenoir. Y el alquimista abrió el libro otra vez y leyó, nuevamente con suavidad, pero ahora sin timidez, sin miedo, sabiendo lo que pasaría.

Al salir de su despensa-dormitorio-cuarto-de-luna-de-miel por la mañana, Barry se detuvo en seco en el umbral. Lenoir estaba sentado en la cama, mimando a un cachorro blanco, y sumergido en la conversación con la persona sentada al pie de la cama, una pelirroja vestida de plata. El cachorro ladró. Lenoir dijo:

-¡Buenos días!

La mujer sonrió maravillosamente.

-Por todos los santos -murmuró Barry (en inglés). Después dijo:-Buenos días. ¿De cuándo es usted?

El efecto era el que provocaría Rita Hayworth, sublimada: ¿Hayworth más la Mona Lisa, tal vez?

-De Altair, a unos siete mil años de ahora -dijo elle, con una sonrisa aún más maravillosa. Su acento francés era peor que el de un estudiante de primer año consagrado al fútbol-. Soy arqueóloga. Estaba excavando en las ruinas de París III. Lamento hablar tan mal el idioma; como es lógico sólo lo conocemos por inscripciones.

-¿De Altair? ¿La estrella? Pero usted es humana... creo...

-Nuestro planeta fue colonizado por la Tierra hace unos cuatro mil años... es decir, dentro de tres mil años. -Rió con su risa maravillosa, y miró a Lenoir-. Jehan me lo explicó todo, pero sigo confundida.

-¡Fue peligroso intentarlo otra vez, Jehan! -lo acusó Barry-. Hemos sido muy afortunados, sabes.

-No -dijo el francés-. Afortunados no.

-Pero después de todo estás jugando con magia negra... Escuche no conozco su nombre, señora.

- Kislk -dijo ella.

-Oiga, Kislk -dijo Barry sin un sólo tropiezo-, la ciencia de ustedes debe de estar fantásticamente adelantada: ¿existe algún tipo de magia? ¿Existe o no? ¿Pueden las leyes de la Naturaleza quebrarse realmente, como parecemos estar haciendo?

-Nunca he visto u oído hablar de un caso de magia certificado.

-¿Entonces qué ocurre? -rugió Barry-. ¿Por qué ese estúpido encantamiento antiguo funciona para Jehan, para nosotros, ese único encantamiento, y aquí, en ninguna otra parte, para nadie más en cinco... no, ocho... no, quince mil años de historia registrada? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Y de dónde vino ese condenado cachorro?

-El cachorro estaba perdido -dijo Lenoir, con su rostro moreno muy grave-. En algún lugar cercano a esta casa, en la Île Saint-Louis.

-Y yo estaba clasificando fragmentos de vasijas -dijo Kislk, también con gravedad-, en el emplazamiento de una casa, Isla 2, Pozo 4, Sector D. Era un hermoso día de primavera, y yo lo odiaba. Lo detestaba. El día, el trabajo, la gente que me rodeaba -miró otra vez al enjuto y pequeño alquimista, con una mirada larga, serena-. Intenté explicárselo a Jehan anoche. Hemos mejorado la raza, entienden. Somos todos muy altos, saludables y hermosos. No tenemos emplomaduras en los dientes. Todos los cráneos de Norteamérica Primitiva tienen

emplomaduras en los dientes... Algunos de nosotros somos morenos, otros blancos, otros de piel dorada. Pero todos hermosos, y saludables, y bien adaptados, y agresivos, y exitosos. Nuestras profesiones y la proporción de éxito son preplanificados para nosotros en los Hogares Preescolares Estatales. Pero de vez en cuando hay una falla genética. Yo, por ejemplo. Fui entrenada como arqueóloga porque los Maestros vieron que en realidad no me gustaba la gente, la gente viva. La gente me aburría. Todos parecidos a mí por fuera, todos extraños a mí por dentro. Cuando todos se parecen, ¿dónde queda el hogar?... Pero ahora he visto un cuarto poco higiénico con calefacción insuficiente. Ahora he visto una catedral que no está en ruinas. Ahora he conocido a un hombre vivo que es más bajo que yo, con dientes en mal estado y mal genio. ¡Ahora estoy en casa, estoy donde puedo ser yo misma, ya no estoy sola!

-Sola -dijo Lenoir con suavidad dirigiéndose a Barry-. Soledad, ¿eh? La soledad es el encantamiento, la soledad es más fuerte... En realidad no parece sobrenatural.

Bota estaba espiando más allá del umbral, con el rostro enrojecido entre su cabello negro enmarañado. Sonrió con timidez y le dio los buenos días a la recién llegada en un cortés latín.

-Kislk no conoce el latín -dijo Lenoir con inmensa satisfacción-. Tenemos que enseñarle a Bota un poco de francés. Francés es el idioma del amor, según dicen, ¿eh? Vamos, salgamos y traigamos algo de pan. Tengo hambre.

Kislk ocultó su túnica plateada bajo la útil y anónima capa, mientras Lenoir se ponía su manto negro comido por las polillas. Bota se peinó, mientras Barry se rascaba pensativo una picadura de piojo del cuello. Después salieron a comprar las cosas para el desayuno. El alquimista y la arqueóloga interestelar iban primero, hablando en francés; la esclava gala y el profesor de Indiana los seguían, hablando en latín, tomados de la mano. Las calles estrechas estaban atestadas, brillaban con la luz del sol. Sobre ellos Notre Dame elevaba sus dos torres cuadradas contra el cielo. Junto a ellos el Sena era recorrido por ondas suaves. Era abril en París, y sobre las riberas del río florecían los castaños.

Ángeles tutelares

C. S. Lewis

El Monje, como lo llamaban, se sentó en la silla de campaña, junto a la litera y miró por la ventana las arenas ásperas de Marte, y el cielo negro azulado. No pensaba iniciar el «trabajo» hasta que pasaran otros diez minutos. Desde luego, no lo habían llevado allí para eso. Era el meteorólogo del grupo y su trabajo como tal estaba ya casi terminado; había averiguado cuanto se podía averiguar. No podía hacer nada más, dentro del limitado radio de aquella investigación, hasta que transcurrieran por lo menos veinticinco días. Y la meteorología no había sido el verdadero móvil del viaje. Había elegido pasar tres años en Marte, como el más próximo equivalente moderno de la vida de un eremita en el desierto. Había venido a meditar: a continuar la lenta y perpetua reconstrucción de esa estructura interior que era, a su juicio, la finalidad principal de la existencia. Transcurrieron los diez minutos de reposo. Comenzó con la fórmula acostumbrada: «Dulce y paciente Maestro, enséñame a tener menos necesidad de los hombres y a amarte más.» Y emprendió la tarea. No había tiempo que perder. Sólo tenía por delante seis meses de aquel yermo sin vida, sin sufrimiento, sin pecado. Tres años eran un plazo breve... pero, cuando llegó el grito, se levantó de la silla con la ejercitada prontitud de un marinero.

El botánico de la cabina inmediata respondió al mismo grito con una maldición. En aquel momento había tenido el ojo clavado al microscopio. Era enloquecedor. Interrupciones constantes. En aquel campamento infernal costaba tanto concentrarse como en el centro mismo de Piccadilly. Y su tarea era ya una carrera contra el tiempo. Faltaban seis meses... y apenas había comenzado. La flora de Marte, aquellos organismos diminutos, inverosímilmente tenaces, capaces de sobrevivir en condiciones poco menos que imposibles, eran un festín para toda la vida. No haría caso al grito. Pero en esto sonó el timbre. Llamaban a todos a la sala principal.

La única persona que no hacía nada, por decirlo así, cuando llegó el grito, era el capitán. Para ser más exactos, diremos que trataba, como de costumbre, de no pensar en Clare, y de continuar redactando el diario oficial. Clare seguía interrumpiéndolo desde sesenta y cinco millones de kilómetros de distancia. Era ridículo. «Hubiésemos necesitado todas las manos...» escribió. Manos... sus propias manos. Mirándolas fijamente sintió que acariciaba el cuerpo vivo de Clare, cálido y frío, blando y firme, que se entregaba y resistía. «Cállate, que es algo muy querido», le dijo a la foto sobre el escritorio. Y de vuelta al diario, hasta las palabras fatales: «...me había causado cierta ansiedad». Ansiedad... ¿Qué le pasaría a Clare en aquel momento? ¿Dónde estaría? ¿Qué sería de ella? Podía ocurrir cualquier cosa. Había sido una decisión estúpida. ¿Qué otro recién casado hubiese aceptado esa tarea? Pero había parecido tan razonable... Tres años de horrible separación, pero luego... todo lo mejor de la vida. Le habían prometido un puesto con el que no se hubiera atrevido a soñar unos meses antes. Ya nunca tendría que volver al espacio exterior. Y a la vuelta, habría muchas compensaciones: las conferencias, el libro, probablemente un título. Habría

muchos hijos. Sabía que ella los deseaba, y de un modo curioso (como empezaba a comprenderlo) a él le ocurría lo mismo. Pero, cuernos, el diario. Comenzó un nuevo párrafo... Y de pronto llegó el grito.

Era uno de los dos jóvenes técnicos quien había gritado. Habían estado juntos desde la cena. Paterson, de pie en el umbral de la cabina de Dickson, se apoyaba en un pie y luego en otro, moviendo atrás y adelante la puerta, mientras Dickson, sentado en la litera, esperaba a que Paterson se marchara.

-¿De qué hablas, Paterson? -dijo-. ¿Quién comentó algo de una pelea?

-Como quieras, Bobby -dijo el otro-, pero ya no somos amigos como antes. Tu lo sabes bien. ¡Oh, no soy ciego! Te pedí que me llamaras Clifford. Y tú siempre te muestras frío, indiferente.

-¡Vete al diablo! -gritó Dickson-. Estoy dispuesto de veras a ser un buen amigo tuyo y de cualquier otro, pero todas esas tonterías... como si fuéramos dos colegialas... francamente, no las soporto. De una vez por todas...

-Oh, mira, mira, mira -dijo Paterson. Fue entonces cuando Dickson gritó, y llegó el capitán y tocó la campana. Veinte segundos después, todos se agrupaban detrás de la ventana principal, Una nave del espacio acababa de posarse suavemente a ciento cincuenta metros del campamento.

-¡Oh! -exclamó Dickson-. Vienen a relevarnos antes del plazo.

-Maldición -gruñó el botánico-. Ahora que...

Cinco viajeros bajaban de la nave. Los trajes del espacio no ocultaban que uno de ellos era enormemente grueso; no había nada de notable en los otros.

-Abran la compuerta -dijo el capitán.

Las botellas de las reducidas reservas pasaban de mano en mano. El capitán había descubierto que el jefe de los viajeros era un viejo conocido, Ferguson. Dos eran jóvenes de aspecto corriente, agradable, pero, ¿los otros dos?

-No entiendo -dijo el capitán-. ¿Qué significa...? Es decir estamos contentísimos de verlos, desde luego, pero ¿qué es esto?

-¿Dónde están los otros del grupo? -dijo Ferguson.

-Hemos tenido dos bajas -dijo el capitán-. Sackville y el doctor Burton. Fue algo lamentable. Sackville se empeñó en probar lo que llamamos berro marciano. Se volvió loco furioso, a los dos minutos. Derribó a Burton de un puñetazo y un destino fatal quiso que Burton cayera de mal modo, contra esa mesa; se rompió la nuca. Atamos a Sackville y lo acostamos en una litera, pero murió a las pocas horas.

-¿No tuvo la precaución de probarlo antes en un cobayo? -preguntó Ferguson.

-Sí -dijo el botánico-. Eso fue lo más terrible. El cobayo sobrevivió, aunque se comportó de un modo muy raro. Sackville concluyó erróneamente que la substancia era alcohólica. Imaginó haber inventado una nueva bebida. Muerto

Burton, además, no quedaba nadie capaz de hacer una buena autopsia de Sackville. El análisis de la planta muestra...

-¡Ahhh...! -interrumpió un visitante, que aún no había hablado-. No simplifiquemos excesivamente. No creo que la substancia vegetal sea la verdadera explicación. Hay tensiones y desviaciones. Están todos ustedes, sin darse cuenta, en una condición muy inestable, por razones que no son ningún misterio para un psicólogo experimentado.

El sexo de este personaje no era muy evidente. Tenía el pelo muy corto, la nariz muy larga, los labios presuntuosamente apretados, la barbilla saliente y un aire autoritario. Científicamente hablando, la voz era de mujer. Pero nadie dudó del sexo del viajero más próximo, la persona gorda.

-¡Oh, querida! -jadeó-. No ahora. No puedo más. Me siento débil y nerviosa. Me pondré a chillar si sigues. ¿No tienes a mano un poco de oporto y limón? ¿No? Bueno, me las arreglaré con otro sorbo de ginebra. Qué estómago el mío.

Quien hablaba era manifiestamente hembra y tal vez ya setentona. Se había teñido el pelo, con resultados poco felices, de color mostaza. Los polvos de arroz que se había echado en la cara apestaban a perfume barato y eran como montículos de nieve en los valles de las arrugas y las papadas múltiples.

-Cállese -rugió Ferguson-. Y ustedes, por favor, no le den de beber. Ni una gota.

-Es un gruñón, como ve -dijo la vieja, suspirando, y mirando tiernamente a Dickson.

-Perdónenme -dijo el capitán-. Pero, ¿quiénes son estas... damas? Y ¿qué significa todo esto?

-Se lo explicaré en seguida -declaró la mujer flaca, carraspeando-. Quienes conocen las tendencias de la opinión mundial sobre los problemas sociales, y psicológicos de la intercomunicación planetaria saben bien que este progreso reclama inevitablemente ajustes ideológicos de largo alcance. Los psicólogos reconocen que la inhibición de las necesidades biológicas más imperiosas, en períodos prolongados, han de tener, probablemente, resultados imprevisibles. Los pioneros de los viajes por el espacio están expuestos a este peligro. Sólo las gentes retrógradas permitirían que unos supuestos principios morales impidieran proteger a estos hombres. Hemos de armarnos de coraje, pues, y reconocer que la inmoralidad, como se la llamó hasta ahora, no es ya contraria a la ética...

-No entiendo nada -interrumpió el Monje.

-Quiere decir -explicó el capitán, que era un buen lingüista -que la llamada fornicación no es ya un acto inmoral.

-Exactamente, mi pequeño -dijo la gorda a Dickson-. Un pobre muchacho necesita de cuando en cuando una mujer. Es muy natural.

-Lo que se precisaba, por consiguiente -continuó la flaca-, era un equipo de mujeres abnegadas, decididas a dar el primer paso. Desde luego, serían despreciadas por gentes ignorantes. Pero algo las consolaría: la idea de cumplir una función indispensable en la historia del progreso humano.

-Quiere decir que vas a tener con quien acostarte, precioso -explicó la gorda a Dickson.

-Me parece muy bien -dijo Dickson con entusiasmo-. Más vale tarde que nunca. Pienso, sin embargo, que no han podido traer muchas chicas en esa nave. ¿Y por qué no están aquí? ¿Vienen en viaje?

-Nuestro llamado -prosiguió la flaca, quien aparentemente no había advertido la interrupción- no tuvo mucho eco, es cierto. El primer contingente de la Organización Femenina de Alta Terapéutica Afrodisíaca (OFATA) no es quizá... bueno, el más idóneo. Muchas excelentes mujeres, universitarias como yo, distinguidas profesoras, se han mostrado curiosamente convencionales. Pero, al menos, se ha comenzado -concluyó animosamente-. Y aquí nos tienen.

Hubo, durante cuarenta segundos, un silencio abrumador. Luego, Dickson, que ya había torcido la cara varias veces, se puso muy colorado; recurrió a un pañuelo, sofocó lo que pareció un estornudo, se incorporó bruscamente y volvió la espalda al grupo, levemente encorvado, sacudiendo los hombros.

Paterson se levantó de un salto y corrió hacia Dickson, pero la gorda, luego de gruñidos y esfuerzos infinitos, también dejó su asiento.

-Déjalo tranquilo -le gritó Paterson-. Los hombres como tú no sirven de nada.

Un momento después, los enormes brazos rodeaban a Dickson, sumergiéndolo en un cálido y tambaleante cariño maternal.

-Vamos, vamos, mi chiquitín -dijo la gorda-. Verás que marchará perfectamente. No llores, mi cielo. Pobre chiquitín. Cálmate. Verás qué bien lo pasarás.

-Creo -dijo el capitán- que el chiquitín no está llorando; está riéndose.

Fue en ese instante cuando el Monje propuso que pasaran a la mesa.

Junto con el último bocado, Dickson, la gorda había conseguido sentársele al lado, y bebía de cuando en cuando de la copa del joven, dijo a los técnicos recién llegados:

-Me gustaría mucho ver la nave de ustedes. ¿Podemos ir?

Era de esperar que los dos hombres, luego de haber pasado tanto tiempo encerrados, y que acababan de sacarse los trajes del espacio, se resistieran a vestírselos de nuevo y a volver a la nave. Tal fue, desde luego, la opinión de la gorda.

-No los molestes, querido -dijo-. Están hartos de ese viejo trasto, lo mismo que yo. No conviene que se agiten ahora, en plena digestión.

Los dos jóvenes, sin embargo, se mostraron muy animosos.

-Claro que sí -dijo el primero-. Yo mismo iba a proponerlo.

-Yo iré también -dijo el otro.

Los tres salieron de la cámara de aire en tiempo record. Cruzaron la arena, subieron por la escala y se quitaron rápidamente los cascos.

-¿Quién tuvo la idea de echarnos encima ese par de zorras? -dijo Dickson.

-¿No lo sabe? -dijo el viajero que hablaba con acento popular londinense-. Las gentes de allá abajo pensaban que el tiempo les parecería a ustedes demasiado largo. Qué ingratos.

-Muy gracioso -dijo Dickson-. Pero para nosotros no es cosa de broma.

-Lo mismo digo -replicó el visitante con acento de Oxford-. Las tuvimos pegadas a nosotros, durante ochenta y cinco días. Comenzaron a aplacarse luego del primer mes.

-Dígame a mí -comentó el londinense.

Hubo una pausa de disgusto.

-Pero explíquenme -insistió Dickson-, ¿cómo, entre todas las mujeres del mundo, eligieron a estos dos monstruos?

-No pretendería usted la reina de las coristas en el fondo del más allá -dijo el londinense.

-Querido amigo -explicó el otro-, ¿no es todo muy claro? ¿Qué mujer puede venir voluntariamente a este sitio espantoso, a alimentarse con raciones cuarteleras y ofrecer sus encantos a media docena de desconocidos? No las alegres chicas, amigas de la diversión, pues saben que no hay alegría en Marte. Menos la prostituta profesional, mientras encuentre clientela en el barrio más sórdido de Liverpool o Los Ángeles. La que vino ya no tiene esa probabilidad. La otra es una chiflada de la nueva ética.

-Simple, ¿no es cierto? -comentó el londinense.

-Cualquiera pudo haberlo previsto, excepto esos necios de arriba -dijo el otro.

-La única esperanza que nos queda es el capitán -dijo Dickson.

-Mire, hermano -dijo el londinense-, si espera que nos llevemos de vuelta a estos esperpentos, olvídalo en seguida. No. Nuestro capitán tendría que vérselas con un motín, si lo intentara. Pero no lo intentará. Ya ha soportado lo suyo. Como nosotros. Ahora, les toca a ustedes.

-Es justo -dijo el otro-. Hemos soportado lo insoportable.

-Bien -dijo Dickson-, dejemos que los jefes libren la batalla. Pero hay cosas que superan todos los límites. Esa maldita pedante...

-Es profesora de una universidad popular.

-Bien -dijo Dickson luego de una larga pausa-, iban a mostrarme la nave. Tal vez eso me distraiga.

La gorda hablaba con el Monje.

-...y, ¡oh, padre!, usted pensará que es mi mayor pecado. No me retiré cuando hubiera podido hacerlo. Cuando murió mi cuñada... mi hermano quería instalarme en su casa, pues no le faltaba dinero. Pero yo continué, ay de mí, continué.

-¿Por qué, hija mía? -preguntó el Monje-. ¿Es que le gustaba?

-Nada de eso, padre. Nunca tuve mucha afición al oficio, Pero, mire, padre, yo era atractiva en ese entonces, aunque ahora no pueda imaginárselo... y esos caballeros disfrutaban tanto conmigo...

-Hija -sentenció el Monje-, no está usted muy lejos del Reino. Pero cometió un error. El deseo de dar es meritorio. Pero, si da usted un billete falso, no por eso lo hace bueno.

El capitán había dejado también la mesa, muy rápidamente, pidiéndole a Ferguson que lo acompañara a la cabina. El botánico corrió detrás.

-Un momento, capitán, un momento -dijo, excitado-. Soy un hombre de ciencia. Estoy trabajando ya a toda presión. No he de quejarme de todos esos deberes que interrumpen constantemente mi trabajo. Pero, si piensa usted que perderé todavía más tiempo acompañando a esas horribles mujeres...

-Espere a que le ordene algo que pueda considerarse ultra-vires -dijo el capitán-. La protesta es prematura.

Paterson se quedó con la flaca. De las mujeres sólo le interesaba el aparato auditivo. Le gustaba hacer confidencias a las mujeres; quejarse ante ellas de la inconstancia y la crueldad de los hombres. Lamentablemente, la dama entendía que la conversación sólo tenía dos fines: la terapéutica afrodisíaca o la instrucción psicológica. En realidad, no veía razón alguna para que las dos operaciones no se efectuaran simultáneamente; sólo las personas sin preparación podían concentrarse únicamente en una idea. La diferencia estaba comprometiendo el éxito de la charla. Paterson se impacientaba; la dama se mostraba brillante y tranquila como un témpano.

-Pero como le decía -gruñó Paterson-, me parece indigno que un hombre se muestre amable y...

-Lo que confirma mi tesis. Esas tensiones y desajustes son inevitables en un ambiente anormal. Sí, hay que librar al remedio de esos prejuicios sentimentales o lascivos, igualmente malos, que la era victoriana...

-Pero no se lo he contado aún. Escuche. Hace sólo dos días...

-Un momento. Habría que pensar en el remedio como inyección necesaria. En cuanto pensáramos...

-De acuerdo. La asociación remedio-placer, es una fijación de la adolescencia, y ha, causado mucho mal. Racionalmente...

-Mire, creo que se sale del tema...

-Un momento.

El diálogo continuó.

Habían visto ya la nave. Era una maravilla. Nadie recordó luego quién fue el primero en decir: «Cualquiera puede manejar una nave semejante.»

Ferguson se quedó sentado, fumando calladamente, mientras el capitán leía la carta. Cuando se inició la conversación, el buen humor reinaba en la cabina, y nadie se decidía a encarar seriamente el problema.

-Sin embargo -dijo al fin el capitán-, hay también un aspecto serio. Ante todo, ¡qué impertinencia!

-Recuerde -observó Ferguson -que la situación de ustedes es completamente nueva.

-¿Nueva? No me haga reír. Somos como los hombres de los balleneros, o los tripulantes de los veleros antiguos, los pioneros del Oeste. La gente siempre sintió hambre cuando no hay comida.

-Amigo, olvida usted la nueva psicología.

-Creo que esas dos horribles mujeres han aprendido ya una psicología todavía más nueva, desde que llegaron. ¿Creen allí realmente que todos los hombres son tan combustibles? ¿Que nos echaremos encima de cualquier mujer?

-Ay, amigo, así es. Dirán que usted y su gente son todos anormales. No quisiera volver trayendo concentrados de hormonas.

-¿No habría entonces otros voluntarios que quienes pueden o creen poder prescindir de las mujeres?

-No olvide la nueva ética.

-Oh, no me hable de eso. Sólo los enamorados o los monjes han intentado alguna vez mantenerse castos. Una minoría, y lo intentarán en Marte lo mismo que en la Tierra. La mayoría no se negó nunca al placer. Los profesionales no lo ignoran. No hay puesto o guarnición militar sin prostíbulos. ¿Quiénes son los asesores que tuvieron esta idea estúpida?

-Oh. Una banda de mujeres maduras, casi todas con pantalones, aficionadas a todo lo sexual, a todo lo científico, y que quieren sentirse importantes. Esta iniciativa les dio tres placeres a la vez.

-Bien, Ferguson. No pienso quedarme con la veterana ni con la catedrática. Usted...

-No, no. Yo cumplí mi tarea. No estoy dispuesto a llevarme de vuelta ese ganado en pie. Y mis muchachos piensan lo mismo. Habría amotinamiento y crímenes a bordo.

-Pues tiene que hacerlo, porque yo...

En ese instante, llegó de afuera una luz enceguecedora. La cabina se sacudió.

-¡Mi nave! ¡Mi nave! -gritó Ferguson.

Los dos hombres observaron la arena desierta. La astronave había despegado perfectamente.

-Pero, ¿qué ha sucedido? -preguntó el capitán-. ¿Habrán sido capaces...?

-Amotinamiento, desertión y robo de una nave del gobierno -dijo Ferguson-. Eso es lo que ha sucedido. Mis dos muchachos y su Dickson regresan a la Tierra.

-Demonios, las pasarán mal. Los juzgarán y...

-Ay, es muy cierto. Y creen que el precio es barato. ¿Por qué? Ya lo entenderá antes de dos semanas.

En los ojos del capitán hubo de pronto una luz de esperanza.

-¿No se habrán llevado a las mujeres? -preguntó.

-Un poco de juicio, amigo, un poco de juicio. Y si ya no le queda juicio, abra las orejas.

En el rumor de excitada conversación que llegaba cada vez más claramente de la sala principal, se distinguían unas voces femeninas, intolerables.

Mientras se preparaba para la meditación de la noche, el Monje pensó que se había concentrado demasiado, quizá, en «necesitar menos» y que por esto mismo tendría que seguir un curso (superior) de amar más. Luego, torció la cara en una sonrisa donde no todo era júbilo. Estaba pensando en la gorda. Un acorde exquisito de cuatro notas. La primera: el horror de lo que ella había hecho y sufrido. La segunda: piedad. La tercera, cómica: la pobre mujer creía que aún despertaba deseos. Y la cuarta: la mujer se ignoraba a sí misma. Auxiliada por la gracia y una apropiada, aunque pobre, dirección espiritual, quizá descubriera en ella misma otro encanto muy distinto, y seguiría así el camino de la luz, uniéndose a la Magdalena.

Pero... un momento. Había todavía una quinta nota en el acorde.

-¡Oh, Maestro! -murmuró-. Perdóname, aunque quizá te divierta. Pensé que me habías traído a sesenta millones de kilómetros para mí propio bienestar espiritual.

Los demonios

Robert Sheckley

The Demons, © 1953. Traducido por Norma B. de López y Edith Zilli en *La séptima víctima*, relatos de Robert Sheckley, Nebulae 17, Editorial Sudamericana S. A., 1979.

Arthur Gammet caminaba por la Segunda Avenida. Era un lindo día primaveral, no demasiado frío; lo bastante como para resultar vigorizante. Un día perfecto para vender seguros. Bajó de la acera en la calle 9.

Y desapareció.

—¿Ha visto eso? —preguntó el ayudante del carnicero a su patrón.

Ambos estaban apoyados contra el frente del negocio mirando pasar la gente.

—¿Si vi qué cosa? —preguntó el carnicero, un hombre corpulento y de tez rojiza.

—Ese hombre del abrigo. Desapareció.

—¡Aja! —dijo el carnicero—. Habrá girado por la 9, ¿y qué?

El ayudante no había visto que Arthur girara por la 9, ni a la derecha ni a la izquierda, y tampoco lo había visto cruzar. Había desaparecido, estaba seguro. Pero ¿cómo insistir en eso? ¿Adonde va a parar uno si le dice al patrón que está equivocado? Además, el tipo del abrigo podría haber girado por la 9, después de todo. ¿Por dónde, si no?

Pero Arthur Gammet ya no estaba en Nueva York. En verdad había desaparecido.

En algún sitio, no necesariamente sobre la Tierra, un ser llamado Nelsebú miraba fijamente un pentágono. En el interior de la figura había algo que él no había llamado. Nelsebú puso cara agria, tenía sobradas razones para sentirse enojado. Había pasado años desenterrando fórmulas mágicas, experimentando con hierbas y esencias, leyendo los mejores libros de hechicería y brujería. Había puesto sus conocimientos en un gigantesco esfuerzo ¿y qué resultaba de eso? Aparecía un demonio que no tenía nada que ver.

Naturalmente, cabían muchos errores. La mano herida del cadáver... podía ser la de un suicida, pues no se podía confiar ni en el mejor de los comerciantes. O quizá la línea del pentágono estaba ligeramente ondulada; eso era muy importante. O tal vez había cambiado el orden de las palabras que formaban el conjuro. Con que una sola sílaba fuera entonada equivocadamente bastaba para provocar algo así.

De cualquier modo, la cosa ya no tenía remedio. Nelsebú apoyó un hombro cubierto de escamas rojas contra la enorme botella que estaba a sus espaldas y se rascó el otro con una uña similar a una daga. Como solía ocurrir cuando se sentía perplejo, su cola espinosa se agitó con movimientos inseguros.

Al menos tenía un demonio, cualquiera que fuese.

Pero ese individuo que estaba en el interior del pentágono no se parecía a ningún demonio convencional. Esos pliegues flojos de carne gris, por ejemplo... Bueno, claro que los relatos históricos eran muy poco exactos. No importaba mucho a que especie de seres sobrenaturales pertenecía: tendría que servir. De eso estaba seguro. Nelsebú acomodó sus pies provistos de cascos bajo el cuerpo y aguardó a que el extraño hablara.

Arthur Gammet estaba demasiado aturdido como para hablar. En cierto momento había estado caminando hacia la oficina de seguros, pensando en sus propios asuntos, disfrutando del buen aire de comienzos de primavera. Al descender de la acera en la Segunda Avenida y la calle 9... había aterrizado allí. ¿Dónde quedaba ese "allí"?

Inclinándose ligeramente logró ver, a través de la espesa niebla que llenaba el cuarto, un inmenso monstruo cubierto de escamas rojas sentado en cuclillas. A su lado había algo similar a una botella, pero de tres metros de altura. Aquel ser tenía una cola espinosa con la que se estaba rascando la cabeza mientras clavaba en Arthur sus ojillos de cerdo. Arthur trató de retroceder apresuradamente, pero no logró dar más de un paso. Notó que estaba dentro de un área delimitada con tiza: algo le impedía pasar por sobre las líneas blancas.

Al fin la criatura quebró el silencio, diciendo:

—Ya ves, ahora te tengo en mi poder.

No eran ésas las palabras que pronunciara: los sonidos eran totalmente extraños. Pero de algún modo Arthur comprendió el pensamiento que expresaban. No se trataba de una transmisión telepática: más bien, era como si estuviera traduciendo un idioma extranjero de modo automático y coloquial.

—Confieso que estoy bastante desilusionado —prosiguió Nelsebú, al ver que el demonio capturado no respondía—. Todas nuestras leyendas dicen que los demonios son seres horribles, de cinco metros de altura; dicen que tienen alas y una cabeza diminuta y un agujero en el pecho que arroja chorros de agua fría.

Arthur Gammet se quitó el abrigo y lo dejó caer a sus pies. Consideró vagamente la idea de que los demonios pudieran eyectar chorros de agua fría. Ese cuarto era un horno. Su traje gris se había convertido en una masa de tela arrugada empapada en sudor.

Con ese pensamiento llegó la aceptación: aceptó la existencia de la criatura roja, de las líneas de tiza que no podía atravesar, del cuarto caldeado... Todo.

En libros, revistas y películas había visto que cualquier hombre puesto en una situación extraña suele decir: "Pellízquenme; debo estar soñando", o " ¡Dios mío, esto no puede ser: estoy loco o borracho!" Arthur no tenía la menor intención de decir cosas tan absurdas como ésas. Por una parte, a aquella enorme criatura roja no le gustaría mucho; por otra sabía que no estaba soñando, ni borracho ni loco. En su vocabulario no había palabras adecuadas para expresarlo, pero él lo sabía. Un sueño era una cosa, y ésta era otra totalmente distinta.

—Las leyendas no dicen que los demonios puedan quitarse la piel —dijo Nelsebú, pensativo, mientras contemplaba el abrigo caído a los pies de Arthur—. ¡Qué interesante!

—Esto es un error —dijo Arthur, con firmeza.

La experiencia adquirida como agente de seguros le prestaba ahora gran utilidad. Esta acostumbrado a tratar con toda clase de gente y a sortear todo tipo de situaciones enrevesadas. Era evidente que esa criatura había tratado de atraer a un demonio. Nadie tenía la culpa de que hubiese invocado a Arthur Gammet. El pobre parecía estar bajo la impresión de que "él" era un demonio, y era necesario rectificar inmediatamente ese error.

—Soy agente de seguros —dijo.

La criatura meneó su enorme cabeza cornamentada y agitó la cola de un lado a otro, en señal de disgusto.

—Las funciones que cumplas en el otro mundo no me interesan en lo más mínimo, —gruñó—. No me importa qué clase de demonio eres.

—Pero le digo que no soy un ...

—¡No mientras! —aulló Nelsebú, lanzándole una mirada iracunda desde una esquina del pentágono—. Sé que eres un demonio. ¡Y quiero "drasto"!

—¿Drasto? No sé que...

—Ya conozco todas sus tretas demoníacas —dijo Nelsebú, calmándose con visible dificultad—. Sé muy bien, y tú también lo sabes, que cuando se conjura un demonio éste debe conceder un deseo. Te he conjurado y quiero drasto. Cinco mil kilos de drasto.

—Drasto... —balbuceó Arthur, incómodo, desde el rincón más apartado del monstruo y su peligrosa cola.

—Drasto, o vuto, o hakatinny, o sup-der-up. Todo es lo mismo.

Arthur Gammet comprendió que hablara de dinero. Aunque ese argot le era desconocido, no había forma de confundir el sentido involucrado en esas palabras. Sin duda alguna drasto era la moneda corriente en ese país.

—Cinco mil kilos no es mucho —dijo Nelsebú con una sonrisa taimada—. Para ti no lo es. Deberías alegrarte de que yo no sea como esos tontos que piden la inmortalidad.

Arthur se alegró.

—¿Y si no lo hago? —inquirió.

Una arruga en el ceño de Nelsebú reemplazó a la sonrisa.

—En ese caso me veré forzado a conjurarte nuevamente... dentro de la botella.

Arthur contempló la botella verde que se alzaba sobre la cabeza del monstruo. Era ancha en la base opaca y se afinaba hasta el cuello delgado. Si aquel ente lograba meterlo allí, jamás podría escapar por ese cuello. Si el ente lograba meterlo allí. Y Arthur no dudaba de que lo lograría.

Nelsebú volvió a sonreír con más ironía que nunca.

—Claro que no hay motivos para tomar medidas tan drásticas. No te costará mucho conseguirme cinco mil kilos de buen sup-der-up. Con sólo un ademán de la mano puedes hacerme rico.

Hizo una pausa y su sonrisa se tornó más zalamera.

—¿Sabes? —prosiguió— Esto me ha llevado mucho tiempo. Leí muchos libros y gasté un montón de "Vuto".

De pronto su cola azotó el suelo como una bala que rebotara sobre granito.

—¡No trates de jugarme una mala pasada! —gritó.

Arthur descubrió que la fuerza de la tiza se extendía hacia arriba hasta donde él podía alcanzar. Con mucha cautela se recostó contra la pared invisible y descubrió que lo sostenía.

Cinco mil kilos de oro. Evidentemente, la criatura era algún mago. Dios sabía de dónde. Tal vez de otro planeta. Había tratado de conjurar un demonio que le concediera un deseo, y allí estaba él. Quería obtener algo por su mediación: de lo contrario allí estaba la botella. Todo era irrazonable, pero Arthur Gammet comenzaba a sospechar que la mayor parte de los magos eran irrazonables.

—Trataré de conseguirte el drasto —dijo Arthur, comprendiendo que debía decir algo—. Pero para eso debo regresar al... ejem... submundo. No es cierto que se pueda hacer con un ademán de la mano.

—Está bien —dijo el monstruo, con una mirada libidinosa—. Confiaré en ti. Pero recuerda que puedo traerte de regreso cuando quiera, de modo que no trates de escaparte. ¡Ah, me llamo Nelsebú!

—¿Tienes algo que ver con Belcebú? —preguntó Arthur.

—Era mi bisabuelo —replicó Nelsebú, echándole una mirada suspicaz—. Un gran soldado. Lástima que...

Nelsebú se interrumpió bruscamente, lleno de cólera.

—¡Ustedes los demonios lo saben muy bien! ¡Vete! ¡Y trae ese drasto!

Arthur Gammet volvió a desaparecer.

Se materializó en la esquina de la Segunda Avenida y la calle 9, donde desapareciera anteriormente. El abrigo estaba a sus pies; tenía las ropas

empapadas en sudor. Se tambaleó un poco antes de recuperar el equilibrio, puesto que había estado recostado contra el muro de energía en el momento en que Nelsebú lo enviara de regreso. Tras recoger su abrigo volvió de prisa a su departamento. Por fortuna había poca gente alrededor. Dos amas de casa dieron un respingo y se apartaron rápidamente. Un caballero vestido con mucha elegancia parpadeó cuatro o cinco veces y dio un paso adelante como si quisiera preguntar algo; por último cambió de idea y se alejó precipitadamente hacia la calle 8. El resto pareció no reparar en él o no preocuparse en absoluto.

Ya en su departamento de dos ambientes, Arthur hizo un débil intento por descartar todo aquello como si fuera un sueño. Falló lamentablemente, no tenía más remedio que calcular sus posibilidades.

Tal vez pudiera conseguir el drasto, siempre que descubriera de qué se trataba. Ese elemento de tanto valor para Nelsebú podía ser cualquier cosa. Plomo, quizás, o hierro. Aun así sus escasos recursos quedarían exhaustos.

Podía acudir a la policía. Y lo encerrarían en un asilo. Estaba fuera de cuestión.

O no conseguir el drasto... y pasar el resto de sus días en una botella. También estaba fuera de cuestión.

No le quedaba sino aguardar a que Nelsebú volviera a conjurarlo y averiguar qué era el drasto. Quizá fuera tierra, tierra común; si Nelsebú podía conseguir transporte, la obtendría en la granja de su tío en Nueva Jersey.

Arthur Gammet telefoneó a la oficina para comunicar que estaba enfermo y que faltaría varios días. Después se preparó un bocadillo en la cocina, orgulloso de su buen apetito. No cualquiera era capaz de enfrentar la grave posibilidad de verse encerrado en una botella sin perder las ganas de comer. Limpió la cocina y se cambió de ropas, poniéndose un traje ligero. Eran las cuatro y media de la tarde. Se tendió en la cama y aguardó. A eso de las nueve y media desapareció. Has vuelto a cambiar la piel —comentó Nelsebú—. ¿Dónde está el drasto?.

Y caminó en torno al pentágono retorciendo ansiosamente el rabo.

—No lo tengo escondido tras la espalda —indicó Arthur, volviéndose a mirarlo—. Necesito más información.

Y adoptó una pose indiferente, recostado contra las líneas invisibles que irradiaban de la pared.

También necesito tu promesa de que me dejarás tranquilo una vez que te haya conseguido eso.

—Por supuesto —respondió Nelsebú alegremente—. De cualquier modo, sólo puedo pedir un deseo. ¿Sabes qué haré? Te ofreceré el gran juramento de Satanás. Como sabes, lo compromete a uno para siempre.

—¿Satanás?

—Uno de nuestros primeros presidentes —dijo Nelsebú con aire de gran respeto—. Mi bisabuelo Belcebú sirvió a sus órdenes. Por desgracia... joh, bueno, tú ya sabes todo eso!

Nelsebú pronunció el gran juramento de Satanás. Era en verdad impresionante. Mientras lo decía, las neblinas azules de la habitación se tiñeron de rojo en los bordes y los contornos de la enorme botella se alteraron de un modo horripilante bajo la luz difusa. Arthur sudaba a chorros aun con el traje de verano. Le habría venido bien ser uno de esos demonios que exhalaban frío.

—Ya está —dijo Nelsebú, erguido en medio de la habitación, con la cola enroscada en torno a la cintura.

En sus ojos había una mirada extraña, la mirada de quien recuerda glorias pasadas. Comenzó a ir y venir frente al pentágono, arrastrando la cola.

—Ahora ¿qué clase de información quieres?

—Describeme ese drasto.

—Bueno, es suave, pesado...

Podía ser plomo.

—Y amarillo.

Oro.

—¡Hum! —dijo Arthur, contemplando la botella—. ¿No suele ser gris algunas veces?

—No. Es siempre amarillo. A veces tiene un tinte rojizo.

Oro, sin lugar a dudas. Arthur contempló aquel monstruo escamado que iba y venía con ansiedad apenas contenido. Cinco mil kilos de oro. Eso equivalía a... No, no valía la pena hacer el cálculo. Imposible.

—Necesito algún tiempo —dijo—. Unos sesenta o setenta años. Oye, te llamaré en cuanto...

Nelsebú le interrumpió con una rotunda carcajada. Por lo visto, Arthur acababa de tocar su rudimentario sentido del humor, pues se apretaba las caderas, aullando de risa.

—¡Sesenta o setenta años! —gritaba. La botella se estremeció; hasta las líneas del pentágono parecieron ondular.

—¡Te daré sesenta o setenta minutos! ¡Si no, a la botella!

—Espera un momento —pidió Arthur desde el otro extremo del pentágono—. Necesito un poco de... ¡Aguarda!

Acababa de ocurrírsele una idea; sin lugar a dudas, la mejor idea de su vida. Más aún, era una idea propia.

—Necesito la fórmula exacta que empleaste para invocarme —dijo Arthur—. Debo verificar que todo esté en orden con la oficina principal.

El monstruo, colérico, lo llenó de maldiciones. El aire se tornó negro y purpúreo; la botella tintineó, vibrando en el tono de la voz de Nelsebú; el cuarto entero pareció hervir. Pero Arthur Gammet se mantuvo firme. Explicó pacientemente al monstruo, siete u ocho veces, que no serviría de nada embotellarlo, puesto que así jamás se reuniría con el oro. Sólo quería la fórmula, y eso no debía ser tan...

Al fin la consiguió.

—¡Y nada de tretas! —tronó Nelsebú, indicando la botella con manos y cola.

Arthur asintió débilmente y reapareció en su propio cuarto.

Pasó los días siguientes en una frenética búsqueda por la ciudad de Nueva York. Algunos de los ingredientes eran fáciles de encontrar, como la rama de muérdago y el sulfuro. El musgo de cementerio resultó más complicado, al igual que el ala izquierda de murciélago. En cambio otra cosa lo tuvo perplejo por algún tiempo: la mano herida del hombre asesinado. Finalmente consiguió una en un negocio que se especializaba en satisfacer los requerimientos de los estudiantes de medicina. El comerciante le garantizó que la mano pertenecía al cuerpo de un hombre fallecido de muerte violenta. Arthur sospechó que el hombre sólo trataba de seguirle el juego, pero no podía hacer nada al respecto.

Entre otras cosas compró una botella grande. Resultó muy barata, para su sorpresa. Vivir en Nueva York tenía sus compensaciones. Por lo visto, no había nada, absolutamente nada que no se pudiera comprar.

Tres días después tenía ya todos los materiales necesarios. En la medianoche del tercer día los acomodó en el suelo de su departamento. En la ventana brillaba la luz de la luna; le faltaba un cuarto para ser luna llena, pero el conjuro no especificaba con mucha claridad en que fase debía realizarse el hechizo. Todo parecía estar en orden. Arthur dibujó el pentágono, encendió las velas, quemó el incienso y comenzó a cantar. Suponía que siguiendo estrictamente las indicaciones podría conjurar a Nelsebú. Entonces expresaría el deseo de que Nelsebú lo dejara en paz. Parecía perfecto.

Mientras entonaba la fórmula se esparcieron por el cuarto las neblinas azules; pronto vio que algo crecía en el centro del pentágono.

—¡Nelsebú! —gritó.

Pero no era Nelsebú.

En el pentágono había un ser de quince metros de altura; tuvo que encorvarse hasta tocar casi el suelo con la cabeza a fin de caber en el departamento. Era algo pavoroso, dotado de alas, con cabeza muy pequeña y un agujero en el pecho.

Arthur Gammet había conjurado a un demonio que no tenía nada que ver con Nelsebú.

—¿Qué significa esto? —preguntó el demonio, lanzando un chorro de agua helada por el pecho.

El agua golpeó contra las paredes invisibles del pentágono y cayó al suelo. Aquel ademán debió ser mero reflejo, pues el cuarto de Arthur estaba fresco.

—Quiero que cumplas mi deseo —dijo Arthur.

El demonio era azul y delgado hasta lo increíble; sus alas eran sólo dos vestigios. Golpearon una o dos veces contra la estructura ósea del demonio antes de que éste contestara:

—No sé quién eres ni cómo me has traído aquí. Pero eres inteligente, sin lugar a dudas.

—Nada de charlas —replicó Arthur, nervioso, mientras se preguntaba cuánto tardaría Nelsebú en volver a conjurarlo. Quiero cinco mil kilos de oro.

También se lo conoce como drasto, hakatinny o sup-der-up.

En cualquier momento podía encontrarse dentro de una botella.

—Bueno —dijo el demonio congelante—. Pareces estar bajo la errónea impresión de que yo soy...

—Tienes veinticuatro horas.

— No soy rico —dijo el demonio—. Apenas un pequeño comerciante. Pero si me das tiempo...

—Si no, a la botella —dijo Arthur.

Al señalar la gran botella que había puesto en el rincón comprendió que jamás podrían caber en ella los quince metros de demonio.

—La próxima vez que te conjuré tendré una botella lo bastante grande como para que quepas en ella—agregó—. No sabía que eras tan alto.

—He oído contar que alguna gente desaparece —musitó el demonio—. Esto es lo que pasa. El submundo. De cualquier modo, nadie me lo creería.

—Consígueme ese drasto —dijo Arthur—. ¡Vete!

El demonio congelante desapareció.

Arthur Gammet sabía que no podía permitirse más de veinticuatro horas, y aun así era calcular las cosas con márgenes demasiado estrechos: ¿cómo saber cuando decidiría Nelsebú que ya le había dado bastante tiempo? No había forma de adivinar lo que haría aquel monstruo escamoso si se sentía desilusionado por tercera vez. Hacia el final del día, Arthur se encontró aferrado a la rejilla de la calefacción. ¡De poco le serviría cuando lo conjuraran otra vez! Pero era consolador tener algo firme donde aferrarse.

Además, era una vergüenza haberse visto obligado a actuar así con el demonio congelante. Era bien obvio que el demonio no era tal, así como tampoco Arthur lo era. Bueno, jamás lo metería en la botella. Si Nelsebú no se mostraba satisfecho no serviría de nada hacerlo.

Por último volvió a murmurar el encantamiento.

—Tendrás que ensanchar tu pentágono —dijo el demonio congelante, incómodamente agachado—. No tengo lugar para...

—¡Vete! —dijo Arthur.

Borró febrilmente el pentágono y volvió a dibujarlo, empleando en esa oportunidad toda el área de la habitación. Arrinconó la botella en la cocina (era la misma botella, pues no había logrado encontrar una de quince metros) y se instaló en el ropero. Entonces repitió la fórmula. Una vez más aquellas espesas neblinas azules se retorcieron sobre él.

—No te apresures —dijo el demonio congelante desde el interior del pentágono—. Aún no tengo el sup-der-up. Se ha producido un embotellamiento, puedo explicártelo todo.

Batió las alas para aventar las neblinas. Detrás de él había una botella de tres metros de altura. En su interior, verde de rabia, estaba Nelsebú. Parecía gritar, pero la botella taponada no dejaba oír sus gritos.

—Conseguí la fórmula en la biblioteca —dijo el demonio—. Casi me desmayo cuando eso funcionó. Siempre he sido un comerciante testarudo, ¿sabes?. No me gustan estas cosas sobrenaturales. Pero hay que hacer frente a los hechos. De cualquier modo, aquí tengo este demonio...

Señaló la botella con uno de sus flacos brazos y explicó:

—No quiere colaborar, así que lo embotellé. El demonio congelante recibió con un suspiro la sonrisa de Arthur: era un alivio, aunque fuera momentáneo.

—Oye, no quiero que me embotelles —prosiguió el demonio congelante—. Tengo mujer y tres hijos. Tú comprendes, con la depresión que hay en seguros y todo eso, no podría conseguir cinco mil kilos de drasto ni con un ejército. Pero en cuanto convenza a este demonio de que...

—No te preocupes por el drasto —dijo Arthur—. Llévate el demonio contigo y mantenlo envasado. En la botella, por supuesto.

—Lo haré — dijo el agente de seguros de las alas azules

—Y con respecto al drasto...

—Olvídate de eso —respondió Arthur calurosamente—. Después de todo los agentes de seguro tenemos que apoyarnos mutuamente. ¿Te ocupas de hurtos e incendios?

—Estoy más en la línea de accidentes —respondió el otro.

—Pero te diré: he estado pensando...

Nelsebú rabiaba y profería juramentos en el interior de la botella. Los dos agentes de seguros seguían analizando los pormenores de su profesión.

El diablo estaba enfermo

Bruce Elliot

The devil was sick, © 1951 by Fantasy House, Inc.. Traducción de Jaime Piñeiro en *Los mejores relatos de anticipación*, recopilados por Kendell Foster Crossen y Charles Nuetzel, Libro Amigo 107, Editorial Bruguera S. A., primera edición en agosto de 1969.

Habían transcurrido evos desde que un paciente violento de verdad atravesó por la fuerza el umbral del Asilo de Cuerdos. Había pasado tanto tiempo, que el ojo del observador ya no se detenía para leer las palabras fundidas en el duradero cristometal que figuraba en la entrada. Antaño un desafío a lo desconocido, el tiempo las había convertido en una frase típica: "Un malvado no es más que un héroe enfermo". La autenticidad de tal divisa era probada, ya no merecía consideración. Pero las palabras permanecieron allí... hasta el día en el que Aceptos tomó el cincel para cambiar dos de ellas.

Todo comenzó porque hallar un tema inédito para una tesis se había hecho más difícil que graduarse. Aceptos descubrió, después de ardua investigación, tres temas que creyó podrían ser aceptados por la Máquina como originales.

Tragó saliva al presentar la lista al ojo omnisciente del computador. Decía: Sedimento activado y qué hacían los antiguos con él. La Caída de la democracia y por qué se produjo. Diablos, demonios y demonología:

La Máquina contestó casi al punto: "En el año 4357 Jac Bard escribió la última palabra sobre sedimento activado. Doscientos años más tarde el último elemento desconocido con relación a la caída de la democracia fue analizado detalladamente por el historiador Hermios".

Hubo una breve pausa. Aceptos contuvo la respiración. Si el último había sido ya estudiado, necesitaría otros veinte años de trabajo para hallar más posibles temas. La Máquina respondió: "Hay dos aspectos de los demonios que hasta ahora nadie me ha propuesto. Consiste en si son reales o imaginables, y si son reales, lo que son. Si son imaginarios, cómo se producen".

Aceptos sintió que su interior se inundaba de una nueva vida y esperanza. Enderezó sus hombros y se alejó de la Máquina. Por fin, después de tantos años tenía una oportunidad. Por supuesto -y el pensamiento le hizo dudar-, por supuesto, era probable que no consiguiera arrojar nueva luz sobre tal problema. Pero ya disponía de algo con qué trabajar. Los años pasados en las enormes bibliotecas, y todo el trabajo efectuado en casi todos los campos del saber humano, habían producido al fin algún resultado.

Una década atrás, la última vez que presentó una lista a la Máquina, había creído encontrar un tema cuando descubrió referencias, en la sala de documentos antiguos, sobre alguien conocido bajo el nombre de Dios. Lo que le había llamado la atención había sido la letra "D" mayúscula aplicada al nombre. Pero la Máquina le había proporcionado una gran cantidad de detalles sobre aquel tema, terminando con un texto escrito hacía unos mil años y en el que se demostraba la

inexistencia de tal ser. Esta tesis, así creía la Máquina, había acabado con todas las futuras especulaciones sobre el tema.

Por simple curiosidad, Aceptos había comprobado la referencia y se mostró conforme como siempre, con el dictamen de la Máquina.

Había sido en verdad un golpe de genio pensar en la antítesis de Dios, decidió Aceptos sonriendo para sí. Ahora podría seguir adelante. Realizaría sus investigaciones, se graduaría, y entonces... entonces ya no habría nada que le detuviese. Podría abandonar la Tierra y dar su próximo paso. Echó la cabeza hacia atrás para contemplar las estrellas. Aquel era el camino a seguir. Se permanecía atado a la Tierra hasta efectuar alguna investigación original, pero una vez terminada el derecho autorizaba emigrar adonde se quisiera.

Había un planeta más allá de Alfa Centauro, que ella había elegido. Y le había prometido esperarle por mucho tiempo que pasara. Aceptos no se sintió tan deprimido en su vida como el día que la Máquina aprobó la tesis de ella. Durante largo tiempo tuvo la impresión de haberla perdido para siempre. Pero ahora los años ya no parecían interminables. Su investigación había dado resultado.

Silbando alegremente penetró en el archivo y comenzó a trabajar. Oprimiendo el botón que mostraba las letras d-i-a y d-e-m-o, esperó a que el intrincado sistema de relés ejecutase su función. Con un suave zumbido resbalaron por el tubo neumático los carretes adecuados.

Tres semanas más tarde decidió que poseía más conocimientos sobre diablos, demonios y "otras bestias de piernas largas que vagan durante la noche" que cualquier otro habitante de la tierra. Aceptos movió la cabeza pensativo. ¡Pensar que el hombre había descendido tan bajo como para creer en tales cosas!

Se vio obligado a trabajar horas extraordinarias en la máquina de traducir. Todo cuanto había encontrado estaba escrito en latín. ¡Y pensar, también, que durante todos sus años de estudio jamás había oído hablar de aquella lengua!

¡Qué basura! Aceptos se indignaba al descubrir la existencia de una época en la que el *homo sapiens* había creído en tales tonterías. Increíble, pero aquello ocurrió muchísimos años antes. Se encogió de hombros. Llegó el momento de ponerse a trabajar sobre el problema básico. Su más íntimo amigo, Ttom, entró en el laboratorio de investigación. Ni siquiera le había hecho una visita. ¡Ni tampoco le había comunicado su éxito!

-¿Qué...?

Ttom examinó de una ojeada la impecable estancia verde. Sobre la mesa de cristal, un cocodrilo disecado le miraba fijamente. Descansando contra su escamosa piel había vasijas de vidrio de diferentes formas y rodeaban al saurio cajas, bandejas con polvillo. Sobre la pared una máquina del tiempo anunció:

-...Esta noche habrá luna llena, y...

Aceptos la apagó.

-¡Llegas oportunamente! -exclamó con alegría.

-¿Para qué?

Tras esta pregunta el rostro de Ttom se sonrojó como el de un niño y exclamó a continuación:

-¡Lo has conseguido! ¡Has encontrado un tema!...¡Acleptos... me alegro tanto!

-Gracias.

Y acto seguido Acleptos se vio obligado a preguntar a su vez:

-¿y tú?

-Todavía nada...

Pero Ttom se sentía demasiado contento por el éxito de su amigo que volvió a preguntar:

-¿Y se puede saber qué has encontrado?

-Diablos y demonios -respondió Acleptos, iniciando de nuevo la mezcla de unos cuantos polvos.

-¿Qué es eso?

-Una superstición primitiva. Mi trabajo consiste en averiguar si fueron reales o sólo una palabra para designar a los malvados o enfermos... o lo que los antiguos denominaban con estas palabras.

-¿Cómo piensas hacerlo? ¿Qué son todas esas cosas que tienes ahí? -preguntó Ttom, señalando los objetos que había sobre la mesa.

-Voy a seguir las fórmulas anotadas en unos viejos manuscritos y observar qué sucede.

Acleptos había trabajado mucho para reunir todos los extraños objetos que el manuscrito mencionaba. Y miró hacia la mesa y vio que tenía cuanto necesitaba.

Aquella misma noche, con la luna llena...

-Muchos elementos intervienen en el proceso de "conjurar demonios". Si quieres esperar, quizá lo encuentres interesante.

-Naturalmente. No tengo nada que hacer. Pensé que había tropezado con algo nuevo..., y lo de siempre, alguien se me había adelantado ya. Acleptos, ¿qué sucederá cuando ya no queden más campos de saber humano, cuando no haya temas que tratar, ni nada sobre lo que escribir?

-¡Yo me hacía esa misma pregunta hasta que descubrí a los demonios! Pero creo que eso tardará en ocurrir y que la Máquina habrá tomado ya sus medidas.

-Estoy empezando a creer que ya ha llegado el momento. Acleptos, ¡eres el único que ha encontrado un tema en cinco años!

Y al pronunciar estas últimas palabras, Ttom trató de esconder una nota de amargura.

-Sé lo que diría la Máquina, Ttom. -le respondió Aceptos-. Diría que si yo he descubierto un tema también puedes hacerlo tú.

Al tiempo que hablaba, Aceptos vertió un líquido rojo en una probeta y luego añadió cierta cantidad de polvillo violeta.

Ttom gruñó:

-Supongo que tienes razón. Sin embargo, olvidemos mis problemas. ¿Qué sucede ahora?

-Nada hasta la medianoche. Cuando la luna esté llena, pronunciaré ciertas palabras, encenderé estas cosas que hay aquí -en el manuscrito las llaman velas- y aguardaré la aparición de un diablo o un demonio.

Ambos se echaron a reír.

A medianoche, todavía sonriente, Ttom, tomó asiento al borde de un dibujo peculiar que Aceptos había trazado en el suelo. Se llamaba pentáculo. Aceptos había colocado una vela negra en cada uno de sus ángulos. También había quemado ciertos productos químicos, pronunciando unas frases que Ttom ni siquiera trató de entender.

Al principio fue divertido. A medida que pasaba el tiempo, los dos hombres se impacientaron. Nada sucedía. Aceptos dejó de pronunciar sus extrañas frases y dijo:

-Bien, ya conozco la respuesta a la primera pregunta de la Máquina. Los demonios son imaginarios y no reales.

Y entonces fue cuando sucedió.

Se extendió por la estancia un olor mucho más intenso que el de los productos químicos. Luego se produjo una especie de gris luminosidad cerca del dibujo trazado en el suelo.

Aceptos gritó:

-¡Ttom, lo olvidé! Los antiguos libros dicen que es preciso permanecer dentro del pentáculo para protegerse... de lo que sea.

Poniéndose en pie de un salto, Ttom se acercó precipitadamente al pentáculo. Pero antes de lograrlo, la cosa se había hecho ya sólida. Alzó sus cerrados párpados y cuando sus ojos se fijaron en él, vio tanta malevolencia concentrada en aquella mirada que Ttom sintió algo que jamás había experimentado antes. Sólo gracias a sus numerosas y variadas lecturas supo que tal sensación se denominaba antiguamente miedo.

La cosa dijo:

-Por fin.

Hasta su voz era enervante. Aceptos estaba aturdido. Había realizado el experimento porque era el sistema lógico de investigación, pero nunca imaginó que tal experimento llegase a tener éxito.

La cosa se frotó unos extraños dedos que mostraban muchas falanges, y dijo:

-Miles de años, esperando... esperando en la obscuridad la llamada que nunca llegaba. Al principio creí que El había vencido..., pero entonces yo habría dejado de existir.

Encogió sus escamosos hombros y abrió más los ojos rojizos. Eran fascinantes. Las extrañas pupilas cambiaban constantemente de color. Miró primero a Acleptos y luego a Tom y dijo:

-Así que nada ha cambiado. Los adeptos y el sacrificio, como siempre.

La cosa cloqueó en un terrible estertor. Luego añadió:

-¿Qué recompensa deseas a cambio? -preguntó mirando a Acleptos.

La cosa no esperó respuesta. Volvió a frotarse los largos dedos. El sonido resultante fue lo único que se oyó en la estancia. La cosa miró a Acleptos y dijo:

-Ya veo, nada ha cambiado. Una mujer. Muy bien, aquí está.

La cosa hizo una serie de gestos en el aire y antes de que Acleptos pudiese aclarar la garganta para negar, ella ya estaba allí. Parecía atemorizada. Sus cabellos eran lo más hermoso que Acleptos hubiese visto en su vida. Y también su cuerpo. Estaba desnuda, como él había imaginado, puesto que el planeta elegido por ella era cálido. Pero no había vergüenza en su actitud. Sólo temor.

-¡Envíala de nuevo allí! ¿Cómo te atreves a arrastrarla por el espacio interestelar? ¡Estúpido! ¡Podías haberla matado!

Acleptos ya no temía la cosa. El único pánico que experimentaba era por su amada.

La mujer desapareció con la misma rapidez que se había presentado:

La cosa gruñó:

-No sabía que la amabas. Creí que era únicamente el sexo lo que deseabas..., ¿acaso quieres oro? Todos codician oro...

Y una vez más hizo extraños gestos en el aire.

Acleptos comprendió que la situación se estaba haciendo ridícula. Aclaró la garganta y dijo:

-¡Basta!

La cosa se detuvo en su trabajo, y de ser capaz de exteriorizar alguna emoción, ésta habría sido la sorpresa. Luego preguntó:

-¿Ahora qué? ¿Cómo conseguiré oro para ti si me interrumpes?

Acleptos estaba indignado. La indignación al igual que el temor que la había precedido, era una nueva emoción para él. Respondió:

-No te muevas. Soy el amo y tú el esclavo.

Aquellas palabras estaban en las indicaciones que había leído. Ignoraba el significado de ambas palabras, pero el libro ponía mucho énfasis en ellas.

La cosa mantuvo inmóvil su cabeza, pero sus ojos observaron con deseo el cuerpo de Ttom.

Dominando su nueva emoción, Aceptos dijo:

-No pareces comprender. No deseo oro...

Ttom dijo:

-Recuerdo esa palabra en mis lecturas. Los antiguos solían cambiarlo por plomo o por algún metal valioso que fuera parecido.

Aceptos prosiguió:

-Y, desde luego, no quiero que ella regrese de Alfa Centauro.

-¡Poder! -exclamó la cosa sonriendo-. Eso nunca falla. Cuando son demasiado viejos para el sexo y demasiado ricos para el oro, siempre desean poder.

Y sus manos comenzaron a moverse nuevamente.

-¡Alto! -gritó Aceptos por primera vez en su vida.

La cosa se paralizó.

Aceptos indicó:

-No hagas eso otra vez. ¡Me molesta! No quiero poder y no me digas lo que es porque no me interesa. Ahora, no te muevas de ahí y contesta algunas preguntas.

-La cosa pareció encogerse un poco, y preguntó casi con timidez:

-Pero..., ¿para qué me has llamado? Si no quieres nada de mí, tampoco puedo aceptar nada de ti...

La cosa abrió los ojos y los clavó en Ttom, mientras con la punta de la lengua humedecía sus escamosos labios.

-Quiero alguna información. ¿Cuánto tiempo vivís... los demonios?

-¿Vivir... ? Siempre, por supuesto.

-¿Y cuál es vuestra función?

-Tentar al hombre para apartarle de la senda del bien.

Las palabras surgían velozmente de labios de la cosa, pero Aceptos no acababa de entenderlas del todo. Sin embargo, quedaban grabadas para volver a escucharlas más tarde y darles algún sentido.

-¿Por qué deseáis hacer eso? -interrogó Aceptos.

El demonio le miró como si dudase de su estado mental. Respondió:

-Para que el hombre disponga libremente de su voluntad, desde luego. Debe escoger entre el bien y el mal.

-¿Qué significan esas palabras... el bien y el mal?

El demonio tomó asiento sobre sus talones sin prestar la menor atención a las espuelas que se hundían en sus propias posaderas. Volvió a contestar:

-Todos estos años sentado en la oscuridad, y que ahora me llamen para esto...

Agitó la cabeza y de pronto pareció adoptar una especie de decisión. Se puso en pie y luego, se lanzó sobre Ttom.

Acleptos alzó el arma especial y oprimió el botón. La extraña criatura se paralizó de modo instantáneo para caer al suelo boca abajo.

Ttom tragó saliva y dijo:

-Creí que nunca ibas a usarla. Llamaré al Asilo de Cuerdos para que se lleven a esta pobre criatura enferma.

Asintiendo con un movimiento de cabeza, Acleptos dijo:

-Esto es mucho más interesante de lo que había supuesto.

Luego tomó asiento, pensativo, hasta que llegó el ambu-bus. Era la primera llamada urgente que el Asilo recibía desde hacía un siglo, pero los dispositivos funcionaron perfectamente.

Ttom y Acleptos observaron cómo los robots recogían a la cosa y la alzaban en sus brazos de metal. Después les siguieron hasta que colocaron la cosa en el ambu-bus, que partió velozmente hacia el Asilo.

A medio camino, Acleptos habló por primera vez:

-¿Te das cuenta de la ironía que hay en todo esto? -preguntó.

-¿A qué te refieres?

Ttom todavía contemplaba a la cosa, que yacía como si estuviese muerta.

-Los diablos, ¿te das cuenta de lo que son? No son más que seres con otra dimensión. De alguna manera, en alguna época, un ser humano, en épocas muy remotas, utilizó las matemáticas, para superar la barrera de las dimensiones. Sin saber que hacía, envuelto en plena superstición, pensó que los sortilegios constituían una llamada, cuando el dibujo, el calor de las velas y las palabras misteriosas, se combinan en una clave que abría esa otra dimensión.

-Bien, parece razonable. ¿Dónde está la ironía?

Acleptos parecía a punto de llorar. Respondió:

-¿No comprendes? La humanidad luchaba por salir de las tinieblas, cuando siempre sus hermanos ignorados e inmortales podían conquistar el espacio simplemente colocando sus manos en el punto preciso. El hombre, ciego por sus

creencias supersticiosas, fue incapaz de aprender nada de estos "diablos". Pero la peor ironía es que los "diablos" no podían ayudar al hombre porque eran deficientes mentales...

Ttom asintió con un movimiento de cabeza.

-Una raza casi imbécil y de talento increíble vivía cerca de nosotros y nunca lo supimos. La Máquina tiene razón. Tenemos mucho que aprender. Me equivocaba cuando dije que todo era ya conocido.

Tal vez el arma usada no se hallaba a punto o el diablo poseía formidables poderes de recuperación, pero el caso es que al apearse del ambu-bus la extraña criatura despertó. Empezó a gritar, cuando los robots intentaron que traspasasen el umbral del Asilo de Cuerdos.

Se debatió de tal manera que incluso las cintas de metal que animaban a los robots se tensaron. Aceptos vio como las manos de la criatura comenzaban a moverse como antes.

Gritó a los androides que le retenían:

-¡Sujetarle las manos!

Las manos metálicas se plegaron sobre los largos dedos que se retorcían y la cosa dejó de luchar. Se abrió una puerta y uno de los doctores le dirigió hacia ellos.

Dijo:

-¿Qué es eso?

Mientras Aceptos se lo explicaba, Ttom pasó un dedo suavemente sobre las palabras que formaban la divisa de la puerta. Vela las palabras, sus dedos las sentían, pero las había visto demasiadas veces. No quedaron grabadas en su mente.

Cuando Aceptos terminó, el doctor dijo:

-Entiendo. Bien, lo arreglaremos inmediatamente. ¡Será curioso hacer recuperar el sentido común a otra criatura dimensional!

Aceptos preguntó:

-Cree usted que está enfermo o que se trata de un estúpido?

-El doctor sonrió.

-Enfermo. Estoy seguro. Ningún ser sano se hubiese comportado de ese modo. ¿Le gustaría verlo?

-Desde luego. Siento un gran interés.

Aceptos tomó por un brazo a Ttom y añadió:

-...Imagínate, si logramos curarle, significará la Comunicación con toda una raza de criaturas. ¿No es maravilloso?

-Acleptos -murmuró Tom con tono preocupado-, hay algo que no hemos tenido en cuenta. En todas mis lecturas, en todos los datos de que disponemos sobre el universo y sus extrañas criaturas, nunca hallé nada referente a la inmortalidad. ¿Has pensado en esto?

-Naturalmente, pero eso es otra prueba de la razón que tiene la Máquina al asegurar que no lo conocemos todo. ¡Es tan emocionante! Me cuesta trabajo esperar a contárselo. ¿No será una sorpresa para ella saber que no fue un sueño su presencia en mi laboratorio, sino .que realmente estuvo allí, atravesando el espacio y el tiempo junto a una criatura enferma que ha vivido siempre?

En la sala de operaciones no había escalpelos, esponjas, ni grapas. El doctor extendió a la cosa sobre la mesa. Los andróides la sostuvieron por las manos..El doctor tomó un instrumento. Una luz intermitente surgió de sus lentes en forma de S. El doctor bañó la cosa con la luz y luego dijo:

-Sólo será un momento. Es decir, si da resultado. De lo contrario habrá que tomar otras muchas medidas.

Súbitamente su voz se quebró. Acleptos retrocedió de la mesa hasta que su espalda tocó la pared. Tom abrió la boca, asombrado. Únicamente los robots permanecieron impassibles.

Pues la cosa estaba cambiando. En los lugares donde llegaba la luz caían las escamas.

El doctor ordenó a los robots:

-¡Dejadla libre!

Al hacerlo así la criatura se alzó en todo su esplendor. Una luz dorada iluminaba su dulce rostro. Se acercó hasta la ventana y la sonrisa que esbozaron sus labios era como una despedida. Subió un momento al alféizar y se detuvo unos segundos antes de extender unas enormes alas blancas.

Luego murmuró:

-Pax vobiscum.

Las alas se agitaron y se fue, envuelto en serenidad.

Esa fue la razón de que Acleptos cambiara las palabras de la divisa que campeaba en la entrada del Asilo de Cuervos. Ahora decían:

Un diablo no es más que un ángel enfermo

La máquina se ha detenido, por supuesto. Su razón de ser y su fuerza era la infalibilidad. Y estaba equivocada sobre la tesis relativa a la existencia de Dios con una D mayúscula.

Desplazado

Eric Frank Russell

Displaced person, © 1948 by Weird Tales. En *100 hair-raising horror stories*, Barnes & Noble Books, 1993. Texto en inglés enviado por José M. Cárdenas.

Se deslizó fuera del anochecer, se sentó en el otro extremo de mi banco, y miró distraídamente a través de los lagos hacia Sherry Netherland. El sol poniente babeaba sangre en el cielo. Central Park estaba disfrutando su silencio crepuscular: sólo se oía el rumor de las hojas y la hierba, el arrullo de distantes parejas en penumbras, el amortiguado bocinazo de un autobús en la Fifth Avenue.

Cuando el banco retembló su anuncio de compañía, miré hacia el costado esperando encontrar algún infeliz buscando un fracaso. La diferencia entre lo anticipado y lo visto fue tal que miré nuevamente, durante largo rato, cuidadosamente, desde el ángulo de mi ojo de modo que no pudiera notarlo.

A pesar de los medios tonos grises del anochecer, lo que vi fue un estudio en blanco y negro. Tenía aspecto sensitivo, delgado, tan blanco como sus guantes y el frente de su camisa. Sus zapatos y traje no eran tan negros como sus cejas, finamente curvadas, y su cuidado cabello. Sus ojos eran lo más negro de todo; una obscuridad celestial tan sólida que no puede haberla más profunda u oscura. No obstante, estaban animados de un fulgor intrínseco.

No tenía sombrero. Un estilizado bastón de ébano descansaba contra sus piernas. Un capote negro forrado de seda colgaba desde sus hombros. Si lo hubiera estado haciendo para el cine, no podría haber presentado un mejor retrato de un extranjero distinguido.

Mi mente especulaba acerca de él del modo en que se hace cuando no se tiene otra cosa que hacer. Un refugiado europeo, decidí. Un gran cirujano, o escultor, o algo como eso. Quizá un escritor, o un pintor. Más probablemente lo último.

Lo miré nuevamente. En la menguante iluminación su pálido perfil era como de halcón. El fulgor detrás de sus ojos se reforzaba con la obscuridad. Su capote le daba majestad, grandeza. Los árboles fueron estirando sus brazos hacia él como si vinieran a reconfortarlo a través de la larga, larga noche.

Ningún indicio de sufrimiento marcaba ese rostro. No tenía nada en común con los consumidos y arrugados rostros que había visto en New York, con los rasgos estampados para siempre con la marca de la Gestapo. Por el contrario, poseía una mixtura de audacia y serenidad. Impulsivamente decidí que era un músico. Podía imaginarlo conduciendo un coro de cincuenta mil voces.

-Yo soy aficionado a la música -dijo en bajos y ricos tonos.

Giró su rostro hacia mi, revelando un pronunciado pico en su pelo.

-¿Realmente? -su incertidumbre me confundió-. ¿De qué tipo? -pregunté débilmente.

-Éste -usó su bastón de ébano para indicar el ancho mundo-. El suspiro del anochecer.

-Sí, es tranquilo -estuve de acuerdo.

Estuvimos callados un rato. Lentamente el horizonte se embebía de la sangre en el cielo. Una pálida Luna flotaba sobre las torres.

-¿Usted no es nativo de New York? -le pregunté.

-No -descansando a lo largo, las delgadas manos sobre su bastón, contemplaba meditativamente hacia delante-. Soy un desplazado * .

* _ Nota del traductor: *displaced person* podría traducirse como "exiliado", pero prefiero "desplazado" por la particular connotación que conlleva.

-Lo siento.

-Gracias -dijo.

No podía estar allí sentado y dejar las cosas así. La opción era continuar o irme. No había necesidad de irme. Así que continué.

-¿Quiere contarme sobre esto?

Su mente volvió en sí y me estudió como si recién en este momento tomara conciencia de mi presencia. Aquella extraña luminosidad en sus ojos casi podía ser tocada. Sonrió gradualmente, con indulgencia, mostrando una dentadura perfecta.

-Lo haría perder el tiempo.

-En absoluto. Yo lo estoy perdiendo de cualquier modo.

Sonriente de nuevo, usó su bastón para dibujar invisibles círculos en frente de sus zapatos negros.

-En estos días es una historia completamente familiar -dijo-. Un líder que se vuelve tan ciego por su propia gloria que ya no puede percibir sus errores. Desarrolla delirios de grandeza, se cree el árbitro final en todo desde el nacimiento a la muerte, y, en consecuencia, da lugar a un movimiento para su derrocamiento. Crea las semillas de su propia destrucción. Fue inevitable dadas las circunstancias.

-¡Por supuesto! -lo apoyé con entusiasmo-. ¡Al infierno con los dictadores!

El bastón resbaló. Lo recogió e hizo displicentes malabares con él; luego reanudó su dibujo circular.

-¿La revuelta fracasó? -pregunté.

-No -miraba en los círculos como si pudiera verlos-. Probé siendo demasiado débil y demasiado pronto. Fui destrozado. Luego vino la purga -sus incandescentes

ojos examinaron los árboles centinelas-. Yo organicé esa oposición. Aún pienso que fue justificada. Pero no tengo el valor de regresar.

-No debería preocuparse por eso. Se adaptará aquí como Reilly.

-No pienso así. Tampoco soy bienvenido aquí -su voz se tornó más profunda-. Ni en ningún otro lugar.

-Usted no se ve como Trotsky, a mi modo de ver -le dije-. Además de que él está muerto. Anímese. No sea mórbido. Ahora está en un país libre.

-Ningún hombre es libre hasta que está fuera del alcance de su enemigo -me miró con un irritante toque de distracción-. Cuando mi enemigo ha tomado control de cada canal de propaganda, y los usa exclusivamente para presentar su propio caso y suprime completamente el mío, y condena a la verdad que le he contado como la peor de las mentiras, no hay esperanza para mí.

-Ese es su modo europeo de ver las cosas. No lo culpo por eso, pero tiene que tratar de animarse. Ahora está en América. Tenemos libertad de expresión. Un hombre puede decir y escribir lo que quiera.

-Quisiera que fuera verdad.

-Es verdad -aseguré mientras aumentaba mi incomodidad-. Aquí, si lo desea, usted puede llamar fulano al Rajah de Bam. Nadie puede detenerlo, ni siquiera un policía. Somos libres, como le dije.

Se paró, alzándose imponente en medio de los árboles que le rodeaban. Desde mi posición, sentado, su altura parecía tremenda. La Luna daba a su rostro una palidez cadavérica extrema.

-Ojalá tuviera la décima parte de su reconfortante fe.

Con esto, se alejó. Su capa se balanceaba tras él, ondulando en la brisa nocturna a semejanza de poderosas alas.

-Mi nombre -murmuró suavemente-, es Lucifer.

Después de eso, sólo el susurro del viento.

El contador

Robert Sheckley

The Accountant, © 1954 (*The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, Julio de 1954). Traducido por Norma B. de López y Edith Zilli en *Ciudadano del espacio*, relatos de Robert Sheckley, *Nebulae* 12, Editorial Sudamericana S. A., 1978.

El señor Dee, sentado cómodamente en su sillón, con el cinturón flojo y los periódicos vespertinos desplegados sobre las rodillas, fumaba tranquilamente su pipa, mientras reflexionaba sobre lo maravillosa que era la vida. Ese día había vendido dos amuletos y una poción; en ese momento su mujer, ocupada en la cocina, preparaba una sabrosa cena. Con un suspiro de satisfacción, el señor Dee se despezó y dejó escapar un bostezo.

Morton, su hijo de nueve años, cruzó la sala a toda prisa, cargado de libros.

—¿Cómo te fue hoy en la escuela? —preguntó el señor Dee.

—Bien —contestó el niño, aminorando el paso, pero siempre rumbo a su cuarto.

—¿Y qué llevas ahí? —preguntó el señor Dee, señalando la pila de libros.

Morton, sin mirarle, respondió:

—Algo sobre contabilidad.

Y se metió en su cuarto.

El señor Dee meneó la cabeza. Quién sabe cómo, al chico se le había ocurrido ser contador. ¡Contador! Por cierto, era bueno para los números, pero tendría que dejar a un lado esas tonterías. Le estaban reservadas cosas más importantes.

Sonó el timbre de la puerta. El señor Dee metió apresuradamente los faldones de la camisa dentro de los pantalones, se ajustó el cinturón y abrió la puerta. Allí estaba la señorita Geeb, maestra de cuarto grado que cursaba Morton.

—Pase, por favor, señorita —dijo Dee—. ¿Qué puedo ofrecerle?

—No tengo tiempo —replicó la señorita Geeb, permaneciendo en la puerta con los brazos en jarra.

El pelo gris y enmarañado, la nariz larga y afilada y los ojos acuosos le daban un aspecto de bruja; cosa muy justa, puesto que la señorita Geeb era bruja.

—Vine a hablarle de su hijo —explicó. En ese momento, la señora Dee salió de la cocina, limpiándose las manos en el delantal.

—No habrá hecho alguna travesura, ¿verdad? —preguntó la señora, ansiosa.

La maestra resopló con aire amenazador.

—Hoy hice los exámenes anuales. Su hijo ha fallado en todo.

—¡Oh, Dios! —dijo la señora Dee— Es que estamos en primavera y quizá...

—La primavera no tiene nada que ver en esto —dijo la señorita Geeb—. La semana pasada le di como deber los Hechizos Mayores de Cordus, sección primera. Son muy fáciles, como ustedes saben; sin embargo, él no logró aprender uno sólo.

—¡Humm! —murmuró el señor Dee, lacónicamente.

—En cuanto a biología, no tiene la menor noción de cuáles son las hierbas para conjuros; ni siquiera una vaga idea.

—Esto es inconcebible —dijo el señor Dee. La señorita Geeb soltó una risa agriada.

—Hay más: ha olvidado totalmente el Alfabeto Hermético que le enseñaron en tercer grado. Ha olvidado la Fórmula Protectora, los nombres de los noventa y nueve diablillos menores del Círculo Tercero y la poca geografía del Infierno Mayor que antes sabía. Y, lo que es peor, se niega a aprender.

El señor Dee y su esposa se miraron en silencio. Se trataba de algo muy serio. Se podía permitir cierta falta de atención en un chico, hasta se la podía alentar un poco, puesto que era señal de carácter definido; pero Morton, para convertirse algún día en un mago perfecto, tendría que aprender las nociones básicas.

—Una cosa puedo asegurarles —prosiguió la señorita Geeb—si estuviéramos en otras épocas, no vacilaría en suspenderlo en todas las materias. ¡Pero quedamos tan pocos!.

El señor Dee asintió tristemente. En los últimos siglos, el arte de la magia había ido declinando progresivamente. Las viejas familias se extinguían o sucumbían bajo las fuerzas demoníacas. Otros se convertían en científicos. Además, el público, en su inconstancia, no demostraba el menor interés por las delicias y encantos de antaño.

Sólo unos pocos ancianos conservaban el secreto de la Antigua Ciencia y lo enseñaban en lugares tales como la escuela privada de la señorita Geeb, a la que asistían los hijos de magos. Constituía un verdadero legado, una herencia sagrada.

—Todo es culpa de esa tontería de la contabilidad —dijo la señorita Geeb—. No sé de dónde ha sacado esa idea.

Y agregó, mirando al señor Dee con expresión acusadora:

—Debieron extirpársela de raíz.

El señor Dee sintió que se le encendían las mejillas.

—De una cosa estoy segura —prosiguió la maestra— mientras Morton tenga eso en la cabeza, no prestará ninguna atención a la Taumaturgia.

El señor Dee apartó su mirada de aquellos ojos enrojecidos. Se sentía culpable. Nunca debió traer a casa aquella máquina de sumar. Y el día en que vio a Morton

jugando a la partida doble debió haber quemado el libro de asientos. Pero ¿quién podía haber imaginado que se tomaría obsesión?

La señora Dee anunció, alisándose el delantal:

—Señorita Geeb, tenemos plena confianza en usted. ¿Qué nos sugiere?

—Por mi parte, ya he hecho todo lo posible —contestó la maestra—. Lo único que resta es llamar a Barrabás, el Diablo de los Niños. Eso, naturalmente, depende de ustedes.

— ¡Oh!, no creo que sea para tanto —se apresuró a replicar el señor Dee—. Llamar a Barrabás es una medida muy drástica.

—Ya se lo he dicho: eso depende de ustedes —insistió la señorita Geeb—. Hagan lo que gusten, llamen a Barrabás o no, como les parezca. Pero si las cosas siguen así, el niño no llegará a mago.

Y así diciendo, se volvió para marcharse.

—¿No tomaría una taza de té? —preguntó en seguida la señora Dee.

—No. Debo asistir a un congreso de brujas en Cincinnati —respondió la señorita Geeb.

Y desapareció en una nube de humo anaranjado.

El señor Dee esparció el humo con la mano y cerró la puerta.

¡Uf! —dijo—, por qué no usará alguna marca de humo aromatizado.

—Es muy anticuada —murmuró la señora Dee.

Permanecieron en silencio junto a la puerta. Entonces comenzó el señor Dee a sentir todo el impacto de la noticia. Mucho le costaba creer que su hijo, por cuyas venas corría su propia sangre, no deseara continuar con la tradición familiar. ¡Parecía mentira!

—Después de la cena —anunció—, tendré con él una charla de hombre a hombre. No hará falta la intervención de ningún demonio.

—Bien —dijo la señora Dee—. Estoy segura de que tú lo harás entrar en razones.

Sonrió y su marido pudo percibir una llamita hechicera en el brillo de sus ojos.

—¡Oh, el horno! —exclamó de pronto la señora.

El resplandor hechicero se apagó y ella volvió corriendo a la cocina.

La cena transcurrió en paz. Morton sabía que la señorita Geeb había estado allí y comía en un silencio culpable, mirando a su padre de tanto en tanto. Este trincho el asado y lo sirvió con el ceño fruncido. La señora Dee no intentó siquiera una charla banal.

Después de engullir el postre, el chico volvió de prisa a su cuarto.

—Ahora veremos —dijo el señor Dee a su esposa. Terminó tranquilamente el café, se limpió los labios y se levantó.

—Voy a hacerlo entrar en razones —dijo—. ¿Dónde está mi amuleto de persuasión?

La señora Dee se concentró por un instante; después se dirigió hacia la biblioteca y tomó una novela de tapas flamantes.

—Aquí —dijo, sacando el amuleto de entre las hojas—. Lo estaba usando como señalador.

El señor Dee puso el amuleto en su bolsillo, aspiró profundamente y entró en el cuarto de su hijo.

Morton estaba en su escritorio, ante un cuaderno lleno de números y de pequeñas anotaciones muy pulcras. Sobre el escritorio había distribuido seis lápices con buena punta, una goma de borrar, un ábaco y una máquina de sumar de juguete. Junto al borde de la mesa se sostenía precariamente una pila de libros: *El efectivo corriente*, de Rimrasmer; *Práctica de contabilidad bancaria*, de Johnson y Calhoun; *Estudios para contadores públicos nacionales y varios otros*.

El señor Dee hizo a un lado un montón de ropas para sentarse sobre la cama.

—¿Cómo van las cosas, hijo? —preguntó, con el tono más amable que pudo.

—Muy bien, papá —respondió Morton, ansioso—. Llegué al capítulo cuatro de Contabilidad Básica y ya contesté todas las preguntas.

—Hijo... —le interrumpió él—, ¿qué pasa con tus deberes de costumbre?

Morton pareció incómodo y restregó los pies contra el suelo.

—Sabes, querido, en esta época no todos los niños tienen la oportunidad de convertirse en brujos.

—Sí, señor, lo sé —contestó Morton, mirando hacia otro lado.

Luego, con una voz chillona y nerviosa, agregó:

— ¡Pero papá, quiero ser contador! De veras, eso es lo que quiero.

El señor Dee meneó la cabeza, respondiendo:

—Morton, en nuestra familia hubo siempre un brujo. Desde hace mil ochocientos años, los Dee han sido famosos en todos los círculos sobrenaturales.

Morton siguió mirando por la ventana y moviendo los pies.

—No quieres contrariarme, ¿verdad, hijo? —dijo el señor Dee, con una sonrisa melancólica—. Bien sabes que cualquiera puede ser contador. En cambio, sólo unos pocos elegidos logran dominar las Artes Negras.

Morton dejó de mirar por la ventana. Tomó un lápiz y examinó la punta con detenimiento; después empezó a darle vueltas entre los dedos.

—¿Por qué no lo intentas, querido? ¿No harías un esfuerzo por la señorita Geeb?

Morton meneó la cabeza:

—Quiero ser contador.

El señor Dee logró a duras penas contener un arranque de ira. ¿No estaría fallando el amuleto de persuasión? Después de todo, quizá el hechizo estaba gastado; debía haber renovado la carga. A pesar de todo, prosiguió con voz ronca.

—Morton, bien sabes que sólo soy un Adepto de Tercera Clase. Mis padres eran muy pobres, no pudieron enviarme a la universidad.

—Lo sé —susurró el niño.

—Quiero darte todo lo que yo no tuve, Morton. Puedes llegar a ser un Adepto de Primera Clase del Maldito. ¡Un representante directo! ¿Qué te parece, muchacho?

Por un momento, Dee pensó que lo había conmovido. El niño, con los labios entreabiertos, lucía un sospechoso brillo en los ojos. Pero en seguida echó una mirada a los libros de contabilidad, al pequeño ábaco y a su máquina de sumar.

—Voy a ser contador —afirmó.

— ¡Lo veremos! —gritó el señor Dee, perdida ya la paciencia—. Te aseguro que no lo serás, jovencito. Vas a ser mago. Si fue un honor para toda la familia, juro por lo más condenable que será un honor para ti. Todavía no he dicho mi última palabra.

Y salió de la habitación con un portazo.

Sin perder tiempo, Morton volvió a sus libros de contabilidad.

El señor Dee y su esposa se sentaron en el diván, en silencio. La señora Dee se entretenía en tejer un cordón de viento, pero no podía concentrarse en la labor. Su esposo contemplaba distraído un trozo desgastado de la alfombra. Por último, Dee admitió:

—Lo he consentido demasiado. La única solución es Barrabás.

—¡Oh, no! —exclamó en seguida la madre— ¡Es tan pequeño todavía!

—¿Prefieres que tu hijo sea contador? —preguntó el señor Dee, en tono de amargura—. ¿Prefieres que pase la vida garabateando números en vez de cumplir con la obra importante del Maldito?

—Claro que no —respondió la señora Dee—. Pero Barrabás...

—Lo sé. Me parece casi un crimen.

Durante varios segundos guardaron silencio, pensativos. Después la madre sugirió:

—Tal vez el abuelo pueda ayudarnos; siempre fue muy cariñoso con el niño.

—Quizá pudiera hacer algo —admitió el señor Dee, reflexionando—. Pero no sé si es correcto molestarlo. Después de todo, el pobre viejo murió hace sólo tres años.

—Lo sé —contestó la señora, desatando un nudo equivocado en el cordón de viento—. Pero debemos elegir entre él o Barrabás.

El señor Dee se mostró de acuerdo con su mujer. Aunque no estaba bien perturbar al abuelo de Morton, llamar a Barrabás era infinitamente peor. Por lo tanto, inició los preparativos para invocar a su padre muerto.

Tomó el beleño, el cuerno de Unicornio y la cicuta, junto con un fragmento de dragón y colocó todo sobre la alfombra.

—¿Dónde está mi varita? —preguntó a su esposa.

—La puse en el saco de los palos de golf —respondió ella.

El señor Dee tomó la varita y la agitó sobre los otros elementos. Pronunció después las tres palabras mágicas de la liberación y dijo en voz alta el nombre de su padre.

De inmediato, una bocanada de humo surgió de la alfombra.

—¡Hola!, abuelo Dee —saludó la señora.

—Papá, siento molestarte —se disculpó el señor Dee—, pero mi hijo, tu nieto, no quiere ser mago. Quiere ser... contador.

La nube de humo tembló brevemente; luego se enderezó y formó uno de los caracteres del Antiguo Idioma.

—Sí —contestó el señor Dee—, ya hemos intentado la persuasión, pero el niño es inexorable.

El humo volvió a temblar y formó otro carácter.

—Creo que eso será lo mejor —dijo el señor Dee—. Si le das un buen susto, olvidará de una vez por todas esa tontería de la contabilidad. Es algo cruel, pero siempre mejor que llamar a Barrabás.

El humo asintió y se deslizó hacia el cuarto del niño. El señor Dee y su esposa se sentaron en el diván.

La puerta del cuarto de Morton se abrió de par en par, como empujada por un viento poderoso. Morton levantó la vista, frunció el ceño y volvió a concentrarse en sus libros. La nube de humo se convirtió entonces en un león alado con cola de tiburón. Lanzó un rugido espantoso y se agazapó con un gruñido, como dispuesto a saltar.

Morton lo miró de reojo, alzó las cejas y se dedicó a transcribir una columna de números.

El león se convirtió de inmediato en un lagarto de tres cabezas y flancos ensangrentados. Exhalando fuego por las fauces, se acercó al chico. Morton

terminó de sumar la columna de números, controló el resultado en el ábaco y entonces miró al lagarto.

Con un horrendo chillido, el lagarto se convirtió en un gigantesco murciélago que, farfullando cosas extrañas, comenzó a revolotear en torno a la cabeza del niño, entre gemidos y balbuceos.

Morton sonrió y volvió a concentrarse en sus libros.

El señor Dee no pudo aguantar más.

— ¡Maldición! —gritó—. ¿No te asustas?

—¿Y por qué voy a asustarme? —preguntó Morton—. Es sólo el abuelo.

Ante aquella observación, el murciélago se disolvió en un penacho de humo. Saludo con tristeza al señor Dee, hizo una reverencia ante la señora y desapareció.

—Adiós, abuelo —gritó Morton y se levantó para cerrar la puerta.

—Ya está decidido —dijo el señor Dee—. El niño está demasiado seguro de sí. Tenemos que llamar a Barrabás.

—¡No! —exclamó su esposa.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Yo no entiendo nada —dijo la señora Dee, al borde de las lágrimas—, pero bien sabes lo que Barrabás hace a los niños. Después de esa experiencia jamás vuelven a ser los mismos.

El rostro del señor Dee adquirió la dureza del granito.

—Lo sé, pero no tenemos otra alternativa.

—¡Es tan pequeño! —gimió la señora—. Será traumático.

—En ese caso apelaremos a todos los recursos de la psicología moderna para curarlo —dijo el señor Dee, tratando de consolarla—. Llamaremos a los mejores psicoanalistas, a los más cotizados, pero el niño será brujo.

—Hazlo, entonces —contestó la señora Dee, llorando sin disimulos—, pero, por favor, no me pidas que te ayude.

"Típico de las mujeres", pensó Dee; "Parecen hechas de gelatina cuando se requiere firmeza". Con un peso en el corazón, inició los preparativos para invocar a Barrabás, el Diablo de los Niños.

En primer lugar, el complicado bosquejo del pentágono; dentro de éste, una estrella de doce puntas y en su centro una espiral interminable. Después le llegó el turno a las hierbas y a las esencias; todos eran artículos costosos, pero absolutamente imprescindibles para el conjuro. En seguida tuvo que inscribir el Hechizo de Protección para que Barrabás no se extralimitara, destruyéndolos a todos. A continuación debía echar tres gotas de sangre de hipogrifo...

—¿Dónde está la sangre de hipogrifo? —preguntó el señor Dee, mientras revolvía el armario de la sala.

—En la cocina, en el frasco de aspirinas —contestó la señora Dee, secándose los ojos.

Dee lo encontró. Ya todo estaba listo. Encendió las velas negras y empezó a entonar el Hechizo de Liberación.

De pronto, la habitación se caldeó. Sólo faltaba pronunciar el Nombre.

—Morton, ven aquí —llamó el señor Dee.

Morton apareció en el hueco de la puerta, con uno de sus libros de contabilidad apretados contra el pecho. Parecía muy pequeño e indefenso.

—Morton, estoy a punto de llamar al Diablo de los Niños. No permitas que lo haga.

El muchacho empalideció y retrocedió contra la puerta. Sin embargo, meneó la cabeza con toda obstinación.

—Muy bien —dijo el señor Dee—. ¡BARRABAS!

Hubo un trueno ensordecedor y una oleada de calor sofocante. Así apareció Barrabás, alto hasta el fecho, conteniendo apenas una risita demoníaca.

—¡ Ah! —gritó Barrabás, con una voz que retumbó en todo el cuarto —. ¡Un niño!

Morton aspiró hondo; estaba boquiabierto, con los ojos desorbitados.

—Un niño muy malo —dijo Barrabás, riendo. El demonio avanzó. A cada paso suyo, la casa entera temblaba.

—Échalo de aquí! —gritó la señora Dee.

—No puedo —balbuceó el marido—. No puedo hacer nada hasta que él haya terminado.

Las manazas del demonio, cubiertas de duro pellejo, trataron de asir a Morton, pero el niño abrió rápidamente el libro de contabilidad, gritando:

—¡Sálvame!

En ese momento apareció un viejecito muy delgado, cubierto con puntas de lápices gastadas y hojas de Diario; en lugar de ojos tenía dos enormes ceros huecos.

Barrabás se dispuso a vérselas con el recién llegado:

—¡Zico Pico Ril! —entonó rítmicamente. Pero el viejecito se limitó a reír, diciendo:

—El contrato de una sociedad *ultra vires* no sólo es anulable, sino que es por sí absolutamente nulo.

Ante esas palabras, Barrabás se sintió empujado hacia atrás y cayó, derribando una silla. Se levantó penosamente, con la piel encendida en un rojo violento, como si estuviera a punto de estallar, y empezó a entonar el Gran Hechizo Demoníaco:

—¡Vrat, Jat, Jo!

Pero el viejecito flacucho protegió a Morton con su cuerpo y gritó las palabras de Disolución:

—¡Expiración, Abrogación, Prescripción, Renuncia, Abandono, Fallecimiento!

Barrabás lanzó un chillido de agonía y retrocedió apresuradamente, manoteando en el aire hasta encontrar la Apertura. La cruzó de un salto y desapareció.

El hombre alto y delgado se volvió hacia el señor Dee, que se había agazapado con su esposa en un rincón de la sala, y les dijo:

—¡Dejo constancia de que soy El Contador y asimismo, hago constar que este Niño ha firmado conmigo un Pacto Común Acuerdo, según el cual, en pago por los servicios prestados, yo, EL CONTADOR, le enseñaré la Condenación de las Almas, por medio de una telaraña maldita de Números, Formas, Agravios y Represalias. ¡Y mirad! Sobre él pongo mi marca.

El Contador tomó la mano derecha de Morton y mostró la marca de tinta en el dedo mayor. Después, volviéndose hacia el niño, anunció, con voz suave.

—Mañana, pequeño, estudiaremos algunos aspectos de la Evasión de Impuestos como Sendero a la Condenación.

—Sí, señor —repuso Morton, ansioso.

Con otra mirada furibunda hacia los Dee, El Contador desapareció.

Se produjo una larga pausa. Al fin, Dee se volvió hacia su mujer.

—Bueno —dijo—, si el niño desea tanto ser contador, no seré yo quien se oponga.

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>